BIBLIOTECA PARA LA ENSEÑANZA DE LA RELIGIÓN.

OBRA APROBADA
Y CALUROSAMENTE RECOMENDADA
POR S. SANTIDAD EL SUMO PONTÍFICE
LEÓN XIII.

HISTORIA SAGRADA
DEL
ANTIGUO Y DEL NUEVO TESTAMENTO

PARA USO DE LAS ESCUELAS CATÓLICAS.

POR EL DR. DN. I. SCHUSTER.

ADORNADA CON 114 LÁMINAS Y DOS MAPAS.

DUODÉCIMA EDICIÓN ESPAÑOLA DE

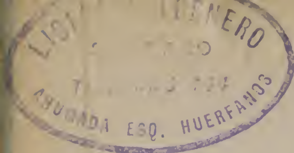
D. VICENTE OTRÍ Y ESCOLANO.

Aprobada y recomendada por más de cien Príncipes de la Iglesia.



FRIBURGO DE BRISGOVIA (ALEMANIA).
B. HERDER,
LIBRERO-ÉDITOR PONTIFICIO.

STRASBURGO, KARLSRUHE, MUNICH, VIENA Y SAN LUIS.





Carta del Emmo. Cardenal Rampolla,

M. CARD. RAMPOLLA.

Roma, 20 de Marzo de 1893.

Véase en la cuarta página de la cubierta.

HISTORIA SAGRADA

HISTORIA SAGRADA

DEL

ANTIGUO Y DEL NUEVO TESTAMENTO

PARA USO DE LAS ESCUELAS CATÓLICAS.

POR EL DR. D. I. SCHUSTER.

ADORNADA CON 114 LÁMINAS Y DOS MAPAS.

DUODÉCIMA EDICIÓN ESPAÑOLA
DE
D. VICENTE ORTÍ Y ESCOLANO.

OBRA APROBADA Y CALUROSAMENTE RECOMENDADA POR SU SANTIDAD
EL SUMO PONTÍFICE LEÓN XIII,

LOS EXCMOS. É ILMOS. SRES. ARZOBISPOS Y OBISPOS DE ANTIOQUÍA, AYACUCHO, BARBASTRO, BOGOTÁ, BUENOS AIRES, CARACAS, CIENFUEGOS, COMAYAGUA, COSTA RICA, CHIAPAS, GRANADA, GUADALAXARA, LA HABANA, LEÓN, MADRID-ALCALÁ, MEDELLÍN, MENORCA, MÉXICO, NUEVA PAMPLONA, PUEBLA, PUERTO RICO, QUITO, SAN SALVADOR, SANTA CRUZ, SANTO DOMINGO, SONORA, TEHUANTEPEC, TUNJA, URGEL, VALLADOLID, VERACRUZ, ZACATECAS, ZULIA, Y MÁS DE CIEN PRELADOS DE ALEMANIA, AUSTRIA, FRANCIA, ITALIA Y SUIZA.

OBRA ADOPTADA COMO TEXTO OFICIAL EN LA REPÚBLICA DE COSTA RICA.



FRIBURGO DE BRISGOVIA (ALEMANIA).
B. HERDER,
LIBRERO-EDITOR PONTIFICIO.
BERLÍN, ESTRASBURGO, KARLSRUHE, MUNICH, VIENA Y SAN LUIS.

Tipografía de B. Herder en Friburgo de Brisgovia (Alemania). 1908.

Algunas aprobaciones.

El Ilmo. y Rmo. Señor Obispo de Madrid-Alcalá:

Creemos que es grande la utilidad de este libro para los jóvenes que frecuentan las aulas; porque además de referir históricamente los sucesos de la Historia Sagrada, los pone, por decirlo así, delante de los ojos, como sombra que son los unos y realidad los otros de los sublimes misterios de nuestra santa fe católica.

Madrid, Abril 24 de 1888.

El Ilmo. y Rmo. Señor Obispo de Chiapas:

He leído con detención la "Historia Sagrada" por Schuster y en ella he encontrado motivos suficientes para hacer de ella una digna recomendación, de modo que no sólo doy mi aprobación por dicha obra, sino también aconsejaré á los Eclesiásticos de mi Diócesis que la usen.

San Cristóbal L. C., Julio 14 de 1888.

El Exmo. é Ilmo. Señor Arzobispo de México:

Aprobamos para nuestra Diócesis el libro "Historia Sagrada" por Schuster, y recomendamos á los niños y jóvenes su lectura, que no dejará de serles provechosa.

Tacuba, Agosto 17 de 1888.

El Exmo. é Ilmo. Señor Arzobispo de Quito:

El libro tiene mérito y valor inestimable; por lo mismo le recomendaré, con mucho interés, en mi Arquidiócesis, para que sea aceptado en las Escuelas y Colegios respectivamente.

París, Agosto 23 de 1891.

El Ilmo. y Rmo. Señor Obispo de Comayagua:

La Historia Sagrada, estudio tan ameno, instructivo y necesario para fijar en el alma las ideas religiosas, se ha atendido por usted y sus dignos colaboradores de una manera muy oportuna, y con la extensión indispensable y conveniente, imprimiendo á los hechos narrados un

carácter práctico y patético, que los hace grabar indeleblemente en la memoria; por lo que buscan su lectura aun las personas de elevada instrucción religiosa.

Comayagua, Enero 15 de 1892.

El Exmo. é Ilmo. Señor Arzobispo de Bogotá:

Doy otra vez mi aprobación al expresado libro y lo recomiendo como muy á propósito para la enseñanza de la Historia Sagrada en las Escuelas y Colegios.

Bogotá, Septiembre 12 de 1894.

El Ilmo y Rmo. Señor Obispo de Zulia:

En el deseo de que mis diocesanos se aprovechen de la instructiva lectura de la importante obra "Historia Sagrada" por el Doctor I. Schuster, la he recomendado y dictado mis providencias, á objeto de que se facilite su consecución.

Maracaibo, Febrero 22 de 1900.

El Ilmo. y Rmo. Señor Obispo de Urgel:

Le felicito por la publicación de tan interesante como útil obra, escrita con un orden y claridad, que la hacen muy adecuada para servir de texto en las escuelas, y que explican el favorable y decidido éxito que en todas partes ha recibido. Se recomendará en este Boletín diocesano.

Urgel, Mayo 27 de 1906.

El Exmo. é Ilmo. Señor Arzobispo de Granada:

Recomendaré tan precioso libro con toda la eficacia que me será posible, pues todo lo que sale de esa casa me merece el mayor aprecio por el servicio que presta á la propaganda católica.

Granada, Junio 2 de 1906.

El Exmo. é Ilmo. Señor Arzobispo de Buenos Aires:

Aprobamos y recomendamos el libro "Historia Sagrada" del Doctor Schuster como muy interesante bajo todos aspectos, y conceptuamos su difusión como muy provechosa para la juventud estudiosa.

Buenos Aires, Junio 18 de 1906.

El Ilmo. y Rmo. Señor Obispo de Tunja:

Recibí el hermoso librito del Doctor Schuster que Vd. se dignó enviarme, y con mucho gusto manifiesto á Vd. que es una obrita muy conocida en la Diócesis de mi cargo, pues se ha adoptado como texto de enseñanza en todos los colegios y escuelas.

Tunja, Septiembre 22 de 1906.

Instrucción para el uso del libro.

Esta Historia Sagrada está dispuesta de manera, que algunos de los párrafos vayan precedidos de dos estrellitas (**), otros de una sola (*), otros de una cruz (†).

Con esta disposición de los párrafos está dividida la diferente materia que se ha de enseñar en las escuelas según la edad de los niños que asistan á ellas. Es cosa probada que á todos los niños de las diferentes clases y secciones de las escuelas conviene tener un mismo libro de Historia Sagrada, en el cual esté contenida la doctrina como en círculos concéntricos que puedan ser ampliados á medida que la edad de los niños lo permita. El ínfimo grado de enseñanza deberá pues comprender solamente lo más esencial de la Historia Sagrada. En el segundo grado se deberá repetir esta parte esencial, aprendida en el primero, añadiendo nueva materia, convenientemente escogida. De esta manera podrá aprender gradualmente el niño en un año todas las materias del antiguo Testamento, y en otro el nuevo Testamento.

Para conseguir este fin se ha dividido de la siguiente manera el texto de este libro:

Para los niños de 6 á 8 años puede el maestro escoger lo más principal de los párrafos que no tienen señal alguna, y esto inculcárselo con la mayor brevedad posible, valiéndose de narraciones previas, y ayudándose con las láminas del texto.

En las escuelas en donde hay una sola clase, así como en las concurridas por niños menores de 12 años, los niños de 8 á 10 años deberán aprender todos los párrafos que no están marcados con señal alguna. Los niños mayores de esta edad deberán repetir estos mismos párrafos y además los que están marcados con dos estrellitas (**).

En las escuelas en que haya varias clases, deberán aprender los niños de 8 á 10 años los párrafos no marcados con señal alguna; los de 10 á 12 años estos mismos párrafos y además los marcados con las dos estrellitas; así como también los que tengan de 12 á 14 años, los cuales deberán aprender además los párrafos marcados con una sola estrellita (*).

En cada uno de estos grados está expuesta la materia con la mayor brevedad posible. El maestro aprovechará la ocasión favorable para ampliar la enseñanza en cada uno de estos grados con la materia del grado superior.

Los párrafos marcados con una cruz (†) servirán para aprovechamiento y lectura en las escuelas elementales de grado superior, dominicales etc.

A. d. Jesucr.

ÍNDICE.

PARTE PRIMERA.

HISTORIA DEL ANTIGUO TESTAMENTO.

PRIMER PERÍODO.

HISTORIA DE LA CREACIÓN.

Desde la creación del mundo hasta la prevaricación del linaje humano, ó sea desde Adán hasta Abrahán.

(Comprende próximamente 4000 años hasta el de 2000 antes de Jesucristo.)

A. d. Jesucr.

SEGUNDO PERÍODO.

ELECCIÓN Y GRANDEZA DEL PUEBLO ISRAELITA.

I. Elección del pueblo israelita, ó sea desde Abrahán hasta Moisés. (2000 á 1500 antes de Jesucristo.)

pág.

II. El pueblo de Israel desde Moisés hasta el rey David. (1500 á 1055 antes de Jesucristo.)

III. Grandeza del pueblo de Israel, ó sea desde David hasta Roboán. (1055 á 975 antes de Jesucristo.)

TERCER PERÍODO.

DECADENCIA Y RUINA DEL PUEBLO DE ISRAEL,

ó sea desde Roboán hasta Cristo. (975 antes de Jesucristo hasta 1.)

I. Decadencia y ruina del reino de Israel.

II. Decadencia y ruina del pueblo de Judá.

Después de Jesucr.

PARTE SEGUNDA.

HISTORIA DEL NUEVO TESTAMENTO.

CAPÍTULO PRIMERO.

HISTORIA DE JESÚS.

Nacimiento y juventud de Jesús.

Preparación y entrada de Jesús en la vida pública.

PRIMERA FIESTA DE PASCUA.

Después de Jesucr.

31 SEGUNDA CELEBRACIÓN DE LA PASCUA.

32 TERCERA CELEBRACIÓN DE LA PASCUA.

ÚLTIMA PASCUA.

La pasión y muerte de Jesús.

Triunfo de Jesús.

CAPÍTULO SEGUNDO.

HISTORIA DE LOS APÓSTOLES Y DE LA PRIMITIVA IGLESIA.

EL ANTIGUO TESTAMENTO.


EL ANTIGUO TESTAMENTO.

PARTE PRIMERA.

HISTORIA DEL ANTIGUO TESTAMENTO.

PRIMER PERÍODO.

HISTORIA DE LA CREACIÓN.

Desde la creación del mundo hasta la prevaricación del linaje humano, ó sea desde Adán hasta Abrahán.

(Comprende próximamente 4000 años hasta el de 2000 antes de Jesucristo.)

1. Creación del mundo.—Santificación del Sábado.

En el principio crió Dios el cielo y la tierra. La tierra empero estaba desnuda y vacía, y las tinieblas cubrían la superficie del abismo. Y el espíritu de Dios se movía sobre las aguas. Entonces dijo Dios: "¡Sea hecha la luz!" Y la luz quedó hecha. Entonces fué el *primer* día.

En el *segundo* día dijo Dios: "¡Sea hecho el firmamento!" Y al punto pareció la hermosa bóveda azul del cielo.

En el *tercer* día dijo Dios: "¡Reúnanse en un lugar las aguas que están debajo del cielo, y aparezca la tierra enjuta!" Y así se hizo. Y al lugar seco dióle Dios el nombre de tierra; y á las aguas reunidas las llamó mares. Y dijo asimismo: "¡Produzca la tierra hierbas, plantas y árboles frutales!" Y así fué hecho. Y al momento reverdeció la tierra, y se adornó con mil variadas flores, y con hermosos árboles.

En el *cuarto* día dijo Dios: "¡Haya lumbreras en el cielo que iluminen la tierra y señalen los días y los años!" No bien acabó de decirlo, cuando ya aparecieron. Entonces

puso Dios en el cielo una gran luz para que presidiera al día, y una lumbrera menor para que alumbrara durante la noche, y además innumerables brillantes estrellas.

En el *quinto* día dijo Dios: "¡Haya peces en el agua, y aves en el aire!" Y las aguas se poblaron de peces, y el aire de aves de toda especie.

En el *sexto* día dijo Dios por último: "¡Produzca la tierra animales de toda especie!" Y también se hizo así. Finalmente crió Dios al hombre, para quien había hecho todas las cosas.



Y vió Dios todas las cosas que había criado, y eran muy buenas.

El *séptimo* día descansó Dios, y bendijo y santificó este día.

2. Creación de los ángeles y caída de gran número de ellos.

Además del mundo visible crió Dios también un mundo invisible, el de los ángeles en el cielo. Eran todos buenos,



y vivían muy felices. Pero no todos permanecieron en este estado, porque muchos se hicieron malos.

† Muchos se envanecieron por su gran felicidad, y se levantaron contra Dios. Dijeron: "Queremos ser iguales á Dios, y poner nuestro trono sobre las estrellas de Dios." Entonces hubo en el cielo un gran combate. Miguel, y los otros ángeles que habían permanecido fieles al Señor, pelearon con los ángeles malos, cuyo caudillo fué llamado Satanás, ó el demonio. Los ángeles malos fueron vencidos y precipitados desde el cielo en el infierno.

3. Creación del primer hombre.—El Paraíso.—El primer mandamiento.—Creación de Eva.

Cuando Dios crió al hombre, dijo: "Hagamos al hombre á imagen y semejanza nuestra. Él debe enseñorearse de todos los animales y de toda la tierra." Entonces formó Dios su cuerpo del barro de la tierra, y le inspiró un alma inmortal. Y fué el primer hombre. Dios le llamó Adán, que quiere decir: hombre de tierra.

Por una gracia especial había el Señor plantado para el hombre un jardín maravilloso al cual se le llamó paraíso. En él había hermosos árboles con preciosos frutos; y en medio un árbol singular, el árbol de la ciencia del bien y del mal. Una fuente que se dividía en muchos arroyos, regaba todo

el jardín. En este paraíso de delicias puso Dios al hombre para que lo cultivase á su placer, y le dijo: *"De todos los árboles del jardín puedes comer. Pero del árbol que hay en medio del paraíso, no comerás, porque tan pronto como comieres, morirás."*

Adán estaba solo sobre la tierra. Por lo cual dijo Dios: "No es bueno que el hombre esté solo. Démosle una compañera semejante á él." Entonces infundió Dios á Adán un profundo sueño; tomando una de sus costillas formó de ella á la mujer. Cuando Adán se despertó, Dios le presentó la mujer; y Adán se alegró, y la llamó Eva, que quiere decir: madre de todos los vivientes.

Ambos vivían felices en aquel magnífico jardín; no conocían el mal, y eran por gracia especial del Señor buenos y santos. Dios conversaba con ellos tan amorosamente como un padre con sus hijos. Ellos no sufrían mal alguno, y nunca habían de morir.

4. El pecado del primer hombre.

Entre todos los animales de la tierra que Dios había criado, no había ninguno tan astuto como la serpiente. De ella se sirvió el demonio para seducir al hombre. Un día se acercó Eva al árbol prohibido, y vió á una serpiente que estaba en él. La cual comenzó á hablar y le dijo: "¿Por qué os ha prohibido Dios que comáis de todos los árboles del paraíso?" Eva contestó: "Podemos comer de todos los frutos de los árboles del paraíso; solamente del fruto de este árbol nos ha dicho Dios que no comamos; porque tan pronto como comiéremos, moriremos." Á lo que replicó la serpiente: "De ninguna manera moriríais si comiereis de él. Antes se os abrirían los ojos, y seríais iguales á Dios, y conoceríais el bien y el mal." Mientras hablaban, miraba Eva atentamente con gran curiosidad el fruto del árbol; y cuanto más lo miraba, tanto más agradable le parecía. Por último, movida de vehemente deseo tomó del fruto, y comió; después dió de él á su marido, que también comió. Así fué cometido el primer pecado.

Entonces se les abrieron los ojos; pero de un modo completamente diferente de lo que habían pensado. Porque vieron que estaban desnudos, cosa que no habían advertido antes cuando eran inocentes. Entonces llenos de vergüenza entretegieron hojas de higuera, y se hicieron ceñidores con ellas. Pronto oyeron la voz de Dios, y se escondieron llenos de angustia entre los árboles del paraíso. Pero Dios dijo: "¿Dónde estás, Adán?" Adán contestó: "He temido, Señor, porque estoy desnudo, y me he escondido." Y dijo Dios: "¿Quién te ha dicho que estás desnudo, sino el haber comido del árbol prohibido?" Adán contestó: "Eva me dió del árbol, y yo comí." Entonces dijo el Señor á la mujer: "Por qué has hecho esto?" Eva contestó: "La serpiente me engañó, y yo comí."

5. Castigo del primer pecado y promesa de un Salvador.

Dios se dirigió entonces lleno de indignación á la serpiente, y le dijo: "Por cuanto has hecho esto, serás odiada entre todos los animales de la tierra. Te arrastrarás sobre tu vientre, y



comerás tierra todos los días de tu vida. *Pondré enemistades entre ti y la mujer, y entre tu descendencia y la suya. Ella quebrantará tu cabeza, y pondrás asechanzas á su calcañar.*"

Después dijo á la mujer: "Parirás tus hijos con dolor. Estarás bajo la potestad de tu marido, y él será tu señor."

También habló á Adán, diciendo: "La tierra será maldita por causa tuya. Producirá espinas y abrojos. Con grandes fatigas sacarás de ella el alimento, y con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas á la tierra de donde saliste; porque polvo eres y en polvo te has de convertir."

Cuando Dios hubo pronunciado este castigo, dió á Adán y á su mujer túnicas de pieles. Después los expulsó del paraíso, y puso delante de él un querubín con una espada de fuego para que guardase la entrada.

6. Caín y Abel.

Adán y Eva tuvieron muchos hijos é hijas. Los primeros fueron Caín y Abel. Caín, el más fuerte de los dos, era labrador, y Abel pastor. Abel era justo; las obras de Caín eran por el contrario malas. En una ocasión ofrecían ambos hermanos sacrificios al Señor en acción de gracias por sus beneficios: Abel ofrecía los primogénitos de su ganado, y Caín frutos de la tierra. El Señor miró con agrado á Abel y á su sacrificio; pero á Caín no lo miró. Por lo cual se llenó Caín de envidia, y se encendió en cólera de tal manera que se le alteró el semblante.

Por lo cual el Señor le habló, y le dijo: "¿Por qué te enciendes en cólera, y se tuerce tu semblante? Si tú obraras bien, serías tan grato á mis ojos como tu hermano; pero obras mal, y así pronto te vendrá el castigo. Modera tu inclinación al pecado, y enseñoréate sobre ella." Caín no hizo caso del Señor, y alimentó la envidia y la cólera en su corazón. Cierto día se presentó amistosamente delante de su hermano, y le dijo: "Ven; salgamos juntos al campo." El inocente Abel fué con él sin figurarse nada malo. Cuando estuvieron en el campo, se precipitó Caín sobre su hermano Abel, y le dió muerte.

Entonces dijo el Señor á Caín: "¿Dónde está tu hermano Abel?" Y Caín contestó orgulloso: "No lo sé; ¿soy por ventura guarda de mi hermano?" El Señor le dijo: "¿Qué has hecho? La sangre de tu hermano clama á mí desde la tierra. Por lo cual serás maldito sobre la tierra, que ha abierto su boca para beber la sangre de tu hermano vertida por tus manos. Cuando la cultives, no te dará fruto. Vagabundo y fugitivo vivirás sobre la tierra."



† Caín clamó al Señor lleno de angustia y desesperación: "Mi maldad es tan grande que no puedo esperar perdón. Iré á esconderme de tu presencia, y cualquiera que me hallare, me matará." El Señor le contestó: "No será así, antes bien cualquiera que matare á Caín, lo pagará siete veces." Y puso el Señor en Caín una señal para que ninguno que le encontrase, le matara. Después salió Caín de la presencia del Señor, y vivió vagabundo y fugitivo sobre la tierra.

Abel fué figura del inocente Jesús, muerto por sus hermanos los judíos. Caín fué imagen del mismo pueblo judío, errante y esparcido por toda la tierra.

7. Multiplicación y corrupción de los primeros hombres.—El diluvio (hacia el año 2400 antes de Jesucristo).

† Adán vivió 930 años. Sus primeros descendientes también alcanzaron largos años de vida. El que alcanzó más larga vida, fué Matusalem, que vivió 969 años.—La posteridad de Adán se dividió en hijos de Dios, é hijos del mundo. Fueron llamados hijos de Dios principalmente los descendientes de Set, hijo de Adán, que Dios le había concedido en lugar de Abel. É hijos del mundo fueron llamados principalmente los descendientes de Caín. Desgraciadamente los hijos de Dios se reunieron con los hijos de los hombres, y se hicieron impíos como ellos. Entonces dijo Dios: "Los hombres no vivirán ya largo tiempo, porque son muy carnales. Todavía tendrán 120 años para enmendarse."

La maldad de los hombres era cada vez mayor sobre la tierra; todos los pensamientos de su corazón se dirigían siempre al mal. Viendo esto, dijo Dios lleno de indignación: "Yo borraré al hombre de la faz de la tierra." Mas en medio de aquella impiedad vivía un varón santo y justo. El cual halló gracia delante del Señor. Dios le dijo: "Hazte de maderas talladas un arca en forma de barco, y úntala con pez por dentro y por fuera. Trescientos codos ha de tener de largo, cincuenta de ancho, y treinta de altura. En la parte superior tendrá una ventana, y al costado una puerta; harás en ella tres pisos, uno abajo, otro en medio, y otro arriba. Pues he aquí que he de enviar un diluvio sobre la tierra, y todo lo que hay en ella, ha de morir. Mas contigo estableceré yo mi alianza. Tú entrarás con todos los tuyos en el arca, y pondrás en ella un par de cada clase de animales, y además alimento con que vivas tú y los animales."

Noé hizo todo lo que el Señor le había mandado. Cien años tardó en construir el arca á vista de todos; y durante este tiempo predicaba en alta voz á los hombres, que hicieran penitencia; pero los hombres no escuchaban su voz, y sólo pensaban en comer y beber y celebrar bodas. En-

tonces dijo el Señor á Noé: "Entra en el arca con todos los tuyos: pues dentro de siete días haré llover sobre la tierra por espacio de cuarenta días y cuarenta noches: y todos los seres que he criado serán borrados de la superficie de la tierra." Noé entró con los suyos y con los animales en el arca.



Cuando hubieron transcurrido siete días, se rompieron las fuentes del abismo, y se abrieron las cataratas del cielo, y llovió sobre la tierra por espacio de cuarenta días y cuarenta noches; y las aguas crecieron y levantaron el arca muy alto sobre la tierra. El arca sobrenadaba tranquila y segura con el auxilio del cielo. Los hombres se refugiaron llenos de angustia á las casas y treparon á los árboles y á las montañas; pero todo en vano; el agua subía cada vez más, y llegó hasta quince codos sobre las más altas montañas.

Entonces fueron destruídas todas las criaturas que vivían sobre la tierra desde el hombre hasta las bestias, tanto los



reptiles como las aves del cielo. Sólo quedó Noé, y los que estaban con él en el arca.

El arca era imagen de la Iglesia católica.

8. Sacrificio de Noé en acción de gracias.—Sus hijos.

Ciento cincuenta días permanecieron las aguas sobre la tierra. Entonces Dios se acordó de Noé, y envió un viento templado sobre la tierra; las aguas fueron descendiendo poco á poco, y finalmente descansó el arca sobre una montaña de Armenia. Pronto salieron de las aguas las cumbres de las montañas.

Noé advirtió esto con grande regocijo; pues desde el principio del diluvio habían transcurrido ya 220 días. Mas esperó todavía 40 días, pasados los cuales, abrió la ventana del arca, y soltó un cuervo, que no volvió al arca. Después de siete días soltó Noé una paloma, la cual volvió á la tarde con un ramo verde de oliva en el pico; por donde conoció Noé, lleno de alegría, que las aguas habían cesado de cubrir la tierra. Sin embargo para mayor seguridad esperó aún siete

días, al cabo de los cuales soltó otra vez la paloma, la cual esta vez ya no volvió.

Entonces dijo Dios á Noé: "Sal del arca con los tuyos y con los animales." Y Noé salió del arca con los suyos y con los animales. Lleno de agradecimiento por haberle salvado Dios tan milagrosamente, edificó con piedras un altar, y ofreció al Señor un sacrificio de todos los animales puros. El Señor se complació en esto, y puso en el cielo un magnífico



arco-iris, y bendijo á Noé y á sus hijos, y les dijo: "Quiero establecer un pacto con vosotros y con vuestra descendencia. Jamás asolará á la tierra un segundo diluvio. Mientras la tierra dure, habrá semillas y frutos, y no se interrumpirá la sucesión del verano y del invierno, del día y de la noche. Este arco que he puesto en las nubes, será la señal de mi alianza."

** Los hijos de Noé, que también salieron del arca, se llamaban Sem, Cham y Jafet. Noé cultivó la tierra con sus hijos, y plantó una viña. Como no conocía aún la fuerza del

vino, bebió mucho por vez primera; y habiéndose embriagado, echóse desnudo en medio de su tienda. Como Cham le hubiese visto, salió burlándose á decírselo á sus hermanos; pero éstos le miraron con lástima y le cubrieron con una capa. Cuando Noé despertó, y supo lo que Cham había hecho, dijo: "¡Maldito sea Cham! ¡Benditos sean Sem y Jafet!"

9. La torre de Babel.—Idolatría general.

Los descendientes de Noé se multiplicaron cada vez más, y se hicieron tan malos como habían sido los hombres antes del diluvio, y no podían vivir juntos más tiempo. Pero antes de separarse, dijeron con necio orgullo: "Hagamos una ciudad y una torre cuya cumbre llegue al cielo; y hagamos así célebre nuestro nombre." Pero Dios destruyó su loca empresa. Dijo el Señor: "Confundiré su lengua, y no se podrán entender unos á otros." Hasta entonces había una sola lengua sobre la tierra. Por lo cual abandonaron la construcción de la torre, que tomó el nombre de Babel, que quiere decir



confusión; y Dios los apartó de aquel lugar, y fueron en distintas direcciones.

* Los descendientes de Sem permanecieron en Asia; y de ellos procedió el pueblo israelita, elegido por Dios. Los descendientes de Cham se dirigieron á África en su mayor parte; y los de Jafet vinieron á poblar la Europa.

† Cuanto más se esparcían los hombres sobre la tierra, tanto más malos é impíos se volvían. En lugar de adorar á un solo verdadero Dios, se daban á la idolatría. Unos tenían por dioses al sol, á la luna y á las estrellas; otros rendían culto á hombres y animales, ó á imágenes de ellos, fabricadas por sus propias manos, de madera, piedra, plata y oro. Tenían toda clase de vicios, como falsedades, robos, impurezas, asesinatos y otros. Creían servir á sus dioses con tales vicios; y hasta les ofrecían sacrificios de víctimas humanas. Especialmente les ofrecían inocentes niños, que solían morir en medio de los más horribles tormentos.

SEGUNDO PERÍODO.

ELECCIÓN Y GRANDEZA DEL PUEBLO ISRAELITA.

I. Elección del pueblo israelita, ó sea desde Abrahán hasta Moisés (2000 á 1500 antes de Jesucristo).

10. Vocación y obediencia del Patriarca Abrahán.

Entre la multitud de hombres olvidados de Dios, vivía un varón piadoso y virtuoso. Á éste se dirigió el Señor para conservar y extender por medio de él y de su descendencia la verdadera fe y la esperanza del futuro Salvador. Este varón se llamaba Abrahán. Su Padre se había establecido con su familia en Harán en Caldea. Cuando la idolatría hubo echado raíces aun en esta familia, dijo el Señor á Abrahán: "Sal de tu patria, y de tu parentela, y de la casa de tu padre, y ven á la tierra que yo te mostraré. Y yo te haré cabeza de una nación grande, y te bendeciré, y ensalzaré tu nombre, y tú serás bendito. Y en ti serán benditas todas

las naciones de la tierra." Entonces se puso en camino Abrahán con Sara su mujer, y Lot su sobrino, y con sus siervos y siervas y ganados; y se dirigieron al país de Canaán.

† Este país á causa de su fertilidad se llamaba por excelencia la tierra en la cual corría leche y miel. Allí se apareció de nuevo el Señor á Abrahán, y le dijo: "Este país he de darte á ti y á tus descendientes." Entonces, lleno de agradecimiento, Abrahán erigió allí mismo un altar al Señor.

11. Benignidad y desinterés de Abrahán.—Melquisedec.

Abrahán tenía muchos siervos y siervas, camellos y asnos, bueyes y vacas. Lot también tenía muchos ganados, de manera que los pastos no eran suficientes para ambos. Por lo cual se suscitaban riñas entre los pastores de los ganados de Abrahán y de los de Lot. Esto era muy doloroso para el pacífico Abrahán, el cual le dijo á Lot: "No haya disputas entre nosotros, ni entre tus pastores y los míos, porque somos hermanos. Todo este país está á tu disposición: yo te suplico que nos separemos. Si tú te diriges hacia la izquierda, yo iré hacia la derecha; si tú eliges la comarca que está á la derecha, yo iré hacia la izquierda." Entonces eligió Lot la comarca más rica y más hermosa, orillas del río Jordán; y se separaron uno de otro. Lot habitó en Sodoma, y Abrahán en Hebrón.

Algún tiempo después sucedió que unos reyes extranjeros invadieron el país, y entraron á saco las ciudades de Sodoma y Gomorra, y se apoderaron de Lot y de su hacienda. Mas luego que Abrahán supo que Lot había sido hecho cautivo, persiguió con 318 siervos suyos á los reyes extranjeros; y habiendo caído de noche sobre ellos, recobró todo el botín, y libertó á Lot con todo cuanto tenía. Á su regreso salieron á su encuentro Melquisedec, rey de Salem, y el rey de Sodoma. Melquisedec ofreció en sacrificio al Señor por él y sus siervos, pan y vino; y bendijo á Abrahán diciendo: "Bendito seas, Abrahán, del Señor todopoderoso, que crió el cielo y la tierra; y bendito sea el excelso Dios, que ha puesto en



tus manos á los enemigos." El rey de Sodoma dijo entonces á Abrahán: "Entréganos á las gentes que has librado del cautiverio, y conserva las demás cosas para ti." Pero Abrahán no quiso tomar nada para sí.

Melquisedec era imagen del eterno Sacerdote Jesucristo; y su sacrificio figura del santo sacrificio de la Misa.

12. El precepto de la Circuncisión.—Fe y hospitalidad de Abrahán.

† Después de algún tiempo dijo el Señor á Abrahán: "No temas. Yo soy tu protector y tu gran galardón." Y habiéndole sacado á fuera de noche, le dijo: "Mira el cielo, y cuenta las estrellas si puedes. Pues así será tu descendencia." Abrahán creyó al Señor; y su fe reputósele por justicia.

† Cuando Abrahán tuvo 99 años, apareciósele de nuevo el Señor, y le dijo: "Yo soy el Señor todopoderoso. Camina como siervo fiel delante de mí, y sé perfecto. Ya no te llamarás Abrán—éste era su nombre hasta aquel día—, sino Abrahán, esto es, padre de muchas naciones. *Yo hago contigo*

este pacto. Te daré larga descendencia, y estaré contigo y con tu descendencia, y vosotros seréis fieles á mí. La señal de esta alianza ha de ser, que todos los niños á los ocho días de nacer sean circuncidados. En cumplimiento de esta promesa, Sara tu mujer, tendrá un hijo al cual pondrás por nombre Isaac." Abrahán creyó al Señor.

Cierto día Abrahán, sentado á la puerta de su tienda, en el mayor calor del día, á la sombra de un árbol, vió que venían no lejos de allí tres hombres extranjeros. Entonces se levantó, salió á su encuentro é, inclinándose profundamente, dijo al más próximo de ellos: "Señor, si he hallado gracia delante de tus ojos, no pases de largo: descansad—añadió dirigiéndose á los tres—un poco aquí, debajo de este árbol. Yo os traeré agua, y lavaré vuestros pies; también os daré pan con que reparéis vuestras fuerzas. Después podréis continuar vuestro camino." Entonces corrió á su tienda, llamó á Sara, y le mandó cocer panes de harina de flor; y él tomó el mejor ternero, y lo mandó aderezar prontamente. Después les presentó manteca y leche, y los panes y el ternerillo, ya aderezado. Mientras comían, permaneció Abrahán de pie, debajo del árbol, preparado á servirles. Cuando hubieron comido, antes de continuar su camino, dijo el que descollaba entre los tres hombres: "Dentro de un año volveré. Entonces Sara tendrá un hijo." Abrahán conoció que era Dios mismo en forma de peregrino acompañado de dos ángeles el que había entrado en su albergue, y se había hecho obsequiar por él.

La circuncisión era figura del santo Bautismo.

13. Destrucción de Sodoma y Gomorra.

† Abrahán acompañó á los tres mancebos extranjeros durante algún tiempo camino de Sodoma. Entonces dijo el Señor: "Los pecados de Sodoma y Gomorra aumentan más y más, y claman al cielo venganza." Abrahán, lleno de espanto, porque amaba á sus prójimos, aunque fuesen malos, permanecía en pie delante del Señor. Finalmente se atrevió á

acercarse á Él, y decirle: "¿Castigarás al justo juntamente con el impío? Si hubiera cincuenta justos en Sodoma ¿no perdonarías por amor suyo á la ciudad?" El Señor contestó: "Si encontrara cincuenta justos en Sodoma, perdonaría por amor de ellos á toda la ciudad." Y Abrahán, instando, dijo: "Ya que una vez he comenzado, hablaré á mi Señor, aunque sólo soy polvo y ceniza. Si faltasen cinco justos al número de cincuenta, ¿destruirás la ciudad?" El Señor contestó: "No la destruiré, si solamente encuentro en ella cuarenta y cinco justos." Así continuó hablando Abrahán hasta que llegó al número de diez justos. Y el Señor le prometió: "Por estos diez perdonaré á la ciudad." Entonces desapareció el Señor, y Abrahán se volvió á su tienda.

† Pero ni siquiera diez justos había en Sodoma. Por lo cual fueron á Sodoma los dos ángeles que habían estado con el Señor en casa de Abrahán, y le dijeron á Lot, que era justo: "Huye con los tuyos de esta ciudad; porque vamos á destruirla." En aquella misma noche habló Lot con los dos



jóvenes que iban á casarse con sus hijas, y les dijo: "Apresuraos y salid de aquí, pues el Señor quiere destruir la ciudad." Pero ellos creyeron que Lot hablaba por chancearse. Tan pronto como amaneció, los ángeles daban prisa á Lot diciéndole: "Sal con tu mujer y tus dos hijas, no sea que vosotros también perezcáis en el castigo de la ciudad malvada." Entonces, como Lot anduviera perezoso, los ángeles le tomaron de la mano, y también á los suyos, y los sacaron fuera de la ciudad diciéndoles: "No miréis atrás, sino apresuraos á salvaros."

† Á la salida del sol llegaba Lot apresuradamente á la próxima ciudad de Segor*. En el mismo momento hizo el Señor descender fuego y azufre sobre Sodoma y Gomorra, y ardieron estas ciudades con sus impíos habitantes; y toda la comarca quedó convertida en polvo y ceniza. La mujer de Lot miró atrás, y quedó al punto convertida en estatua de sal.

El lugar donde estuvieron las ciudades malvadas, lo ocupa ahora el Mar Muerto, que es un gran lago salobre, que exhala vapores de azufre que inficionan el aire, y obligan á huir de sus inmediaciones á toda suerte de animales. ¡Espantosa prueba de la verdad del castigo que los crímenes contra la naturaleza atrajeron sobre aquellas ciudades!

14. Nacimiento y sacrificio de Isaac.

Un año después tuvo Sara un hijo, como el Señor le había prometido. Abrahán le llamó Isaac según lo había mandado el Señor. Abrahán le quería entrañablemente.

** Pero Dios quiso probar si le amaba más que á Isaac. Cuando el niño llegó á la juventud, habló el Señor una noche á Abrahán, y le dijo: "Abrahán, toma á tu único hijo Isaac, á quien amas; llévalo al monte Moria, y ofrécemelo allí como víctima del holocausto." Abrahán no replicó siquiera: antes del alba se levantó, cortó la leña que había de servir para el sacrificio, cargóla sobre un asno, y llevó consigo á dos criados además de su hijo. Al tercer día de camino, alzando los ojos, vió á lo lejos el lugar; y dijo á sus criados: "Aguar-

* Á la orilla derecha del Mar Muerto.

dad aquí con el asno; que yo subiré con mi hijo á orar á la montaña." Tomó entonces la leña del holocausto, y cargóla sobre su hijo Isaac: él mismo llevaba en sus manos el fuego y el cuchillo. Caminando así los dos juntos, dijo Isaac á su padre: "¡Padre mío!" y él le contestó: "¿Qué quieres, hijo mío?" "Veo—dijo Isaac—el fuego y la leña: ¿dónde está la víctima del holocausto?" Á lo cual contestó Abrahán: "Dios sabrá proveerse de víctima para el sacrificio."



** Cuando hubieron llegado á la cima de la montaña, levantó Abrahán un altar de piedra, acomodó encima la leña, y habiendo atado á su hijo, púsole encima de la leña. Y extendió la mano, y tomó el cuchillo para sacrificar á su hijo, cuando de repente el ángel del Señor gritó del cielo diciendo: "Deténte, Abrahán, y no hagas daño alguno al joven: que ahora he conocido que temes al Señor, y que por su amor no hubieras perdonado ni aun á tu propio hijo." Al oir estas palabras levantó Abrahán los ojos, y vió detrás de sí á un carnero enredado por las astas en una

zarza; y habiéndole cogido, le ofreció como víctima del sacrificio en lugar de su hijo.

El ángel del Señor llamó por segunda vez desde el cielo á Abrahán, diciendo: "Por mí mismo he jurado, dice el Señor, que por cuanto tú has hecho esto, y no has perdonado á tu hijo único, yo te bendeciré, y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo, y como las arenas del mar, *y en un descendiente tuyo serán benditas todas las naciones de la tierra.*"

Isaac es en este sacrificio imagen y figura de Jesucristo.

15. Casamiento de Isaac con Rebeca.

† Viéndose Abrahán ya viejo, y que el Señor le había bendecido en todas sus cosas, pensó en casar á su hijo, antes de morir él, con una mujer temerosa de Dios. Y le dijo á Eliezer, su criado más antiguo: "Ve á mi patria, y á mi parentela, y escoge una esposa para mi hijo Isaac, que no sea de entre las hijas impías de los cananeos." Prometiólo así el criado, y tomando de todos los bienes de su señor, cargó diez camellos, y se dirigió á la ciudad de Harán, donde Nachor, hermano de Abrahán, había vivido. Cuando llegó á la ciudad, hizo descansar á los camellos fuera de la ciudad, junto á un pozo, á la caída de la tarde, hora en que acostumbraban las mujeres de la ciudad á ir allí por agua. Entonces oró en silencio: "¡Oh Dios! Sé hoy propicio á mi Señor. He aquí que las hijas de esta ciudad vendrán á sacar agua. Yo les pediré que me den de beber. La doncella que me responda: 'Bebe, y aun á tus camellos daré yo de beber', á ésa la conoceré por la que tú, ¡oh Señor! has destinado para tu siervo Isaac."

† No bien hubo terminado esta oración, pareció Rebeca, doncella honesta y hermosa. Llevaba un cántaro al hombro, con el que descendió al pozo para llenarlo. Volviendo ya, lleno el cántaro, el criado salió á su encuentro, y le dijo: "Dame un poco de agua de tu cántaro." Ella le respondió afablemente: "Bebe, señor mío." Y al punto bajó el cántaro

sobre su brazo, y le dió de beber. Luego que hubo bebido Eliezer, dijo Rebeca: "Voy también á sacar agua para tus camellos hasta que beban todos." Y vaciando el cántaro en los abrevaderos, corrió á la fuente, y sacó agua para todos los camellos. El criado la contemplaba admirado sin despegar los labios. Después que hubieron bebido todos los camellos, le regaló Eliezer unos pendientes, y unos ricos brazaletes de oro, y le preguntó: "¿De quién eres hija? Díme, si hay espacio para hospedarse en la casa de tu padre." Ella contestó: "Soy hija de Batuel, hijo de Nachor. Hay en mi casa provisión abundante de paja y forraje para los camellos, y capacidad bastante para hospedarse." Habiéndose el hombre postrado en tierra, oró al Señor diciendo: "Bendito sea Dios, que me ha guiado derechamente á la casa del hermano de mi señor."

† Entonces tomó alojamiento para sí, y buscó lugar apropósito para sus camellos; pero no quiso comer hasta que hizo presente el objeto de su misión. Después añadió: "Ahora, si queréis ser fieles y benévolos con mi amo, decídmelo; y si no queréis, decídmelo también, para que siga yo mi camino." Labán, hermano de Rebeca, y Batuel, contestaron: "Obra es ésta del Señor. Aquí tienes á Rebeca: tómala y llévala contigo." Y preguntada Rebeca por sus padres, si quería ir, dijo: "Iré." Entonces el criado se postró en tierra, y oró de nuevo al Señor. Hizo presentes á Rebeca en alhajas de oro y plata, y en ricos vestidos; y regaló igualmente á sus hermanos y á su madre. Comenzó después el convite, y comieron y bebieron llenos de alegría. Á la mañana siguiente bendijeron á Rebeca sus padres y hermanos; y ella salió de su casa, y fué la esposa de Isaac.

16. Esaú y Jacob.

Isaac y Rebeca vivieron veinte años sin tener hijos. Al cabo de este tiempo oyó Dios la oración de Isaac, y le concedió dos hijos. El primogénito se llamó Esaú, y el segundo Jacob. Esaú era muy velloso y de mucho pelo, y áspero de con-

dición. Jacob, por el contrario, era manso y de carácter apacible. Esaú se dedicó á la caza y á la labor; y Jacob eligió la vida tranquila de los pastores. Isaac amaba más al áspero Esaú, y comía con gusto de la caza que él le llevaba. Rebeca, por el contrario, prefería al manso y apacible Jacob, al cual amaba ella más porque Dios le había dicho que en una ocasión Jacob sería preferido á su hermano.

Había un día guisado Jacob un potaje en ocasión en que Esaú volvía del campo. "Dame", dijo Esaú, "ese plato de menestra roja, que estoy muy cansado y tengo hambre." Jacob le contestó: "Véndeme los derechos de primogénito." Esaú dijo entonces: "Me estoy muriendo de hambre; ¿de qué me servirá la primogenitura?" Jacob añadió: "Júramelo pues." Juróselo Esaú, y comió y bebió, y marchóse, dándosele muy poco de haber vendido sus derechos de primogénito.

** Isaac entretanto había llegado á una edad muy avanzada, y la vista vino á faltarle. Un día llamó á Esaú á su tienda, y le dijo: "¡Hijo mío! Tú ves que soy ya viejo, y no sé el día de mi muerte. Toma tu aljaba, y el arco, y sal fuera; y lo que hayas cazado, prepáramelo como tú sabes que es de mi gusto; y tráemelo para que lo coma, y te bendiga mi alma antes que yo muera." Esaú salió al punto. Rebeca había oído la conversación, y como sabedora de los designios de Dios, deseaba que los derechos de primogenitura por la bendición no recayesen en Esaú sino en Jacob. Así pues, Rebeca convenció á Jacob de que se pusiera en lugar de su hermano. Aderezó dos cabritos como si fueran fieras de caza, y poniendo á Jacob los mejores vestidos de Esaú, y cubriéndole las manos y el cuello con piel de cabrito, le envió con los manjares á su padre. Isaac preguntó: "¿Quién eres tú, hijo mío?" Jacob contestó: "Yo soy Esaú, tu primogénito, que he hecho lo que me has mandado. Come ahora, y bendíceme." Isaac dijo: "Acércate á mí para que yo te toque, y vea si eres mi hijo Esaú." Jacob se acercó, y palpándole Isaac le dijo: "La voz es de Jacob; pero las manos son de Esaú." Isaac no le conoció, y comió. Después bendijo á Jacob diciendo: "Déte Dios por medio del rocío del cielo



y de la fertilidad de la tierra abundancia de trigo y vino. Sírvante los pueblos, y adórente las generaciones. Maldito sea el que te maldiga; y el que te bendiga, sea colmado de bendiciones."

* Apenas había salido Jacob afuera, cuando llegó Esaú con la caza, y dijo: "Levántate, padre mío, y come." Atónito y como pasmado Isaac contestó: "¿Quién eres tú?" Esaú contestó: "Yo soy Esaú, tu hijo primogénito." Por esto conoció Isaac que Jacob había ido en lugar de su hermano. Entonces Esaú lloró en alta voz, y dijo: "Antes ya se alzó con mi primogenitura, y ahora de nuevo me ha robado la bendición. ¿No has reservado para mí bendición alguna, padre mío?" Como lloraba con grandes gritos, se conmovió Isaac, y le dijo: "En la fecundidad de la tierra y en el rocío del cielo será tu bendición. Vivirás de tu espada, y servirás á tu hermano; pero día llegará en que sacudirás su yugo de tu cuello."

17. Jacob huye á casa de Labán, y permanece allí con él.

* Esaú odiaba á Jacob á causa de la bendición que le había dado el padre, y dijo en lo íntimo de su corazón: "Vendrán los días del luto de mi padre, y yo mataré á mi hermano Jacob." Habiéndolo Rebeca conocido, dijo á Jacob llena de angustia: "Huye, hijo mío, á casa de mi hermano Labán, y permanece con él hasta que se pase el encono de tu hermano." Jacob emprendió al punto el viaje.

* Jacob fué sorprendido por la noche durante el camino en campo raso. Cansado del viaje, reclinó la cabeza sobre



una piedra, y se durmió. Vió en sueños una escala que descansaba en la tierra, y llegaba al cielo, y por ella subían y bajaban los ángeles del Señor. En lo más alto de la escala estaba el Señor, el cual dijo á Jacob: "Yo soy el Señor, el Dios de Abrahán y de Isaac. La tierra en que duermes, te la daré á ti y á tu posteridad; y será tu descendencia tan numerosa como los granos de polvo de la tierra; *y en uno de tus descendientes serán benditos todos los pueblos de la tierra.*" Jacob despertó lleno de admiración, y dijo: "En verdad que el Señor habita en este lugar, y yo no lo sabía. ¡Cuán terrible es este lugar! Verdaderamente ésta es la casa de Dios, y la puerta del cielo."

Luego que amaneció, tomó la piedra, y erigió como un monumento, y derramó en ella aceite en señal de estar consagrada á Dios; y llamó á aquel lugar Betel, que quiere decir casa de Dios.

Prosiguiendo Jacob su camino, llegó á un lugar donde había un pozo cubierto con una gran piedra, y cerca de él tres rebaños de ovejas sesteando. Díjoles Jacob á los pastores: "¿De dónde sois, hermanos?"—"De Harán", contestaron ellos. Y Jacob añadió: "¿Conocéis á Labán, el hijo de Batuel?" Ellos contestaron: "Muy bien le conocemos. Aquí viene ahora su hija Raquel con sus ganados." Luego que Jacob la vió, apartó prontamente la piedra que cubría el pozo para que pudiera beber el ganado, y la saludó afectuosamente. Jacob lloró de alegría, y le dijo que era hijo de

Rebeca, la hermana de su padre. Raquel corrió á llevar á su padre la noticia; y éste vino al punto, y abrazó y besó á Jacob, y se apresuró á conducirle á su propia casa.

* Jacob vivió allí veinte años, durante los cuales apacentó con fidelidad y diligencia los ganados de Labán. En cambio Labán trató de disminuir por todos los medios que pudo, la recompensa que había convenido en darle. Pero Dios bendijo á Jacob, y le enriqueció sobre manera. Jacob se había casado, y tenía muchos siervos y siervas, y ovejas, cabras, camellos y asnos.

La escala del cielo y el lugar en que Jacob tuvo esta visión, es la primera figura é imagen de la Iglesia cristiana, casa de Dios, y escala del cielo. En ella están los ángeles que llevan al cielo nuestras oraciones, y descienden á la tierra con las gracias y dones de Dios.

18. Jacob vuelve á su patria y se reconcilia con su hermano Esaú.

* Cuando Labán vió que Jacob se había enriquecido tanto, comenzó á tenerle envidia, y á mirarle con mal semblante. Entonces dijo Dios á Jacob: "Vuélvete á la tierra de tus padres, que yo seré contigo." Jacob se puso en camino, y salió de aquella tierra con todo cuanto poseía.

* Después de un largo viaje llegó felizmente al río Jordán, que era el límite del país de Canaán. Temeroso naturalmente de su hermano Esaú, envióle mensajeros que le dijeron: "Deseo hallar gracia delante de tus ojos." Los mensajeros volvieron diciéndole: "He aquí que tu hermano Esaú viene con cuatrocientos hombres contra ti." Entonces se aumentó el temor de Jacob, y oró diciendo: "Oh Dios de mis padres, que me dijiste: 'Vuelve á tu patria, que yo estaré contigo', indigno soy de todas tus misericordias y de la fidelidad con que has cumplido á tu siervo las promesas que le hiciste. Yo no llevaba más que un cayado cuando pasé el Jordán; y ahora vuelvo con dos numerosos rebaños. Líbrame de las manos de mi hermano Esaú."

* Cuando llegó la noche, se le apareció el ángel del Señor. Jacob luchó con él en la oración, y le dijo: "No te

dejaré hasta que no me hayas bendecido.” Entonces dijo el ángel: “En adelante no te llamarás Jacob, sino Israel, que quiere decir invencible.” Y le bendijo.

* Á la salida del sol vió Jacob á su hermano que venía hacia él con cuatrocientos hombres. Entonces dividió en diferentes grupos á sus hijos, y á sus siervos y siervas, y á sus ganados. Él mismo salió á su encuentro, y se postró siete veces en tierra. Pero Esaú corrió hacia él, y le abrazó, y le besó, y lloró de alegría. Cuando éste hubo visto á los niños dijo: “¿De quién son estos niños?” Y Jacob contestó: “Éstos son los hijos que el Señor me ha dado.” Y á una señal de Jacob se acercaron todos, y se inclinaron delante de Esaú. Entonces le ofreció Jacob á su hermano dos rebaños. Esaú no los quería tomar. “Yo tengo”, dijo, “muchos, hermano mío; conserva tú lo que es tuyo.” Pero Jacob insistió, y dijo: “Yo te suplico que tomes la bendición que Dios me ha concedido.” Y entonces los aceptó Esaú. Jacob siguió adelante, y lleno de agradecimiento hacia el Señor que tan graciosamente le había socorrido, volvió á Canaán, el país de su anciano padre. Isaac murió contento después de haber visto otra vez á su hijo.

19. José es vendido por sus hermanos, y conducido á tierra extranjera.

Jacob tenía doce hijos, y el mejor de ellos era José. Su padre le amaba más que á los demás hermanos, porque era muy sencillo y obediente, y mandó hacer para él una túnica de vistosos colores. Por lo cual le tuvieron envidia sus hermanos. Estando éstos en una ocasión apacentando los ganados de su padre, hicieron una mala acción. Espantado José á vista de aquella maldad, refirió á su padre lo que habían hecho sus hermanos, para que no lo volvieran á hacer. Con esto tanto se aumentó el odio que le tenían sus hermanos, que no podían hablarle sin acritud.

* José tuvo un sueño lleno de misterios, y se lo refirió á sus hermanos. “Escuchad”, les dijo, “lo que he soñado. Parecíame que estábamos atando gavillas en el campo, y que

mi gavilla se alzaba y se tenía derecha, y las vuestras por el contrario se inclinaban al rededor de la mía." Respondieron sus hermanos: "¿Por ventura quieres ser nuestro rey?" Y le tuvieron envidia y le odiaron más todavía. José tuvo además otro sueño que asimismo refirió á su padre y á sus hermanos. Díjoles: "Parecíame que el sol, la luna y once estrellas me adoraban." Por lo cual le reprendió su padre y le dijo: "¿Qué quiere significar este sueño? ¿Por ventura yo, tu madre y tus hermanos nos hemos de postrar en tierra delante de ti?" Pero su padre meditaba dentro de sí estas cosas, pensando si acaso tendría Dios destinado para grandes cosas á su amado hijo José.

En cierta ocasión habíanse alejado de la tienda de su padre los hermanos de José con sus ganados, y José había quedado en casa de su padre. Entonces le dijo el padre: "Anda y mira cómo están tus hermanos y sus ganados." José salió al punto, y fué adonde su padre le había mandado. Cuando sus hermanos le vieron venir á lo lejos, dijeron entre sí: "Aquí viene el soñador, matémosle y echémosle en una cisterna vieja, y diremos que una bestia fiera lo ha devorado; y entonces se verá de qué le aprovechan sus sueños." Oyendo esto Rubén, el mayor de los hermanos, dijo: "No manchéis vuestras manos con su sangre, sino echadle más bien en aquella cisterna." Esto lo decía para sacarle después de ella, y restituirle á su padre.

Cuando llegó José adonde estaban sus hermanos, lo desnudaron de la túnica de colores, y le arrojaron en la cisterna que en otro tiempo había servido para abrevar los ganados, pero que á la sazón, felizmente, no tenía agua. Sentados á comer, vieron venir á unos mercaderes extranjeros con sus camellos, que llevaban á Egipto todo género de mercaderías. Entonces dijo Judá á sus hermanos: "¿Qué ganamos con la muerte de nuestro hermano? Mejor es venderle, y no manchar nuestras manos, porque, al fin, hermano nuestro es." Convinieron todos en ello, y habiendo sacado á José de la cisterna, cuando llegaron los mercaderes, le vendieron en veinte siclos de plata. José lloró



y suplicó, pero en vano: los extranjeros le tomaron consigo, y le llevaron á Egipto.

Rubén no sabía nada de todo esto, pues se había separado de sus hermanos durante la comida. Cuando volvió al pozo, y vió que José no estaba allí, rasgó de dolor sus vestiduras, diciendo: "El niño no está aquí, ¿adónde iré yo ahora?" Los demás hermanos, por el contrario, permanecían indiferentes. Entonces mataron un cabrito, tiñeron en la sangre la túnica de José, y se la enviaron al padre, diciendo: "Esta túnica hemos hallado; mira si es la túnica de tu hijo." El padre, habiéndola reconocido, dijo: "La túnica de mi hijo es: una fiera ha devorado á mi hijo José." Y rasgando de dolor los vestidos, se vistió de cilicio, llorando por espacio de mucho tiempo á su hijo. Vinieron todos sus hijos, y trataron de mitigar su dolor; pero Jacob no quiso admitir consuelo alguno, y decía: "Descenderé llorando al sepulcro á unirme con mi hijo."

José era en esta historia, así como en la más importante que sigue, una imagen visible de Jesús.

20. José en casa de Putifar.

† Los mercaderes vendieron á José en Egipto á Putifar, general de las tropas del rey. Pero Dios asistía á José, y hacía llegar á feliz término todo cuanto José emprendía. Por lo cual halló gracia delante de su señor, y éste puso en sus manos todos los bienes de su casa. El Señor bendijo por amor de José la casa del egipcio, y aumentó su hacienda.

† Pasado algún tiempo hubo de sufrir José una fuerte tentación. La mujer de Putifar le indujo á una mala acción contra su señor. Pero José rechazó la tentación diciendo: "He aquí que mi señor me ha confiado todas las cosas de su casa, ¿cómo he de cometer yo una acción tan mala, y pecar contra mi Dios?" Ella, sin hacer caso de esta negativa, andaba solicitándole todos los días á pecar; pero José no la escuchaba. Estando José un día en la casa despachando cierto negocio á solas, ella le tomó de la orla de la capa, y le tentó de nuevo. Pero José huyó de la casa dejando la capa en las manos de la mujer.

† Entonces, llena de furor, llamó á sus criados y gritó: "Mirad qué hombre más malo nos ha traído mi marido á casa. Vino á mí para inducirme al mal; pero yo grité, y él huyó dejando la capa en mis manos." Cuando Putifar llegó á su casa, la mujer le mostró la capa de José y le dijo la misma falsedad. Entonces su marido, creyendo las palabras de su mujer, enojóse sobre manera, y mandó llevar al momento á la cárcel al inocente José.

21. José en la prisión.

José fué encerrado en la cárcel entre criminales. Pero el Señor tampoco le abandonó allí, y le hizo grato á los ojos del carcelero, el cual le confió el cuidado de todos los demás presos. Sucedió que el copero mayor y el panadero mayor del rey Faraón ofendieron á su señor, y fueron encerrados en la misma cárcel que José. Cierta noche tuvieron ambos un sueño, por lo cual estaban muy tristes. Cuando por la mañana vino José á ellos, y los vió tan tristes, les preguntó: "¿Por qué estáis hoy tan tristes?" Ellos contestaron:

"Hemos tenido un sueño, y no hay quien nos lo declare." Á lo que dijo José: "¿Por ventura no viene de Dios toda interpretación? Contadme, pues, lo que habéis soñado."

† El copero mayor refirió el primero su sueño: "Vi ante mis ojos una vid de donde salían tres sarmientos; la cual creció y reverdeció poco á poco, y floreció, y produjo ricos racimos. Yo tomé en mis manos la copa del rey; tomé también los racimos, y los exprimí en la copa, y se la presenté al rey." Á lo que respondió José: "Ésta es la interpretación del sueño: Los tres sarmientos significan tres días, pasados los cuales, el rey te restituirá á tu empleo anterior, y le presentarás la copa como solías hacerlo antes. Acuérdate de mí, y pide al rey que me saque de esta cárcel, porque estoy aquí sin culpa."

† Cuando el panadero mayor vió que José había interpretado el sueño, dijo á su vez: "Éste es mi sueño: Llevaba en la cabeza tres canastillos de harina. En el canastillo de encima había todo género de viandas de pastelería, y los pájaros venían y comían de él." Entonces dijo José: "Ésta es la interpretación del sueño: Los tres canastillos son tres días, después de los cuales el rey te cortará la cabeza, y te colgará en una cruz, y las aves despedazarán tu cuerpo."

† Tres días después se celebraba la fiesta del nacimiento del rey. Éste se acordó al mismo tiempo del copero mayor y del panadero mayor: al primero lo restituyó en su empleo, y se hizo servir la copa por él; y al segundo, por el contrario, lo mandó colgar en un patíbulo. El copero mayor se alegró de su buena suerte; pero no se volvió á acordar de José.

22. Elevación de José.

Dos años después tuvo Faraón un sueño. Figuróse estar en la ribera del Nilo, de cuyas aguas salían siete vacas gallardas y en extremo gordas, que se ponían á pacer la hierba de la orilla. Después salían también del río otras siete vacas feas y consumidas de flaqueza, las cuales devoraban á las lozanas y gordas. Entonces despertó Faraón.—Habiéndose

dormido de nuevo, tuvo otro sueño. Siete espigas llenas y hermosas brotaban de una misma caña, y otras tantas brotaban después menudas y quemadas, que consumían á las primeras. Entonces despertó Faraón. Cuando amaneció, mandó llamar á todos los adivinos y sabios de Egipto, y les refirió el sueño que había tenido; pero ninguno había que supiera interpretarlo.

† Entonces acordándose de José el copero mayor, dijo al rey: "En la cárcel hay un joven hebreo, que en cierta ocasión nos explicó satisfactoriamente á mí y al panadero mayor los sueños que habíamos tenido." El rey mandó que llevaran á José á su presencia.

Entonces fué José presentado al rey, el cual le dijo: "He tenido un sueño que nadie puede interpretar. He oído que tú puedes interpretarlo." Á lo que respondió José: "No seré yo, sino Dios quien responderá favorablemente al rey." Habiéndole referido el rey ambos sueños, dijo José: "Dios ha mostrado al rey lo que ha de hacer. Las siete vacas gordas y las siete espigas llenas significan siete años de abundancia; las siete vacas flacas y las espigas quemadas significan otros tantos años estériles, que han de suceder á los fértiles, y que han de consumir la abundancia de ellos, porque el hambre ha de asolar toda la comarca. Así pues, debe el rey buscar un hombre sabio y activo, y darle autoridad en Egipto. El cual haga preparativos y encierre en graneros gran cantidad de trigo en los años abundantes, y tenga de esta provisión para los siete años de hambre." Este consejo agradó sobre manera á Faraón, el cual dijo: "¿Por ventura podremos hallar un varón como éste tan lleno del espíritu de Dios? He aquí que yo te pongo sobre todo Egipto, y á tus mandatos obedecerá todo el pueblo; solamente en el trono del reino te precederé." Después sacó el anillo de su mano, y se lo puso á José; cubrióle también con un vestido de finísimo lino, y le puso alrededor del cuello un collar de oro, é hízole llevar por las calles en su segunda carroza, precedido de un heraldo que gritaba que todos hincaran ante él la rodilla, y le respetaran como á Gober-



nador de todo Egipto. Mudóle también el nombre, llamándole Salvador del mundo.

23. Los hermanos de José van á Egipto.

Vinieron los siete años abundantes, como José había predicho, por lo cual mandó éste guardar en todas las ciudades grandes cantidades de trigo, que era sobre manera abundante; pero después comenzaron los siete años estériles, y el hambre se dejó sentir por todas partes. El pueblo de Egipto pedía pan al rey, pero el rey les contestaba: "Id á José, y haced lo que él os diga." Entonces José abrió todos los graneros, y proveyó de pan á todo Egipto. Poco á poco vinieron también gentes de otros países para comprar granos.

También se dejaba sentir el hambre en la tierra de Canaán. Por lo cual dijo Jacob á sus hijos: "Id á Egipto, y comprad lo que sea necesario para que no muramos de hambre." Entonces partieron los hermanos de José; pero el menor de ellos Benjamín permaneció con su padre en la casa. "Pues podría sucederle", decía Jacob, "alguna desgracia en el camino."

Los hermanos de José llegaron felizmente á Egipto. Llevados á su presencia, se postraron profundamente en tierra ante él, á quien no conocieron. José los reconoció al punto, y acordándose de su antiguo sueño, aparentó no conocerlos, y les dijo: "¿De dónde venís? Espías sois que queréis reconocer el país." Á lo que contestaron ellos llenos de temor: "No es así, señor: hemos venido á comprar víveres; nosotros, tus siervos, somos gentes de paz, no maquinamos ningún mal. Somos doce hermanos, y venimos de la tierra de Canaán. El más pequeño está con nuestro padre, y el otro no existe ya." José dijo: "Seréis gentes de paz, pero uno de vosotros se quedará preso, mientras los demás vais á vuestro país con los víveres, y volvéis con vuestro hermano menor. De este modo probaré si es verdad lo que me habéis dicho." Entonces dijeron entre sí los hermanos de José: "Justamente padecemos esto, porque pecamos contra nuestro hermano, y viendo la angustia de su alma cuando nos rogaba, no le oímos: por eso ha venido sobre nosotros esta tribulación." Ellos creían que José no los entendía, porque hablaban con él por medio de un intérprete; pero José lo entendía todo, y apartándose de ellos, lloró. Mas, para probar si era verdadero su arrepentimiento, volvió de nuevo adonde estaban sus hermanos, y mandó atar á Simeón en su presencia. Mandó luego á sus criados que les llenasen los costales de trigo, y que volviesen á poner el dinero de cada uno de ellos en sus costales, habiéndoles dado además provisiones para el camino. Y así se hizo. Los hermanos de José cargaron el trigo en sus asnos, y volvieron á su país.

Luego que llegaron á la casa de su padre, le refirieron lo que les había sucedido. Cuando vaciaron los costales, vieron en cada uno de ellos el dinero del trigo, por lo cual quedaron admirados. Y dijo Jacob: "Vosotros me habéis dejado sin hijos: José ya no existe; Simeón se ha quedado allá preso, y todavía queréis quitarme á Benjamín. No dejaré ir á Benjamín: si le aconteciere alguna desgracia, llevaríais mis canas con dolor al sepulcro."

24. Benjamín va á Egipto.

Entretanto se habían consumido los víveres que habían traído de Egipto, y el hambre afligía en gran manera á toda la tierra. Por lo cual dijo Jacob á sus hijos: "Volved á Egipto y comprad víveres." Judá dijo entonces: "Aquel hombre nos dijo con juramento: No veréis mi rostro, si no trajereis á vuestro hermano el más pequeño con vosotros. Déjale que le llevemos para que no muramos. Yo respondo de él: si no te le trajere, seré reo de pecado contra ti en todo tiempo." Por último dijo el padre: "Si es menester, haced lo que quisiereis. Tomad de los mejores frutos de la tierra, y llevad á aquel hombre ricos presentes. Tomad también mucho dinero, y llevadle el que habéis encontrado en los costales, no sea que hubiere habido alguna equivocación. El Señor todopoderoso os haga propicio á aquel hombre para que os vuelva á vuestro hermano que está preso, y también á este mi amado Benjamín. Entretanto yo quedaré solo, sin hijos."

Los hermanos de José llegaron felizmente á Egipto con Benjamín, y con los regalos que llevaban. Luego que José vió á Benjamín con ellos, habló á su mayordomo diciéndole: "Introduce á esos hombres en la casa, y dispón un banquete, porque hoy comerán conmigo al mediodía."

* El mayordomo los llevó á la casa, y ellos temieron diciendo entre sí: "Nos han traído aquí á causa del dinero que nos llevamos la otra vez en los costales, para acusarnos falsamente y reducirnos á esclavitud." Por lo cual llegáronse en la misma puerta al mayordomo, y comenzaron á disculparse de haber hallado el dinero en los costales; pero el mayordomo les dijo: "No temáis." Y les devolvió á Simeón; y dióles pienso para sus jumentos.

Cuando José se presentó á ellos, postráronse profundamente en tierra, y le ofrecieron los presentes. José los saludó afablemente, y les dijo: "¿Vive aún vuestro anciano padre? ¿Está bueno?" Y ellos contestaron: "Nuestro padre, tu siervo, vive aún, y está bueno." Cuando José vió á Benjamín, dijo: "¿Es éste vuestro hermano menor? ¡Dios te bendiga, hijo

mío!" Y habiendo salido fuera apresuradamente lloró, porque su corazón estaba profundamente conmovido en presencia de sus hermanos, y no podía contener las lágrimas.

Después que se hubo lavado el rostro, volvió adonde estaban sus hermanos, y, reprimiéndose, dijo: "Traed los manjares." Cuando los manjares fueron presentados, sentáronse á la mesa los hermanos de José por orden de edad, los cuales estaban maravillados. Benjamín recibió cinco veces mayor porción que los demás. Y comieron, y bebieron, y estuvieron muy contentos.

25. La copa de plata de José.

* José quiso probar si sus hermanos se habían enmendado, por lo que dijo á su mayordomo cuando hubieron terminado la comida: "Llena de trigo los costales, cuanto quepa, y pon el dinero del trigo en cada uno de ellos; y en el costal del menor pon además mi copa de plata." Así lo hizo, y al día siguiente pusiéronse en camino para volver á su país. Cuando ya estaban fuera de la ciudad, llamó José al mayordomo, y le dijo: "Sal fuera, y alcanza á esos hombres, y cuando hayas llegado á ellos, díles: ¿Por qué habéis vuelto mal por bien? La copa que habéis robado, es la misma en que bebe mi señor: habéis hecho una acción muy mala."

* El mayordomo los alcanzó, y les habló como José le había mandado. Ellos contestaron llenos de temor y espanto: "¿Cómo hemos podido robar oro ó plata de la casa de tu señor? Aquel en cuyo poder fuere hallada la copa, muera, y nosotros todos seamos tus esclavos." El mayordomo dijo: "Hágase conforme á lo que habéis dicho." Al punto echaron á tierra los costales, y cada uno abrió el suyo. El mayordomo registró todos los costales desde el del mayor hasta el del más joven, y por último encontró la copa en el costal de Benjamín. Entonces ellos rasgaron sus vestiduras, y cargando de nuevo sus asnos, volvieron á la ciudad.

* Judá tomó la voz de sus hermanos, los cuales se dirigieron á José postrándose todos en tierra en su presencia.

"Por qué habéis obrado así?" les preguntó José. Judá respondió: "¿Qué hemos de decir, y qué prueba podremos presentar para justificarnos? Dios ha encontrado maldad en nosotros, y por eso nos envía este trabajo. Aquel en cuyo poder ha sido hallada la copa, y nosotros todos seamos tus esclavos." José respondió: "Lejos de mí el obrar así: sea mi esclavo aquel que ha robado la copa: los demás podéis volver libres á vuestro padre." Entonces se adelantó Judá, y refirió cuánto había costado al padre que Benjamín se apartara de su lado, y añadió: "Si ahora se quedara sin el niño, moriría, y nosotros llevaríamos sus canas con dolor al sepulcro. Yo he salido por el niño: así, sea yo tu esclavo en su lugar, y déjale á él volver á su padre con sus hermanos."

26. José se da á conocer.

José ya no podía contenerse más, y habiendo mandado salir á todos los egipcios rompió á llorar con fuertes sollozos, que se oían desde afuera, diciendo: "¡Yo soy José! ¿Vive aún mi padre?" Sus hermanos quedaron mudos de espanto y no podían proferir palabra alguna.

Pero José les dijo amorosamente: "Acercaos á mí; yo soy José vuestro hermano, á quien vendisteis. No temáis, porque por vuestra salud me envió Dios antes de vosotros á Egipto, para que tengáis ahora con qué poder vivir. No por vuestro consejo, sino por la voluntad de Dios he venido aquí; y Dios me ha hecho príncipe de todo Egipto. Apresuraos á ir á vuestro padre, y decidle: Tu hijo José te manda decir: Dios me ha hecho señor de todo Egipto; ven á mí, y no tardes. Habitarás en la parte más hermosa del país, y estarás alimentado con todos los tuyos.

** Allí te he de alimentar, porque aun quedan cinco años de hambre. Anunciad á mi padre toda mi gloria, y contadle todo lo que habéis visto en Egipto: apresuraos, y traedle conmigo."

Entonces abrazóse al cuello de Benjamín y lloró, y Benjamín también lloró. También besó á todos sus hermanos,



y lloró sobre cada uno de ellos. Después de lo cual se atrevieron á hablarle.

† Divulgóse por la corte del rey la noticia: "Los hermanos de José han venido." Alegróse entonces el rey y toda su casa. El rey dijo á José que mandara á sus hermanos que trajesen á su padre á Egipto con todo cuanto tenía. José les dió carrozas y provisiones para el viaje, y les vistió con vestiduras de fiesta; á Benjamín le dió trescientas monedas de plata, y cinco vestidos muy preciosos. Igualmente envió dinero y vestiduras para su padre, y además diez asnos cargados de toda suerte de tesoros de Egipto, é igual número de borricas con trigo y víveres para el camino.

27. Viaje de Jacob á Egipto.

Cuando los hermanos de José volvieron á su padre, le rodearon diciendo: "José, tu hijo, vive todavía, y es señor de todo Egipto." Jacob no lo quería creer hasta que sus hijos le refirieron lo que les había sucedido, y le mostra-

ron las carrozas reales y los magníficos presentes. Entonces sucedió á Jacob como si despértase de un pesado sueño, y reanimándose dijo: "Bástame que mi hijo José viva aún: iré y le veré antes que me muera." Jacob emprendió el viaje con todo lo que tenía.

** En el límite del país de Canaán ofreció á Dios un sacrificio, y el Señor le dijo en el sueño de la noche: "No temas, desciende á Egipto. De tus descendientes formaré un gran pueblo, y ellos volverán á la tierra de Canaán, y José cerrará tus ojos." Entonces continuó Jacob el viaje, y llegó á Egipto.

Judá se adelantó, y anunció á José que su padre venía, y José mandó entonces enganchar sus carrozas, y salió al encuentro de su padre. Tan pronto como José le vió, saltó de su carroza, abrazóse al cuello de su padre, y lloró de alegría en alta voz. Y dijo el padre á José: "Ahora moriré contento, pues he visto tu rostro."



** Después presentó José á su padre al rey, el cual preguntó á Jacob: "¿Cuántos son los años de tu vida?"

Y Jacob contestó: "130 son los años de mi peregrinación sobre la tierra, pocos y malos; y no han llegado á los días de mis padres en los cuales peregrinaron." Y después de haber bendecido al rey, salióse fuera. José dió posesión á su padre y á sus hermanos de la parte más fértil de Egipto en el país de Gessen, y proveyóles abundantemente de todo.

28. Últimas palabras de Jacob y de José.

Jacob vivió todavía diez y siete años en el país de Gessen. Cuando estaba próximo el día de su muerte, fué José con sus dos hijos Efraín y Manasés adonde estaba su padre. Jacob besó á los dos jóvenes, y los bendijo con estas palabras: "El ángel que me libró de todo mal desde mi juventud, os bendiga." Y á José le dijo: "Ya ves que me estoy muriendo: Dios será con vosotros, y os volverá á llevar á la tierra de vuestros padres." Después reunió á sus hijos, y á los hijos de sus hijos, y les dió su última bendición. Á Judá lo bendijo más particularmente, y le hizo esta promesa: "Judá, tu mano estará sobre el cuello de tu enemigo; y ante ti se humillarán los hijos de tu padre. *No será quitado el cetro de Judá, hasta que venga el que ha de ser enviado, en quien esperan todos los pueblos.*" Finalmente añadió: "Enterradme con mis padres en el país de Canaán." Y dichas estas palabras, murió.

† Entonces se arrojó José sobre el rostro de su padre, y lloró y le besó. Después mandó embalsamar el cuerpo de su padre. Por mandato de Faraón le lloró Egipto setenta días. Pasado el tiempo del luto, salió José con sus hermanos y los principales de la corte de Faraón, y llevó el cuerpo á la tierra de Canaán, y le sepultó en Hebrón.

† José llegó á los 110 años, y vió á los hijos de sus hijos hasta la tercera generación. Cuando se acercaba su fin, dijo á sus hermanos: "Después de mi muerte Dios os visitará, y os llevará al país que prometió á Abrahán, Isaac y Jacob: llevad mis huesos con vosotros de este lugar." Después murió, y fué embalsamado, y depositado en una caja.

29. Paciencia de Job.

† En el tiempo de los patriarcas vivía en Arabia un varón á quien Dios quiso presentar como modelo de paciencia á los hombres de todos los tiempos. Este hombre se llamaba Job. Tenía siete hijos y tres hijas, y poseía 7000 ovejas, 3000 camellos, 500 pares de bueyes, 500 asnas, y además tenía muchos criados. Por lo cual, y más aun por su gran temor de Dios y su mucha compasión para con los pobres, era grande este varón entre todos los orientales. Un día dijo el Señor á Satanás: "¿Por ventura has reparado en mi siervo Job, que no hay semejante á él en la tierra?" Satanás contestó: "¿Por ventura teme Job á Dios de balde? Tú has bendecido las obras de sus manos, y sus posesiones han crecido en la tierra. Mas extiende solamente un poco tu mano, y tómale cuanto tiene, y verás si blasfema de ti." Entonces dijo el Señor: "Mira, todo cuanto tiene está en tu mano. Solamente no extiendas tu mano contra él."

† Como un día sus hijos é hijas estuvieran reunidos comiendo y bebiendo en casa de su hermano primogénito, para celebrar el día de su nacimiento, vino á Job un mensajero, y le dijo: "Los bueyes estaban arando, y las asnas pacían cerca de ellos, y acometieron los sabeos, y se lo llevaron todo, y pasaron á cuchillo á los mozos. Sólo yo he escapado para darte la noticia." Y estando aún hablando éste, llegó otro mensajero diciendo: "Fuego del cielo cayó sobre tus ovejas y los pastores, y todo lo destruyó: solamente he escapado yo para decírtelo." No había aún terminado éste, cuando llegó un tercero, y dijo: "Los caldeos formaron tres cuadrillas, y dieron sobre los camellos, y se los llevaron, pasando á cuchillo á los mozos, y sólo yo he escapado para decírtelo." Aún hablaba éste cuando llegó el cuarto mensajero, y dijo: "Cuando tus hijos é hijas estaban comiendo en casa del primogénito, se levantó de repente un fuerte viento del desierto, y se estremecieron las cuatro esquinas de la casa, cayendo la cual, mató á todos tus hijos, y sólo escapé yo para contártelo." Entonces Job se levantó,

y rasgó de dolor sus vestiduras; pero, recobrándose al punto, se postró en tierra é hizo oración, diciendo: "El Señor me lo dió, el Señor me lo quitó: como agradó al Señor, así se ha hecho: bendito sea el nombre del Señor."

† Satanás dijo al Señor: "Todo cuanto el hombre tiene lo da al fin por su vida. Pero extiende tu mano, y toca á sus huesos y carne: entonces verás que él blasfema de ti." El Señor contestó: "He ahí, en tu mano está, mas perdona su vida." Entonces Satanás cubrió á Job de lepra desde los pies hasta la cabeza. Job se raía con una teja la podredumbre para calmar sus dolores, y estaba en un estercolero, lejos de los demás hombres por causa del contagio. Su mujer se burlaba de él en tan miserable situación, y le decía: "¿Aun sigues en tu necedad? Bendice á Dios, y muérete." Pero Job le contestaba: "Hablas como una mujer necia. Si hemos recibido los bienes de la mano del Señor, ¿por qué no hemos de aceptar también los males?" Y no pronunciaba palabra alguna mala.

† Como tres amigos de Job hubieran sabido su desgracia, llegáronse á él. Estaba tan desfigurado que no le conocieron; por lo cual clamaron y lloraron en alta voz, y rasgaron sus



vestidos, y esparcieron polvo sobre sus cabezas. Y estuvieron con él largo tiempo sin pronunciar palabra, porque veían que su dolor era muy grande. Pero cuando Job habló, quejándose de la grandeza de sus dolores, aun le proporcionaron un nuevo sufrimiento. Porque le dijeron que él sufría aquellos dolores por sus pecados; pues Dios, decían neciamente, sólo visita con penas y dolores á los impíos. Job defendió con firmeza su inocencia, y exclamó con ánimo muy entero: "He aquí que el cielo es mi testigo. Mientras me dure la vida, no hablarán mis labios cosa injusta. Aunque Dios me envíe la muerte, esperaré en Él. *Pues sé que mi Salvador vive, y que me he de levantar de la tierra en el último día, y que mi cuerpo será de nuevo vestido de piel, y que veré á mi Dios en mi carne.*"

La confianza de Job en Dios no le sirvió de oprobio, sino antes fué recompensada abundantemente en este mundo; pues poco después apartó Dios de él la enfermedad, y le dió en todas las cosas doble de lo que en tiempos felices había poseído; tuvo igualmente siete hijos y tres hijas. Todavía vivió 140 años con paz y felicidad, y conoció á los hijos de sus hijos hasta la cuarta generación.

† La heroica paciencia de Job fué una imagen viva de la divina paciencia de Jesucristo, el cual sufrió por nosotros indecibles dolores con admirable paciencia. Pensando en que había de venir, Job se sintió lleno de consuelo.

II. El pueblo de Israel desde Moisés hasta el rey David.

(1500 á 1055 antes de Jesucristo.)

30. Nacimiento de Moisés.

† Dios había prometido á los patriarcas Abrahán, Isaac y Jacob que serían padres de un gran pueblo; y esta promesa se cumplió.

Los descendientes de Jacob ó Israel llegaron á formar un gran pueblo en Egipto al cabo de dos siglos. Entretanto había subido al trono un nuevo rey; el cual dijo á los egipcios: "El pueblo de Israel es casi más grande y más fuerte que nosotros. Venid, y oprimámosle para que no se

aumente demasiado, no sea que, si se mueve guerra contra nosotros, se junte con nuestros enemigos.” Y les puso sobrestantes, que les hacían trabajar en las duras faenas de los tejares, y los oprimían en las labores del campo. Pero cuanto más oprimidos eran los israelitas, más aumentaba su número. Entonces dijo el rey Faraón: “Arrojad al río á todos los niños que nacieren de los israelitas.”

Había una madre que tenía un hijo extraordinariamente hermoso, la cual pudo tener oculto al niño por espacio de tres meses; pero no pudiendo ocultarle más tiempo tomó una canastilla de mimbres, y la calafateó con betún y pez, y puso al niño en ella, y la dejó en la orilla del río. Una hermana del niño estaba á lo lejos observando el paradero de la canastilla. Dispuso Dios que la hija de Faraón viniese en aquella ocasión á bañarse en el río. La cual, viendo la canastilla, envió por ella á una de sus criadas, y la abrió y encontró un niño pequeño llorando: “Éste es”, dijo, “un niño de los hebreos.” Entonces cobró ánimo la hermana del



niño, y acercándose á la hija del rey, le dijo: "¿Quieres que vaya y llame á una mujer hebrea para que críe al niño?" Ella contestó: "Sí, ve." Llena de alegría, fué la joven y llamó á su propia madre, á la cual le dijo la hija de Faraón: "Toma este niño, y críamelo, que yo te daré salario." La madre tomó al niño, y crióla; y cuando ya era crecido, lo llevó á la hija de Faraón, la cual lo adoptó por hijo poniéndole por nombre Moisés, que quiere decir: salvado de las aguas.

31. Moisés huye.

Moisés fué instruído en toda la sabiduría de los egipcios, y estaba dotado de prudencia y fortaleza. Cuando llegó á ser hombre, vió la opresión que sufrían los israelitas sus hermanos, la cual le llegó al corazón; y más bien quiso padecer opresión con el pueblo de Dios, que no gozar de los placeres y tesoros de los egipcios. Moisés tomó generosamente sobre sí la causa de sus hermanos oprimidos.

Cuando el rey lo supo, trató de matar á Moisés; pero éste huyó á la tierra de Madián, y se detuvo en una fuente donde precisamente las hijas de Jetró, sacerdote de Madián, quisieron abrevar los ganados. Llegaron otros pastores, y trataron de impedírselo; pero Moisés las defendió, y dió de beber á sus ovejas. Cuando aquellas se lo refirieron á su padre, les dijo éste: "Por qué habéis dejado ir á este hombre? Llamadle, que coma con nosotros." Moisés vino, y moró cuarenta años en casa de Jetró.

32. La zarza ardiendo.

Moisés apacentaba los ganados de Jetró. Habiéndose internado en una ocasión en el desierto, llegó al monte Horeb. Allí se le apareció el Señor entre llamas que salían de en medio de una zarza. Moisés se admiró porque la zarza ardía sin quemarse, y se acercó á ella. Pero el Señor le dijo: "No te acerques: desata el calzado de tus pies, pues el lugar en que estás es lugar santo. Yo soy el Dios de tus padres." Moisés cubrió su rostro, porque no se atrevía á mirar á Dios. El Señor añadió: "He visto la aflicción de mi pueblo en

Egipto, y quiero libertarlo de las manos de los egipcios, y sacarlo de esta tierra á otro país bueno y dilatado, que mana leche y miel. Ven, y te enviaré á Faraón para que saques á mi pueblo de Egipto." Moisés dijo: "¿Quién soy yo para ir á Faraón y sacar de Egipto á los israelitas?" Pero el Señor le contestó: "Yo estaré contigo."

* Moisés añadió: "Pero no me creerán, y dirán: El Señor no se te ha aparecido." Entonces le dijo el Señor: "Toma tu vara y arrójala á la tierra." Hízolo Moisés, y la vara



se convirtió en serpiente, de manera que Moisés huía de ella. El Señor le dijo: "Extiende tu mano, y coge la serpiente." Hízolo así Moisés, y la serpiente se convirtió en vara. "Haz esta señal", le mandó el Señor, "delante de los israelitas, y te creerán." Moisés replicó otra vez: "Señor, yo no soy elocuente, soy tartamudo y pesado de lengua." Pero el Señor le contestó: "Yo te inspiraré lo que has de hablar. Tu hermano Aarón es elocuente: pon mis palabras en su boca, y él hablará al pueblo por ti."

** Entonces volvió Moisés á Egipto. Por mandato del Señor salióle al encuentro Aarón, y encontrándose con Moisés en el monte Horeb, le refirió su hermano las palabras del Señor; y ambos congregaron al pueblo de Israel. Aarón repitió aquellas palabras, y Moisés hizo el prodigio con su vara; y el pueblo creyó en el Señor, y postrados le adoraron.

33. Las plagas de Egipto.

Moisés y Aarón fueron al rey Faraón, y le dijeron: "Así habla el Señor Dios de Israel: Deja ir á mi pueblo para que me ofrezca sacrificios en el desierto." Pero Faraón contestó lleno de orgullo: "¿Quién es el Señor para que yo escuche su voz? No conozco al Señor, ni dejaré ir á Israel." Aquel mismo día mandó á los sobrestantes de las obras y á los exactores del pueblo, que afligiesen más duramente que antes á los israelitas.

† Entonces dijo Dios á Moisés: "Dí á Aarón: Toma tu vara, y arrójala en tierra, que al punto se convertirá en serpiente." Moisés y Aarón fueron al rey, y Aarón arrojó su vara delante de Faraón y de sus servidores, y la vara tornóse en culebra. Faraón se espantó, pero su corazón permaneció tan duro como antes.



† Entonces dijo el Señor á Moisés: "Preséntate con Aarón mañana temprano al rey, cuando vaya á la orilla del río." Habiéndolo hecho así, Aarón levantó la vara por mandato del Señor, y tocó delante de Faraón y de sus servidores las aguas del río con ella, y al punto se convirtieron en sangre. Y murieron los peces, y el agua se corrompió, y todo fué sangre en los arroyos, pantanos y depósitos de agua de todo Egipto. Pero el corazón de Faraón no se movió.

† Pasaron siete días, y Aarón extendió sus manos sobre las aguas de Egipto; y á esta señal brotaron ranas, que cubrieron toda la tierra de Egipto. Las cuales entraron en las casas, y en los hornos de pan, y en las viandas, y en el lecho de Faraón y de sus servidores. Entonces llamó el rey á Moisés y á Aarón, y les dijo: "Pedid al Señor que quite de mí y de mi pueblo las ranas: yo dejaré salir al pueblo de Israel, para que ofrezca sacrificios al Señor." Hízolo así Moisés, y murieron las ranas de las casas, de las granjas y de los campos. Pero cuando Faraón se vió tranquilo, endureciósele de nuevo el corazón.

† Entonces hirió Aarón la tierra con su vara por mandato del Señor, y hubo cínifes en los hombres y en las bestias en todo el Egipto. Pero el corazón de Faraón permaneció duro.

† Vinieron después grandes enjambres de moscas á la casa de Faraón y de sus servidores, y todo el país se vió cubierto de ellos. Entonces se ablandó el corazón de Faraón; pero cuando Dios, á los ruegos de Moisés, mandó que se retiraran las moscas, endurecióse de nuevo el corazón de Faraón, y no dejó salir al pueblo.

† Por lo cual envió el Señor una peste que mató á los animales de Egipto; pero los animales de los israelitas quedaron ilesos.

† Después arrojó Moisés ceniza hacia el cielo por mandato de Dios, y salieron llagas y úlceras á hombres y animales.

† Después extendió Moisés su vara hacia el cielo, y el Señor hizo caer fuego y granizo, de tal magnitud como nunca se había visto en Egipto. El granizo destruyó todas las

siembras, y tronchó todos los árboles del país. Pero la tierra de Gessen, donde moraban los israelitas, quedó ilesa.

† Después de esto envió Dios un viento abrasador, y vinieron langostas, que cubrieron el suelo, y lo asolaron todo, y no quedó cosa alguna verde en los campos ni en los árboles en todo Egipto.

† Entonces extendió de nuevo Moisés las manos al cielo, y sobrevinieron por espacio de tres días tan obscuras tinieblas que no se podían ver unos á otros, y nadie se atrevía á moverse de su lugar.

34. El cordero pascual, salida de los israelitas de Egipto.

† Después de estas terribles plagas, llamó Faraón á Moisés y á Aarón, y les dijo: "Salid y ofreced sacrificios al Señor; pero vuestras ovejas y ganados mayores permanezcan aquí." Moisés contestó: "Todos los ganados saldrán con nosotros, y ni una pezuña quedará aquí." Entonces dijo Faraón, lleno de cólera: "Retírate de aquí, y guárdate de ver más mi rostro; porque tan pronto como comparecieres ante mí, morirás." Moisés contestó: "Así será como has dicho: no veré más tu rostro; pero entiende que esto dice el Señor: Pasados pocos días, á la media noche, morirán todos los primogénitos de Egipto, y se alzará tan gran clamor sobre la tierra, como no lo hubo nunca ni nunca lo habrá. Mas entre los israelitas no ladrará siquiera un perro; y de esta manera sabréis cuán milagrosamente distingue el Señor á los israelitas de los egipcios. Después nos rogaréis tú y tu pueblo que salgamos, y nosotros saldremos de aquí."

† Cuando Moisés y Aarón hubieron salido de la presencia del rey, díjoles el Señor: "Decid á todo el pueblo de Israel: Cada uno de vosotros sacrifique el día catorce de este mes por la tarde un cordero sin mancha, cuidando de no romperle ningún hueso. Con la sangre señalaréis las puertas y ventanas, y la carne asada la comeréis la misma noche con pan sin levadura. Y tendréis ceñidos vuestros lomos, y calzados vuestros pies, y en las manos el báculo; y lo comeréis apresuradamente, porque ésta es la Fase, esto

es, el paso del Señor. Y yo pasaré aquella noche por la tierra de Egipto, y mataré por medio de mi ángel á todos los primogénitos de Egipto; pero si veo la sangre en vuestras casas, pasaré de largo, y os sacaré de Egipto." Los israelitas hicieron como el Señor les había mandado.



Á la media noche hirió el Señor á todos los primogénitos de Egipto, desde el primogénito de Faraón hasta el del jornalero. Por lo cual se levantó un gran clamor en todo Egipto, porque no había casa donde no hubiera algún muerto. Entonces llamó Faraón á Moisés y á Aarón, siendo aún de noche, y les dijo: "Salid con todo vuestro pueblo, y sacrificad al Señor. Tomad vuestros ganados mayores y menores, y bendecidme antes de partir." Mas aun les urgían los egipcios á los israelitas para que salieran apresuradamente, porque, "de otra manera," decían, "moriremos todos". Entonces salieron de Egipto los israelitas, en número de 600 000 sin contar las mujeres ni los niños. Los israelitas llevaron consigo los huesos de José.

† El cordero pascual es imagen del cordero de Dios inmaculado que quiso sacrificarse en la cruz para librarnos de la muerte eterna, y que nos ofrece por alimento su propia carne y sangre en el Santísimo Sacramento del altar.

35. El paso del Mar Rojo.

Dios mismo precedía á los israelitas mostrándoles el camino que habían de seguir, de día por medio de una columna de nubes, y con una columna de fuego durante la noche. Así llegaron al Mar Rojo, y acamparon en la orilla*. Pero habiéndose arrepentido Faraón de haber dejado salir á los israelitas, fué contra ellos con carros de guerra, con caballeros y con todo su ejército, y los alcanzó en el Mar Rojo al comenzar la noche. Cuando los israelitas vieron detrás de sí á los egipcios, temieron y clamaron al Señor. Moisés les dijo: "No temáis: el Señor peleará por vosotros." Y extendió por mandato del Señor su vara sobre las aguas. De repente la columna de fuego, que hasta entonces había precedido á los israelitas, se levantó, y fué á colocarse detrás, entre ellos y los egipcios. Por la parte que miraba á los egipcios, era tan obscura que no les permitió llegar adonde estaban los israelitas: á éstos por el contrario les alumbraba durante la noche. Entonces se abrió el mar, y las aguas se detuvieron formando un muro á ambos lados; y un viento templado secó el fondo del mar, por el cual pasaron los israelitas á pie enjuto.

** Al rayar el día los egipcios, siguiendo á los israelitas, entraron en medio del mar; pero de repente cayó sobre los egipcios una espantosa tempestad, y descendieron rayos, y las ruedas de sus carros se rompieron. "Huyamos," clamaron entonces, "huyamos de Israel, porque el Señor pelea por ellos contra nosotros." Pero el Señor dijo á Moisés: "Extiende tu mano sobre el mar." Así lo hizo Moisés, y las aguas se juntaron de nuevo, y cubrieron á las carrozas y á los caballeros, y á todo el ejército de Faraón; ni uno solo quedó. Asi salvó el Señor milagrosamente en este día á

* Véase en el mapa la ruta que siguieron los israelitas hasta llegar al Mar Rojo y después en el desierto.



Israel de las manos de los egipcios. El pueblo temió al Señor, y creyó en Él y en su siervo Moisés.

† El paso á través del Mar Rojo es imagen del santo bautismo. Sólo á través de las aguas del Mar Rojo salieron los israelitas de la servidumbre de Faraón al país prometido. Del mismo modo solamente por virtud de las aguas del bautismo salimos del poder del demonio, y llegamos al cielo.

36. Los milagros de Dios en el desierto.

Moisés mandó partir á los israelitas, que entonces habían traspasado las orillas del Mar Rojo, y llegaron á un dilatado desierto, donde no había qué comer. Entonces murmuraron, diciendo: "¡Ojalá hubiéramos muerto en Egipto! Allí estábamos contentos cuando nos sentábamos junto á las ollas de carne, y comíamos pan hasta hartarnos. Tú nos has traído á este desierto para dejarnos morir de hambre." En vez de castigarlos, el Señor, lleno de bondad y compasión, dijo á Moisés: "He oído el murmurar del pueblo: díles que á la tarde tendrán carne, y por la mañana os hartaréis de pan;

y experimentaréis que yo soy el Señor vuestro Dios." Entonces cayeron por la tarde bandas de codornices en tan grande número que cubrían el suelo, y se podían coger fácilmente. Á la mañana siguiente, al quitarse el rocío, estaba cubierta la tierra en grande extensión de copos blancos como de escarcha. Cuando los israelitas vieron esto, dijeron admirados: "Man hú", que quiere decir: ¿qué es esto? Y Moisés les dijo: "Éste es el pan que os envía el Señor para que comáis. Cada uno coja lo que necesite." Hiciéronlo así



llenos de alegría, y vieron que su sabor era como de pan. Este pan, al cual llamaron maná, les alimentó por espacio de cuarenta años, hasta que llegaron á los límites de la tierra de Canaán.

Algún tiempo después, estaba el pueblo en un lugar del desierto donde no había agua. Por lo cual empezó el pueblo á murmurar contra Moisés, diciendo: "¿Por qué nos has sacado de Egipto para matarnos de sed, y á nuestros hijos y bestias?" Moisés contestó: "¿Por qué os quejáis contra

mí? ¿Por qué no confiáis en el Señor?" Después clamó al Señor diciendo: "¿Qué haré con este pueblo? De aquí á poco me apedreará." El Señor le dijo: "Toma la vara en tus manos; ve al monte Horeb; hiere con ella en la roca, y brotará agua." Moisés lo hizo así; y al punto brotó una fuente, de la que pudieron beber todos hasta apagar la sed.

† El maná que todos los días caía del cielo y alimentaba á los israelitas, representa el verdadero Pan celestial que diariamente desciende del cielo en el santo sacrificio de la misa, y alimenta al alma para la vida eterna. El torrente de agua que brotó de las rocas, significa las abundantes gracias que nos comunica Jesucristo por medio de los sacramentos que Él mismo instituyó.

37. Dios da los diez mandamientos en el monte Sinaí.

Al mes tercero después de la salida de Egipto llegaron los israelitas al monte Sinaí, y pusieron allí sus tiendas. Moisés subió á la montaña, donde se le apareció el Señor, y le dijo:

** "Esto dirás á Israel: Vosotros mismos habéis visto lo que he hecho de los egipcios, y cómo por el contrario os he asistido á vosotros. Pues, si oyereis mi voz, y guardareis mi pacto, seréis *mi pueblo escogido.*" Moisés declaró al pueblo las palabras del Señor, y todo el pueblo respondió á una voz: "Todo lo que el Señor ha dicho, lo haremos." Y habiendo subido Moisés de nuevo á la montaña, le habló otra vez el Señor:

"Ve y dí al pueblo que se santifiquen hoy y mañana, y laven sus vestiduras, y estén apercibidos para el día tercero. Pon límites al rededor del monte para que ninguno se acerque. Pero cuando comenzare á sonar la bocina, entonces suban al monte."

Al amanecer del día tercero comenzaron á oirse truenos y á verse el cielo relampaguear, y una nube muy obscura cubría todo el monte Sinaí, y toda la montaña humeaba, y ardía y temblaba. De repente resonó la bocina cada vez más fuerte, y el pueblo que estaba en los reales, temió en gran manera, y Moisés lo llevó al pie del monte para recibir á Dios. Entonces habló el Señor:

I. Yo soy el Señor tu Dios. No tendrás dioses ajenos delante de mí, ni harás para ti obra de escultura para adorarla.
II. No tomarás el nombre del Señor en vano.
III. Acuérdate de santificar el día del sábado.
IV. Honra á tu padre y á tu madre, para que vivas vida larga y feliz sobre la tierra.
V. No matarás.
VI. No fornicarás.
VII. No hurtarás.
VIII. No dirás contra tu prójimo falso testimonio.
IX. No desearás la mujer de tu prójimo.
X. No codiciarás la casa de tu prójimo, ni sus campos, ni sus siervos ó siervas, ni sus bueyes, asnos, ni cosa alguna suya.



** El pueblo estaba al pie de la montaña poseído de temor y temblor, y así clamó diciendo: "Cumpliremos todo lo que el Señor nos ha dicho." Moisés para confirmar al

pueblo en este propósito, erigió un altar en la montaña, y ofreció en él un sacrificio. Después tomó la sangre del sacrificio, y roció con ella al pueblo, diciendo: "Ésta es la sangre de la alianza que ha concertado el Señor con vosotros sobre sus mandamientos."

38. El becerro de oro.

Moisés subió de nuevo á la montaña, y allí permaneció cuarenta días y cuarenta noches, conversando con Dios. Después que hubo hablado Dios con Moisés, le dió dos tablas de piedra en que estaban escritos los diez mandamientos.

* Mas viendo el pueblo que tardaba Moisés en bajar del monte, dijeron á Aarón: "Háznos dioses como los de los egipcios, que vayan delante de nosotros, pues no sabemos qué habrá acontecido á Moisés." Para secundar los propósitos de idolatría de los israelitas, díjoles Aarón: "Tomad los zarcillos de oro de vuestras mujeres é hijas y traédmelos." Contra todo lo que era de esperar, llevéronlos los israelitas, y Aarón, no atreviéndose, por miedo culpable, á oponerse á sus deseos, fundió los zarcillos, é hizo un becerro de oro, y erigió un altar delante de él. Los israelitas le ofrecían sacrificios, y comían y bebían, jugaban y bailaban según la costumbre de los paganos.

* Entretanto descendió Moisés de la montaña con las dos tablas de la ley en la mano. Cuando oyó el tumulto del pueblo que gritaba, y vió el becerro y las danzas del pueblo, airóse en extremo, y arrojó de su mano las tablas, las cuales se rompieron. Entonces tomó el becerro, y lo quemó, y lo destruyó hasta reducirlo á polvo. Después mostró á Aarón su pecado; y dijo á los hijos de Leví: "Si estáis todavía al servicio del Señor, ceñíos las espadas, é id de puerta en puerta por medio del campamento, y matad á vuestro hermano y amigo y cercano." Así lo hicieron, muriendo en aquel día como unos 23000 hombres.

* Al siguiente día volvió Moisés á la montaña á conversar con el Señor, y le pidió con grandes instancias que perdonara al pueblo. El Señor accedió por fin á sus súplicas,

y le mandó tallar dos nuevas tablas. Así lo hizo Moisés, y el Señor escribió en ellas los diez mandamientos. Cuando Moisés descendió de la montaña con las tablas en las manos, brillaba su semblante, y resplandecía con rayos de luz, por lo cual los israelitas no se atrevían á mirarle.

39. La tienda del Tabernáculo.

† Los israelitas no tenían hasta entonces lugar determinado donde honrar á Dios, ni tampoco había sacerdocio alguno especial. Los padres de las tribus ofrecían sacrificios al Señor ya en un lugar, ya en otro. Más tarde los jefes de algunas familias ejercitaron las funciones sacerdotales. En adelante debía suceder de otra manera.

† Dios había dado muy detalladamente á Moisés preceptos relativos al servicio de Dios durante los cuarenta días que había estado en la montaña. Moisés estableció ante santa mansión para el Señor según lo permitían las circunstancias en el desierto, y dispuso detalladamente una *tienda santa*. Hízola de tablas de maderas preciosas de treinta codos de larga por diez de anchura y otros diez de altura. Revistió las tablas con oro, y las proveyó de bases de plata,



y las cubrió de cuatro preciosas coberturas. En estas coberturas, que llegaban á la parte superior dentro de lo más alto del tabernáculo, mostrábanse querubines, palmas y flores. Á la entrada puso una cortina preciosamente trabajada, y otra igual pendía del lugar donde estaba la división entre el *Sancta* y el *Sancta sanctorum.*

† En el *Sancta sanctorum* puso Moisés el arca del Señor, á la cual cubrió de oro purísimo por dentro y por fuera, y la proveyó en las cuatro esquinas de cuatro anillas de oro por donde se introducían dos barras de oro para transportarla. En ella puso las tablas de la ley, que contenían el pacto concluído con Dios, por lo cual se llamó arca de la alianza. Después cubrió el arca del oro más fino, y colocó encima por ambos lados dos querubines vueltos el uno hacia el otro, y cubriendo el arca con las alas.

† En el *Sancta* puso una mesa cubierta de oro para los doce panes de la proposición, hechos de la mejor harina, sin levadura, y para la copa del vino. También erigió un candelabro con siete brazos, cuyos mecheros se alimentaban con aceite purísimo: y un altar de los perfumes donde ardían perfumes de las más delicadas especies*.

† Al rededor de este santo tabernáculo erigió Moisés un pórtico, en donde puso el altar de los sacrificios, y la pila para lavarse los sacerdotes**. Cuando todo estuvo terminado, Moisés consagró por mandato del Señor con el óleo de la unción la tienda del tabernáculo y todos los objetos destinados al culto, y vino una nube y cubrió el tabernáculo, y brilló la majestad del Señor. El Señor asentó su trono desde entonces en el *Sancta sanctorum* sobre el arca de la alianza, entre los dos querubines; y cuando Moisés quería consultar al Señor, iba allí, y conocía la voluntad de Dios.

† El santo tabernáculo y sus preciosos objetos relativos al servicio divino son imagen clara de la Iglesia y del tesoro de gracias que encierra.

* Véase la primera lámina del nuevo testamento: Zacarías en el templo.
** Véase la lámina que sigue.

40. Orden del servicio divino.

Conforme al mandato que de Dios había recibido, dispuso Moisés, que se hicieran diferentes clases de sacrificios al Señor. Unos eran sangrientos, para los cuales eran escogidos bueyes y ovejas, cabras y palomas. Otros no sangrientos, y consistían en sacrificios de manjares, de harina delicada sin levadura, ó en libaciones, en que se ofrecía el vino. En



unos y otros se quemaba por completo la víctima en el altar cuando el sacrificio era de adoración; ó se quemaba sólo la grasa, como cosa la más excelente, cuando el sacrificio era de acción de gracias, de súplica ó de expiación, y entonces se comía lo restante de la víctima.

† Moisés estableció después las fiestas del Señor, porque el Señor le había dado esta orden: "Dí á los israelitas: Éstas son las fiestas del Señor: Celebraréis la Pascua ó la fiesta del cordero. En esta fiesta mataréis un cordero sin

mancha, y comeréis su carne; y por espacio de siete días comeréis pan sin levadura en memoria de la salida de Egipto. Siete semanas después celebraréis la fiesta de Pentecostés, la fiesta de la ley que se os ha dado en el monte Sinaí. En esta fiesta tomaréis los primeros frutos de vuestra mies, y los ofreceréis en sacrificio. Después, cuando hayáis recogido todos los frutos, celebraréis la fiesta de los Tabernáculos. Tomaréis ramos de árboles, y habitaréis debajo de los tabernáculos, y mostraréis á vuestra descendencia que yo os mantuve en tiendas en el desierto. En estas tres fiestas mostraréis en mi presencia lo mejor que tengáis. También debe ser santo y solemne para vosotros el día de la Expiación; y en él haréis penitencia. El sumo sacerdote sacrificará un buey por sus pecados, y un macho cabrío por los pecados del pueblo. Después entrará en el *Sancta sanctorum* llevando la sangre del sacrificio y el incensario de oro; é incensará la cubierta del arca de la alianza, y la rociará con la sangre, y también rociará el suelo delante del arca."



† Finalmente consagró Moisés por mandato del Señor á Aarón por sumo sacerdote, y por sacerdotes á sus hijos; y á los demás varones de la tribu de Leví dedicólos al servicio del santuario. Puso á Aarón las vestiduras santas, y especialmente la capa de oro y plata y finísimo lino trabajada artísticamente, adornadas sus orlas con granadas bordadas y con campanillas de oro; y púsole al pecho una lámina con doce piedras preciosas donde estaban grabados los nombres de las doce tribus de Israel; y también le puso la mitra con una lámina de oro purísimo, donde

estaban escritas estas palabras: "Consagrado al Señor." Por último, vertió Moisés óleo sobre su cabeza, y lo ungió. Después que Aarón hubo consagrado sacerdotes á sus hijos y á los levitas, ofreció un sacrificio al Señor, y extendió las manos sobre el pueblo y lo bendijo. Entonces salió fuego de la columna de nubes, y destruyó las víctimas que había sobre el altar. Á vista de esta maravilla la multitud se postró sobre sus rostros, y alabó al Señor.

† Todo era simbólico en las ceremonias del culto divino. La multitud de sacrificios sangrientos representa á aquel único cruento sacrificio de la cruz, por el cual fué aplacada completamente la cólera divina. Los sacrificios no sangrientos eran figura del incruento sacrificio de la misa, que perpetúa el fruto del sacrificio de la cruz, y que es al mismo tiempo sacrificio de adoración, de acción de gracias, de petición y de expiación. El sumo sacerdote representa á Jesucristo, que ofreció por sí mismo á su Padre celestial el sacrificio sangriento de la cruz, y ahora diariamente le ofrece el incruento sacrificio de la santa misa por manos del sacerdote. Y así las demás cosas.

41. Los exploradores.

† Á los dos años después de la salida de Egipto se apartaron los israelitas del monte Sinaí, y continuaron su camino. Moisés envió doce hombres, entre los que iban Josué y Caleb, para que trajeran noticias de la tierra de Canaán. Después de cuarenta días volvieron los exploradores, y mostraron al pueblo los frutos de aquella tierra: un racimo de uvas, que lo llevaban dos hombres en un palo, higos y granadas. Los exploradores decían: "El país verdaderamente mana leche y miel; pero



habítanlo fuertes moradores con grandes ciudades rodeadas de murallas. Hemos visto en ellas gigantes, y á su lado éramos nosotros como langostas." Entonces levantó el pueblo la voz, y murmuró contra Moisés y Aarón, diciendo: "¡Ojalá hubiéramos muerto en Egipto, y ojalá hubiéramos perecido en el desierto!" En vano decían Josué y Caleb, que también habían recorrido el país: "El país es bueno. No temáis á sus habitantes; pues el Señor está con nosotros." Pero la multitud clamaba cada vez más fuerte, y quería apedrearlos.

† Entonces la nube del Señor que cubría el tabernáculo, se mostró muy amenazadora; y el Señor dijo á Moisés: "¿Hasta cuándo me irritará este pueblo? ¿Hasta cuándo no me ha de creer después de tantos prodigios como he hecho delante de él? Los heriré pues, y consumiré con pestilencia; y á ti te haré caudillo de un pueblo más grande y más fuerte que éste." Pero Moisés pidió perdón al Señor, diciendo: "Perdona los pecados de este pueblo según tu gran misericordia." Y dijo el Señor: "Conforme á tu palabra los he perdonado. Pero dí á los israelitas: Vivo yo, dice el Señor: Así como habéis hablado, oyéndolo yo, así haré con vosotros. En esta soledad yacerán vuestros cadáveres. Ninguno de los que habéis murmurado contra mí, llegará á la tierra prometida fuera de Josué y de Caleb. Pero haré que lleguen vuestros hijos, los cuales andarán vagando por el desierto cuarenta años, hasta que sean consumidos los cadáveres de sus padres."

† Y en el mismo momento los exploradores que había enviado Moisés para que reconocieran el país, y que habían sido la causa de que el pueblo murmurase, fueron heridos súbitamente, y murieron.

42. Rebelión y castigo de los israelitas.

† Algún tiempo después se rebelaron contra Moisés y Aarón, movidos de ambición, 250 levitas, capitaneados por Coré, Datán y Abirón, diciendo: "Toda la multitud es de santos; ¿por qué os eleváis sobre el pueblo del Señor?" Cuando Moisés oyó esto, postróse en tierra en su presencia,

y dijo á la turba de los rebeldes: "Os ha concedido el Señor que sirváis en el tabernáculo: ¿para qué queréis usurpar el sacerdocio, y amotinaros contra el Señor? Mañana mostrará Él á los que son realmente suyos. Presentaos cada uno con su incensario, juntamente con Aarón, en la presencia del Señor."

† Al día siguiente, cuando los 250 estaban ya á la puerta del tabernáculo, los tres caudillos de la rebelión permanecían aún en sus tiendas. Moisés los mandó llamar; y



ellos contestaron: "No queremos ir." Entonces fué Moisés con Aarón á sus tiendas, y dijo al pueblo: "Apartaos de las tiendas de esos impíos, y no toquéis nada de lo que les pertenece, para que no seáis envueltos en su pecado. Si éstos mueren de muerte natural, no soy yo enviado de Dios; pero si el Señor obra un milagro, y la tierra abre su boca, y se los traga, y ellos se precipitan vivos en el infierno, entonces conoceréis que han ofendido al Señor." Apenas hubo hablado Moisés, la tierra se abrió bajo los pies de los

tres rebeldes, y se los tragó juntamente con sus tiendas y todos sus bienes, y los precipitó vivos en el infierno. Al mismo tiempo el fuego del Señor mató á los 250 hombres que ofrecían incienso en el tabernáculo.

† Para concluir en adelante con tales rebeliones, dijo el Señor á Moisés: "Toma una vara por cada uno de los caudillos de las doce tribus de Israel; y escribe en ella su nombre. Pon después las doce varas juntas en el tabernáculo. Á aquel caudillo cuya vara florezca, quiero elegir por sumo sacerdote." Moisés hizo lo que el Señor le había mandado. Cuando entró al día siguiente en la tienda del tabernáculo, vió que la vara de Aarón había reverdecido y echado flores y frutos. Entonces presentó las varas ante todos los israelitas, y cada uno de los caudillos examinó y tomó la suya. El Señor dijo después á Moisés: "Toma de nuevo la vara de Aarón, y ponla en el tabernáculo en el arca de la alianza para que sea guardada allí en señal de la rebeldía de los israelitas."

43. Duda de Moisés.—La serpiente de bronce.

** Hacia el fin de su peregrinación volvió á faltarles el agua á los israelitas, por lo cual murmuraron de nuevo contra el Señor. Entonces mandó el Señor á Moisés herir la roca, como en otra ocasión lo había hecho. Moisés obedeció: tomó la vara en el tabernáculo, y reunió al pueblo junto á la roca que estaba delante de él. Moisés dudó sin embargo un momento, y dijo á los israelitas: "¿Podremos acaso hacer salir agua para vosotros de esta roca?" Entonces levantó la mano é hirió dos veces la roca con su vara. Á la segunda vez brotó el agua con tal abundancia que pudieron hartarse hombres y bestias. Esta duda de Moisés desagradó al Señor, el cual le dijo: "Por cuanto tú no me has creído, no introducirás al pueblo en la tierra que yo les daré."

Poco después empezaron á disgustarse los israelitas de su viaje por el desierto, y murmuraron de nuevo contra el Señor, y contra Moisés. Por lo cual les envió el Señor serpientes venenosas, cuyas picaduras quemaban como fuego.

Muchos fueron mordidos, y murieron en medio de terribles dolores. Entonces el pueblo, arrepentido, dijo á Moisés: "Hemos pecado hablando contra el Señor, y contra ti: ruega que aparte de nosotros las serpientes." Moisés, cuya paciencia y amor al pueblo eran incansables, accedió á sus deseos, y pidió por ellos. Entonces le dijo el Señor: "Haz una serpiente de bronce, y ponla por señal: el que habiendo sido mordido, la mirare, vivirá." Moisés lo hizo así; y todos



los que habían sido mordidos, y miraron á la serpiente de bronce, sanaron.

† La serpiente de bronce era imagen del Salvador en la cruz, que á todos los que con fe vuelven á Él sus ojos, los libra de las venenosas mordeduras de la serpiente infernal.

44. Profecía de Balaán.

Los israelitas habían llegado á los límites de los moabitas en las cercanías del Jordán. En medio de este pueblo vivía un varón llamado Balaán, el cual adivinaba según la

costumbre de los paganos, mas, sin embargo, reconocía al verdadero Dios. Á este mandó llamar el rey de los moabitas, por nombre Balac, y le dijo: "Un pueblo numeroso ha venido de Egipto, y ha acampado delante de mí. Ven, y maldícelo." Pero el Señor se apareció á Balaán por la noche, y le dijo: "Ve, y no hagas sino lo que yo te mandaré." Entonces fué Balaán adonde estaba el rey.

El rey llevó á Balaán á tres diferentes montañas desde donde se divisaba el campamento de Israel, y pensó que Balaán maldeciría á los israelitas, según él quería; pero el Señor inspiró á Balaán que los bendijera. Balaán dijo entonces al rey: "¿Cómo he de maldecir á quien Dios no maldice? ¿Cómo he de detestar á quien Dios no detesta? He sido traído para bendecir, y no puedo estorbar la bendición." Después bendijo repetidas veces á los hijos de Israel, y profetizó: "Yo le veo, pero no ahora: le contemplo, pero no de cerca. *Una estrella se levanta de Jacob: un cetro reina en Israel.*" Al oir estas palabras, exclamó Balac: "Para maldecir á mis enemigos te he llamado, no para bendecirlos: vete, pues, por donde has venido." Balaán regresó entonces á su lugar.

45. Últimas amonestaciones y muerte de Moisés.

† Habiendo llegado el día en que Moisés había de separarse de su pueblo, díjole el Señor: "Pon tu mano sobre Josué á presencia de todo el pueblo, para que éste le obedezca en lo sucesivo." Así lo hizo Moisés, y dijo al pueblo: "He aquí que debo morir, y no pasaré el Jordán. Pero vosotros sí lo pasaréis, y tomaréis posesión de ese hermoso país. Guardaos de olvidar jamás la alianza que habéis hecho con el Señor vuestro Dios. Amad al Señor con todo vuestro corazón, con toda vuestra alma y con todas vuestras fuerzas. Acordaos del camino que por espacio de cuarenta años habéis seguido á través del desierto, en el cual os ha alimentado el Señor, y os ha guiado como un padre á sus hijos. Retened en vuestro corazón todas sus palabras, y meditadlas con vuestros hijos cuando os halléis en vuestras casas, y cuando vayáis de camino, al acostaros y al levan-

taros. Cumplid los mandamientos del Señor, y serán benditas vuestras casas y vuestros campos, y bendito el fruto de vuestra tierra y de vuestros animales y benditos vosotros mismos, cuando entréis y cuando salgáis. Pero si no escucháis la voz del Señor, caerán sobre vosotros maldiciones en todas vuestras cosas. Al cielo y á la tierra pongo por testigo, que os propongo para que elijáis bendiciones ó maldiciones, vida ó muerte. Así pues, elegid la vida para vosotros y para vuestra posteridad."

** Todavía dió Moisés al pueblo esta promesa: *"Un profeta como yo os suscitará el Señor, al cual oiréis."* Después bendijo á todo el pueblo, y subió al monte Nebo, donde le mostró el Señor el país de Canaán, diciéndole: "Ésta es la tierra que he prometido á Abrahán, á Isaac y á Jacob: con tus mismos ojos la ves, pero no llegarás á ella." El magnífico aspecto del país encantó á Moisés, y llenóle de alegría. Dió gracias al Señor por la felicidad que tenía preparada para su pueblo; y después murió tranquila y dulcemente. El pueblo le lloró por espacio de treinta días.

† Moisés fué, según sus propias palabras, imagen del sumo profeta Jesucristo. Á semejanza de Él, Moisés anunció la ley de Dios, y confirmó su divina misión con milagros, profecías y una vida santa. En su vida hay mucha semejanza con la vida del Salvador. Siendo niño, pudo librarse como Jesús de la muerte que había decretado contra todos los israelitas un rey cruel; estando en el desierto, fué llamado y enviado por Dios, que se le mostró milagrosamente; fué fortalecido milagrosamente también; fundó una alianza mediante los sacrificios sangrientos; y así en las otras cosas.

46. **Entrada en la tierra de promisión** (hacia los años de 1450 antes de Jesucristo).

** Después de la muerte de Moisés, dijo el Señor á Josué: "Ve, y pasa el Jordán. Como estaba yo con Moisés, así estaré contigo." Entonces se dirigió el pueblo al Jordán, precediendo los sacerdotes que llevaban el arca de la alianza. Cuando entraron en el Jordán, que venía crecido á la sazón, las aguas que estaban á la parte superior, detuvieron su curso formando una como muralla, y las que estaban por

la parte inferior siguieron corriendo hasta el Mar Muerto. Y todo el pueblo pasó á pie enjuto por el lecho del río, acampando cerca de Jericó, donde celebraron la fiesta de Pascua. Allí comieron de los frutos del país, y ya no volvió á llover maná.

* Era Jericó ciudad fuerte con murallas muy bien dispuestas, por lo cual desesperaba el pueblo de apoderarse de ella. Pero el Señor dijo á Josué: "Id todos los hombres de guerra por espacio de seis días al rededor de la ciudad una



vez cada día. Al séptimo día daréis siete vueltas al rededor de la ciudad. Irán los sacerdotes delante del arca de la alianza, y, cuando tocaren las trompetas, todo el pueblo levantará el grito fuertemente, y entonces se precipitarán, arrancándose de sus cimientos, las murallas de la ciudad. Josué hizo lo que el Señor le había mandado; y por espacio de seis días dió vuelta el pueblo al rededor de la ciudad. Al séptimo día, cuando los sacerdotes daban la séptima vuelta, sonando las trompetas, dijo Josué á todo Israel:

"Levantad el grito, que el Señor os ha entregado la ciudad." Y así, levantando el grito todo el pueblo, y sonando las trompetas, cayeron los muros en el mismo punto; y los israelitas se apoderaron fácilmente de la ciudad.

* Después de muchos y muy heroicos combates se fué apoderando poco á poco Josué de todo el país, el cual dividió en suertes entre las doce tribus, que formaban los descendientes de los doce hijos de Jacob*. Así se cumplió al pie de la letra la promesa que el Señor había hecho á los padres de las tribus de Israel.

La tierra de promisión, y la conquista de ella por medio de la fuerza, son imagen de la felicidad del cielo, al cual hemos de llegar trabajosamente, venciéndonos, después de atravesar el desierto de esta vida.

47. Institución de los Jueces.—Gedeón.

† Mientras vivieron los israelitas que habían crecido en el desierto, y que habían visto las maravillas que el Señor había obrado con Moisés y con Josué, sirvió Israel al Señor. Pero la nueva generación, contra el mandato del Señor, contrajo alianzas matrimoniales con los pueblos paganos que por todas partes eran sus vecinos, y cayó en los vicios y en la idolatría. Y el Señor los castigó entregándolos en las manos de sus enemigos. Este castigo cesaba cuando volvían, siquiera por poco tiempo, al conocimiento y servicio de Dios. Así vivieron los israelitas por espacio de muchos siglos fluctuando entre el servicio y el olvido y menosprecio de Dios. Tan pronto como se apartaban de Dios, eran sometidos á pueblos extranjeros; pero si se volvían á Él, eran salvados de las manos de sus opresores, y dirigidos en el servicio de Dios por hombres piadosos que el Señor suscitaba. Entre estos varones, llamados *jueces,* se contaron Barac, Jepté y Sansón, que estaba dotado de una fuerza milagrosa. Pero el más célebre fué Gedeón.

† Era Gedeón hijo de obscuros padres, y vivió en el tiempo en que los israelitas, en castigo de sus vicios, esta-

* Solamente la tribu sacerdotal de Leví no recibió parte alguna, pero vivía de las ofrendas de las demás tribus. La tribu de José recibió dos partes, una correspondiente á la descendencia de Manasés, y otra á la de Efraín.

ban sometidos al poder de los madianitas. Venían éstos en tiempo de la recolección, y destruían las mieses, verdes aún. Una de las veces que vinieron, los israelitas pidieron auxilio al Señor, y Dios envió un ángel á Gedeón, hallándose éste en casa de su padre limpiando y sacudiendo el trigo en el lagar para esconderlo de los madianitas. El ángel le dijo: "El Señor es contigo, que eres el más fucrte de los hombres. Vé, y salva á Israel de las manos de los madianitas." Gedeón contestó: "¿Cómo podré, Señor mío, salvar yo á Israel? Mi familia es la última de Manasés, y yo el último en la casa de mi padre." El ángel añadió: "Yo estaré contigo, y tú derrotarás á los madianitas como si fueran un solo hombre."

† Poco después pasaron el Jordán los madianitas con un ejército innumerable, y acamparon en una dilatada llanura. Entonces vino sobre Gedeón el espíritu del Señor: Gedeón convocó á los israelitas, y se reunieron en torno suyo como unos 32 000 hombres. Pero el Señor dijo á Gedeón: "Tienes demasiada gente contigo, por lo cual no caerán en tus manos los madianitas; pues podrían vanagloriarse los israelitas diciendo: 'Nos hemos salvado á nosotros con nuestras propias fuerzas.' Haz pregonar en el ejército este bando: ,El que sea cobarde, que se vuelva.'" Y se volvieron 22 000 hombres, y sólo quedaron 10 000. Entonces dijo el Señor de nuevo: "Este pueblo es aún muy numeroso: llévalos á las aguas, y á los que beban con la mano, sepáralos de los que se encorven y doblen la rodilla para beber." Y solamente hubo 300 hombres que bebieron con la mano sin echarse en tierra, pues no querían perder tiempo; y los demás bebieron dobladas las rodillas. Y dijo el Señor: "Con solos estos 300 hombres salvaré á Israel: los demás vuélvanse á su lugar."

† Entonces Gedeón despidió á todos los demás, y quedóse con los 300 hombres, á los que dividió en tres grupos. Cuando llegó la media noche, dió á cada soldado una trompa y un cántaro vacío con una antorcha encendida dentro, y les dijo: "Mirad lo que yo haga, y hacedlo vosotros también." Se acercaron silenciosamente al campo de los enemigos, que



estaban profundamente dormidos, y se situaron al rededor de él. Gedeón entró en el campamento, y sonó la trompeta, y rompiendo al cántaro apareció la antorcha encendida, y gritó: "La espada del Señor y de Gedeón." Sus soldados hicieron al momento lo mismo. Entonces se movió gran confusión en el campamento de los enemigos, los cuales, dando gritos y aullidos, huyeron y sacaron las espadas unos contra otros. Cuando los hombres de las tribus vecinas supieron la victoria de los suyos, se levantaron como un solo hombre, y cortaron la retirada á los madianitas, de suerte que de 150 000 que habían salido de su país, sólo volvieron 15 000. Israel se mantuvo en paz después por espacio de muchos años.

48. Amor de Ruth á su suegra.

† En el tiempo en que los jueces regían á Israel, se dejó sentir una gran hambre en toda la comarca. Por lo cual salió de Belén un hombre con su mujer, y con sus dos hijos, y se dirigieron al país de Moab. El hombre se llamaba Elimelec, y la mujer Noemi. Después que hubieron habitado allí largo tiempo, murió Elimelec; y diez años después murieron sus dos hijos, que habían tomado mujeres moabitas. Entonces salió de aquella tierra Noemi para volverse á su patria; y sus nueras, llamadas Orfa y Ruth, la acompañaron.

† Cuando ya estaban muy lejos de su país, les dijo Noemi: "Volved á vuestro país: el Señor tenga compasión de vosotras como vosotras la habéis tenido de mí y de mis hijos." Entonces comenzaron ellas á llorar en alta voz, y dijeron: "Nosotras queremos ir contigo á tu país." Pero Noemi replicó: "Volveos, hijas mías: ¿por qué queréis venir conmigo? Soy pobre, y vuestra necesidad me causaría mayor dolor." Entonces lloraron ellas más todavía; pero Orfa se dejó convencer, y despidiéndose de Noemi, se volvió á su país. Ruth, por el contrario, permaneció con ella, y le dijo: "Adonde tú vayas, allí iré yo; en donde tú vivas, viviré; tu pueblo será mi pueblo; tu Dios será mi Dios; en la tierra donde tú seas sepultada, allí quiero yo morir." Entonces Noemi ya no se opuso, y continuaron juntas el viaje á Belén.



† Cuando llegaron á Belén, comenzaba á espigarse al cebada. Entonces dijo Ruth á Noemi: "¿Quieres que salga al campo, y recoja las espigas que dejan atrás los segadores?" Noemi le contestó: "Vé, hija mía." Dios dispuso que fuera Ruth á recoger las espigas á un campo de un hombre rico, llamado Booz, que era pariente de Elimelec. Durante el día vino el mismo Booz al campo á ver á los segadores, y les dijo: "El Señor sea con vosotros." Y ellos respondieron: "El Señor te bendiga." Pero cuando vió á Ruth, preguntó: "¿De quién es esta muchacha?" Y le contestaron: "Es Ruth, la moabita, que ha venido con Noemi: pidió que la dejaran recoger las espigas siguiendo los pasos de los segadores, y desde la mañana hasta ahora se está en el campo, y ni por un momento se ha vuelto á su casa."

† Entonces dijo Booz á Ruth: "Oye, hija mía: incorpórate con mis criadas, y donde ellas sieguen, síguelas; he

mandado á mis criados que ninguno te inquiete; y si tienes sed, véte al hato, y bebe del agua que beben mis criados." Ella se inclinó profundamente, y dijo: "¿De dónde á mí la dicha de haber hallado gracia delante de tus ojos, siendo una mujer extranjera?" Él le contestó: "Me han contado todas las cosas que hiciste con tu suegra después de la muerte de tu marido: el Señor te lo premie." Y le añadió: "Cuando sea la hora de comer, ven y come con nosotros, y moja tu pan en el vinagre." Sentóse pues al lado de los segadores, y comió de lo que había sido preparado, y recogió las sobras. Después estuvo espigando hasta que vino la tarde. Booz había dicho á sus criados: "Echad algunas espigas de vuestras gavillas, y dejadlas en el campo para que ella las recoja sin rubor."

† Cuando á la tarde golpeó ella con una vara las espigas, halló que tenía cerca de tres medidas de cebada. Llevólas á Noemi, y también lo que había sobrado de la comida. Á la mañana siguiente, y todos los días volvió Ruth con las criadas de Booz, hasta que las mieses estuvieron recogidas en los graneros.

† Algún tiempo después dijo Booz á Ruth: "Hija mía, toda la ciudad sabe que eres mujer virtuosa." Y la tomó por mujer. Dios bendijo esta unión dándoles un hijo al cual llamaron Obed. Éste fué padre de Isaí, padre de David, de donde procede el linaje del Salvador.

49. Samuel.—Los hijos malos de Helí.

Por el tiempo en que era juez el sumo sacerdote Helí, vivían dos piadosos esposos llamados Elcana y Ana. Ana no tenía hijos, por lo cual estaba muy triste. Entonces fué ella á la tienda del Señor que estaba en Silo, y le pidió con muchas lágrimas, que oyera sus votos, diciendo: "Señor de los ejércitos, si te acordares de mí y me quieres conceder un hijo, yo te lo consagraré por todos los días de su vida." El Señor oyó su oración, y le dió un hijo, al cual llamó Samuel, que quiere decir consagrado al Señor. Cuando el niño tuvo tres años, llevóle á Helí en Silo, para que sirviera al Señor en



el tabernáculo. Samuel sirvió al Señor, y creció, y fué agradable á los ojos de Dios y á los ojos de los hombres.

** Helí tenía dos hijos, Ofni y Fineés, los cuales eran muy malos, é impedían los sacrificios al Señor; pues cuando alguno iba á Silo á ofrecer sacrificios al Señor, metían en la marmita el tenedor de tres dientes, mientras aun se cocía la carne destinada al sacrificio, y tomaban carne para sí; y asimismo tomaban violentamente la carne cruda antes que la grasa fuera ofrecida al Señor, y se quemara en el altar. Helí sabía esto, y conocía también otras maldades que cometían en el santuario. Por lo cual les reprendió con palabras suaves; pero el anciano sacerdote no los castigó como ellos merecían.

** Aconteció que una noche, estando Helí dormido en el pabellón del tabernáculo, y Samuel cerca de él, llamó el Señor diciendo: "¡Samuel, Samuel!" Éste creyó que Helí lo llamaba, y levantándose prontamente, fué corriendo á donde estaba Helí, y le dijo: "Aquí estoy." Helí le dijo: "Yo no te he llamado: vuélvete y duerme." Entonces el Señor vol-

vióle á llamar. Levantóse Samuel, y fué á Helí, y le dijo: "Aquí estoy, pues me has llamado." Pero Helí le volvió á decir: "Ve, hijo mío, y duérmete, que no te he llamado." Por tercera vez llamó el Señor á Samuel. Cuando Samuel volvió á donde Helí estaba, conoció éste que era el Señor quien llamaba al joven, y dijo á Samuel: "Anda y duerme, y si después te llamare, responde tú: Habla, Señor, que tu siervo oye." Cuando Samuel dormía de nuevo, llamóle el Señor como antes: "¡Samuel, Samuel!" Y Samuel contestó: "Habla, Señor, que tu siervo oye." Entonces dijo el Señor á Samuel: "No está lejano el día en que he de castigar á Helí y á sus hijos: Helí sabía que sus hijos cometían maldades, y no los ha castigado." Á la mañana siguiente llamó Helí á Samuel, y le dijo: "¿Qué te ha hablado el Señor? Yo te ruego que no me lo ocultes." Samuel le manifestó todas las palabras del Señor, y nada le ocultó. Entonces dijo Helí: "Él es el Señor: haga lo que sea agradable á sus ojos."

** Algunos años después sucedió que, habiendo apostatado otra vez los israelitas, fueron oprimidos por los filisteos, los cuales presentaron batalla á Israel. Apenas había comenzado el combate, volvieron las espaldas los israelitas, y huyeron á sus campamentos, muriendo como unos 4000 hombres. Entonces dijeron los ancianos de Israel: "Traigamos en medio de nosotros el arca de la alianza, para que nos salve de la mano de nuestros enemigos." Enviáronlo, pues, á decir á Silo, y los dos hijos de Helí condujeron al campamento el arca de la alianza. Los filisteos renovaron el combate con doble empuje, y derrotaron de nuevo á los israelitas, matando á 30 000, y entre ellos á los hijos de Helí, y apoderándose del arca de la alianza. Cuando Helí oyó la noticia de esta desgracia, cayó de espaldas de la silla en que estaba sentado, y se rompió la nuca, y murió.

* Los filisteos tomaron el arca de la alianza, y la llevaron al templo de su dios Dagón. Á la mañana siguiente vieron que Dagón yacía postrado en tierra delante del arca de la alianza. El Señor castigó á los filisteos con diferentes plagas. Infestáronse de ratones los campos, y en las ciu-

dades y aldeas enfermaron y murieron muchas personas. Llenos de espanto los filisteos, dijeron: "El arca del Señor no debe permanecer entre nosotros, porque trae la ruina sobre nosotros." Y pusieron el arca en un carro, al cual unieron dos vacas. Éstas tomaron el camino de Betsamés; y así volvió el arca de la alianza á la tierra de los israelitas.

* Entretanto Samuel había llegado á ser juez en lugar de Helí. Habiendo convocado al pueblo, les reprendió sus delitos, y les dijo: "Si os convertís al Señor con todo vuestro corazón, Él os salvará de las manos de los filisteos." Y ayunó el pueblo, y confesaron sus pecados diciendo: "Nosotros hemos pecado contra el Señor." Por lo cual se compadeció el Señor de ellos, y les concedió una victoria tan completa que en muchos años no se atrevieron los filisteos á pasar las fronteras de Israel.

50. Los reyes. Saúl. (1095 antes de Jesucristo.)

Habiendo llegado Samuel á la vejez, dijeron los ancianos de Israel: "Pon un rey sobre nosotros, como lo tienen todos los pueblos." Esto desagradó á Samuel, porque quería que sólo Dios fuera el rey de Israel; pero Dios le dijo: "Accede á sus deseos; mas anúnciales los derechos que el rey ha de ejercitar sobre ellos." Por aquel tiempo vino á Samuel un hombre de la tribu de Benjamín, llamado Saúl, el cual era hermoso y valiente, y excedía en estatura á todo el pueblo desde el hombro arriba. Tan pronto como le vió Samuel, díjole á éste el Señor: "Éste es el hombre á quien has de ungir por príncipe de mi pueblo." Entonces Samuel, tomando óleo, lo derramó sobre la cabeza de Saúl, y le dijo: "He aquí que el Señor te ha ungido por príncipe de su pueblo." Y lo presentó al pueblo diciendo estas palabras: "Bien veis al que ha elegido el Señor, y que no hay semejante á él en todo el pueblo." Y clamó todo el pueblo diciendo: "¡Viva el rey!"

** El Señor estaba con Saúl, y le dió la victoria sobre los enemigos de Israel. En cierta ocasión dijo Samuel á Saúl: "He aquí cómo habla el Señor de los ejércitos: Registrado

tengo cuanto hicieron los amalecitas contra Israel, cómo se le opusieron en el camino cuando venían de Egipto. Ve pues ahora, y destruye á los amalecitas; pero no tomes para ti cosa alguna suya." Saúl reunió un ejército, y destruyó á los amalecitas; pero no hizo caso de la palabra del Señor, sino que tomó para sí los mejores ganados. También se erigió lleno de orgullo un arco de triunfo. Entonces salió Samuel al encuentro de Saúl, y le dijo indignado: "¿Qué voz de ganados es ésta que resuena en mis oídos?" Saúl intentó excusarse diciendo: "He perdonado á las mejores ovejas y vacas para sacrificarlas al Señor." Pero Samuel repuso: "¿Quiere por ventura el Señor holocaustos y víctimas, ó bien que se obedezca á su voz? Por cuanto has desechado la voz del Señor, el Señor te ha desechado á ti para que no seas rey sobre Israel."

51. David pastor.

Samuel había amado entrañablemente al rey Saúl, por lo cual se dolió mucho de que el Señor lo hubiera desechado. Entonces le dijo el Señor: "¿Hasta cuándo has de llorar á Saúl? Hinche el cuerno con aceite, y ve á Isaí en Belén, pues yo he elegido rey á uno de sus hijos." Samuel fué á Belén, y ofreció al Señor un sacrificio, al cual convidó á Isaí y á sus hijos. El hijo mayor fué el primero que se presentó, y al ver Samuel su noble aire y gallarda presencia, dijo para sí: "Éste será el ungido del Señor." Pero el Señor le dijo: "No mires su presencia y estatura. No le he elegido á él, porque yo no juzgo por lo que parece á los ojos de los hombres." Entonces Isaí le presentó sus otros seis hijos; pero Samuel dijo: "Á ninguno de éstos ha escogido el Señor. ¿Son



éstos por ventura todos tus hijos?" Isaí contestó: "Aun queda David el menor, que está apacentando las ovejas." Samuel dijo entonces: "Envía por él, y tráelo." Cuando llegó David, dijo el Señor: "Levántate y úngelo, porque él es." Entonces tomó Samuel el cuerno del óleo, y ungió á David en presencia de sus hermanos; y el espíritu de Dios vino desde aquel mismo día sobre David.

** Mas el espíritu del Señor se retiró de Saúl, y un mal espíritu se apoderó de él, y le atormentaba por permisión de Dios. Cuando lo advirtieron los siervos de Saúl, le dijeron: "Nosotros buscaremos á alguno que sepa tocar el arpa, y toque delante de ti para que tengas algún alivio." Uno de ellos añadió: "Yo conozco al hijo menor de Isaí, que es muy diestro en tocar el arpa, y es además muy gallardo y prudente en sus palabras." Así vino David á Saúl. Éste pronto llegó á amarle tiernamente, y le tomó por escudero. Cuando Saúl era atormentado por el espíritu malo, tañía David el arpa, y Saúl se sentía mejor.

52. Combate de David con el gigante Goliat.

** Los filisteos habían salido al campo contra los israelitas. Ambos ejércitos habían acampado en dos montañas, una frente á otra. Entonces salió del campamento de los filisteos un gigante llamado Goliat, el cual no sólo era de mayor estatura que los demás hombres, sino también de extraordinaria fuerza. Llevaba en la cabeza un yelmo de bronce, y estaba vestido de una pesadísima coraza de escamas de bronce. En sus piernas tenía botas de bronce, y su espalda también estaba cubierta con un escudo del mismo metal. El asta de su lanza era como un árbol. Este gigante se presentó ante las filas de Israel diciendo: "Escoged entre vosotros alguno que salga á combatir cuerpo á cuerpo. Si me matare, seremos vuestros siervos: pero, si yo le matare á él, vosotros seréis siervos nuestros." Y cuando se volvía á los suyos decía: "Hoy he insultado á los escuadrones de Israel." Y así continuó cuarenta días por mañana y tarde; y Saúl y todos los israelitas tenían gran miedo.

** Habiendo ido á la guerra los tres hermanos mayores de David, regresó éste de la corte de Saúl á su casa. Entonces díjole su padre Isaí: "Ve al campamento donde están tus hermanos, y mira lo que allí sucede." David salió, y fué adonde estaban sus hermanos. Aun estaba hablando con ellos, cuando salió Goliat del campamento de los filisteos, y burlóse de nuevo de los israelitas. Entonces dijo David: "¿Quién es este filisteo que se atreve á insultar á los escuadrones del Dios vivo?" Llegó entonces á Saúl, y le dijo: "Ninguno desmaye por causa de él: yo, tu siervo, iré, y pelearé contra el filisteo." Y dijo Saúl: "Tú no puedes pelear contra el filisteo, porque eres demasiado joven, y él, por el contrario, es un hombre guerrero desde su juventud." David contestó: "Apacentaba yo los ganados de mi padre, y venía un león ó un oso, y arrebataba un carnero de la manada; yo iba tras ellos y les quitaba la presa de entre los dientes; y ellos se volvían contra mí, pero yo los asía de las quijadas y los mataba. Iré pues ahora, y quitaré el oprobio del pueblo. El Señor que me ha librado de los leones y de los osos, me salvará ahora de las manos de este filisteo." Entonces dijo Saúl: "Ve, y el Señor sea contigo."

** Saúl puso á David sus ropas, y le dió su yelmo de bronce, y le revistió de su coraza; pero David no podía andar con esta armadura, porque no estaba acostumbrado á llevarla. Por lo cual se despojó de ella, tomó su vara y eligió cinco piedras lisas del arroyo, echólas en su alforja de pastor, proveyóse de su honda, y salió contra el filisteo. Al verle éste llegar, le dijo con desprecio: "¿Soy yo por ventura algún perro para que vengas á mí con un palo? Acércate á mí, y daré tu carne á las aves del cielo y á los animales de la tierra." Pero David contestó: "Tú tienes para combatir contra mí espada, lanza y escudo; yo, por el contrario, voy á ti en nombre del Señor de los ejércitos, á quien hoy has insultado." Cuando el filisteo se hubo acercado, tomando David una piedra de su zurrón, la arrojó con la honda, é hirió con ella al filisteo en la frente con tal fuerza que éste dió con el cuerpo en tierra boca abajo.



Entonces se llegó David al filisteo, sacóle la espada de la vaina, y le cortó la cabeza. Cuando vieron los filisteos que el más fuerte de los suyos era muerto, huyeron; y los israelitas fueron en su persecución, y mataron á muchos, y entraron á saco en el campamento de ellos.

53. Amor de Jonatás y odio de Saúl á David.

** Cuando Saúl volvía con David, salieron á su encuentro las mujeres de todas las ciudades de Israel con panderos y sonajas, cantando de esta suerte: "Hirió Saúl á mil, y David á diez mil." Irritóse entonces Saúl, y no miró á David con buenos ojos. Al día siguiente vino el mal espíritu sobre Saúl; y como David tocara el arpa en su presencia, Saúl le arrojó una lanza que tenía en la mano, para clavarlo en la pared; pero David evitó el golpe. Algún tiempo después Saúl le dió mil hombres, y le prometió á su hija Michol, si mataba á cien filisteos. De esta suerte creyó deshacerse de él entregándolo en las manos de los filisteos; pero David mató á doscientos, y fué querido de todo el pueblo.

† Saúl concibió la sospecha de que David pensaba arrebatarle el trono; por lo cual cada día era mayor su encono

contra él. Ciego de odio, mandó á su hijo Jonatás y á todos sus siervos, que dieran muerte á David; pero Jonatás, que amaba tiernamente á David, y había estrechado con él íntima amistad, dió aviso al inocente perseguido, y cuando halló ocasión propicia, habló á su padre diciéndole: "No peques, oh rey, contra David; pues él no ha pecado contra ti, y sus obras te son muy propicias. ¿Por qué quieres pecar contra una sangre inocente?" Aplacado Saúl, juró diciendo: "Vive el Señor, que no se le quitará la vida." Jonatás llevó entonces á David á la presencia de Saúl; y David estuvo cerca de él como antes.

† Movióse de nuevo guerra, y David salió contra los filisteos y los destrozó. Entonces vino otra vez el mal espíritu sobre Saúl; y éste dirigió contra David otro golpe con la lanza, pero David hurtó el cuerpo, y huyó. Algún tiempo después, Saúl se encolerizó contra su hijo Jonatás porque había vuelto á hablarle en favor de David. Díjole Saúl: "Sé que amas al hijo de Isaí para vergüenza é ignominia tuya, porque mientras viva, no estarás seguro tú ni tu reino. Así, manda á buscarlo, y tráemelo aquí, porque es hijo de muerte." Jonatás contestó: "¿Por qué ha de morir? ¿Qué ha hecho?" Entonces cogió Saúl su lanza para matar al mismo Jonatás: pero éste evitó el peligro huyendo rápidamente. Entonces conoció Jonatás claramente que su padre tenía decidido matar á David; por lo cual fué al lugar donde David estaba escondido, y le dijo que no volviera más adonde estuviera Saúl. Y se besaron y lloraron juntos; y Jonatás dijo: "Vete en paz, y dure siempre la amistad que nos hemos jurado en el nombre del Señor."

54. Amor magnánimo de David.

† No hallándose David seguro en parte alguna, huyó á las montañas de Judá. Por todas partes le amenazaban peligros de muerte; pero David no desesperaba, antes recibía consuelo con este pensamiento: "Quien está bajo la protección del Todopoderoso, vive seguro y nada tiene que temer." Dios premió la confianza que había puesto en Él, pues no

sólo le libró de las persecuciones de Saúl, sino aun puso en sus manos la vida de su perseguidor, para probar de esta manera la virtud de David. De esta prueba salió David gloriosamente.

† Informado Saúl de que David estaba oculto en una montaña, salió con 3000 hombres para perseguirlo. Cuando David lo supo, vino secretamente al lugar donde Saúl había fijado sus tiendas. Estando dormidos los centinelas del campamento, se introdujeron en él David y Abisai, y vieron á Saúl, que dormía en su tienda. Abner, general de las tropas, estaba también dormido, y lo mismo el ejército al rededor de la tienda de Saúl. Entonces dijo Abisai á David: "Hoy ha puesto el Señor en tus manos á tu enemigo: yo le coseré con la lanza en el suelo, de manera que no haya menester segundo golpe." Pero David dijo: "No lo mates: pues ¿quién extenderá sus manos contra el ungido del Señor, que permanezca sin pecado?" Toma la lanza que está á su cabecera, y su copa, y vámonos." Así lo hizo sin que nadie lo advirtiese. Cuando David se salió del campamento, y llegó á la montaña, llamó á Abner diciendo: "¿Por qué no has guardado á tu señor? He aquí dónde está la lanza y la copa del rey." Saúl, que había también despertado á las voces, dijo: "¿No es ésta tu voz, hijo mío David?" Y David contestó: "Yo soy, rey mío y señor mío. ¿Por qué persigues á tu siervo? ¿Qué mal he hecho contra ti?" Entonces conoció Saúl su injusticia, y dijo: "He pecado: vuelve David, hijo mío; en adelante no te haré daño. Bendito seas, hijo mío David." Y partieron juntos en paz.



** Poco tiempo después vinieron á las manos los israelitas y los filisteos en los montes de Gelboé. Saúl fué á la batalla temeroso y lleno de inquietud, porque sabía que Dios le había abandonado. Muchos israelitas murieron á manos de los filisteos, entre ellos Jonatás, y otros dos hijos de Saúl. Finalmente el mismo Saúl, que peleaba con valor extraordinario, fué gravemente herido por una flecha enemiga. Los filisteos le rodearon por todas partes, y quisieron hacerle prisionero; pero Saúl en su desesperación se atravesó con su misma espada.

† David quedó entonces libre de su mortal enemigo. Cuando supo la noticia de la muerte de Saúl, sólo pensó en sus buenas cualidades. Poseído de dolor, rasgó sus vestiduras, y lloró, diciendo: "Montes de Gelboé, no caiga lluvia ni rocío sobre vosotros. Porque los héroes han perecido en el combate. Saúl y Jonatás, amables y de buen parecer en su vida, que conducían juntos al pueblo, en la muerte tampoco se separaron. Duélome sobre ti, hermano mío Jonatás. Como una madre ama á su único hijo, así te amaba yo á ti."

III. Grandeza del pueblo de Israel, ó sea desde David hasta Roboán. (1055 á 975 antes de Jesucristo.)

55. El piadoso rey David.—Su solicitud en el servicio del Señor.

Elegido rey por el pueblo, después de la muerte de Saúl, David fijó su asiento en Jerusalén. Pronto se hizo célebre su nombre en largas y dilatadas comarcas, porque era valiente, y tenía á sus órdenes treinta héroes, que llevaban á cabo grandes proezas. Pero más glorioso fué aún su reinado por la solicitud que empleó en el bien de sus súbditos. Porque estaba animado de íntimo temor de Dios, ejercitó en todo su pueblo el derecho y la justicia, y se rodeó de con sejeros que le ayudaron á gobernar justa y sabiamente. Aun más celoso fué todavía en promover el culto de Dios.

** Al lado mismo de Jerusalén había una gran montaña, llamada de Sión. En esta montaña mandó David erigir un

magnífico tabernáculo para el arca de la alianza. Cuando ya estuvo concluído, mandó trasladarla allí, haciéndose una solemne procesión. Además de innumerable multitud de pueblo, iban en la procesión los príncipes de Israel, vestidos de púrpura, los sacerdotes con sus más preciosas vestiduras, y un número como de tres mil hombres armados. Delante y detrás del arca iban tocando arpas y cítaras, tambores y sistros, trompetas y címbalos. El mismo rey David precedía á los sacerdotes tocando el arpa.



† David cantaba: "¿Quién, Señor, habitará en tu tabernáculo? ¿ó quién morará en tu monte santo? El que camina sin mancilla, y hace obras de justicia; el que habla verdad en su corazón; el que no trató engaño con su lengua, ni mal á su prójimo, y no admitió la afrenta contra su prójimo; el que no dió dinero á usura, y no tomó dones contra el inocente: el que hace estas cosas jamás será conmovido."

† Á cada seis pasos que daban los levitas que conducían el arca, David sacrificaba al Señor un buey y un carnero;

pero mayor sacrificio hizo aún cuando fué colocada el arca en el tabernáculo. David dividió en doce órdenes á los sacerdotes, los cuales debían alternar por suerte en el servicio del tabernáculo. También distribuyó á todos los levitas de un modo semejante. De entre ellos eligió 4000 cantores que alternasen tocando todo género de instrumentos músicos, y cantando cánticos sagrados en alabanza del Señor.

56. Profecías de David acerca del Salvador.

David compuso aún en los tiempos en que era pastor, santas canciones ó salmos para glorificar á Dios, y en todo obró conforme á la divina voluntad. Por lo cual le bendijo el Señor, y no sólo le ayudó á llevar felizmente á cabo todas sus empresas, sino le hizo además esta promesa: *"Yo te daré una descendencia cuyo trono durará eternamente, la cual contemplará en mí á su padre, y yo la tendré como á mi hijo."*

† El Señor le dió además el don de profecía. He aquí las más notables profecías de David acerca del Salvador y de su santa Iglesia.

"Tú eres mi hijo, hoy te he engendrado. Pídeme, y te daré á los gentiles por heredad; y tu propiedad llegará hasta los confines de la tierra."

"En los días de Él nacerá la justicia y la abundancia de la paz. *Delante de Él se postrarán los reyes de Etiopia; los reyes de Tarsis y las islas le ofrecerán dones, y los reyes de Arabia y de Sabá le traerán presentes."*

"Gusano soy y no hombre: oprobio de los hombres y desecho de la plebe. *Todos los que me veían, hacían burla de mí y meneaban la cabeza.* Las bandas de malvados me rodearon. *Horadaron mis manos y mis pies, y contaron todos mis huesos. Se repartieron mis vestiduras, y sobre mi túnica echaron suertes."*

"Tú, oh Señor, no dejarás mi alma en el reino de los muertos, y tu santo no verá la corrupción."

"Alzaos, puertas eternas, para que entre el rey de la gloria. *Oh tú, que subes á las alturas, llevando cautiva á la misma cautividad, tus manos están llenas de dones que re-*

partes con los hombres. Alabad al Señor, alabad á Dios, que sube y se eleva sobre los cielos de los cielos."

"Dijo el Señor á mi Señor: *Siéntate á mi derecha,* hasta que yo ponga á tus enemigos por peana de tus pies. Juró el Señor, y no se arrepentirá: *Tú eres sacerdote eternamente según el orden de Melquisedec.*"

David, tronco de donde procede el Salvador, que es llamado el hijo de David, es imagen del mismo Salvador en su nacimiento, en su vida oculta, en los trabajos que sufrió en su juventud, en sus victorias sobre los enemigos del pueblo de Dios, y además como rey y como profeta.

57. Rebelión y castigo de Absalón.

* Desgraciadamente David no tuvo prudencia bastante á pesar de su virtud, y cometió dos graves pecados. Sedujo á la mujer de Urías, y cometió adulterio con ella; y al mismo Urías le hizo perecer en la guerra. Por lo cual le envió el Señor al profeta Natán, el cual le reprendió su pecado. David confesó arrepentido su culpa diciendo: "He pecado contra el Señor." El profeta le dijo: "El Señor te ha perdonado tu pecado; pero tu hijo menor morirá." Á este castigo temporal añadió el Señor otros varios; los cuales sufrió David con resignación, é hizo voluntariamente grande penitencia.

* El más terrible castigo que sufrió David, le vino de su mal aconsejado hijo Absalón. Era éste el hombre de mejor aspecto que había en todo Israel, pues desde los pies á la cabeza no tenía defecto alguno. Sobre todo era notable por su larga cabellera. Para llamar la atención se hizo carros y reunió gente de á pie y de á caballo, y 50 hombres que fuesen delante de él. Todas las mañanas se ponía Absalón á la puerta del palacio del rey, y cuando alguno venía á pedir justicia al tribunal del rey, le preguntaba amistosamente sobre su negocio, y después le decía: "Tu causa es justa y buena, mas para oirte no hay persona alguna diputada por el rey. Si yo fuera juez sobre la tierra, yo juzgaría á todos según justicia." Si el que llegaba, movido por

tan favorable acogida, quería echarse á sus pies, él le daba la mano, y abrazándole le besaba. Con estas astucias iba ganándose cada día más el corazón de los israelitas.

* Cuando ya los creyó seguros, fué un día á presencia del rey, su padre, y le dijo: "Iré y cumpliré en Hebrón los votos que tengo hechos al Señor." El rey le contestó sin desconfianza alguna: "Ve en paz." Absalón envió emisarios á todas las tribus de Israel diciendo: "Luego que oigáis el sonido de la trompeta, decid: Absalón reina en Hebrón." De esta manera surgió una gran rebelión; el pueblo ciego corría por todas partes á unirse á Absalón. Cuando David fué advertido de lo que pasaba, dijo á sus criados: "Huyamos, no caiga Absalón sobre nosotros, y perezca la ciudad con nosotros." David salió con sus criados de Jerusalén, pasó el torrente Cedrón, y subió al monte de las Olivas llorando, con los pies desnudos, y cubierta la cabeza. Cuando hubo huído David más lejos, le salió al encuentro un hombre de la casa de Saúl, llamado Semei, el cual le arrojaba piedras, y le insultaba diciendo: "Sal de esta tierra, vete, hombre sanguinario." Entonces Abisai, indignado á vista de tan gran maldad, dijo á David: "¿Por qué huye el rey mi señor de este hombre sin vergüenza? Iré y le cortaré la cabeza." Pero el rey David contestó mansamente: "Déjale maldecir: acaso el Señor mire mi dolor, y me dé bienes en cambio de estas maldiciones."

* David pasó con sus gentes el Jordán, y Absalón fué en pos de él. Entonces llamó David á su ejército á la batalla, y dijo: "Yo iré con vosotros." Pero sus guerreros le contestaron: "Tú no debes, oh rey, salir con nosotros; pues aunque la mitad de nosotros muera, no quedarán muy satisfechos, porque tú solo vales tanto como diez mil." Entonces el rey no salió, pero mandó á Joab, y á los demás capitanes, dándoles este encargo: "Conservadme al joven Absalón." Dióse la batalla en un gran bosque; el ejército de Absalón fué derrotado, y él mismo huyó montado en una mula, la cual, al pasar por bajo de una encina muy copuda, dejó á Absalón prendido por los cabellos, siguiendo ella



su camino velozmente. Este caso lo vió un soldado, y se lo dijo á Joab, el cual, tomando tres venablos, corrió á la encina donde estaba colgado Absalón, y los lanzó, uno tras otro, contra su ingrato pecho. Estando todavía vivo Absalón, pendiente de la encina, llegaron los escuderos de Joab, y le acabaron de matar. Después arrojaron el cadáver á una profunda fosa, y le pusieron encima una gran piedra.

* Un mensajero llevó á David la noticia del éxito de la batalla. David preguntó: "¿Y mi hijo, cómo está?" El mensajero contestó: "Como á él, así suceda á todos los enemigos de mi rey." Entonces David se entristeció sobre manera, y lloró diciendo: "¡Oh hijo mío Absalón! ¡oh Absalón, hijo mío!" Cuando David volvió á Jerusalén, todo el pueblo salió á recibirle, y le llevó en triunfo á la ciudad.

David presenta gran semejanza con Jesús en el paso del torrente Cedrón al monte de las Olivas, en su magnanimidad con los que le perseguían, y se burlaban de él; finalmente en su entrada triunfal en la ciudad del Señor.

58. Últimas exhortaciones de David, y su muerte.

† David tenía treinta años cuando subió al trono de Israel, y gobernó por espacio de cuarenta, hasta el tiempo de su muerte. Antes de morir convocó á los príncipes y varones ilustres de Israel, y les dijo: "Escuchadme, hermanos míos y pueblo mío. Yo pensé edificar una casa para el Señor, y he reunido todo lo necesario para construirla; pero Dios me dijo: 'Tú no me edificarás el templo, porque eres hombre de guerra, y has derramado sangre; pero Salomón, tu hijo,

edificará mi casa; y yo afirmaré su reino para siempre, si persevera en la observancia de los mandamientos.' Así yo os exhorto ahora á guardar los mandamientos del Señor, y tú, hijo mío, conoce al Dios de tu padre, y sírvele con buen ánimo; porque el Señor escudriña los corazones y penetra todos los pensamientos de los hombres. Si buscares al Señor, le hallarás; pero si te olvidares de él, él te abandonará por toda la eternidad."

† Después dió David á su hijo oro y plata para todos los vasos sagrados, y el plano del templo y la distribución interior que habían de tener sus diversas estancias; y le dijo: "Así lo ha escrito en mi corazón la mano del Señor. Edifica pues el templo, y el Señor será contigo."

† Después dijo David á todos los circunstantes: "La obra es grande, porque no es á un hombre á quien se dispone morada, sino la morada es para Dios. He allegado con todas mis fuerzas los recursos necesarios para la casa de mi Dios: oro y plata para los vasos sagrados, bronce, hierro y maderas y toda suerte de piedras preciosas, y mármoles en abundancia. Llenad vosotros también de dones vuestras manos, y ofrecedlos al Señor." Los príncipes y el pueblo ofrecieron entonces presentes con alegría en el corazón para la obra de la casa del Señor. Por lo cual se regocijó David en gran manera, y dijo: "Bendito eres, oh Señor Dios de Israel, por eternidad de eternidades. Tuyas son todas las cosas; y lo que de tu mano hemos recibido, te lo damos. Señor, conserva siempre esta buena voluntad de su corazón, y dure siempre en ellos la fidelidad en tu santo servicio. Da también á mi hijo Salomón un corazón perfecto para que guarde tus mandamientos." Dicho lo cual, murió tranquilamente el rey David.

59. Oración de Salomón.—Su sabio juicio.

* Después de la muerte de David subió al trono su hijo Salomón, el cual amó al Señor, y siguió los mandatos de su padre. Estando durmiendo una noche, se le apareció el Señor, y le dijo: "Pídeme lo que quisieres." Salomón con-

testó: "Has hecho, oh Señor, rey á tu siervo; y yo no soy sino un joven débil, y sin experiencia. Dame, pues, un corazón dócil, para que pueda juzgar con justicia á tu pueblo, y discernir lo bueno de lo malo." Esta petición agradó mucho al Señor, el cual le dijo: "Por cuanto has pedido esto, y no has deseado larga vida, ni riquezas, ni la ruina de tus enemigos, sino solamente la sabiduría, haré según tu palabra, y te daré un corazón sabio y prudente, de manera que ni antes ni después de ti tengas semejante. También te daré lo que no has pedido: honores y riquezas; y si observas mis mandamientos como tu padre, te concederé además larga vida."

† Poco después vinieron á Salomón dos mujeres para que juzgase de una contienda que entre sí tenían, pues todo el mundo podía llegarse hasta el trono del rey. Decía una de las mujeres: "Esta mujer y yo vivíamos solas en una casa. Cada una de nosotras tenía un hijo pequeño. El de esta mujer murió, porque ella lo ahogó estando dormida. Entonces en



el silencio de la noche vino á mí, y poniendo en mi seno, mientras yo dormía, el niño ya muerto, tomó el mío que estaba vivo, y se lo llevó consigo. Cuando amaneció, ví muerto á mi hijo; pero habiéndole examinado cuidadosamente á la luz, advertí que no era el mío." La otra mujer decía: "No es así como tú dices: el muerto es tu hijo, y el mío el vivo." "Mientes," decía la primera, "pues mi hijo vive, y el tuyo murió." Así disputaban ambas mujeres en presencia del rey, el cual dijo: "Traed una espada." Cuando la hubieron traído, dijo: "Dividid el niño vivo en dos partes, y dad la mitad á cada una de estas mujeres." Al oir tales palabras, la madre del niño vivo gritó, llena de angustia, diciendo: "Ruégote ¡oh señor! que le déis á ella el niño vivo, y no le matéis." Pero la otra, en cambio, decía: "No sea para una ni para otra este niño, sino divídase." Entonces dijo el rey: "Dad á aquella mujer el niño vivo, porque ella es su madre." Este juicio fué conocido en todo Israel, y todos temieron al rey, viendo que había recibido de Dios el don de la sabiduría.

60. Proverbios de Salomón.

Salomón mostró la sabiduría que Dios le había concedido, en los hermosos proverbios que han llegado hasta nosotros. He aquí algunos de los más bellos:

"El necio va derecho á la ruina, y el orgullo precede á su caída."

"Quien con sabios se junta, llegará á ser sabio; el amigo del necio, será semejante á su amigo. Si los pecadores te halagan, aparta tu pie de su camino, pues sus pies caminan hacia la maldad. Mas en vano se tiende la red ante los ojos de los pájaros voladores."

"Quien guarda su boca y su lengua, guarda su alma de angustias. El mucho hablar no corre libre de pecado. Una palabra dicha á tiempo es, por el contrario, como una manzana de oro en una copa de plata."

"El Señor aborrece los labios mentirosos, mas agrádanle las buenas obras."

"El que su propia maldad oculta, recibirá el castigo; pero el que la confiesa, y se enmienda, alcanzará misericordia."

"Muy pequeña es la hormiga, y no obstante es más sabia que los sabios. Mira ¡oh perezoso! y considera su camino, y aprende la sabiduría. La hormiga no tiene guía, ni maestro, ni señor, y, sin embargo, conduce en el verano el grano, y en el estío allega sus provisiones."

"El ánimo tranquilo es principio constante de alegría. Más vale poco ganado con justicia que mucho injustamente adquirido."

"Ser compasivo y hacer bien agrada al Señor más que ofrecerle sacrificios. El que se compadece de los pobres, escribe lo que da en el libro del Señor, y en su tiempo tendrá la paga."

"El justo extiende su solicitud aún á sus mismos animales; pero el corazón del impío es cruel."

"Como el carbón encendido y la leña al fuego, así inflama la contradicción al hombre colérico. La palabra blanda desarma la ira."

"Si tu enemigo padece hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber; con eso amontonarás ascuas ardientes *(de caridad)* sobre su cabeza, y el Señor te dará el premio."

61. Erección y consagración del templo.

** Al cuarto año de su reinado empezó Salomón á construir en Jerusalén, en el monte Moria, un templo al Señor. Tenía 10 000 operarios en el Líbano, empleados en cortar cedros y pinos; 70 000 hombres llevaban los materiales, y 80 000 tallaban las piedras del templo; sin contar 3300 que dirigían á los operarios. Á este empleo de fuerzas correspondían la grandeza y magnificencia de la casa del Señor, construída por el mismo plan del tabernáculo, y cuya magnificencia excedía á cuanto hasta entonces se había conocido. Tenía 60 codos de largo, 20 de ancho, y 30 de alto, sin contar los pórticos que le rodeaban, y los dos grandes pabellones para los sacerdotes y el pueblo. El interior de los muros era de madera de cedro, con querubines, palmas y otros adornos

tan bien modelados que parecían salirse de los muros. Todos los objetos santos, entre los que se contaban 10 mesas y candelabros, y cien tazas, eran de oro purísimo. La parte del templo llamado *Santo,* y el lugar del *Santo de los santos* estaban rodeados de planchas de oro hasta en su asiento, sujetas con clavos de oro también. Cuando después de siete años hubo concluído Salomón el templo, reunió á los ancianos y príncipes de las tribus de Israel para conducir al templo, en solemne procesión, el arca de la alianza desde el lugar donde antes estaba.

† Los cuales precedían al arca, ofreciendo en sacrificio tal número de ovejas y carneros, que no se podían contar ni apreciar. Los levitas tocaban los címbalos, las arpas y cítaras, y 120 sacerdotes tocaban las trompetas. Y todos levantaban su voz, que era oída desde muy lejos, cantando: "Bendecid al Señor, porque es bueno, porque su misericordia es para siempre." Cuando el arca llegó al templo, los sacerdotes la introdujeron en el Santo de los santos, y de re-



pente una nube llenó la casa del Señor. Salomón cayó de rodillas ante el altar de los sacrificios, y extendió las manos al cielo, diciendo: "¡Oh Señor Dios de Israel! No hay semejante á ti ni en el cielo ni en la tierra. Si el cielo y los cielos de los cielos no pueden abarcarte, ¡cuánto menos este templo que yo he levantado! Helo construído en la esperanza de que oirás tú en él especialmente la oración de los tuyos. Al que ore siempre en este lugar, el Señor le escuchará, y le será propicio."

† Cuando Salomón terminó su oración, descendió fuego del cielo y consumió los sacrificios. Entonces se postraron los israelitas con el rostro en tierra, y oraron al Señor; después se retiraron á sus casas, con el corazón lleno de alegría. El Señor se apareció otra vez á Salomón, y le dijo: "He oído tu oración: he santificado este templo, y mis ojos y mi corazón observarán en todo tiempo á los que vengan á orar en él."

El templo de Salomón con toda su grandeza y magnificencia era solamente una imagen imperfecta de nuestros templos, en los cuales el mismo Hombre-Dios, Jesucristo, está presente bajo los accidentes de pan, y derrama sobre nosotros sus más ricos tesoros de gracia. ¡Con qué respeto y alegría debemos estar nosotros en ellos!

62. Magnificencia de Salomón.—Su muerte.

Además del templo Salomón edificó para sí un palacio de indescriptible magnificencia. Su trono estaba todo cubierto de márfil y oro. Tenía seis gradas, y en ellas había doce leones de oro. Mandó hacer quinientos escudos de oro batido, y los colgó en su palacio. Del mismo metal eran los vasos, las mesas y los demás objetos de su palacio, pues la plata era poco estimada en su tiempo, porque sus barcos le llevaban en abundancia preciosidades de todo género de nobles metales. Fundó muchas ciudades, y embelleció y fortificó á Jerusalén, de manera que excedía con gran ventaja á todas las ciudades de aquel tiempo. Dominó desde el río Eufrates hasta las fronteras de Egipto. Tuvo paz con todos los pueblos de sus fronteras; y todos vivían felices sin temor alguno en

sus heredades. Reyes y pueblos, remotos ó próximos, le atestiguaban su respeto y le enviaban presentes. La reina de Sabá vino de muy lejanos países á admirar su magnificencia y escuchar su sabiduría. Así excedió Salomón en poder y sabiduría á todos los reyes de la tierra.

* Tan glorioso como fué el principio y el medio del reinado de Salomón, así fué triste su fin. Cuando ya era viejo pervirtieron su corazón las mujeres paganas, y por causa de ellas llegó hasta adorar dioses ajenos, á los cuales edificó templos. Por lo cual díjole el Señor indignado: "Por cuanto tú has hecho esto, quitaré el reino á tus hijos, y se lo daré á uno de tus siervos. Pero dejaré á tus hijos dos tribus por amor de David tu padre." Desde entonces comenzaron los trastornos y las rebeliones, porque el rey Salomón en su ceguedad oprimía duramente á sus súbditos. En medio de estas aflicciones murió el rey Salomón.

TERCER PERÍODO.

DECADENCIA Y RUINA DEL PUEBLO DE ISRAEL,

ó sea desde Roboán hasta Cristo. (975 antes de Jesucristo hasta 1.)

63. División del reino.

** Á la muerte de Salomón fué todo el pueblo á Roboán, hijo de Salomón, y le dijo: "Tu padre nos ha impuesto muy dura servidumbre: libértanos de este pesado yugo, y nosotros te serviremos." Roboán contestó: "Volved al cabo de tres días." Entre tanto consultó á los ancianos que habían aconsejado á su padre, y les preguntó: "¿Qué me aconsejáis que conteste al pueblo?" Ellos le dijeron: "Si tú les prestas oído, y les hablas palabras dulces, ellos serán tus siervos por siempre." Pero Roboán despreció el consejo de los ancianos, y se dirigió á los jóvenes que se habían criado con él en medio de los placeres. Los jóvenes le contestaron: "Dí al pueblo: Mi padre os impuso un pesado yugo, yo lo he de hacer aún más duro de llevar; mi padre os azotó con correas, yo he de azotaros con escorpiones."

** Al tercer día volvió el pueblo á Roboán, y éste les habló conforme al consejo de los jóvenes. Cuando el pueblo oyó la dura respuesta de Roboán, dijo: "¿Qué nos importa á nosotros Roboán?" y diez tribus eligieron por rey á Jeroboán, que tiempos atrás había sido siervo de Salomón, y nadie siguió á Roboán fuera de las dos tribus de Judá y de Benjamín. Desde entonces el pueblo de Israel estuvo dividido en dos reinos: el reino de Judá y el de Israel. Jerusalén fué la capital de Judá, y posteriormente, del reino de Israel Samaria.

* Bien pronto se mostraron las tristes consecuencias de esta separación. Jeroboán, rey de Israel, dijo en su corazón: "Si subiere este pueblo á Jerusalén á ofrecer sacrificios en la casa del Señor, su corazón se tornará á Roboán, y el reino volverá de nuevo á la casa de David." Para impedirlo erigió dos becerros de oro, uno en Betel en el sur, y otro en Dan en el norte, y dijo: "No volváis más á Jerusalén: mirad, éstos son vuestros dioses que os han sacado de Egipto." De esta manera indujo al pueblo á la idolatría; y el pueblo fué allí y adoró á los becerros de oro.

* Roboán no pudo, por su parte, sufrir con paciencia la separación de las diez tribus, y declaró la guerra á Jeroboán. Del mismo modo los descendientes de estos reyes se mantuvieron casi siempre en guerra entre sí, y á menudo llamaron en su auxilio á los pueblos paganos. La mayor parte fueron malos delante del Señor, é indujeron á sus súbditos á cometer diferentes pecados y vicios. Los reyes de Judá no tardaron también en darse á la idolatría, y á ejemplo de ellos el pueblo de Judá cayó en la más vergonzosa idolatría.

I. Decadencia y ruina del reino de Israel.

64. Los profetas.—Dios suscita á Elías.

(912 antes de Jesucristo.)

** Dios suscitaba algunas veces, para mejorar á los reyes y al pueblo, varones santos que eran llamados profetas. Los cuales inducían al pueblo á penitencia con elocuentes palabras, y confirmaban su misión con grandes maravillas. También les

mostraba Dios muchas veces lo porvenir, especialmente sobre la venida del Salvador, cuyo nacimiento, vida, pasión y triunfo predijeron con todos sus detalles y circunstancias.

** Uno de estos profetas fué Elías. Vivió en tiempo de Achab, rey de Israel. Ninguno de los antecesores de este rey había sido tan malo como él. Habiendo tomado por mujer á una pagana, llamada Jezabel, edificó al Dios Baal un templo al cual llevó 450 sacerdotes. Á los sacerdotes del Señor, en cambio, les había hecho morir. Entonces fué Elías á su presencia, y le dijo: "Vive el Señor, en cuya presencia estoy, que no caerá lluvia ni rocío sino según mi palabra." Enfurecido Achab al oir estas palabras, andaba



asechando secretamente contra la vida de Elías. Por lo cual díjole á éste el Señor: "Retírate de aquí, y escóndete en el torrente Carit, que está frente al Jordán, y bebe del agua del arroyo. He mandado á los cuervos que te alimenten." Elías obró según la palabra del Señor, y los cuervos le llevaban por la mañana y por la tarde pan y carne, y él bebía del agua del arroyo.

** Después de algún tiempo secóse también el arroyo. Entonces dijo el Señor á Elías: "Levántate y ve á Sarepta, porque he mandado á una viuda que te alimente." Elías fué allá. Á la puerta de la ciudad vió á una mujer que estaba recogiendo leña. Casi desfallecido de sed, la llamó, y le dijo: "Dame un poco de agua que beber." Cuando ya iba ella para traérsela, la llamó de nuevo, diciéndole: "Dame también, yo te lo suplico, un bocado de pan." Ella contestó: "Vive el Señor, que no tengo pan, sino solamente un poco de harina en una orza, y un poco de aceite en una alcuza.

Estoy recogiendo un par de palos de leña con que preparar esto poco para mí y para mi hijo, y después morir." Entonces le dijo Elías: "No temas: ve y haz como has dicho; pero dispón primero para mí un panecillo cocido debajo del rescoldo: que después lo harás para ti y para tu hijo. Pues así habla el Señor: La orza de la harina no faltará, ni menguará la alcuza del aceite hasta el día en que el Señor envíe la lluvia sobre la tierra." Ella se fué é hizo lo que Elías le había dicho, y desde aquel día no faltó la harina de la orza, ni la alcuza se vió vacía de aceite.

* Después de algún tiempo enfermó y murió el hijo de esta mujer. Elías clamó al Señor, diciendo: "Señor, Dios mío, yo te suplico que vuelvas de nuevo al cuerpo el alma de este niño." El Señor oyó su oración, y el niño volvió de nuevo á la vida. Entonces dijo á Elías la mujer llena de alegría y de agradecimiento: "Ahora conozco que eres varón de Dios, y que la palabra de Dios está en tu boca."

65. El sacrificio de Elías.

* DESPUÉS de tres años y medio que no había llovido, mandó el Señor á Elías diciéndole: "Ve y preséntate de nuevo á Achab, para que yo dé lluvia sobre la faz de la tierra." Elías fué á mostrarse á Achab, el cual, al verle, le dijo enfurecido: "¿No eres tú el que traes á Israel en tan gran calamidad?" Á lo que contestó Elías: "No soy yo el que ha traído esta calamidad sobre Israel, sino tú y la casa de tu padre, que habéis despreciado los mandamientos del Señor, y habéis seguido á los dioses falsos. Reune ahora á todo Israel en el monte Carmelo, y á los 450 sacerdotes de Baal." Achab lo hizo así, porque el hambre era muy grande; y él mismo subió á la montaña. Elías se presentó ante todo el pueblo, y dijo: "¿Hasta cuándo habréis de ser como los que cojean hacia dos lados? Si el Señor es Dios, seguidle, y si lo es Baal, seguidle á él." El pueblo no respondió una palabra, porque le parecía bien la proposición. Entonces dijo de nuevo Elías al pueblo: "Yo solo he quedado de los profetas del Señor, pero los profetas de Baal son 450.

Dénsenos dos bueyes; escojan ellos uno, y dividiéndolo en trozos, pónganlo sobre la leña, mas no pongan fuego debajo; y yo sacrificaré el otro buey y lo pondré sobre la leña y tampoco le pondré fuego debajo. Después llamad vosotros á vuestros dioses; yo invocaré el nombre de mi Señor. El Dios que envíe fuego sobre el sacrificio, ése es el verdadero Dios." Todo el pueblo respondió diciendo: "Muy buena es la proposición."

* Los sacerdotes de Baal, que se habían adornado como solían hacerlo en las fiestas, y se habían coronado de hojas, tomaron un toro y lo sacrificaron. Levantaron un altar, y saltaron al rededor de él desde la mañana hasta el mediodía, gritando: "¡Baal, óyenos!" Pero nadie les respondía. Elías se burlaba de ellos, diciendo: "Gritad más fuerte. Baal quizá está hablando con alguno, ó de viaje ó durmiendo: llamad para que se despierte." Ellos gritaban más fuerte, y se sajaban con cuchillos y lancetas, según sus ritos, hasta que estuvieron bañados en sangre. Así estuvieron todo el día; pero Baal no oyó su oración.



* Hacia la tarde dijo Elías á todo el pueblo: "Acercaos á mí." Cuando el pueblo se acercó á él, erigió un altar de doce piedras, y al rededor de él hizo una zanja; partió el buey en pedazos y los puso encima de la leña. Después derramó agua sobre el altar hasta que la zanja estuvo completamente llena. Elías se acercó al altar, y oró: "Señor, muestra hoy que eres el Dios de Israel, y yo tu siervo, que por mandato tuyo he hecho todas estas cosas. Escúchame, Señor, escúchame para que reconozca este pueblo que tú eres el Señor, y que tú de nuevo has convertido su corazón." Entonces cayó fuego del cielo y devoró el holocausto y la leña y las piedras, consumiendo aun el agua que había en la zanja. Lo cual visto por todo el pueblo, postrándose sobre su rostro, dijeron: "El Señor es el Dios, el Señor es el Dios verdadero."

* Después subió Elías á la cumbre del Carmelo, y postrándose en tierra oró. De repente se levantó del mar una tenue nubecilla; y á poco obscurecióse el cielo y llovió abundantemente.

66. Pecado y castigo de Achab y de Jezabel.

Achab tenía un palacio en Jezrahel, cerca del cual poseía una viña un hombre llamado Nabot. Cierto día dijo Achab á Nabot: "Dame tu viña, que quiero hacer de ella un jardín, ya que está tan próxima á mi palacio. Yo te daré otra viña en cambio, ó si lo prefieres, te daré en dinero más de lo que vale." Pero Nabot contestó: "Guárdeme el Señor de vender la heredad de mis padres." Pues según la ley de Moisés la heredad paterna no debía ser vendida. Achab se encolerizó de tal manera que, vuelto á su casa, se acostó con el rostro hacia la pared, y no quiso comer.

Habiendo llegado su mujer, le preguntó: "¿Por qué estás tan triste que no quieres comer?" Achab le refirió lo que le había sucedido. Entonces le dijo Jezabel, burlándose: "¿Es éste tu poder y autoridad real? Levántate y come tranquilo, que yo te daré la viña." Á este fin ella escribió á los principales de la ciudad diciendo: "Poned dos

hombres malvados que atestigüen falsamente contra Nabot, y digan: Nabot ha blasfemado contra Dios y contra el rey: y sacadle después fuera y apedreadle." Así se hizo: el inocente Nabot fué apedreado y muerto, y los perros lamieron sus heridas.

Cuando Jezabel lo supo, dijo á Achab: "Toma posesión de la viña, porque Nabot ya no vive." Achab fué en seguida á la viña de Nabot; pero Elías le salió al encuentro por mandato de Dios, y le dijo: "Así habla el Señor: Mataste y poseíste injustamente el bien del prójimo. Del mismo modo que los perros lamieron la sangre de Nabot, lamerán también la tuya. Y á Jezabel la devorarán los perros en los muros de Jezrahel."

Las palabras de Elías se cumplieron al pie de la letra. Tres años después Achab fué herido mortalmente en una batalla. Para infundir valor á los suyos, resistió Achab en su carroza hasta lo último, y la sangre que brotaba de la herida llenó el fondo de la carroza. Cuando después de su muerte fueron á lavarla, los perros lamieron la sangre. Algún tiempo después subió Jehú al trono de Israel, y se dirigió á Jezrahel. Cuando Jezabel supo su venida, se pintó el rostro con alcohol, adornó su cabeza, y se asomó á una ventana que daba enfrente de la puerta de la ciudad, por donde había de entrar Jehú. Al verla éste, dijo á sus criados: "Echadla abajo." Y así lo hicieron. Su sangre salpicó los muros de la ciudad, los cascos de los caballos destrozaron su cuerpo, y los perros lo devoraron. Cuando Jehú, después que hubo comido, mandó darle sepultura, sólo se encontró el esqueleto y las manos y los pies.

67. Dios envía al profeta Eliseo.

** Elías por mandato de Dios llamó á Eliseo para que le siguiera. Eliseo vió cómo el Señor arrebató á Elías de la tierra en un carro de fuego con caballos también de fuego, y lo llevó al cielo. Desde entonces vino sobre Eliseo el espíritu mismo de Elías y el poder de hacer milagros.

** Cuando Eliseo subió á Betel, donde había sido adorado



el becerro de oro, unos muchachos se burlaron de él y le escarnecieron diciendo: "¡Sube calvo! ¡Sube calvo!" Entonces Eliseo se volvió y los maldijo en nombre del Señor. En aquel mismo momento salieron del bosque dos osos, y despedazaron á 42 muchachos.

† Algún tiempo después curó Eliseo milagrosamente á Naamán, rico y valiente general del rey de Siria. Naamán estaba completamente cubierto de lepra. Había en su servidumbre una joven israelita, que fué cautivada por unos salteadores y llevada á Siria. La cual dijo un día á la mujer de Naamán: "Ojalá hubiera ido mi amo á ver al profeta que está en Samaria, y hubiera sido sanado de la lepra." Cuando Naamán oyó esto, se dirigió á Samaria con carros y caballos. Luego que vino adonde estaba Eliseo, le mandó éste á decir por medio de un mensajero: "Ve, y lávate siete veces en el Jordán, y serás limpio." Indignóse Naamán, diciendo: "Yo esperaba que el profeta saldría á mi encuentro, invocaría el nombre del Señor, y me sanaría. ¿Por qué he de

ir á lavarme en el Jordán? ¿Acaso no son mejores los ríos de Siria que todas las aguas de Israel?"

† Y como Naamán se retirase enojado, llegáronse á él sus criados, y le dijeron: "Padre, si el profeta te hubiera mandado hacer alguna cosa difícil, ciertamente la harías. Con más razón debes, pues, seguir el consejo que te ha dado, diciéndote: Lávate, y serás limpio." Entonces salió y se lavó siete veces en el Jordán, y quedó completamente limpio. Y volviendo adonde estaba el varón de Dios, le dijo: "Verdaderamente conozco ahora, no hay otro Dios en toda la tierra, que el Dios de Israel." Y por más que Naamán instaba á Eliseo, no pudo moverle á aceptar cosa alguna.

† Cuando Naamán se hubo alejado, Giezi, criado de Eliseo, corrió á su alcance y le dijo: "Mi señor me envía á decirte: Han llegado á mí inesperadamente dos hijos de profetas: dales un talento de plata* y dos vestiduras de fiesta." Naamán le contestó: "Mejor es que tomes dos talentos." Cuando Giezi volvió con el regalo, lo escondió á su señor, y se presentó á él. Díjole Eliseo: "¿De dónde vienes, Giezi?" El cual contestó: "Tu siervo no ha ido á ninguna parte." Eliseo, indignado por esta mentira, repuso: "¿Por ventura no estaba presente mi alma cuando aquel hombre descendió de su carroza y fué á tu encuentro? Ahora tienes plata y vestidos para comprar olivares y viñas, ovejas y vacas, siervos y siervas; pero también vendrá sobre ti y sobre tus descendientes para siempre la lepra de Naamán." Cuando Giezi salió de allí, se cubrió poco á poco de lepra.

† Con tales milagros y profecías quiso Dios confirmar y glorificar á su profeta; pero la mayor glorificación de Eliseo fué después de su muerte. Algún tiempo después de la muerte de Eliseo, vinieron sobre el país unos salteadores. Unos hombres que estaban enterrando á un muerto, llenos de espanto al ver á los ladrones, arrojaron el cadáver en el sepulcro de Eliseo. Tan pronto como el muerto estuvo en contacto con los huesos del santo profeta, volvió á la vida, y levantóse sobre sus pies.

* El talento de plata pesa próximamente 4000 pesetas.

68. El profeta Jonás predica penitencia en la ciudad pagana de Nínive.

* Después de la muerte del profeta Eliseo, suscitó Dios al profeta Jonás para ejercitar su misericordia con los paganos. En aquella sazón Nínive, capital del reino de Asiria, se había entregado á todos los vicios. Por lo cual dijo el Señor á Jonás: "Levántate y ve á predicar penitencia en la ciudad de Nínive, pues sus pecados han llegado hasta mí." Pero á Jonás no le contentó el mandato del Señor, porque hubiera deseado que Dios hubiera destruído á esta ciudad en castigo de sus pecados. Y dirigiéndose al mar se embarcó en una nave que iba á salir con rumbo á España, para sustraerse al mandato de Dios. Pero Dios levantó un fuerte huracán que puso á la nave en peligro de zozobrar. Las gentes de la nave arrojaban al mar, para salvarse, los objetos pesados, y todos pedían angustiados á su Dios que los salvara. Jonás entretanto dormía profundamente en el fondo de la nave. Entonces le dijo el piloto: "¿Cómo puedes dormir ahora? Levántate, é invoca á tu Dios, que quizás Él se acordara de nosotros, para que no perezcamos." Pero las gentes del barco dijeron entre sí: "Venid y echemos suertes, y sabremos quién tiene la culpa de la desgracia que nos ha sucedido." Entonces echaron suertes y recayó la suerte en Jonás. Jonás confesó su pecado, y dijo: "Arrojadme al mar, porque sé que esta tempestad os ha sobrevenido por culpa mía." La tripulación quiso al principio perdonarle, y trataron de gobernar la nave para ganar tierra y dejarlo allí; pero no pudieron, porque el mar estaba cada vez más embravecido. Por último tomaron á Jonás y lo arrojaron al mar, y luego cesó la tempestad. Entonces hizo venir el Señor un pez disforme, el cual se tragó á Jonás. Jonás estuvo tres días y tres noches en el vientre del pez, y allí pidió auxilio al Señor. Su oración fué oída, y á los tres días el pez por mandato del Señor dejó á Jonás en la playa.

Por segunda vez oyó Jonás la voz del Señor que le decía: "Levántate y ve á Nínive, y predica penitencia." Entonces se dirigió Jonás á Nínive, y entró en la ciudad, caminando



por ella una jornada clamando: "Dentro de cuarenta días será Nínive destruída." Los ninivitas creyeron en las amenazas del Señor, y publicaron un ayuno general, y se vistieron, grandes y pequeños, con vestidos de penitencia. También el rey vistióse de sayal, y cubrióse de ceniza la cabeza, y mandó pregonar por toda la ciudad: "Apártense todos de los vicios; ¿quién sabe si el Señor nos perdonará, y no pereceremos?" Y verdaderamente, cuando Dios vió que los habitantes de Nínive se habían apartado del mal camino, se compadeció de ellos, y apartó de la ciudad el castigo que le tenía preparado.

* Jonás entretanto se había salido de Nínive, situándose en frente de la puerta de la ciudad que daba al oriente. Cuando vió que Dios había perdonado á la ciudad, se apesadumbró en gran manera. Entonces quiso Dios mostrarle claramente cuán injusta era su pesadumbre. Dios hizo crecer al momento una yedra que le cubrió con su sombra, por lo cual se alegró Jonás. Pero á la mañana siguiente envió el Señor un gusano que picó á la yedra, y ésta se secó. Cuando hubo salido el sol, levantó el Señor un viento caliente, y el sol hería la cabeza de Jonás, el cual casi se abrasaba. Entonces deseó Jonás la muerte con toda su alma. El Señor le dijo: "Tú te dueles por causa de la yedra en que no trabajaste, á la que no hiciste crecer; que en una noche

nació y en una noche pereció; ¿y yo no he de tener piedad de Nínive la gran ciudad, donde hay más de 120 000 hombres que no saben aún discernir la mano diestra de la izquierda, y gran número de animales?"

Los tres días que Jonás permaneció en el vientre del pez y su salida de él al día tercero, significan los tres días que Jesucristo estuvo en el sepulcro, y su gloriosa resurrección al tercero día.

69. Ruina definitiva del reino de Israel (722 años antes de Jesucristo).—Cautiverio de Tobías en Asiria.

** El Señor no dejó de enviar á Israel nuevos profetas que con su palabra y ejemplo indujeran al pueblo á penitencia; pero los israelitas siguieron cada vez más obstinados en la impiedad, entregándose á las abominaciones de los paganos. En vano amenazaron los profetas con los más grandes castigos de Dios; hasta que, agotada la paciencia divina, fueron castigados de la manera más terrible. Salmanasar, rey de Asiria, vino de repente con un poderoso ejército sobre Samaria, la sitió por espacio de tres años, y finalmente se apoderó de la ciudad, llevando cautivos á Asiria á la mayor parte de los habitantes del reino de Israel.

† En lugar de los israelitas conducidos á Asiria, llevó Salmanasar al país conquistado pueblos paganos, los cuales se mezclaron con los israelitas que habían quedado, y llegaron á formar un solo pueblo. Los que habitaron al norte, llamáronse galileos; los que vivían en la parte del sud, recibieron el nombre de samaritanos, de Samaria que antes había sido la capital. Los moradores del lado allá del Jordán se llamaron habitantes de Perea*. La religión de los samaritanos era una mezcla de paganismo y judaísmo, por lo cual eran odiados muy especialmente por los habitantes del reino de Judá, los cuales se llamaron judíos desde su separación del reino de Israel.

† Los israelitas que fueron llevados cautivos á Asiria, ya no volvieron á su patria, de suerte que el reino de Israel acabó para siempre; pero Dios no dejó de mostrar su amorosa providencia para con estos infelices cautivos, como lo

* Véase el mapa.

prueba la historia de aquel varón temeroso de Dios, llamado Tobías. Desde su más tierna juventud, cuando aun moraba en Israel, había Tobías huído la compañía de los impíos, y observado con fidelidad los mandamientos del Señor. Por lo cual dispuso Dios que hallara gracia delante de Salmanasar, quien le concedió permiso para ir adonde quisiera. Tobías visitaba á los que estaban cautivos con él, y los amonestaba y los consolaba. Compartía además con ellos sus bienes, dando de comer al hambriento y vistiendo al desnudo.

† Salmanasar murió entretanto, y subió al trono su hijo Senacherib. Este rey, envidioso de Tobías, persiguió á los israelitas y mandó asesinar á muchos. Tobías, temeroso de Dios más que del rey, ocultaba en su casa los cadáveres de los que habían sido asesinados, y á media noche les daba sepultura. Cuando el rey lo supo, mandó matar á Tobías y se apoderó de sus bienes. Tobías huyó con su mujer y su hijo, y permaneció oculto. Á los cuarenta y cinco días fué el rey asesinado por los suyos, y entonces volvió Tobías á su casa, y recobró sus bienes.

La persecución contra los israelitas no cesó, sin embargo, por completo. Tobías fué dando poco á poco en limosnas casi todos sus bienes, y siguió sepultando á los muertos. Cierto día, fatigado del trabajo de enterrar, volvió á su casa, y echándose junto á una pared se quedó dormido. Estando durmiendo le cayó de un nido de golondrinas estiércol caliente sobre los ojos, y se quedó ciego. Pero Tobías no se quejó, sino permaneció constante en el temor de Dios, y le dió gracias todos los días de su vida.

† Su mujer Ana iba diariamente á tejer telas, y le alimentaba con el trabajo de sus manos. Acaeció que cierto día llevó ésta á su casa un cabrito que le habían dado en recompensa de su trabajo. Como Tobías dudaba de si el cabrito había sido bien ganado, dijo, movido por la delicadeza de su conciencia: "Mirad, no sea acaso hurtado. Restituidlo á sus dueños, porque no nos es lícito comer nada de hurto, ni aun tocarlo." Al oir estas palabras su mujer, que aunque buena era indiscreta, le molestó y le zahirió con todo género de palabras duras. Pero Tobías sólo suspiraba y oraba.

70. Despedida de Tobías y viaje de su hijo.

† Visitado de diferentes penas creyó Tobías que estaba próxima su muerte. Entonces llamó á su hijo y se despidió de él, dándole muy provechosas advertencias.

† "Hijo mío," le dijo, "cuando Dios haya llamado á sí á mi alma, sepulta mi cadáver. Honra á tu madre todos los días de tu vida, acordándote de los muchos y muy grandes peligros que pasó por ti llevándote en su seno. Y cuando ella hubiere cumplido el tiempo de su vida, la enterrarás cerca de mí.

"Tendrás á Dios en tu mente todos los días de tu vida.

"Guárdate de consentir jamás en pecado y de quebrantar los mandamientos del Señor.

"Guárdate especialmente, hijo mío, de toda impureza; y no permitas que reine la soberbia en tus afectos ó en tus palabras, porque en ella tomó principio toda perdición.

"Á todo el que te hubiere servido, dale luego su recompensa, y guárdate de hacer jamás á otro lo que no quieras que te hagan á ti.

"Da limosna de tus bienes. Si tuvieres mucho, dá mucho: si tuvieres poco, aun lo poco procura darlo de buena gana.

"Alaba al Señor en todo tiempo, y pídele que endereze tus caminos. No temas, hijo mío: es verdad que pasamos una vida pobre, mas tendremos muchos bienes si temiéremos á Dios y nos apartáremos de todo pecado é hiciéremos el bien."

† El hijo contestó con el corazón conmovido: "Padre, haré todo lo que tú me has mandado."

† Después que le hubo dado estos consejos, envió Tobías á su hijo á la remota ciudad de Rages á cobrar una antigua deuda. Pero antes de partir el joven Tobías buscó un guía conocedor del camino. Habiendo salido de la casa con este intento, encontró á un apuesto joven vestido de viaje, y preparado á emprender el camino. Era el ángel Rafael; pero Tobías no lo sabía. Después de saludarle le dijo: "Buen joven ¿sabes tú el camino que va á Rages?" El ángel contestó: "Sí, lo sé." Entonces el joven condujo al ángel adonde

estaba su padre, el cual le dijo: "¿Quieres acompañar á este joven á Rages á casa de Gabelo?" El ángel contestó: "No sólo le acompañaré hasta allá, sino también á la vuelta á su casa." Entonces dijo Tobías: "Id con felicidad: Dios sea con vosotros en vuestro camino, y el ángel del Señor os acompañe."

† En la tarde del primer día llegaron ambos al río Tigris. Cuando Tobías entró en el río para lavarse los pies, vino hacia él un pez disforme para devorarlo. Tobías des-



pavorido gritó: "Señor, que se tira á mí." Pero el ángel le contestó: "Cógelo por una agalla, y tira de él hacia afuera." Tobías lo hizo así, y sacó el pez á tierra. Entonces dijo el ángel: "Destripa este pez, y guarda el corazón, la hiel y el hígado, pues estas partes son necesarias para remedios." Después asó el pez, y la parte de él que no comieron, la salaron, y la llevaron consigo para alimentarse durante el viaje.

† Adelantándose en su camino, llegaron á una ciudad; entonces dijo Tobías: "¿Dónde quieres que nos hospedemos?"

El ángel contestó: "Aquí hay un hombre llamado Raguel, pariente tuyo, el cual tiene una hija única llamada Sara. Pídesela á su padre, y te la dará por mujer." Tobías contestó: "He oído que ha tenido ya muchos maridos, y que un demonio los mató á todos. Temo que me suceda á mí lo mismo, y como soy el único hijo de mis padres, lleve su vejez con dolor al sepulcro." Pero el ángel dijo: "Yo te diré quiénes son aquellos en quienes tiene poder el demonio: los que abrazan el matrimonio, echando á Dios de su corazón, y buscando únicamente su propio deleite. Pero tú, cuando la tomes por mujer, dedica tres días á la oración, juntamente con ella, y el mal espíritu será ahuyentado."

† Entraron en casa de Raguel, y cuando Tobías se dió á conocer, fué recibido con alegría, y Raguel abrazóse llorando al cuello de Tobías y le besó, diciendo: "Bendito seas, hijo mío: porque eres hijo de un hombre muy bueno." Y Ana su mujer y Sara su hija lloraron también. Después mandó Raguel preparar un convite. Y como instase á que se sentaran á la mesa, Tobías dijo: "No comeré ni beberé, sin que confirmes mi petición, y me des á Sara tu hija por esposa." Asustóse Raguel, sabiendo lo que había sucedido á los anteriores maridos de su hija. Pero el ángel le dijo: "No temas dársela á éste, porque éste teme á Dios." Raguel vino en ello con placer, y tomando la mano derecha de su hija, la puso en la mano derecha de Tobías y dijo: "El Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob sea con vosotros, y Él os junte y os colme de bendiciones." Después se sentaron á la mesa. Tobías consagró con Sara tres días á la oración, y con esto fué ahuyentado el mal espíritu. Á ruego de Tobías fué el ángel á Rages, y cobró por completo la deuda.

71. Vuelta de Tobías.

† Cuando hubieron transcurrido quince días, dijo Raguel á Tobías: "Deténte con nosotros siquiera un día más." Pero Tobías contestó: "Sé que mi padre y mi madre cuentan los días, y se entristecen por causa mía." Entonces Raguel

entregó su hija á Tobías, y le dió la mitad de toda su fortuna, diciendo: "El ángel del Señor os acompañe en vuestro viaje, y os lleve sanos y salvos á vuestra casa." Cuando hubieron llegado á la mitad del camino, se adelantaron Tobías y el ángel Rafael, el cual le dijo á Tobías: "Cuando hayas vuelto á tu casa, unta los ojos de tu padre con la hiel del pez que llevas contigo, y verá la luz del cielo, y se alegrará viéndote."

† Entretanto los padres de Tobías comenzaron á entristecerse mucho por la prolongada ausencia de su hijo. La madre lloraba sin cesar, diciendo: "¡Ah hijo mío! ¿Por qué te habremos enviado á países extraños, á ti que eres la luz de nuestros ojos, el consuelo de nuestra vida, y la esperanza de nuestra posteridad? No debiéramos haberte dejado ir." En vano la consolaba Tobías, porque ella no podía consolarse. Todos los días salía ella á sentarse en el camino que había de traer su hijo, sobre la cumbre de una montaña, para verlo venir desde mayor distancia. Por último, un día vió venir de lejos á su amado hijo, y al momento le conoció. Corrió adonde estaba su marido y le dijo: "Tu hijo viene." Apenas hubo dicho estas palabras, llegó el perro que había llevado su hijo al viaje, saltando delante de Tobías, y meneando la cola. Entonces corrió el padre ciego de la mano de un muchacho al encuentro de su hijo, y le abrazó y le besó, y asimismo su mujer; y ambos lloraron de alegría. También tuvo el hijo grande alegría, porque no sólo hallaba vivo á su padre, sino bueno y sano.

† Después que hubieron orado dando gracias á Dios, frotó Tobías con la hiel del pez los ojos de su padre. Al cabo de una media hora comenzó á salir la nube de sus ojos como la telilla de un huevo, y pronto recobró la vista. Entonces alabaron todos á Dios, y Tobías dijo: "Yo te alabo, Señor, Dios de Israel, porque Tú me has castigado, y Tú me has salvado; y he aquí que vuelvo á ver á Tobías mi hijo." Siete días después llegó también Sara, y todos se alegraron sobre manera.

El joven Tobías refirió á su padre todos los beneficios que había recibido del ángel, y terminó diciendo: "Es ver-

daderamente imposible pagar, como se merecen, todos sus beneficios; pero yo te suplico, padre mío, que lo intentes, porque acaso se dignará recibir la mitad de todas las cosas que he traído." Llamáronlo pues, y comenzaron á suplicarle que las aceptara. Pero el ángel dijo: "Alabad y dad gracias al Señor del cielo, porque ha usado de misericordia con vosotros. Buena es la oración con el ayuno, y mejor la limosna que el tener tesoros amontonados. Cuando tú orabas con lágrimas y enterrabas á los muertos, yo presentaba tu oración al Señor. Porque eras agradable al Señor, fué necesario que la tentación te probara. El Señor me ha enviado para curarte, y para librar á Sara del demonio. Porque soy el arcángel Rafael, uno de los siete que asistimos delante del Señor." Cuando oyeron estas palabras, se turbaron, y temblando cayeron en tierra sobre su rostro. Y el ángel les dijo: "La paz sea con vosotros: no temáis. Por la voluntad de Dios he estado con vosotros: bendecidle y cantad sus alabanzas." Cuando hubo pronunciado estas palabras, desapareció de su vista. Ellos alabaron á Dios y refirieron sus maravillas. Padre é hijo vivieron todavía largos años en paz, y luego murieron plácida y dichosamente.

II. Decadencia y ruina del pueblo de Judá.

72. Los profetas Joel y Micheas (790 á 730 antes de Jesucristo).

También entre los habitantes del reino de Judá suscitó Dios multitud de profetas que con poderosa voz inducían al pueblo á que hiciera penitencia. Los moradores de este reino volvíanse á Dios con frecuencia arrepentidos, y le servían de corazón; pero desgraciadamente su arrepentimiento duraba poco, y entonces los profetas les anunciaban nuevos castigos del cielo, que pronto sufrían, encontrando consuelo únicamente en la promesa del futuro Salvador, promesa que siempre les mostraba Dios claramente.

Así hablaba, por ejemplo, el profeta Joel:

"¡Oid esto, ancianos, y escuchad todos los moradores de la tierra, sonad la trompeta en Sión, y dad alaridos

en el monte santo del Señor! Porque viene el día del Señor, y está cerca: día de tinieblas y obscuridad. Un pueblo fuerte y numeroso se levantará sobre la tierra. Ante la faz de él fuego devorador, y en pos de él llama abrasadora, y se apartarán de la casa de Dios los sacrificios de alimento y de bebida. Rasgad vuestros corazones, y no vuestros vestidos, y convertíos al Señor vuestro Dios. Los sacerdotes llorarán diciendo: Perdona, Señor, perdona á tu pueblo. Y el Señor contestará: Yo haré de nuevo gracia á mi pueblo. En el último día, *yo derramaré mi espíritu sobre toda carne.*"

De un modo semejante profetizaba Micheas:

"Oid esto, príncipes de la casa de Israel, que aborrecéis la justicia y llenáis á Jerusalén de culpas de sangre. Por vuestra culpa será Jerusalén como un montón de piedras, y la montaña del templo como una selva alta. Y acaecerá que en los últimos días el monte de la casa de Dios será edificado sobre la cima de los montes, y correrán á él todos los pueblos. *Y tú, Belén Efrata, de ningún modo eres la más pequeña entre las ciudades de Judá, pues de ti saldrá el que ha de ser dominador de Israel, cuya salida es desde el principio, desde los días de la eternidad.*"

73. El rey Ozías usurpa las funciones sacerdotales, por lo que es herido de lepra (770 antes de Jesucristo).

† Uno de los pocos reyes temerosos de Dios que reinaron en Judá, fué el rey Ozías, el cual rigió al pueblo por espacio de 52 años. Hacía largo tiempo que era justo á los ojos del Señor, por lo cual Dios le ayudaba en todas sus empresas. Desgraciadamente cuando se vió poderoso, dió entrada al orgullo en su corazón, y pretendió ejercer las funciones sacerdotales. Entrando en el templo del Señor, quiso quemar incienso sobre el altar de los perfumes. Opusiéronse el sumo pontífice Azarías y los demás sacerdotes, diciendo: "No te pertenece á ti quemar incienso al Señor, sino á los sacerdotes, que están consagrados al santo servicio. Sal del santuario, y no quieras burlarte, porque esto no te honrará delante del Señor Dios." Indignóse Ozías, y amenazó á los sacerdotes

con el incensario en la mano. Pero en el mismo momento fué herido de lepra, que le salía hasta en el rostro. Miraron con espanto el sumo pontífice y los demás sacerdotes el castigo que Dios le había enviado, y le hicieron salir prontamente; y él mismo se apresuró á salir, porque sintió en el momento la plaga del Señor. Por causa del hedor que exhalaba, habitó en una casa separada, hasta el día de su muerte, pues la lepra no le dejó un solo momento.

74. Profecías de Isaías (750 á 700 antes de Jesucristo). Los habitantes del reino de Judá se entregaban de varios modos á la idolatría aún en el tiempo en que el rey Ozías servía humildemente al Señor. Por lo cual Dios les envió al gran profeta Isaías. Este profeta predijo con palabras conmovedoras diferentes castigos que luego se cumplieron con espantosa exactitud. Recibió además de Dios tantas y tan precisas revelaciones sobre el Salvador, que al leer sus profecías parece que vivió en tiempo del Salvador y no 700 ú 800 años antes. Decía, por ejemplo, este profeta:

"*He aquí que una virgen concebirá y dará á luz un hijo, y su nombre será Emmanuel* (Dios con nosotros)."

"*Brotará una rama de la raíz de Jessé**, y el espíritu del Señor reposará sobre ella, espíritu de sabiduría y de entendimiento, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de ciencia y de piedad; y estará lleno del espíritu de temor de Dios."

"Un parvulito ha nacido para nosotros, y se nos ha dado un hijo, el cual lleva sobre sus hombros el principado, y tendrá por nombre el Admirable, el Consejero, Dios, el Fuerte, el Padre del siglo venidero, el Príncipe de la paz."

"Resuena *la voz del que clama en el desierto.* Aparejad el camino del Señor, seguid los senderos de nuestro Dios. Todo valle será levantado, y humillados los montes y colinas. Lo que está torcido, será enderezado, y lo que es áspero, será suavizado."

"*El espíritu del Señor está sobre mí.* Él me ha ungido y me ha enviado para predicar al pobre; para curar los

* Jessé, es decir, Isai.

corazones contritos; para redimir á los cautivos; para dar vista á los ciegos, y para anunciar el día de la recompensa."

"Dios mismo viene á salvaros. Ábranse, pues, los ojos á los ciegos, y los oídos á los sordos, pues el tullido saltará como un ciervo; y desátese la lengua de los mudos."

"Entrego mi cuerpo á los que me hieren, y no oculto mi rostro á los que me insultan y me escupen."

"Él fué sacrificado porque quiso. Fué conducido al suplicio como un cordero al matadero, sin despegar los labios."

"Á Él acudirán en oración las naciones, y su sepulcro será glorioso."

75. El piadoso rey Ezequías (728—699 antes de Jesucristo).

Una de las más espantosas calamidades que sufrieron los habitantes del reino de Judá, fué en tiempo del rey Achaz. Este rey consagró sus hijos al ídolo Moloc, dios del fuego, destruyó los vasos sagrados, y cerró las puertas del templo. Por lo cual Dios le entregó en las manos de sus enemigos, y en un sólo día murieron 120 000 hombres; y 100 000 mujeres y niños fueron hechos cautivos.

Achaz murió poco después, y subió al trono su piadoso hijo Ezequías. El cual destruyó los altares de los ídolos, abrió las puertas del templo, y convocó á los sacerdotes, diciendo: "Santificaos y purificad la casa del Señor. Nuestros padres la han abandonado, y cerrado sus puertas, y dejado extinguirse las lámparas; los incensarios no los han encendido, y no han ofrecido sacrificios en el santuario del Señor. Por lo cual ha venido sobre Judá y Jerusalén la cólera del Señor, y ellos han perecido al filo de la espada."

La bendición del Señor siguió á este rey en todas sus empresas, y Judá floreció de nuevo bajo su reinado. Aconteció al cabo de algunos años, que Senacherib, rey de Asiria, invadió con un poderoso ejército el reino de Judá, y sitió á Jerusalén. Entonces Ezequías fué al templo y oró. Envió además sacerdotes vestidos de cilicios á Isaías, para que le rogaran que él también invocara el auxilio divino. Isaías le contestó: "No temas, que el Señor ha oído tu oración. El

rey Senacherib se volverá á su país, y allí morirá al filo de la espada." Aquella misma noche vino el ángel del Señor, y mató 185 000 hombres en el campamento de los asirios. Á la mañana siguiente vió Senacherib consternado la multitud de cadáveres, y levantando al punto el sitio, se volvió con ignominia á su país. Cuando llegó á Asiria, matáronle con la espada sus propios hijos.

Por este tiempo cayó enfermo de muerte el rey Ezequías. Y Dios envió á él al profeta Isaías, el cual le dijo: "Dispón tu casa, pues has de morir." Entonces temió Ezequías, y volviendo con gran confianza su rostro al templo, oró con grande llanto: "Acuérdate, Señor, de que he obrado ante tus ojos con corazón recto, y de que he hecho siempre lo que ha sido agradable á tus ojos." Su oración no fué desoída, pues apenas hubo salido Isaías del palacio, llegó á él esta palabra del Señor: "Vuelve, y dí á Ezequías en mi nombre: He mirado tus lágrimas, y he oído tu oración. Á los tres días entrarás sano en el templo; y prolongaré tu vida por espacio de quince años." Y así sucedió, como el Señor lo había prometido. Ezequías murió, pasados los quince años, después de un dichoso reinado.

76. Judit.

† Los habitantes de Judá pronto se olvidaron de nuevo del Señor. Por lo cual les envió Dios una nueva espantosa calamidad, que hubiera traído la ruina de todo el pueblo sin el valor heroico de una mujer. El general asirio Holofernes con un poderoso ejército invadió el reino de Judá, para someterlo al yugo de los asirios, como ya había sometido á otros muchos pueblos. Había Holofernes conquistado todas las ciudades y lugares fortificados de las cercanías, y ejecutado muchas crueldades con sus infelices habitantes, cuando puso cerco á Betulia, á cuyos habitantes privó del agua, reduciéndolos á tan extrema necesidad, que habían resuelto entregar la ciudad, si en el término de cinco días no recibían algún auxilio.

† Esta triste noticia llegó á oídos de una piadosa viuda llamada Judit, la cual, á pesar de sus riquezas y hermosura,

llevaba una vida retirada y penitente. Compadecida de su pueblo oprimido, fué á los ancianos de la ciudad, y les infundió valor, diciéndoles: "Humillémonos delante del Señor, y Él nos librará de nuestros enemigos. Los azotes del Señor son para que nos enmendemos, no para destruirnos." Los ancianos contestaron: "Verdad es lo que has hablado. Ruega, pues, por nosotros, porque tú eres una mujer santa." Entonces fué Judit á su habitación; púsose ceniza en la cabeza, y se postró en la presencia del Señor, y lloró.

† El Señor la oyó, y le inspiró la manera de salvar á su pueblo. Decidida á llevar á cabo su plan, se levantó, se quitó los vestidos de penitencia que siempre vestía, se ungió y se adornó con sus más preciosas joyas, y tomando consigo una criada, se dirigió al campamento de los asirios. Cuando fué conducida á Holofernes, halló gracia delante de él y á los ojos de sus servidores; y Holofernes, que creía que Judit había abandonado la causa de su pueblo, mandó á sus camareros la dejasen entrar y salir libremente en el campamento. Al cuarto día aconteció que Holofernes dió un gran banquete á los principales de su ejército. Y se alegró mucho en el banquete, y bebió vino con exceso, tanto que acostándose en su lecho se durmió. Cuando los convidados se retiraron después de haber prolongado el banquete hasta muy entrada la noche, se durmieron profundamente en las tiendas próximas. Este momento escogió Judit para llevar á cabo su ardid de guerra; pues deslizándose ante el lecho de Holofernes, oró, llorando en silencio, y dijo: "Señor, dame esfuerzo en esta hora." Después tomó la espada de Holofernes, que estaba colgada en una



columna, la sacó de la vaina, y sujetando por los cabellos la cabeza de Holofernes, le hirió dos veces en la cerviz, y le cortó la cabeza. Diósela á la criada, que la estaba esperando fuera de la tienda, y le mandó que la metiera en un saco que llevaba preparado.

† Después, saliendo del campamento, llegó á la ciudad, y convocó á todo el pueblo, diciendo: "Alabad al Señor, que no abandona á los que esperan en Él, y que ha muerto por mi mano al enemigo de su pueblo. Vive el Señor, pues su ángel ha venido en mi auxilio cuando salí, y cuando volví, y mientras permanecí en el campamento, y el Señor no ha permitido que yo su sierva fuese mancillada." Entonces adoraron todos al Señor, y Ozías, príncipe del pueblo, dijo: "Hija, bendita eres del Señor sobre todas las mujeres de la tierra." Después salieron los de la ciudad, dando grandes gritos contra los asirios. En vano trataban éstos de despertar á su general, haciendo ruido á la entrada de la tienda. Cuando por último se atrevieron á entrar en ella, vieron en el suelo el tronco de Holofernes rodeado de sangre, y, sobrecogidos de temor, emprendieron precipitadamente la fuga. Los habitantes de Betulia, llenos de alegría por su milagrosa salvación, celebraban á Judit, diciendo: "Tú eres la gloria de Jerusalén, tú la alegría de Israel, tú la honra de nuestro pueblo." Después celebraron grandes fiestas por espacio de tres meses por esta victoria. Y Judit fué grande en todo Israel, y cuando, llena de días, murió, entristecióse todo el pueblo.

† Judit fué figura, aunque imperfecta, de la Virgen María, la cual poseyó una incomparable santidad, y triunfó por medio de su divino Hijo del terrible enemigo de todos los hombres. Por lo cual es bendecida de los ángeles y de los hombres sobre todo su linaje.

77. Ruina del reino de Judá (588 antes de Jesucristo). Daniel en el cautiverio de Babilonia.

** Pero todos los castigos del Señor no fueron bastantes para abrir los ojos á los habitantes de Judá, los cuales se dieron á los horrores de la idolatría. Y fué tal su obsti-

nación que llegaron á perseguir y aun á asesinar á muchos profetas del Señor. Por lo cual se llenó la medida de la cólera divina, y vino la destrucción del reino de Judá, como Jeremías la había profetizado. En el año de 606 antes de Jesucristo se dirigió Nabucodonosor, rey de Babilonia, con un numeroso ejército á Jerusalén, y obligó á sus habitantes á capitular, llevándose cautivos á Babilonia al rey y á los principales varones de Judá. Diez y seis años después se rebelaron contra Nabucodonosor los habitantes que habían quedado en Jerusalén, y habiendo salido este rey contra ellos con un ejército más fuerte aun que el anterior, puso cerco á la ciudad, y se apoderó de ella después de un sitio de año y medio, y llevó cautivos á todos sus habitantes, y arrasó y quemó la ciudad y el templo después de haberse apoderado de los vasos sagrados. Espantoso espectáculo ofrecían las ruinas de una ciudad en otro tiempo tan grande y tan magnífica. Todavía conmueve el corazón el leer las lamentaciones que el profeta Jeremías profirió al contemplar tanta ruina y desolación.

† "¡Ah!" exclama Jeremías, "los caminos de Sión están de luto, porque no hay quien venga á las solemnidades: todas sus puertas destruídas; sus sacerdotes gimiendo; sus doncellas desaseadas, y ella misma oprimida de amargura. Oh vosotros, dice ella, los que pasáis por el camino, atended y mirad si hay dolor como mi dolor. Palmearon por ti las manos todos los que pasaban por el camino: silbaron y menearon su cabeza sobre la hija de Jerusalén, diciendo: ¿Es ésta la ciudad de perfecta hermosura, el gozo de toda la tierra?"

** El único consuelo de los judíos cautivos en Babilonia era ser tratados con dulzura en todas las cosas. Entre ellos había muchos jóvenes descendientes de reyes y de príncipes. El rey mandó escoger á los más dispuestos y de mejor apariencia para que sirvieran á su mesa. Entre ellos estaban Daniel, Ananías, Misael y Azarías, los cuales se propusieron no comer de los manjares de la mesa del rey, porque su ley les prohibía comer de ciertos manjares. Por lo cual pidieron al primer camarero que les diese únicamente legumbres y

agua. El camarero estaba inclinado á acceder á sus deseos. "Pero — decía — temo que si el rey advierte que vuestros semblantes están más demacrados que los de los demás jóvenes, me quite la vida por esto." Pero Daniel insistió diciendo: "Haz la prueba por diez días tan sólo. Después haz con nosotros lo que te plaza." El camarero accedió á sus deseos, y los semblantes de los jóvenes se embellecieron, y fueron más perfectos que los de los otros jóvenes que comían de los manjares de la mesa del rey. Entonces el camarero les dió siempre legumbres y agua solamente. Y Dios les comunicó á los jóvenes gran prudencia y sabiduría.

** Transcurrido algún tiempo desde que fueron presentados al rey, llevólos el camarero principal á Nabucodonosor, el cual habló con ellos, y vió que entre todos los que le servían, no había ninguno tan discreto y prudente como estos jóvenes. Por lo cual fueron desde entonces servidores del rey.

78. Daniel salva á la casta Susana.

Entre los judíos cautivos en Babilonia había uno llamado Joaquín, el cual estaba casado con Susana, mujer extremadamente bella, y muy temerosa de Dios. Los judíos acostumbraban á reunirse en casa de Joaquín, porque él era el principal entre todos los demás. Allí se reunían para administrar justicia los dos varones más ancianos. Estos ancianos eran tenidos por hombres justos, pero en realidad eran unos malvados. Joaquín poseía próximo á su casa un jardín, adonde acostumbraba Susana pasear cuando el pueblo se retiraba de su casa á la hora del mediodía. Sabiendo esto los dos viejos, se escondieron un día en el jardín, y cuando Susana salió á dar su acostumbrado paseo, y hubo cerrado a puerta, corrieron hacia ella, y le pidieron que satisficiera sus malos deseos, diciéndole: "De lo contrario atestiguaremos que te hemos sorprendido en una mala acción." Entonces suspiró Susana, y dijo: "Por todas partes me cercan angustias; porque si hiciere lo que deseáis, soy perdida delante de Dios, y si no lo hiciere, no escaparé de vuestras manos.

Pero mejor quiero caer en vuestras manos sin pecado, que pecar en la presencia del Señor." Y gritó con todas sus fuerzas pidiendo socorro. Los viejos también gritaron contra ella, y uno de ellos corrió á las puertas del jardín y las abrió para llamar al pueblo. Cuando vinieron los criados de la casa, los dos viejos dijeron un gran crimen de Susana.

Al día siguiente, reunido el pueblo en casa de Joaquín, fué juzgada Susana. Presentóse ésta acompañada de sus padres é hijos y de todos sus parientes, y todos lloraban. Pero ella, en medio de sus lágrimas, miraba al cielo, porque tenía confianza en el Señor. Entonces atestiguaron los dos malvados que la habían sorprendido en una mala acción. El pueblo los creyó, porque eran ancianos y jueces; y Susana fué condenada á muerte. Pero Susana clamó en alta voz: "Eterno Dios, que conoces las cosas escondidas, y sabes todas las cosas antes que sean: tú sabes que han levantado contra mí un falso testimonio." Y el Señor oyó su oración.

Cuando la llevaban al suplicio, gritó con fuerte voz Daniel, inspirado por el Señor: "Limpio soy de la sangre de ésta." Volvióse el pueblo hacia él diciéndole: "¿Qué palabra es ésta que has pronunciado?" Daniel dijo: "Juzgadla otra vez, pues los jueces han levantado un falso testimonio contra ella." Entonces volvióse atrás el pueblo, y Daniel dijo: "Separad á los jueces el uno del otro, pues yo los quiero interrogar." Cuando estuvieron separados, dijo Daniel al primero: "Malvado, ahora han caído sobre ti los pecados que cometías antes. Si has visto pecar á Susana, ¿bajo qué árbol ha pecado?" Y el viejo contestó: "Bajo un lentisco." Daniel dijo: "Derechamente has mentido contra tu cabeza." Y habiendo hecho retirar á éste, hizo venir al otro, y le dijo: "Díme, pues, ¿bajo qué árbol has visto pecar á Susana?" Él contestó: "Bajo una encina." Daniel dijo entonces: "Tú también has mentido derechamente contra tu cabeza." Y todo el pueblo conoció por la contradicción de las respuestas de los ancianos, que su testimonio era falso. Y á una voz alabaron todos al Señor justo y misericordioso, que salva á los que esperan en Él. Después se



levantó el pueblo contra los dos viejos malvados, y los apedreó. Y Daniel desde entonces fué tenido en gran concepto por el pueblo.

79. Los tres jóvenes en el horno encendido.

En una ocasión mandó Nabucodonosor levantar una gran columna de oro sobre la cual había un ídolo, y colocarla en la llanura de Babilonia. Y mandó que todos los grandes de su reino concurriesen á la dedicación de la estatua, y que un pregonero gritara en alta voz: "Luego que oigáis el sonido de la trompeta y de la música, doblad la rodilla y adorad la estatua de oro. El que no doblare la rodilla, y la adorare, será arrojado en el mismo punto en un horno de fuego ardiente." Tan pronto como se oyó el sonido de la trompeta y de la música, doblaron todos la rodilla, y adoraron á la estatua. Solamente Ananías, Misael y Azarías no la adoraron. Daniel no estaba allí con ellos, pues de otro modo también se hubiera negado á adorar á la estatua. Los tres jóvenes fueron al punto acusados al rey.

* Enfurecido el rey, mandó encender un horno, que había próximo, con siete veces más fuego que de ordinario, y á soldados fuertes de su ejército les ordenó que atasen á los tres jóvenes, y que los arrojasen en el horno. Lo cual fué prontamente ejecutado. Pero descendió un ángel del Señor, y empujó hacia fuera las llamas del horno, de manera que abrasaron y mataron á los que los habían arrojado, mientras que en lo interior del horno hacía un ambiente fresco, como el que se percibe á la caída de la tarde. El fuego no tocó á los jóvenes: sólo quemó las ligaduras en que estaban atados; y entonces comenzaron los tres á alabar y bendecir á Dios á una voz.

Cuando el rey oyó estos cánticos de alabanza, miró adentro del horno, y dijo admirado á sus cortesanos: "¿No hemos echado en el horno á tres hombres atados de pies y manos? Pues yo veo ahora en él á cuatro hombres sin ligaduras, y el cuarto parece hermoso y resplandeciente como un hijo de Dios." Entonces fué á la entrada del horno y exclamó: "Salid,



siervos del Dios supremo.” Al punto salieron los jóvenes, y todos vieron que el fuego no les había tocado ni siquiera en un solo cabello de la cabeza. Admirado Nabucodonosor á la vista de este milagro, prorumpió en estas palabras: “Alabado sea Dios, que ha enviado un ángel y ha salvado á sus siervos. Mando desde hoy, que todo el que maldiga á este Dios, perezca, pues no hay ningún otro Dios que así pueda salvar á sus siervos.” Y colmó de honores á los tres jóvenes.

80. El rey Baltasar y el dios Bel*.

† Á MEDIDA que iba Daniel avanzando en edad, iba adquiriendo el don de profecía, y muy especialmente el de interpretar sobrenaturalmente las cosas difíciles. Este don de Dios lo mostró claramente cuando subió al trono un hijo de Nabucodonosor llamado Baltasar. El cual, habiendo dado un gran banquete, adonde fueron todos los grandes del reino con sus mujeres, se sirvió de los vasos sagrados que Nabucodonosor se había llevado del templo de Jerusalén, y bebieron en ellos Baltasar y los grandes del reino y sus mujeres. De repente apareció en la pared una mano que escribió algunas palabras. Todos miraron con espanto la mano misteriosa, y el rey mismo palideció, y comenzó á temblar todo su cuerpo. Llamó á todos los sabios de su corte para que descifrasen aquellas palabras; pero ninguno pudo declarar su significado. Entonces, llevado Daniel á presencia del rey, manifestólo diciendo sinceramente: “Oh rey, tú te has levantado contra el Señor del cielo. No era bastante que tu padre arrebatase del templo los vasos sagrados; pues tú los has traído aquí para beber en ellos con tus cortesanos y sus mujeres. Por lo cual ha escrito el Señor en la pared estas palabras, cuyo significado mostraré: *Numerado,* porque Dios ha numerado tu reino, y le ha puesto fin; *Pesado,* porque has sido pesado en la balanza, y has sido hallado falto; *Dividido,* porque ha sido dividido tu reino, y se ha dado á los medos y á los persas.” Esta profecía se cumplió á la noche siguiente; pues en ella fué asesinado Baltasar, y los persas y los medos se dividieron su reino.

* Bel = Baal.

† Ciro, rey de Persia, se apoderó á poco tiempo de todo el reino de Babilonia, y colmó de honores á Daniel, y lo sentó á su propia mesa. Tenían entonces los habitantes de Babilonia un dios llamado Bel, al cual le ofrecían diariamente doce medidas de flor de harina, cuarenta ovejas y seis cántaros de vino. El rey iba cada día al templo de Bel para adorar á este dios; pero Daniel adoraba al Dios verdadero. Por lo cual le dijo el rey: "¿Por qué no adoras á Bel?" Daniel contestó: "Porque yo sólo adoro al Dios vivo, que crió los cielos y la tierra, y tiene dominio sobre todas las cosas." El rey le preguntó admirado: "¿Piensas acaso que Bel no es un dios vivo? ¿No ves cómo come y bebe todos los días?" Daniel contestó sonriendo: "Vives engañado !oh rey! Este dios es por dentro de barro, y por fuera de bronce, y no come nunca." Enfurecióse entonces el rey, y mandó llamar á los sacerdotes que eran setenta, y les dijo: "Si no me decís quién devora estos manjares, moriréis; pero si me probáis que se los come Bel, morirá Daniel, porque ha blasfemado contra este dios." Daniel contestó: "Hágase según tu palabra."

† Entonces fué el rey con Daniel al templo de Bel, y le dijeron los sacerdotes: "Saldremos nosotros, y tú ¡oh rey! pondrás los manjares y el vino ante el dios, y luego cerrarás la puerta, y la sellarás con tu anillo. Si vuelves por la mañana temprano, y no han sido los manjares devorados por Bel, moriremos todos." Esto era cosa fácil de lograr, porque habían hecho una entrada secreta por bajo del altar del sacrificio, y por allí entraban y se comían todos los manjares. Cuando hubieron salido del templo, puso el rey los manjares y el vino delante de Bel; pero Daniel mandó á sus criados que le llevasen ceniza, y la esparció con una criba por todo el templo, y después se salieron todos, y cerraron las puertas y las sellaron con el anillo del rey. Por la noche vinieron los sacerdotes con sus mujeres y sus hijos, y se comieron todas las viandas y se bebieron el vino.

† Á la mañana siguiente se levantó el rey muy temprano, y fué con Daniel al templo. Encontraron intactos los sellos de las puertas, y las abrieron. El rey miró al punto

á la mesa de las ofrendas, y exclamó en alta voz: "Grande eres ¡oh Bel¡ y ningún engaño hay en ti." Pero Daniel sonriéndose dijo: "Mira al suelo, y considera de quién son estas huellas." El rey dijo admirado: "Veo huellas de hombres, de mujeres y de niños." Luego descubrieron la entrada secreta de los sacerdotes, y el rey enfurecido mandó prenderlos y matarlos. El ídolo lo entregó al poder de Daniel, quien lo destruyó juntamente con el templo.

81. Daniel en el lago de los leones.

* Los habitantes de Babilonia adoraban asimismo á un gran dragón, y el rey mismo era tan necio que también le adoraba. Cierto día dijo á Daniel: "No podrás decir de éste que no es un dios vivo." Daniel contestó: "Dame ¡oh rey! permiso, y yo mataré al dragón sin palo ni espada." Y el rey se lo concedió. Entonces tomó Daniel pez, sebo y pelos, y los coció todo junto, y después hizo unas bolas, y las echó en la boca del dragón, el cual habiéndoselas tragado reventó. Entonces dijo Daniel: "He aquí al dios que adorabais."

* Cuando esto llegó á oídos de los babilonios, se reunieron y dijeron: "El rey se ha hecho judío; pues ha destruído á Bel, ha matado al dragón, y ha hecho morir á los sacerdotes." Entonces fueron al rey, y le dijeron: "Entréganos á Daniel, y si no, te mataremos á ti y á tu familia." El rey con grande aflicción les entregó á Daniel, á quien amaba mucho. Ellos le arrojaron al lago de los leones, donde había siete crueles leones, á los cuales daban todos los días dos hombres y dos ovejas, para que se alimentaran. En aquellos días no les dieron de comer cosa alguna para que devoraran á Daniel; pero los terribles animales no le hicieron daño alguno.

* Seis días permaneció Daniel en el lago de los leones, durante los cuales sintió hambre. En aquel mismo tiempo vivía en las cercanías de las ruinas de Jerusalén un profeta llamado Habacuc, el cual había cocido un potaje, y salía al campo para llevárselo á sus segadores. Entonces se le apareció un ángel del Señor, y le dijo: "Lleva la comida que tienes en las manos, á Daniel, que está en Babilonia

en el lago de los leones." Habacuc contestó: "Señor, yo no he visto á Babilonia, ni conozco el lago de los leones." Entonces tomó el ángel á Habacuc, y le llevó con la rapidez de su espíritu á Babilonia al lago de los leones. Habacuc dijo á Daniel: "Siervo de Dios, toma esta comida que el Señor te envía." Daniel contestó, lleno de agradecimiento: "De mí ¡oh Señor! te has acordado, y no has desamparado á los que te aman." Y se levantó y comió. El ángel volvió al punto á Habacuc al lugar donde antes se hallaba.



* Al séptimo día vino el rey en persona al lago de los leones para hacer el duelo por Daniel á quien amaba, y le vió ileso, sentado en medio de los leones. Entonces exclamó en alta voz lleno de admiración: "¡Grande eres, Señor Dios de Daniel!" Y le hizo salir del lago de los leones, y arrojar á este lugar á aquellos que habían tratado de perderle, los cuales fueron devorados á sus ojos. El rey se admiró de nuevo, y exclamó: "Temamos todos al Dios de Daniel, pues Él es el Salvador que hace señales y maravillas en la tierra."

82. Vuelta del cautiverio de Babilonia (536 antes de Jesucristo). **Los profetas Ageo y Zacarías.—El sacerdote Esdras.**

**Ya había profetizado Jeremías que el cautiverio de Babilonia solamente duraría 70 años, al cabo de los cuales volverían los judíos á su patria. Daniel repitió esta consoladora profecía, y añadió una nueva, á saber: que desde la reedificación del templo de Jerusalén hasta la muerte del Salvador, sólo habrían de transcurrir 70 semanas de años, ó sean 490 años. Esta promesa se cumplió al pie de la letra. Los muchos trabajos de la cautividad de Babilonia, y las predicaciones y exhortaciones que les dirigieron los profetas, y especialmente Daniel y Ezequiel, hicieron volver á los judíos al verdadero camino. Por lo cual, transcurridos los 70 años de cautividad, Ciro, rey de Persia, por inspiración de Dios llamó á los judíos de todo su reino, y les dijo: "Todo el que pertenezca al pueblo judío, vaya á Jerusalén, y edifique de nuevo el templo del Señor." También les restituyó los vasos sagrados, que Nabucodonosor había llevado á Babilonia.

* Entonces salieron de Babilonia muchos miles de judíos, pues las tribus de Simeón y de Dan, que antes habían estado separadas del reino de Judá, se habían unido á él. Al año siguiente después de la vuelta de los judíos á su patria fueron puestos en Jerusalén los cimientos del templo. Los sacerdotes y levitas estaban allí con trompetas y címbalos, cantando cánticos de acción de gracias al Señor, y todo el pueblo se regocijaba de alegría. Cuando al cabo de muchos años estuvo el templo terminado, celebraron su consagración con fiestas y sacrificios.

† Muchos ancianos que todavía se acordaban del antiguo templo, lamentaban que el nuevo cediera con mucho en magnificencia al anterior. Pero el profeta Ageo los consolaba con esta promesa: "Cobrad ánimo: porque, pasado algún tiempo, vendrá el Deseado de todos los pueblos, y la magnificencia de esta casa será mayor que la de ninguna otra." De un modo semejante hablaba el profeta Zacarías: "Cobren vigor vuestros brazos. Pues he aquí que numerosos pueblos y fuertes naciones vendrán á Jerusalén á buscar al

Señor de los ejércitos. Regocíjate, hija de Jerusalén: *he aquí que á ti vendrá tu Rey, el Justo, el Salvador. Él vendrá pobre y montado en una pollina.*" Zacarías prevé la triste suerte que estaba preparada al Salvador, y pone en su boca estas palabras: "El Señor me dijo: Apacienta las ovejas á las cuales sus dueños envían á la muerte y venden sin compasión. Y les dijo á ellos: Si parece bien en vuestros ojos, dadme mi salario; y si no, dejadlo estar. *Y ellos pesaron por mi salario treinta siclos de plata. Y pondrán su vista en mí á quien traspasaron,* y plañirán y harán duelo como suele hacerse sobre un hijo único. Y en aquel día será grande el llanto de Jerusalén, y llorará toda la tierra."

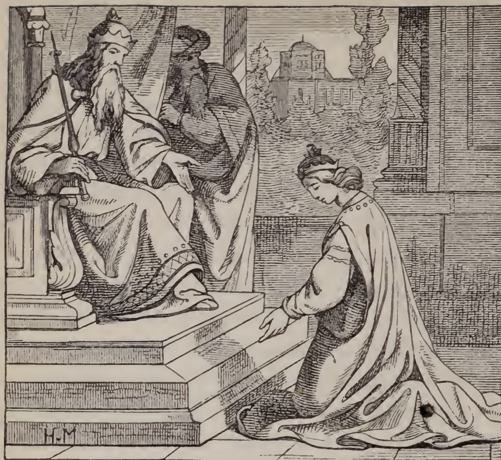
Á los 80 años próximamente de la vuelta á su patria pusieron mano los judíos, por mandato del rey de Persia, en la reconstrucción de las murallas de Jerusalén. Los samaritanos quisieron impedirlo con la fuerza; pero los judíos hicieron oración al Señor, y pusieron centinelas de día y de noche. Parte de los jóvenes se dedicaban á las obras de la muralla, y los demás estaban apercibidos para el combate, con lanzas, escudos, arcos y armaduras. Á los 52 días quedaron terminados los muros con sus puertas y torres. Los samaritanos reconocieron que esta obra había sido hecha por el Señor, y desde entonces no molestaron á los judíos. Éstos dieron gracias al Señor, y prometieron con lágrimas permanecer fieles á la ley que les presentase el sacerdote Esdras.

83. Ester.

Como el yugo que el rey de Persia hacía pesar sobre los judíos, era muy llevadero, muchos permanecieron en el reino de Babilonia. Así lo permitió Dios para mayor bien de los paganos, quienes por medio de los judíos que vivían entre ellos, conocieron al verdadero Dios y las promesas de un futuro Salvador. Por divina disposición algunos judíos prudentes y virtuosos ejercieron, del mismo modo que Daniel, grande influencia sobre los reyes paganos, la cual emplearon en provecho de sus conciudadanos, y en propagar más y más el conocimiento del verdadero Dios.

† En una ocasión quiso el Señor servirse para este santo fin de una piadosa judía llamada Ester. Vivía Ester en tiempo del rey Asuero, en compañía de un hermano de su padre, llamado Mardoqueo, que la había adoptado por hija. Cuando el rey la vió, quedó prendado de ella, y poniéndole la corona, la eligió por reina. Ester, por consejo de Mardoqueo, había ocultado que pertenecía al pueblo judío. Mardoqueo iba todos los días á sentarse á la puerta de palacio para saber con frecuencia de la salud de Ester; y allí descubrió que dos camareros principales maquinaban una conspiración para asesinar al rey. Díjoselo á Ester, y Ester al rey, el cual mandó colgar en una horca á los dos conjurados, y consignar el suceso en los anales del imperio.

† Algún tiempo después elevó el rey á un tal Amán á la mayor dignidad del imperio. Ante este favorito doblaban las rodillas todos los servidores del rey, tributándole honores casi divinos. Solamente Mardoqueo se abstenía de hacerlo, porque no quería dar á ningún hombre el honor debido sólo á Dios. Cuando Amán lo advirtió, y supo que Mardoqueo era judío, lleno de cólera, dijo al rey que los judíos tramaban una conjuración; y consiguió una orden del rey para que en un solo día fuesen asesinados todos los hombres, mujeres, niños y ancianos judíos, y confiscados sus bienes en toda la extensión del imperio. Entonces prorumpieron los judíos en grandes lamentos y alaridos. Mardoqueo advirtió entonces á Ester, que se presentase al rey, y le pidiese por su pueblo. Había una ley en la corte que prohibía bajo pena de muerte, que nadie se presentara al rey sin ser llamado. Ester, sin embargo, después de haber invocado fervorosamente al Señor, se presentó delante del rey vestida con las vestiduras reales. El rey estaba sentado en su trono resplandeciente de oro y piedras preciosas. Ester se postró á sus pies. Cuando el rey levantó la vista, y dió á conocer en sus ojos chispeantes su desagrado por haber venido Ester á su presencia sin ser llamada, fué tal el temor que experimentó la reina, que cayó privada de sentido. Pero al mirarla el rey, se le ablandó el corazón, y bajando apresuradamente de su trono la tomó



en sus brazos, y cuando hubo ella vuelto en sí, le dijo: "No temas, Ester, que no morirás; porque la ley ha sido hecha para todos los demás, pero no para ti. ¿Cuál es tu deseo?" Ella contestó: "Si place al rey, venga á comer hoy en mi compañía y lleve consigo á Amán."

Cuando el rey le preguntó á Ester durante la comida, qué era lo que quería, dijo ella: "Si he hallado gracia delante de ti, venga también Amán contigo mañana á comer en mi compañía, y entonces manifestaré al rey mis deseos." El rey se lo prometió; y Amán salió del palacio muy contento. En la puerta vió á Mardoqueo, que estaba sentado, y que no se movió al pasar él, por lo cual montó en cólera, y mandó preparar para Mardoqueo una horca de 50 codos de altura.

† Á la noche siguiente, no pudiendo el rey conciliar el sueño, mandó que le leyeran en los anales del imperio. Cuando llegaron al lugar donde estaba consignado cómo Mardoqueo había descubierto la conjuración que contra la vida del rey habían tramado los camareros de palacio, preguntó el rey: "¿Qué honor y recompensa ha recibido Mardoqueo por su fidelidad?" Contestáronle sus siervos: "Ninguna recompensa ha recibido." Entonces preguntó el rey: "Quién hay en la antecámara?" Sus servidores le contestaron: "Amán." Éste había ido muy temprano á palacio para hablar con el rey y pedirle que le permitiera colgar á Mardoqueo en la horca. El rey le mandó entrar y le pre-

guntó: "¿Qué ha de hacerse con el hombre á quien el rey quiere honrar?" Amán, creyendo que el rey á ningún otro quería honrar sino á él, contestó: "Al hombre á quien el rey quiera honrar, se le deberá vestir con vestiduras reales, y ponerle la corona real, y montarlo en un caballo del rey: y el primero de los príncipes reales lleve por las calles el caballo de las bridas, diciendo delante de él: Así es honrado aquel á quien el rey quiere honrar." Entonces dijo el rey: "Hazlo al punto así como has dicho con el judío Mardoqueo, que está sentado á la puerta de palacio." Amán hubo de obedecer el mandato real, á pesar de su odio contra Mardoqueo.

† Entretanto habiendo llegado la hora del convite de la reina, Amán se dirigió á palacio para asistir á él. Durante la comida, preguntó el rey á Ester: "¿Qué es lo que quieres, Ester; aunque me pidieras la mitad de mi reino, yo te la concedería." Ester contestó: "Si he hallado gracia delante de tus ojos, ¡oh rey! concédeme la vida á mí y á mi pueblo. Porque así yo como mi pueblo estamos condenados á la ruina, al degüello y al exterminio." Entonces dijo Asuero: "¿Y quién tendrá osadía para hacer tales cosas?" Ester añadió: "Nuestro enemigo y contrario es este malvado Amán." El cual cuando esto oyó, tembló de espanto. El rey se levantó lleno de indignación. Uno de los que estaban presentes, le dijo: "En casa de Amán hay una horca de 50 codos que ha mandado levantar para Mardoqueo." Y el rey dijo: "Colgadle en ella." En el mismo día elevó el rey á Mardoqueo á la misma dignidad de Amán, y la orden de matar á los judíos fué prontamente revocada. Entonces hubo grande alegría y regocijo entre los judíos, y muchos paganos abrazaron su religión.

† La virtuosa reina Ester, la única exceptuada de la ley general, que pidió al rey, que estaba irritado, el perdon para su pueblo, es figura de la Santísima Virgen María. María es la única criatura exenta del pecado original. Ella desarma con sus continuas y amorosas súplicas la cólera divina, y atrae sobre nosotros bendiciones y gracias celestiales.

84. Traducción de los libros santos á la lengua griega.
(Hacia el año 300 antes de Jesucristo.)

Sentencias de Jesús, hijo de Sirac.
(Hacia el año 280 antes de Jesucristo.)

* Después de volver á su patria los judíos, pasado el tiempo del cautiverio de Babilonia, vivieron por espacio de 200 años tranquilos y contentos bajo el dominio de los reyes de Persia. Esta situación se prolongó cuando Alejandro, rey de Macedonia, puso fin al imperio persa, pues este rey fué muy benigno con los judíos. Pero luego que á su muerte se dividió su grande imperio, empezó una época muy triste para la Judea, porque este país fué la manzana de discordia entre los reyes de Egipto y los de Siria, quienes mantuvieron entre sí largas y continuas guerras que lo asolaron por completo. Como consecuencia de estos trastornos cundió por todas partes la ignorancia, y echó raíces la insubordinación.

† Las tristes circunstancias de aquellos tiempos pedían con urgencia la grande obra de la redención. Dios dispuso que un rey de Egipto mandara á 72 sabios hebreos traducir al griego los libros santos. De este modo pudo llegar á los más remotos países la palabra de Dios—pues el griego se hablaba en casi todo el mundo conocido—y en ella las profecías sobre la venida del Salvador, contenidas en los libros santos.

† Para poner freno á la corrupción de costumbres, y á la ignorancia de los judíos, inspiró Dios á un piadoso varón llamado Jesús, hijo de Sirac, un libro cuyas magníficas sentencias conducen al hombre á la sabiduría. He aquí las principales sentencias de este libro:

† "El temor de Dios es el principio y la corona de la sabiduría. La fuente de la sabiduría es la palabra de Dios; y los divinos mandamientos el camino para llegar á alcanzarla. Aprende, hijo mío, en la juventud, y tendrás sabiduría en la vejez. Trabajo te costará el cultivarla, como al que laborea las tierras y las siembra; pero pronto te alimentarás de sus frutos."

"Sé humilde de corazón, y sufre lo que Dios te envíe, pues la plata y el oro se prueban en el fuego, y el amor de Dios en la fragua de la humildad."

"Oye los consejos de tu padre, y no le engañes jamás. La bendición del padre consolida las casas de los hijos; la maldición de la madre las conmueve hasta en sus cimientos."

"No desprecies á ningún hombre por ser anciano, pues alguno de nosotros ha de llegar á la ancianidad. No des al viento las palabras del anciano prudente, antes ejercítate en sus sentencias. Ni alabes á ningún hombre porque es fuerte, ni le desprecies por su apariencia. Pequeña es la abeja, y su fruto es excelente sobre todas las cosas dulces."

"Ten buena amistad con muchos, pero sea tu consejero uno entre mil. Pues nada hay que pueda compararse á un amigo fiel; y el valor de su fidelidad no se pesa con oro ni plata. Si tienes un amigo, en la desgracia le has de experimentar, y no confíes en él demasiado pronto. Pues muchos son amigos mientras obtienen alguna ventaja de la amistad; pero en el día de la tribulación nada queda de su amistad."

"Odioso vicio es la mentira en el hombre. De ninguna manera vayas contra la verdad, y avergüénzate si has mentido aunque sólo sea en apariencia. Guárdate de tomar siempre en los labios el nombre del Señor, y de mezclar en tus conversaciones las cosas santas. Aquel que mucho jura, maldades amontona, y el castigo no se alejará de su casa."

"No respondas antes de haber oído, ni interrumpas á nadie en su conversación. Muera dentro de tu pecho lo que hayas oído contra tu prójimo, que de seguro no reventarás por guardarlo en secreto. Pon espinas en tus oídos, y no oigas á la lengua impía. En tu boca pon puertas y cerrojos. Funde tu plata y tu oro, y haz con ellos una balanza para tus palabras."

"Huye, hijo mío, del pecado como de una serpiente. Cada pecado es como una espada de dos filos que hace heridas incurables."

"Aprovecha el tiempo, hijo mío, y guárdate de lo malo. Quien ama el peligro, perecerá en él, y quien toca la pez, con ella se habrá de manchar."

"Sigue fielmente á tu conciencia en todas tus obras: pues así caminarás según los mandatos del Señor."

"En todas tus obras mira á tu último fin, y no pecarás jamás."

85. Martirio de Eleazar (168 antes de Jesucristo).

Los judíos llegaron á la última extremidad cuando, después de varias alternativas y cambios de suerte, cayeron en poder del orgulloso y cruel príncipe Antíoco, rey de Siria. Habiendo mandado este rey destruir y quemar los libros sagrados, y prohibido la observancia de la ley de Dios bajo pena de la vida, hubo muchos judíos que obedecieron, llevados de culpable temor, los mandatos de Antíoco, pero muchos otros permanecieron firmes, y prefirieron morir antes que quebrantar los mandamientos del Señor.

† Entre ellos se contó un venerable anciano de 99 años, llamado Eleazar, uno de los más ilustres sabios de la ley. Al cual le abrieron con violencia la boca para obligarle á comer carne de cerdo. Pero él quiso más bien morir gloriosamente que vivir en pecado, por lo cual sufrió diferentes suplicios. Los que le rodeaban, movidos de falsa compasión por causa de la antigua amistad que tenían con él, hablándole aparte, le dijeron que le traerían carne que él pudiese comer, y que aparecería que comía carne de cerdo, con lo cual salvaría la vida. Eleazar contestó con decisión: "No está bien á mi edad disimular. Si yo hiciera tal cosa, podrían pensar los jóvenes: el viejo Eleazar se ha hecho pagano, y se ha dejado inducir al mal; y yo mismo llevaría una horrible mancha en mi ancianidad. Por otra parte, ¿qué adelantaría con escapar del martirio que los hombres me hacen sufrir? De la mano del Todopoderoso no podría escapar ni vivo ni muerto. Por lo tanto prefiero morir valerosamente con una muerte honrosa por la santa ley que amo con todo mi corazón. De esta suerte seré digno de mi ancianidad, y dejaré á la juventud un noble ejemplo." Dichas estas palabras, pronto fué entregado á nuevos suplicios. Cuando estaba ya próximo á expirar entre los más terribles tormentos, suspiró y dijo: "Tú sabes, Señor, que sufro estos tormentos de buen grado porque te temo." Entonces murió, dejando á todos un admirable ejemplo de valor y de heroísmo.

86. Martirio de los siete hermanos macabeos.

* Antíoco mandó llevar á su presencia á una mujer con sus siete hijos para obligarles á comer carne de cerdo. Pero ellos dijeron: "Nuestra ley nos lo prohibe, y no lo haremos." Entonces mandó el rey azotarlos con correas y nervios de toro. Y dijo el mayor de los siete hermanos: "Nosotros preferimos morir antes que quebrantar la ley del Señor." Encolerizado el rey, mandó caldear sartenes y ollas de metal. Después hizo arrancar la lengua al mayor, y desollarle la piel de la cabeza, y cortarle los pies y las manos, arrojándolo en la sartén para que se tostase mientras le duraba la vida. Mientras duraba este largo suplicio, la madre y los demás hermanos se alentaban entre sí á morir valerosamente.

* Cuando hubo muerto el primero, llevaron al segundo para atormentarle con escarnio; y habiéndole arrancado la piel juntamente con los cabellos de la cabeza, le preguntaron si quería comer antes que ser martirizado en todos sus miembros. Él contestó con la misma decisión que su hermano mayor: "No lo haré." Por lo cual sufrió el mismo martirio que su hermano. En sus últimos momentos dijo al rey: "Tú, ¡oh rey perversísimo! nos quitas la vida actual; pero el rey del cielo nos resucitará á la vida eterna por haber muerto por su ley." El tercero extendió sus manos diciendo: "Del cielo he recibido estos miembros, y espero recibirlos de nuevo de él." Antes de morir el tercero, estaba el cuarto dispuesto á seguir á sus hermanos en su gloriosa muerte por Dios. Cuando hubo expirado, martirizaron los verdugos al quinto y al sexto, quienes también murieron heroicamente. Todos ellos tenían en nada los tormentos, tanto que el rey y los que le rodeaban, quedaron admirados de su constancia.

* Cuando sólo quedaba el menor de los hermanos, Antíoco le aseguró con juramento, que le haría rico y feliz, y le tendría por su amigo, si se apartaba de la ley de sus padres. Mas como no hicieran mella alguna en el joven estas promesas, llamó el rey á la madre para persuadirla á que salvase á su hijo la vida. Pero ella habló á su hijo con gran ternura diciendo:



"Yo te ruego, hijo mío, que mires al cielo y á la tierra y á todas las cosas que en ellos hay, y reconozcas que Dios las ha hecho todas de la nada. Por lo cual no temas al verdugo, antes muéstrate digno de tus hermanos, para que juntamente con ellos te vuelva yo á encontrar en la vida eterna que todos esperamos." Aun hablaba la madre cuando dijo el joven: "¿Á quién esperáis? No obedezco al mandato del rey, sino á la ley de Dios que nos fué dada por Moisés. Y tú," añadió dirigiéndose á Antíoco, "que eres el autor de todos los males que afligen á los judíos, no escaparás de la mano de Dios." Entonces el rey, encendido en cólera, se encrueleció contra este más aún que contra los demás hermanos. Y por último la madre sufrió la muerte después de los hijos.

87. El sacrificio y los hechos heroicos de Judas Macabeo.

(166—160 antes de Jesucristo.)

** En tiempo de las crueles persecuciones que sufrieron los judíos del rey Antíoco, vivía en la Judea el sacerdote Matatías con sus cinco hijos. Cuando supo que Antíoco

había profanado el templo de Jerusalén, y que en toda la comarca intentaba forzar á los habitantes á que se hicieran idólatras, un intenso dolor atravesó su corazón. Conociendo que el poder de los malos pronto vence á la fe, si los buenos no le resisten valerosamente, llamó en alta voz diciendo: "El que tenga celo por la ley, salga y venga en pos de mí." Y huyó con sus hijos y muchos judíos temerosos del Señor á las montañas, y destruyó los altares de los ídolos, y peleó por la ley contra el poder de los paganos.

Á la muerte de Matatías sucedió Judas en su lugar, y fué llamado por su incomparable valor el Macabeo, que quiere decir el martillador. El cual se mostró en el combate fuerte y temible como un león, y venció á varios generales de Antíoco en muchas batallas, y recobró á Jerusalén y al templo. Allí contempló con dolor desierto el santuario, profanado el altar, y el pórtico lleno de hierba como en el monte. Entonces purificó el templo, y celebró sus victorias, y consagró de nuevo el altar cantando cánticos de alabanza, y tocando cítaras, arpas y címbalos.

* Lleno de cólera Antíoco por las victorias del Macabeo, quiso tomar por sí mismo el mando de sus tropas, y se dirigió respirando venganza á Jerusalén. Pero cuando iba corriendo su carroza, él cayó de ella, y se le quebrantaron los miembros de su cuerpo. El cuerpo de aquel impío se llenó de gusanos, de tal modo que las carnes se le caían á pedazos. Y al lado del que poco antes creía que tocaría las estrellas del cielo, nadie podía estar por el insoportable hedor que exhalaba. Entonces comenzó á decaer de su gran orgullo, y á venir al propio conocimiento. Oró al Señor, y prometió cambiar en bienes las muchas persecuciones que dirigía contra los judíos, y recorrer todas las naciones de la tierra para anunciarles el poder de Dios. Pero Dios no le oyó, porque su arrepentimiento no era sincero, sino únicamente causado por el temor de la muerte; y la enfermedad no se retiró de él. Por último, este blasfemador y cruel perseguidor murió muerte infeliz en medio de los más horrorosos tormentos.

* Sucedióle en el trono su hijo, el cual envió á sus



más célebres generales con un temible ejército para conquistar á Jerusalén. Entonces oró con lágrimas el Macabeo y los suyos; y después, llenos de confianza en el Señor, tomaron las armas y salieron al combate. Cuando estaban en lo más recio de la pelea, aparecieron del cielo á los enemigos cinco hombres sobre caballos adornados con frenos de oro. Dos de ellos iban á ambos lados del Macabeo, y le cubrían con sus escudos, y los otros lanzaban dardos y rayos contra los enemigos, que caían ciegos y llenos de temor y turbación. Cuando fueron contados los cadáveres, se vió que llegaban á 20 500 infantes y 600 de á caballo.

* Todavía venció Judas con la ayuda del Señor á los enemigos de Israel en muchas y sangrientas batallas. Sucedió en una de ellas, que murieron algunos judíos. Cuando al día siguiente quisieron Judas y los suyos sepultar los cadáveres, encontraron entre sus vestidos despojos de presentes ofrecidos á los dioses, cosas que la ley les prohibía



tomar. Entonces se vió claramente por qué habían muerto. Los judíos alabaron los justos juicios del Señor, y oraron para que les fuesen perdonados los pecados que habían cometido. Judas envió á Jerusalén 12000 dracmas de plata* para que se ofrecieran sacrificios de expiación por los difuntos, pues es *un pensamiento santo y saludable orar por los difuntos, para que les sean perdonados los pecados.*

Desgraciadamente una vez empeñó Judas un combate desigual, y cedió al número y á la violencia de sus enemigos, y cayó. Entonces lloró todo el pueblo con grandes lamentos, diciendo: "Ha muerto el héroe que ha salvado al pueblo de Israel."

88. Los últimos tiempos antes de la venida de Jesucristo.

** Á la muerte de Judas se pusieron sus hermanos á la cabeza del pueblo, y llevaron á cabo también acciones heroicas. Pero sus sucesores obraron el mal delante del Señor, y arrastraron al pueblo, siempre voluble é inconstante, en sus pecados y vicios. Los judíos reconocían á un solo Dios verdadero, pero

* Próximamente 4200 marcos = 21000 pesetas.

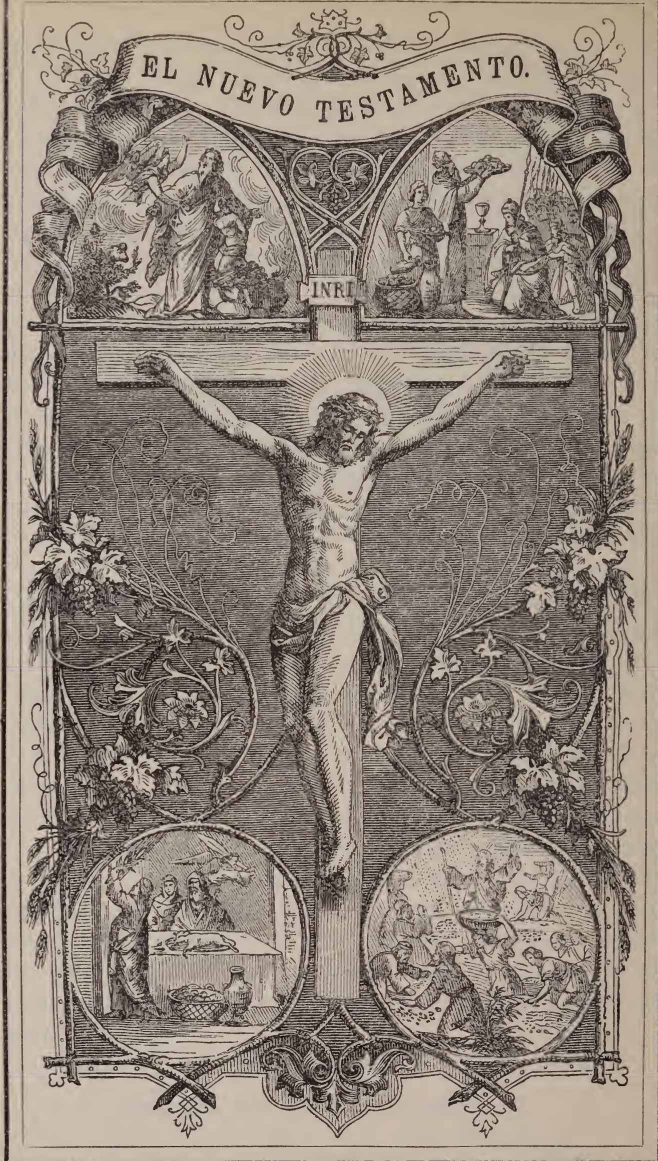
la mayor parte solamente con los labios; porque en sus obras habían llegado á ser tan malos que un historiador judío compara á Jerusalén con Sodoma, y aun tiene á Sodoma por mejor. Los buenos gérmenes que había entre ellos, fueron sofocados por las sectas de los hipócritas fariseos y de los incrédulos saduceos, pues ambas sectas, si bien enemigas entre sí, ejercitaban sobre el pueblo un dominio incondicional. Al mismo tiempo se enseñoreaba de todos los países de la tierra la más abominable idolatría, y como consecuencia de ella la más espantosa corrupción de costumbres y el mayor desenfreno de las pasiones. Por lo cual suspiraban todos los buenos en toda la tierra por el Salvador prometido.

† Así estaban preparadas las cosas para la venida del Salvador del mundo, la cual había de estar muy próxima según varias señales. Ya Malaquías, el último profeta (como 400 años antes de Jesucristo), había exclamado lleno de alegría: "He aquí que pronto viene Aquel por quien todos suspiráis. Entonces se acabarán los sacrificios de animales. No está mi voluntad en vosotros, dice el Dios de los ejércitos, ni recibiré ofrenda alguna de vuestra mano. Porque desde el oriente hasta el ocaso grande será mi nombre entre las gentes, y *en todo lugar* se sacrificará *una ofrenda pura* á mi nombre." Solamente quedaba una cosa por cumplirse: la profecía de Jacob á su hijo Judá; y ésta también se cumplió. Porque los sucesores de los macabeos vivieron en continuas luchas entre sí: hermanos luchaban con hermanos, y se mataban unos á otros, y llamaban á los romanos, ya muy poderosos, como jueces de sus contiendas. Los cuales concluyeron por apoderarse del país, se hicieron soberanos de él, y eligieron por rey de Judea á un extranjero llamado Herodes. Entonces, *cuando el cetro salió de las manos de Judá,* llegó el tiempo en que había de ser enviado el prometido y suspirado Salvador, que se llama

Jesucristo,

¡alabado por toda la eternidad!

EL NUEVO TESTAMENTO.


EL NUEVO TESTAMENTO.
INRI

PARTE SEGUNDA.

HISTORIA DEL NUEVO TESTAMENTO.

CAPÍTULO PRIMERO.

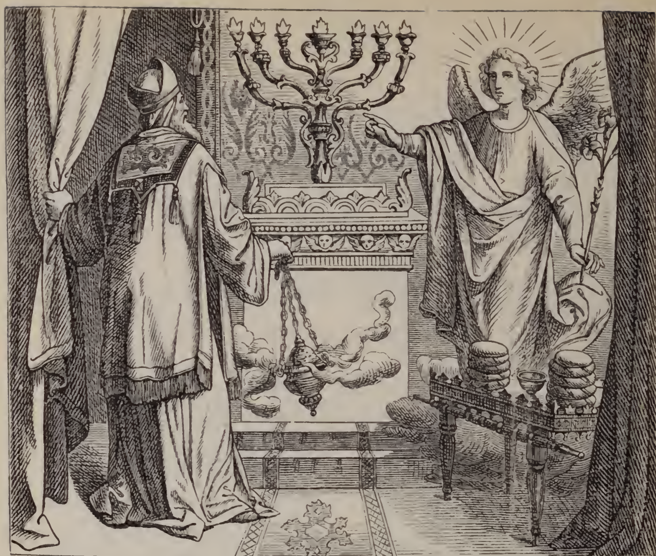
HISTORIA DE JESÚS.

Nacimiento y juventud de Jesús.

1. Anunciación del nacimiento de San Juan.

En tiempo del rey Herodes vivía en una ciudad de las montañas de Judea un sacerdote llamado Zacarías. Su mujer se llamaba Isabel. Ambos eran justos en medio de un pueblo pecador, y cumplían los mandamientos del Señor. No tenían hijos, por lo cual estaban muy tristes, y pedían á menudo fervorosamente al Señor que les concediera uno. Ya habían llegado á la vejez, y parecía que el Señor no quería acceder á sus ruegos.

Sucedió en una ocasión, que habiéndole tocado á Zacarías el turno para servir en el templo, entró en el santuario para ofrecer incienso al Señor en el altar de los perfumes, mientras el pueblo oraba en el pórtico. Entonces se le apareció un ángel en el lado derecho del altar. Zacarías temió al verle; pero el ángel le dijo: "No temas, Zacarías: tu oración ha sido oída. Isabel, tu mujer, tendrá un hijo, al cual llamarás por nombre Juan. Y tú tendrás gozo y alegría, y se regocijarán muchos de su nacimiento, porque él será grande delante del Señor. No beberá vino ni sidra, y aun desde su nacimiento será lleno del Espíritu Santo. Y á muchos de los hijos de Israel convertirá al Señor, su Dios. Porque él irá delante con el espíritu y virtud de Elías para preparar al Señor un pueblo perfecto."



Zacarías contestó al ángel: "¿En qué conoceré esto? porque yo soy viejo, y mi mujer avanzada en años." El ángel respondió: "Yo soy Gabriel que asisto delante de Dios, y he sido enviado para traerte esta feliz nueva. Y tú quedarás mudo hasta el día en que esto sea hecho, porque no creíste mis palabras, las cuales se cumplirán á su tiempo." Y desapareció.

El pueblo entretanto estaba esperando á Zacarías, y se maravillaba de que tardase tanto en el templo. Cuando salió, no podía dar al pueblo la bendición que acostumbraba, pero por señas entendieron que había visto una aparición en el templo. Terminados los días del servicio del templo, volvió Zacarías á su casa lleno de alegría.

2. Anunciación del nacimiento de Jesús.

Á los seis meses después del anuncio del nacimiento de Juan, descendió el ángel Gabriel á Nazaret, pequeña ciudad de Galilea, y fué enviado á una virgen llamada María, que estaba desposada con un santo varón por nombre José. El

cual era un pobre carpintero, pero descendiente como ella del linaje real de David. El ángel llegó en ocasión en que ella estaba en su habitación orando devotamente, y entrando le dijo: "¡Dios te salve, María! Llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres."

Cuando esto oyó la virgen, se turbó, y consideró qué salutación fuese esta. Pero el ángel le dijo: "No temas, María, porque has hallado gracia delante del Señor. He aquí



que concebirás y tendrás un hijo, y llamarás su nombre Jesús. Éste será grande, y será llamado hijo del Altísimo. Y le dará el Señor Dios el trono de David, su padre, y su reino no tendrá fin." Y dijo María al ángel: "¿Cómo podrá hacerse esto si yo he prometido á Dios guardar perpetua virginidad?" El ángel contestó: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y te hará sombra la virtud del Altísimo. Y por eso el Santo que nacerá de ti, será llamado *hijo de Dios*. He aquí que tu prima Isabel también tendrá dentro de tres meses un hijo

en su vejez, pues para Dios no hay nada imposible." Entonces dijo María: "He aquí la sierva del Señor: hágase en mí según tu palabra." Y el ángel desapareció.

3. María visita á Santa Isabel.

María se levantó al punto, y fué apresuradamente á la montaña á visitar á su prima Isabel para comunicarle la alegre nueva. Cuando la virgen entró en casa de su prima, la saludó cordialmente. Isabel en aquel mismo momento fué



llena del Espíritu Santo, y exclamó en alta voz: "*¡Bendita eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre!* ¿De dónde á mí la dicha, que la madre de mi Señor venga á mí? Feliz tú que has creído; pues cumplido será lo que te fué dicho de parte del Señor." María entonces, transportada á vista de la admirable gracia que había recibido del Señor, pronunció un magnífico cántico de alabanza.

† Y dijo María: "Mi alma engrandece al Señor, y mi espíritu se regocijó en Dios, mi Salvador. Porque miró la

bajeza de su sierva: pues desde ahora me dirán bienaventurada todas las generaciones. Porque ha hecho en mí grandes cosas El que es poderoso, y cuyo nombre es santo. Es misericordioso de generación en generación con los que le temen. Hizo violencia con su brazo, y dispersó á los soberbios del pensamiento de su corazón. Destronó á los poderosos y ensalzó á los humildes. Colmó de bienes á los hambrientos, y á los ricos dejó vacíos. Recibió á Israel, su siervo, acordándose de su misericordia, así como habló á nuestros padres, á Abrahán y á su descendencia por los siglos."

María permaneció muchas semanas en casa de Isabel, y después volvió á Nazaret, á su casa.

4. Nacimiento de Juan.

Cuando hubo llegado el tiempo prometido, tuvo Isabel un hijo. Los vecinos y parientes se alegraron de corazón con ella, y quisieron ponerle al niño el nombre de su padre. Pero Isabel dijo: "De ningún modo: ha de llamarse Juan." Y ellos respondieron: "Nadie hay en tu linaje que se llame con este nombre." Y le preguntaron al padre cómo quería que se llamase el niño. Pero el padre permanecía mudo todavía, y pidiendo una tabla escribió: "Juan es su nombre." Y en aquel momento se desató su lengua y pudo hablar. Por lo cual se admiraron todos, y dijeron: "¿Quién pensáis que será este niño? Pues la mano del Señor es con él."

† El corazón de Zacarías rebosaba en gozo y agradecimiento. Y lleno del Espíritu Santo alabó al Señor, y profetizó en estas palabras:

† Bendito el Señor, Dios de Israel, porque visitó é hizo la redención de su pueblo. Grande salvación nos ha preparado en la casa de David, su siervo, como ha prometido en todo tiempo por boca de sus santos profetas. Él quiso salvarnos de todos nuestros enemigos y de las manos de los que nos aborrecen. Para hacer misericordia con nuestros padres, acordándose de su santa alianza y del pacto que hizo con nuestro padre Abrahán. Para que librados de la mano de nuestros enemigos, le sirvamos sin temor en justicia y

santidad todos los días de nuestra vida. Y tú, hijo mío—añadió dirigiéndose á su hijo—, serás llamado profeta del Altísimo; porque tú irás delante de la faz del Señor para preparar sus caminos, y llevar á su pueblo al conocimiento de la salud para la remisión de sus pecados por las entrañas de misericordia de nuestro Dios con que nos visitó El que salió del alto para alumbrar á los que están de asiento en las tinieblas y en sombra de muerte, y enderezar nuestros pies á camino de paz."

El niño Juan creció, y fué fortalecido en espíritu. Siendo aún muy joven se retiró á vivir al desierto.

5. Nacimiento de Jesús.

José nada sabía de lo que había sucedido á María. Pero Dios le manifestó este secreto. Un ángel del Señor se le apareció en sueños, y le dijo: "José, hijo de David, toma á María contigo. Ella es madre del hijo de Dios por obra del Espíritu Santo. Al cual pondrás por nombre Jesús, porque ha de salvar á su pueblo del pecado." José lo hizo como el ángel le había mandado.

Al cabo de algún tiempo salió un decreto de Augusto, emperador de Roma, mandando que se empadronaran todos sus súbditos de Judea, para lo cual cada uno había de ir al lugar de donde procedía su familia. Entonces María y José fueron á Belén, ciudad de David, porque eran de la familia de David. Habiendo acudido á la ciudad muchos extranjeros, no encontraron aquellos posada donde recogerse durante la noche, y hubieron de pasarla en un establo que había á la entrada de la ciudad. *Allí vino al mundo durante la noche **Jesucristo,** el Hijo de Dios.* La virgen madre María envolvió al niño con gran ternura y alegría en unos pañales, y lo colocó en un pesebre.

6. Los pastores en torno del pesebre.—Circuncisión de Jesús.

No lejos de Belén había unos pobres pastores en el campo, velando junto á sus ganados. De repente se les apareció el ángel del Señor rodeado de celestiales resplandores. Ellos



temieron, pero el ángel les dijo: "No temáis, porque os anuncio un grande gozo que será participado á todos los pueblos. Hoy os ha nacido en la ciudad de Belén el Salvador que es Cristo, el Señor. Y ésta os será la señal: hallaréis un niño envuelto en pañales, y reclinado en un pesebre." Y súbitamente apareció con el ángel una tropa numerosa de milicia celestial que alababan

á Dios, y decían: "Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad."

Luego que los ángeles se remontaron al cielo, dijeron entre sí los pastores llenos de alegría y admiración: "Vamos al punto á Belén para ver lo que el Señor nos ha anunciado." Y fueron en seguida á Belén, y encontraron en el portal á María y á José y al niño envuelto en pañales y recostado en un pesebre. Ellos vieron y consideraron con santo temor estas cosas, y sintieron íntima alegría. Después que hubieron adorado al niño, volviéronse á sus ganados glorificando y alabando al Señor por todas las cosas que habían visto y oído.

Á los ocho días fué circuncidado el niño, recibiendo el santo nombre de *Jesús*, como el ángel lo había llamado antes de su nacimiento.

7. Presentación de Jesús en el templo.

Cuando Jesús tuvo cuarenta días, María y José le llevaron á Jerusalén al templo para cumplir la ley, y presentarle al Señor. Ellos ofrecieron allí el sacrificio prescrito por la ley á los pobres, que consistía en un par de pichones.

** Vivía á la sazón en Jerusalén un varón justo y temeroso de Dios, llamado Simeón, el cual esperaba lleno de anhelo en el Salvador; porque el Espíritu Santo, que estaba en él, le había manifestado que no moriría antes de haber visto al Enviado del Señor. Cuando María y José entraron con el Niño en el templo, Simeón reconoció al momento en Él al Salvador prometido, y tomando al divino Niño en sus brazos alabó á Dios diciendo: "Ahora, Señor, despide á tu siervo en paz según tu palabra; porque mis ojos han visto tu salud que tú has preparado á todos los pueblos, como una luz que ilumine á los gentiles, y dé gloria al pueblo de Israel." Y bendijo Simeón á María y á José, y dijo á María: "He aquí que éste es puesto para caída y para salvación de muchos en Israel, y como una señal á la que se hará contradicción. Y una espada atravesará el alma de ti misma."



** Había también en Jerusalén una profetisa llamada Ana, viuda, de 84 años de edad, que no se apartaba del templo, y servía á Dios de día y de noche con ayunos y oraciones. La cual llegó allí en aquella misma hora, y también alabó al Señor. Ella refirió llena de alegría á otras almas piadosas que esperaban en el Señor, que ella misma le había visto.

8. Adoración de los Magos de Oriente.

Cuando Jesús volvió con sus padres á Belén vinieron á Jerusalén unos sabios de Oriente, y preguntaron diciendo: "¿Dónde está el rey de los judíos que acaba de nacer? Pues hemos visto su estrella en Oriente, y venimos á adorarle." Cuando oyó esto el rey Herodes, temió, y con él los habitantes de Jerusalén. Al momento convocó á todos los sacerdotes y doctores de la ley y les preguntó que dónde debía haber

nacido Cristo. Ellos contestaron: "En Belén de la tribu de Judá. Así está escrito en el profeta Micheas: *Y tú Belén, tierra de Judá, no eres la menor entre las principales ciudades de Judá, porque de ti saldrá el caudillo que gobernará á mi pueblo de Israel, cuyo principio es desde la eternidad.*" Entonces Herodes, llamando en secreto á los Magos, se informó de ellos cuidadosamente del tiempo en que se les apareció la estrella. Y les dijo, disimulando su



malicia: "Id á Belén é informaos bien del niño, y cuando le hubiereis hallado, hacédmelo saber para que yo también vaya á adorarle."

Los Magos se pusieron al punto en camino de Belén, y la estrella que habían visto en Oriente, y que había desaparecido durante algún tiempo, iba delante de ellos, hasta que se paró sobre el lugar donde estaba el Niño. Entraron entonces allí, y hallaron al Niño con María y José, y pos-

trándose le adoraron. Y abiertos sus tesoros le ofrecieron oro, incienso y mirra. Por la noche les mandó Dios durante el sueño, que no volviesen á Herodes. Ellos obedecieron el mandato divino, y se volvieron á su país por otro camino alabando á Dios.

9. Huida á Egipto y regreso á Nazaret.

Herodes esperó con impaciencia al regreso de los Magos. Pero cuando vió que no volvían, lleno de cólera dió el cruel



mandato de matar en Belén y en toda su comarca á todos los niños menores de dos años. Así creyó Herodes que el Niño Jesús moriría ciertamente.

Pero Dios velaba por la vida del Niño. El ángel del Señor se apareció en sueños á José, y le dijo: "Levántate y toma al Niño y á la Madre, y huye á Egipto, y permanece allí hasta que yo te diga. Porque ha de acontecer

que Herodes busque al Niño para matarlo." Levantándose José tomó al Niño y á la madre de noche, y se retiró á Egipto.

Cuando el Niño Jesús hubo salido, llegaron los asesinos enviados por Herodes á Belén, y arrancaron á los niños de los brazos y del seno de sus madres, y les dieron muerte. Entonces se levantó un gran llanto y gemido, y las madres no podían consolarse.

El castigo de Dios no se hizo esperar. Herodes, pocos años después de esta orden sangrienta, fué atacado de una horrorosa enfermedad, y murió en medio de los más atroces tormentos. Entonces se apareció de nuevo en sueños el ángel del Señor á José en Egipto, y le dijo: "Levántate y toma al Niño y á la madre, y vuélvete á tu patria; porque los que querían la vida del Niño, han muerto." Entonces se levantó José, y tomando al Niño y á la madre, volvió á Galilea á la ciudad de Nazaret.

Jesús creció allí en silencio y oscuridad. Aun siendo todavía niño se mostraba lleno de sabiduría celestial, y la gracia del Señor estaba en Él.

10. Jesús á los doce años en el templo.

María y José iban todos los años á Jerusalén á celebrar la Pascua. Cuando Jesús llegó á los doce años, le llevaron consigo. Aunque el viaje era largo, Jesús fué con ellos lleno de alegría. Mayor aun fué su gozo cuando vió delante de sí la ciudad santa, y entró por vez primera en el magnífico templo. Cuando las fiestas se acabaron, María y José se volvieron á su casa, pero el Niño Jesús permaneció en Jerusalén sin que sus padres lo advirtieran. Al principio, creyendo que estaría con los demás compañeros de viaje, anduvieron un día de camino, y por la tarde le buscaron entre los parientes y conocidos. ¡Cuán grande fué su temor al ver que no lo encontraban! Volviéronse entonces atribulados á Jerusalén para buscarle en la ciudad.

Por último al tercer día de su salida de Jerusalén le encontraron en el templo sentado entre los doctores de la

ley, oyéndoles y preguntándoles. Todos los que le veían, quedaban pasmados de la inteligencia que mostraba en sus preguntas y contestaciones. Al verle sus padres sintieron indecible alegría; y su madre, recordando la grande angustia que habían sufrido, le dijo: "Hijo, ¿por qué lo has hecho así con nosotros? Mira cómo tu padre y yo angustiados te buscábamos." Jesús contestó dulcemente: "¿Por qué me buscabais? *¿No sabéis que debo estar en las cosas que son de mi Padre?"*



Entonces se volvió Jesús con sus padres á Nazaret. Y estuvo sometido á ellos, y crecía en sabiduría y en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres.

Jesús sabía desde la eternidad todas las cosas, pero quiso manifestar poco á poco su divina sabiduría, oyendo atentamente como si hubiera sido otro cualquier niño las enseñanzas de los demás. De este modo fué para la juventud el más acabado modelo de atención y aplicación á la enseñanza de las cosas santas.

Preparación y entrada de Jesús en la vida pública.

11. San Juan, precursor de Jesús.

Como se acercase el tiempo en que Jesús debía mostrarse públicamente, resonó en el desierto la voz de Juan, el hijo de Zacarías, que debía preceder al Señor y prepararle sus caminos. Juan, obediente á la voz del Señor, llegó á la comarca del Jordán. Su vestido era de piel de camello con un ceñidor de cuero al rededor de su cintura, y su alimento consistía en langostas y miel silvestre. Y clamaba en alta voz: "Haced penitencia, porque se ha acercado el reino de los cielos." Para excitar más y más á penitencia á los que le veían, y prepararlos al bautismo cristiano, bautizaba en el Jordán á los que se mostraban de buena voluntad. De todos los lugares y ciudades venían multitud de gentes y oían atentas las predicaciones de Juan, y eran bautizadas por él, confesando sus pecados.



Entre otros vinieron también á él fariseos y saduceos. Cuando Juan los vió, les dijo lleno de indignación: "Raza de víboras, ¿quién os ha enseñado á huir de la ira venidera? Haced, pues, frutos dignos de penitencia, y no digáis en vuestro interior: tenemos á Abrahán por padre. Pues yo os digo, que Dios puede levantar hijos á Abrahán de estas piedras. Pues la segur está puesta en la raíz del árbol, y todo árbol que no da buen fruto, cortado será, y arrojado al fuego."

Juan con su género de vida y sus conmovedoras predicaciones de tal manera influyó en sus oyentes, que creían que era él el mismo Salvador en persona. Pero Juan contestaba diciendo: "Yo no soy Cristo: en pos de mí viene

Él que es más fuerte que yo; ante el cual yo no soy digno de postrarme para desatar la correa de sus zapatos. Yo os bautizo solamente con agua, mas Él os bautizará con el Espíritu Santo y con fuego. Cuyo bieldo está en su mano, y limpiará su era, y allegará el trigo en su granero, y la paja la quemerá con fuego que no se apaga."

12. Bautismo de Jesús.—Es tentado por el demonio.

Cuando Jesús tenía 30 años, vino un día á Juan, que estaba en el Jordán, para ser bautizado por él. Como Jesús se llegara al río, Juan se lo estorbaba diciendo con el más profundo respeto: "Yo debo ser bautizado por ti, ¿y tú vienes á mí?" Jesús le contestó: "Deja ahora: porque conviene que nosotros cumplamos la voluntad divina." Entonces cedió Juan, y bautizó á Jesús en el Jordán. En el mismo momento se abrió el cielo sobre Jesús, y el Espíritu Santo se manifestó visiblemente en forma de paloma sobre su cabeza. Y al mismo tiempo resonó una voz del cielo: *"Éste es mi hijo muy amado en quien me he complacido."* Así recibió Jesús el sello divino, al mismo tiempo que el encargo de Salvador del mundo.



** Antes de cumplir con este oficio, se apartó Jesús del Jordán, y se retiró al desierto por inspiración del Espíritu Santo. Allí pasó en la soledad cuarenta días y cuarenta noches ayunando y orando. Al cabo de este tiempo sintió hambre. Entonces se le presentó Satanás para tentarle, y le dijo: "Si eres hijo de Dios, haz que estas piedras se conviertan en pan." Jesús le contestó: "Escrito está: no sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios."

** Satanás se atrevió á tentarle por segunda vez: Habiendo llevado á Jesús á Jerusalén, le puso sobre el pináculo del templo, diciéndole: "Si eres hijo de Dios, échate de aquí abajo, porque escrito está: Mandó sus ángeles á ti, y te tomarán en las manos para que no tropiece siquiera con una piedra tu pie." Jesús contestó: "Escrito está también que no tentarás al Señor tu Dios."

** Todavía no descansó el demonio. Llevando á Jesús á lo alto de una elevada montaña, le mostró todos los reinos del mundo y su magnificencia, y le dijo: "Todo esto te daré, si postrado en tierra me adorares." Entonces le dijo el Señor, lleno de santa indignación: "Vete, Satanás: que escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y á Él solo servirás." Entonces huyó el demonio, y los ángeles del Señor vinieron y sirvieron á Jesús.

13. Los primeros discípulos de Jesús.

Jesús salió del desierto, y se dirigió de nuevo al Jordán. Cuando Juan le vió venir, dijo á la multitud de pueblo que le rodeaba: "¡He aquí el cordero de Dios que borra los pecados del mundo! Éste es Aquél de quien yo dije: En pos de mí viene un varón que fué engendrado antes de mí, porque primero era que yo. Yo doy testimonio de que Él es el Hijo de Dios."

Al día siguiente estaba Juan con dos discípulos en el Jordán, y mirando á Jesús que pasaba, dijo otra vez: "He aquí el cordero de Dios." Y oyendo esto los dos discípulos siguieron á Jesús. Y volviéndose Jesús, les dijo amistosamente: "¿Qué buscáis?" Ellos le dijeron: "Maestro, ¿dónde moras?" Y Jesús contestó: "Venid y vedlo." Ellos le siguieron llenos de alegría al lugar donde moraba Jesús, y permanecieron todo el día con Él. Estos dos discípulos se llamaban Andrés y Juan. Andrés tenía un hermano llamado Simón, al cual movía un ardiente deseo de ir al Salvador. Y habiendo Andrés encontrado á su hermano, le dijo lleno de alegría: "Hemos encontrado al Mesías." Y le llevó á Jesús. Y Jesús le miró y dijo: "Tú eres Simón, hijo de Jonás: pero desde ahora has de llamarte Pedro, que quiere decir piedra."

* Al día siguiente se dirigió Jesús á Galilea, y en el camino halló á un hombre llamado Felipe, que hacía largo tiempo suspiraba por el Salvador, y le dijo: "Sígueme." Felipe era muy amigo de Natanael, llamado también Bartolomé. Se apresuró á ir á su encuentro, y habiéndole hallado bajo una higuera, le dijo lleno de alegría: "Hemos encontrado á Aquél de quien escribió Moisés y los profetas, á Jesús de Nazaret. Ven y vélo." Cuando Jesús vió á Natanael, que iba á buscarle, le dijo: "He aquí un verdadero Israelita en quien no hay engaño." Natanael preguntó admirado: "De dónde me conoces?" Jesús contestó: "Antes que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera, te ví." Entonces dijo Natanael, lleno de respeto: "¡Maestro, Tú eres el Hijo de Dios, Tú eres el Rey de Israel!" Y Jesús le contestó: "Porque te dije que te ví bajo la higuera crees: mayores cosas que estas has de ver. En verdad, en verdad os digo que desde ahora veréis el cielo abierto, y á los ángeles del Señor subir y descender sobre el Hijo del hombre."

14. Primer milagro de Jesús en Caná.

Tres días después se celebraba una boda en Caná, ciudad de Galilea, á la cual asistió la madre de Jesús; y también Jesús y sus discípulos estaban convidados á ella. Y habiendo llegado á faltar el vino durante la comida antes de tiempo, le dijo á Jesús su madre: "No tienen vino." Jesús contestó: "Todavía no ha llegado mi hora." María comprendió al punto que Jesús quería venir en auxilio de aquellas gentes, y que sólo esperaba el momento oportuno. Y dijo á los que le servían: "Haced lo que Él os dijere."

Había allí seis vasijas de piedra destinadas á la purificación de los judíos, y en cada una de ellas cabrían como unos tres cántaros. Jesús dijo después de una pausa á los que servían: "Llenad estas vasijas de agua." Ellos las llenaron hasta arriba. Entonces Jesús les dijo: "Sacad de aquí y llevad al maestresala." Así lo hicieron. El maestresala, que no sabía lo que había sucedido, pensó que se le daba á probar un nuevo vino. Encontró admirado que el



vino era muy bueno. Por lo cual llamó al novio y le dijo: "Todo hombre sirve primero el buen vino, y después que los huéspedes han bebido bien, entonces da el que no es tan bueno; mas tú guardaste el buen vino hasta ahora."

Este fué el primer milagro de Jesús en Caná de Galilea, por el cual manifestó su gloria, y sus discípulos creyeron en Él.

PRIMERA FIESTA DE PASCUA.

15. Purificación del templo y plática con Nicodemo.

La fiesta de la Pascua estaba próxima. Por lo cual subió Jesús á Jerusalén al templo, y halló en el pórtico del templo á gentes vendiendo bueyes, ovejas y palomas para los sacrificios, y á los cambistas sentados. Jesús entonces indignado hizo con cuerdas un azote, y los echó á todos del templo, y á las ovejas y á los bueyes, y arrojó por tierra el dinero de los cambistas, y derribó sus mesas. Y dijo á los que vendían palomas: "Quitad esto de aquí, y la casa de mi Padre no la hagáis casa de tráfico." Los discípulos recor-



daron entonces la profecía de los libros santos, según la cual había de decir á Dios el futuro Salvador: "El celo por tu casa me devora."

** Los judíos que habían quedado, dijeron á Jesús: "¿Qué señal nos das de que Tú tienes poder para hacer estas cosas?" Jesús respondió, hablando de sí mismo: "Destruid este templo y en tres días lo levantaré." Los judíos, creyendo que hablaba del templo de piedra, le dijeron: "Cuarenta y seis años se emplearon en edificar este templo, ¿y Tú lo levantarás en tres días?"

* Para mostrar visiblemente su poder á los judíos, Jesús hizo varios milagros en su presencia, y muchos creyeron en Él. Entre ellos había un miembro del supremo Consejo, llamado Nicodemo, el cual tenía ardiente deseo de ser discípulo de Jesús. Por lo cual fué á Jesús durante la noche por miedo de los judíos, y le dijo: "Maestro: sabemos que eres un sabio venido de Dios, pues ninguno puede hacer

los milagros que Tú haces, si Dios no estuviere con él." Jesús le manifestó lo que era necesario para ser miembro de su reino, diciéndole: "En verdad, en verdad te digo que nadie puede entrar en el reino de Dios, sino aquel que renaciere de nuevo por medio del agua y del Espíritu Santo."

† "Al modo que Moisés en el desierto levantó en alto la serpiente de bronce, así también es menester que el Hijo del hombre sea levantado en alto, para que todo aquel que crea en él, no perezca, sino que logre la vida eterna. Que amó tanto Dios al mundo, que no paró hasta dar á su Hijo unigénito, á fin de que todos los que crean en Él, no perezcan, sino que vivan vida eterna." Dios no ha enviado al mundo á su Hijo para que juzgue al mundo, sino para que el mundo se salve por Él. Quien cree en Él, no sera juzgado; mas el que no creyere, éste juzgado está ya, porque no cree en el nombre del unigénito Hijo de Dios."

16. Jesús en el pozo de Jacob.

* Desde Jerusalén se dirigió Jesús al país de Judea, donde anunció la venida del reino de Dios, y bautizó por medio de sus discípulos. Muchos creyeron en Él, y fueron discípulos suyos. Después volvió Jesús á Nazaret, atravesando el país de Samaría. Habiendo llegado á la ciudad de Sichem, donde había un pozo que en otro tiempo hizo Jacob, como Jesús se sintiese cansado del viaje, se sentó junto al pozo mientras sus discípulos iban á la ciudad á comprar qué comer.

* Mientras Jesús estaba sentado junto al pozo, salió de la ciudad una samaritana para sacar agua. Jesús le dijo: "Dame de beber." La mujer le contestó admirada: "¿Cómo tú, que eres judío, me pides á mí de beber?" Jesús le respondió: "Si tú supieses quién te dice: Dame de beber, tú le pedirías á Él, y Él te daría agua viva." La mujer le dijo: "Señor, el pozo es hondo, y no tienes con qué sacarla: ¿de dónde, pues, tienes el agua viva? ¿Eres por ventura mayor que nuestro padre Jacob, que nos dejó este pozo?" Jesús le contestó: "El que bebe de esta agua, volverá á tener sed; mas el que bebiere del agua que yo le



daré, nunca jamás volverá á tener sed; porque el agua que yo le daré, se convertirá en él en una fuente que saltará hasta la vida eterna." Entonces dijo la mujer: "Señor, dame de esa agua."

* Entonces le dijo Jesús los pecados más secretos de su vida, y la mujer, llena de vergüenza y arrepentimiento, dijo: "Señor, veo que eres un profeta." Y deseosa de servir á Dios rectamente en lo sucesivo, añadió: "Nuestros padres adoraron á Dios en este monte—y al decir estas palabras señalaba al monte Garizín, que está junto á Sichem—; pero vosotros decís que en Jerusalén es donde se debe adorar á Dios." Jesús le dijo: "Mujer, créeme: la hora llega en que ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre. Sí, viene la hora en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad." La mujer entendió que Jesús se refería á la venida del Salvador, y dijo: "Yo sé que el Mesías viene, y cuando venga, nos declarará todas estas cosas." Jesús dijo entonces: "Yo soy el Mesías que hablo contigo."

* La mujer llena de alegría y admiración, dejó su cántaro, y corrió á la ciudad, diciendo á las gentes: "Venid y veréis un hombre que me ha dicho cuantas cosas he hecho. ¿Si será éste el Mesías?" En esto llegaron de la ciudad los discípulos con los manjares, y dijeron á Jesús: "Maestro, come." Pero Jesús les dijo: "Yo tengo un manjar que vosotros no sabéis: Mi alimento es hacer la voluntad de Aquél que me ha enviado." Aun estaba Jesús hablando, cuando llegaron gentes de la ciudad á rogarle que permaneciera allí. Jesús se detuvo allí dos días, y les enseñó, y muchos creyeron en Él. Y decían á la mujer: "Ya no creemos por tu dicho; por nosotros mismos le hemos oído, y sabemos que éste es verdaderamente el Salvador del mundo."

17. Jesús predica en Nazaret.

† Después de dos días, continuó Jesús su viaje á Galilea, donde predicó el evangelio del reino de Dios, y dijo: "Ya ha llegado la plenitud de los tiempos, y se ha acercado el reino de Dios. Haced penitencia y creed en el evangelio." Cuando volvió á Nazaret, fué, según su costumbre, el sábado á la sinagoga, y se puso en pie mostrando así que quería leer en uno de los libros santos. Y le fué dado el libro de las profecías del profeta Isaías. Habiendo abierto el libro, encontró el siguiente lugar: "El espíritu del Señor está sobre mí: Él me ha ungido y me ha enviado para predicar el evangelio á los pobres, para sanar á los humildes de corazón, para redimir á los cautivos, para anunciar la vista á los ciegos, y para publicar el día de la recompensa." Cuando hubo leído este lugar, dió el libro al ministro y se sentó. Y cuantos había en la sinagoga tenían los ojos clavados en Él. Y les empezó á decir: "Hoy se ha cumplido esta escritura delante de vos."

† Todos se maravillaban de las palabras de gracia que salían de su boca; pero no creían las cosas elevadas que hablaba de sí mismo, sino decían: "Verdaderamente posee el don de profecía y el poder de hacer milagros; mas ¿acaso no es el hijo de un carpintero?" Por lo cual les dijo Jesús: "En verdad, os digo que ningún profeta es acepto en su patria. Muchas viudas había en Israel en los días de Elías, cuando fué cerrado el cielo por tres años y seis meses, cuando hubo una grande hambre por toda la tierra, mas á ninguna de ellas fué enviado Elías sino á una viuda en Sarepta. Y muchos leprosos había en Israel en tiempo de Eliseo profeta; mas ninguno de ellos fué limpiado sino Naamán de Siria."

† Al oir esto todos los que había en la sinagoga, se llenaron de saña. Y se levantaron y echaron á Jesús fuera de la ciudad, y le llevaron hasta la cumbre del monte en que estaba edificada la ciudad para despeñarlo; pero Jesús hizo que quedaran suspensos é inmobles de temor, y se retiró pasando por medio de ellos lleno de divina majestad.

18. Milagros de Jesús en Cafarnaum.

Desde Nazaret se retiró el Señor á Cafarnaum, donde enseñó en la sinagoga, y todos se maravillaban de su doctrina, que era elocuente y llegaba hasta lo íntimo del corazón. Entre los oyentes había un hombre poseído de un demonio inmundo, el cual exclamó en voz alta: "¿Qué tienes Tú con nosotros, Jesús de Nazaret? ¿Vienes á destruirnos? Conozco bien quién Tú eres: el santo de Dios." Jesús le increpó,



diciendo: "Enmudece, y sal de este hombre." El espíritu impuro salió entonces de él derribándolo por tierra. Todos quedaron admirados, y dijeron entre sí: "¿Qué es esto? Manda con poder aún á los espíritus inmundos, y ellos le obedecen."

* Cuando salió de la sinagoga, fué Jesús á casa de Simón Pedro y de su hermano Andrés. La suegra de Pedro yacía en la cama con fiebre, y le pidieron por ella. Entonces Jesús se acercó á ella, la tomó por la mano, y la levantó;

y he aquí que al punto desapareció la fiebre, y ella sirvió á Jesús y á sus discípulos.

Al ponerse el sol, le trajeron todos los enfermos y poseídos de los malos espíritus. Toda la ciudad estaba reunida delante de la puerta. Jesús ponía sus manos sobre los enfermos y los sanaba. De muchos salían los demonios diciendo: "Tú eres el Hijo de Dios"; mas Él los amenazaba y no les permitía hablar.

Á la mañana siguiente muy temprano se retiró Jesús á un lugar desierto, é hizo allí oración; pero las gentes le buscaban y le querían detener para que no se apartase de ellos. Él les dijo: "Á otras ciudades es menester también que Yo anuncie el evangelio del reino de Dios, pues para esto he sido enviado." Después predicó en toda Galilea, y echó á los demonios de los cuerpos de los poseídos, y curó toda suerte de enfermos y tullidos. La fama de sus prodigios se extendió hasta la Siria, y una gran multitud de diferentes países iban en pos de Él.

19. La pesca abundante.

** Habiendo venido Jesús un día al lago de Genésaret—llamado también mar de Galilea—para anunciar allí la divina palabra, una gran multitud de gente le rodeaba y le oprimía. Y entrando en una barca que era de Simón, le rogó que apartase un poco la barca de la tierra, y habiéndose sentado, desde allí enseñaba al pueblo. Cuando hubo concluído de hablar, dijo á Simón y á su hermano: "Entrad mar adentro, y soltad vuestras redes para pescar." Simón dijo: "Señor, hemos estado trabajando toda la noche, y no hemos cogido nada; mas por una palabra tuya, echaré la red." Y cuando esto hubieron hecho, cogieron tan grande multitud de peces, que se rompía la red. Hicieron señas entonces á Juan y á su hermano Santiago, que estaban en otra barca, para que vinieran á ayudarles, y tanto se llenaron ambas barcas, que casi se sumergían.

** Cuando esto vió Simón Pedro, lleno de temor y admiración, se arrojó á los pies de Jesús diciendo: "Señor,



apártate de mí, porque soy un hombre pecador.” Pero Jesús le dijo: “No temas; de aquí en adelante serás pescador de hombres.” Y sacadas las barcas á tierra, lo dejaron todo y siguieron á Jesús. Desde entonces permanecieron siempre con Él, y le siguieron á todas partes.

20. El paralítico.

Jesús volvió de nuevo á Cafarnaum, donde enseñaba en una casa, la cual estaba llena de gentes que querían oirle, y lo mismo sus alrededores. Entonces llegaron unos hombres que traían en un lecho á un paralítico. Y no pudiendo llegar hasta Jesús por causa de la mucha gente, lo subieron sobre el techo, que era plano según la costumbre de los países orientales, y descolgaron por el tejado al enfermo con su cama. Cuando Jesús vió la fe de estos hombres, dijo al paralítico: “Hombre, perdonados te son tus pecados.”

Entre los oyentes había también escribas y fariseos los cuales comenzaron á pensar y decir: “Éste blasfema. Porque

¿quién puede perdonar los pecados, sino sólo Dios?" Jesús que veía sus pensamientos, les dijo: "¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones? ¿Qué es más fácil, decir: tus pecados te son perdonados, ó decir: levántate y anda? Pues para que sepáis que el Hijo del hombre tiene potestad sobre la tierra de perdonar los pecados, á ti te digo—y se dirigió al paralítico—: levántate, toma tu lecho y vete á tu casa." En el mismo momento se levantó el enfermo, tomó el lecho en que yacía, y se fué á su casa. Y todos quedaron pasmados, y penetrados de temor, y alabaron á Dios, diciendo: "Nunca se ha visto cosa semejante."

21. El sermón de la montaña.

En una ocasión en que se vió Jesús rodeado de una gran multitud de pueblo, subió á una montaña, y se sentó allí con sus discípulos; y toda la multitud se sentó también á su alrededor, y todos esperaban en silencio sus palabras.

Entonces Jesús abrió sus labios, y enseñó diciendo:

A. Las ocho bienaventuranzas.

** "Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.

Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos.

Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán á Dios.

Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios.

Bienaventurados los que padecen persecuciones por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados seréis cuando os aborrecieren los hombres y os apartaren de sí, y hablaren falsamente mal contra vosotros por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestro galardón será grande en el cielo."



B. De la dignidad y de los deberes de los Apóstoles y de sus sucesores.

† Entonces se dirigió Jesús á sus discípulos, que habían de ser los prelados de su Iglesia, y les exhortó de igual manera.

† "Vos sois la sal de la tierra; y la sal es una cosa buena. Pero si la sal se desvaneciera, ¿con qué se salaria? No valdría ya para nada, sino para ser echada fuera y pisada por los hombres. Vos sois la luz del mundo. Sois como una ciudad puesta sobre un monte, que no se puede esconder. No se enciende la luz para que esté bajo el celemín, sino para que esté en el candelero y alumbre á toda la casa. De este modo ha de brillar vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y alaben á vuestro Padre que está en los cielos."

C. De la justicia de los cristianos.

Después dirigió Jesús sus ojos á la inmensa multitud, y les dijo:

"No creáis que he venido á abrogar la ley ó los profetas: no he venido á abrogarlos, sino á darles cumplimiento. En verdad os digo, que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos. Habéis

oído, por ejemplo, á los escribas este mandamiento: No matarás; y así debe ser explicado: Quien matare, obligado quedará á juicio. Mas yo os digo: Todo aquel que se enojare con su hermano, obligado quedará á juicio; y quien zahiriere á su hermano, obligado será á concilio; y el que injuriare á su hermano, será obligado al fuego del infierno."

"Habéis oído de boca de los escribas este mandamiento: Amarás á tu prójimo, y aborrecerás á tu enemigo; mas yo os digo: Amad á vuestros enemigos; haced bien á los que os aborrecen, y rogad por los que os persiguen y calumnian: para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace nacer el sol sobre los buenos y sobre los malos, y envía la lluvia á justos y á pecadores. Porque si amáis solamente á los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿Por ventura no hacen esto los publicanos? Y si solamente saludareis á vuestros hermanos, ¿qué mérito hay en ello? ¿No hacen lo mismo los gentiles? Sed, pues, vosotros perfectos, así como vuestro Padre celestial es perfecto."

D. De la recta intención en las buenas obras.

* "Guardaos de hacer vuestras obras buenas por ser vistos de los hombres. De otra manera no recibiréis galardón de vuestro Padre que está en los cielos. Así, cuando dieres limosna, no hagas tocar la trompeta delante de ti, como lo hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles, para ser alabados de los hombres. En verdad os digo, que éstos tales han recibido ya su recompensa. Mas cuando dieres limosna, no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha, para que tu limosna sea ignorada; y tu Padre, que ve las cosas ocultas, te premiará."

* "Y cuando ores, retírate á tu aposento, y, cerrada la puerta, ora á tu Padre en secreto, y tu Padre, que ve las cosas ocultas, te premiará."

* "Y cuando ayunes, no se altere tu semblante, para que conozcan los hombres que ayunas; y tu Padre, que ve las cosas ocultas, te premiará."

E. De la única solicitud digna del cristiano.

† "No queráis atesorar tesoros en la tierra, donde el orín y la polilla los consumen, y los ladrones los desentierran para robarlos: atesorad tesoros en el cielo, donde no hay orín, ni polilla, ni ladrones que los desentierren para robarlos. Nadie puede servir al mismo tiempo á dos señores; así pues, vosotros no podréis servir á Dios y á las riquezas.

† "Por tanto os digo: No os afanéis con exceso por vuestra vida pensando qué comeréis, ni por vuestro cuerpo pensando cómo lo vestiréis. Por ventura ¿no es más el alma que la comida, y el cuerpo que los vestidos? Mirad las aves del cielo: no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros, y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿Pues no sois vosotros mucho más que ellas? Considerad los lirios del campo: no trabajan ni hilan, y sin embargo ni Salomón con toda su magnificencia tuvo jamás vestidos tan hermosos como los suyos. Pues si á la hierba del campo, que hoy es, y mañana es arrojada al fuego, Dios viste así, ¿cuánto más no hará con vosotros, hombres de poca fe? No os acongojéis diciendo: ¿qué comeremos, ó qué beberemos, ó con qué nos vestiremos? Porque los gentiles se afanan por estas cosas, y vuestro Padre sabe que tenéis necesidad de ellas. Buscad, pues, primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas se os darán como por añadidura."

F. De las relaciones del cristiano con sus prójimos.

⁘ "No queráis juzgar, para no ser juzgados; no condenéis, para no ser vosotros condenados; perdonad, y vosotros seréis también perdonados. Con la misma medida con que midiereis, seréis medidos. ¿Por qué ves la pajita en el ojo de tu hermano, y no ves la viga en el tuyo? ¿Ó cómo dices á tu hermano: déjame sacarte la pajita de tu ojo, teniendo una viga en el tuyo? Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo, y después verás para sacar la pajita del ojo de tu hermano."

* "Todo lo que queréis que los demás hagan con vosotros, hacedlo vosotros con ellos. Esta es la doctrina de la ley y de los profetas."

Exhortación final.

Después de estas y de otras muchas enseñanzas dijo Jesús finalmente:

† "Animaos á entrar por la puerta estrecha que conduce á la vida eterna. Porque ancha es la puerta y espacioso el camino que conduce á la perdición, y muchos son los que entran por él. Por el contrario, estrecha es la puerta y difícil el camino que conduce á la vida, y pocos son los que atinan con él."

† "Todo el que oye estas palabras y las sigue, es semejante á un hombre prudente que edifica su casa sobre una roca. Y descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y dieron impetuosamente en aquella casa, pero la casa no cayó, porque estaba

cimentada sobre peña. Por el contrario, el que oye mis palabras y no las cumple, es como un hombre loco que edificó su casa sobre arena; y vino igualmente la lluvia, y los ríos, y soplaron los vientos sobre la casa, y se cayó y fué grande su ruina."

* Cuando Jesús hubo terminado estos discursos, se maravillaban las gentes de su doctrina, porque la enseñaba como quien tiene autoridad del cielo, y no como los escribas y fariseos.

22. El leproso.—El siervo del centurión.

** Cuando Jesús descendió de la montaña, salió á su encuentro un leproso, el cual se echó á sus pies diciendo: "Señor: si quieres, puedes limpiarme." Entonces extendió Jesús la mano, y le tocó diciendo: "Sé limpio." Y luego su lepra fué quitada. Y le dijo Jesús: "Mira, que no lo digas á nadie, y preséntate sin dilación al sacerdote para que él te purifique de la lepra."

† Esta purificación sacerdotal, que estaba prescrita en el antiguo testamento á todos los leprosos, es una imagen de la purificación que hace el sacerdote de la nueva alianza á las almas leprosas. Por esta razón exigió Jesús expresamente del leproso que fuese á la purificación sacerdotal.

* Desde allí se dirigió Jesús á Cafarnaum, donde había un capitán romano muy inclinado á los judíos, para quienes había edificado á sus propias expensas una sinagoga. El cual tenía en su casa á un siervo enfermo, á quien amaba mucho. Cuando este centurión supo que Jesús iba á Cafarnaum, envió á su encuentro á los ancianos de la ciudad para que le rogasen que viniera á sanar á su siervo. Entonces fué Jesús con ellos, y cuando ya estaba cerca de la casa, salió á su encuentro el centurión, y le dijo: "Señor, yo no soy digno de que vos entréis en mi casa; mas decid una sola palabra, y mi siervo será sano." Cuando Jesús oyó estas palabras, dijo á los que le seguían: "Verdaderamente os digo, que no he hallado fe tan grande como ésta en Israel. Y os digo también que muchos vendrán de Oriente y de Occidente, y se sentarán en el reino de los cielos con Abrahán, Isaac y Jacob; mas los hijos del reino (los judíos)

serán arrojados á las tinieblas exteriores donde habrá llanto y crujir de dientes." Entonces dijo Jesús al centurión: "Anda y como creíste, así te suceda."

23. El joven de Naín.

Jesús fué á una ciudad llamada Naín, y con Él sus discípulos y multitud de pueblo. Cuando ya estaba cerca de las puertas de la ciudad, sacaban precisamente un cadáver. Era el muerto hijo único de una viuda, la cual iba llorando detrás del féretro, y con ella muchas gentes de la ciudad. Vió el Señor á la madre, y movido de compasión le dijo: "No llores." Después se adelantó, y tocó el féretro para que se pararan los que lo llevaban. Los cuales se quedaron parados. Entonces dijo Jesús al cadáver: "Mancebo, á ti hablo: levántate." Y al punto se sentó el joven, y empezó á hablar. Jesús se lo volvió á su madre. Y tuvieron todos los que estaban



presentes, grande miedo, y glorificaron á Dios, diciendo: "Un gran profeta se ha levantado entre nosotros, y Dios ha visitado á su pueblo."

24. Los enviados de Juan el Bautista.

Era á la sazón príncipe de Galilea y de Perea Herodes, hijo de aquel que había mandado asesinar en Belén á todos los niños. El cual se había casado con Herodias, mujer de su hermano, viviendo aún éste. Juan le había reprendido con santa libertad diciéndole: "No te es permitido casarte con la mujer de tu hermano." Por lo cual Herodes le había puesto en una prisión y cargado de cadenas.

Juan solamente deseaba que todos creyesen en Jesús y le siguiesen, mas como algunos de sus discípulos, viendo la pobreza y humildad de Jesús, anduvieran vacilantes en seguirle, quiso el mismo Juan que se convenciesen de su divina misión, y envió á dos de ellos que preguntasen á Jesús: "¿Eres tú el que has de venir, ó esperamos á otro?" Jesús les contestó mostrándoles los muchos milagros que obraba con muchos enfermos y miserables, y les dijo: "Id y contad á Juan todo lo que habéis visto y oído: los ciegos ven; los paralíticos andan; los leprosos son limpios; los sordos oyen, resucitan los muertos, el evangelio es predicado á los pobres, y bienaventurado el que no fuere escandalizado en mí."

25. La pecadora Magdalena.

* Cierto fariseo llamado Simón pidió á Jesús que comiera con él. Jesús fué á casa del fariseo, y se sentó á la mesa. Vivía en aquella ciudad una mujer llamada María Magdalena, que era pecadora pública, pero que ya por las predicaciones se había convertido á Jesús. Ella le amaba mucho, y estaba llena de arrepentimiento de sus pecados. Cuando supo que Jesús comía en casa del fariseo, se apresuró á llevar un vaso de alabastro lleno de ungüento precioso para ungir con él sus pies. Y poniéndose á los pies de Jesús, rompió en un torrente de lágrimas de arrepentimiento, que regaban los



pies de Jesús. Cuando ella lo advirtió, los enjugó con sus cabellos, y después los ungió y los besó.

* Cuando esto vió el fariseo, dijo para sí: "Si este hombre fuera profeta, bien sabría quién es esta mujer, porque pecadora es." Pero Jesús le dijo: "Simón, te quiero decir una cosa. Un acreedor tenía dos deudores: el uno le debía quinientos denarios, y el otro cincuenta. Pero ellos no le podían pagar, por lo cual el acreedor les perdonó las deudas. ¿Cuál de los dos le ama más?" Simón contestó: "Yo creo que aquel á quien perdonó mayor cantidad." Y Jesús le dijo: "Rectamente has juzgado."

Después se dirigió á la mujer, y dijo á Simón: "¿Ves á esta mujer? Yo vine á tu casa y tú no me has dado agua para los pies; ésta por el contrario ha regado con lágrimas mis pies, y los ha secado con sus cabellos. Tú no me diste beso; mas ésta desde que ha entrado aquí, no ha cesado de besarme los pies. Tú no me has ungido con óleo la cabeza, pero ella ha ungido mis pies con bálsamo precioso.

Por lo cual te digo: que perdonados le son sus muchos pecados, porque ella ha amado mucho; pues á quien menos se perdona, menos se ama." Entonces dijo á la mujer estas palabras: "Tu fe te ha hecho salva: vete en paz."

SEGUNDA CELEBRACIÓN DE LA PASCUA.

26. El enfermo de treinta y ocho años de enfermedad.

En tiempo de la Pascua subió Jesús otra vez á Jerusalén. Allí estaba la piscina llamada probática, rodeada de una gran construcción con cinco pórticos. Junto á ella había una gran multitud de ciegos, cojos, paralíticos y otros enfermos, esperando el movimiento de las aguas; porque un ángel del Señor descendía en cierto tiempo á la piscina, y ponía las aguas en movimiento; y aquel que entraba primero en ella después del movimiento de las aguas, quedaba sano de cualquiera enfermedad que padeciese. Entre otros enfermos había allí un hombre que hacía treinta y ocho años estaba enfermo. Cuando Jesús le hubo visto, le dijo amorosamente: "Quieres ser sano?" El enfermo contestó: "Señor, no tengo quien me ayude á entrar en la piscina cuando el agua fuere revuelta; y entre tanto que yo voy, otro entra antes de mí." Entonces le dijo Jesús: "Levántate, toma tu lecho, y anda." Y luego fué sano aquel hombre, y tomando su camilla se fué lleno de alegría y reconocimiento.

* Y era sábado aquel día. Cuando los judíos vieron al hombre que había sido curado caminar con su lecho, le dijeron: "Es sábado, y no te es lícito llevar la camilla." Él les contestó: "El que me ha sanado, me dijo: toma tu lecho y anda." Y ellos le dijeron: "¿Quién es el hombre que te ha dicho esto?" Él no podía decir quien era, porque Jesús se había retirado de allí. Poco después le encontró Jesús en el templo y le dijo: "Mira que ya estás sano: no quieras pecar, para que no te acontezca alguna cosa peor." Entonces aquel hombre dijo á los judíos, que Jesús era quien le había sanado, y los judíos persiguieron á Jesús porque había hecho en sábado esta curación.

* Jesús trató de persuadirles de que había obrado rectamente, y les dijo: "Mi Padre obra ahora, y yo también." Y los judíos procuraban matarlo, porque decían que blasfemaba haciéndose igual á Dios. Jesús les aseguró esto mismo más solemnemente diciéndoles: "En verdad os digo, que todo lo que hace el Padre, lo hace también de igual manera el Hijo. Porque así como el Padre tiene en sí mismo la vida, así ha concedido al Hijo el tener la vida en sí mismo; y así como el Padre resucita á los muertos y les da vida, así también el Hijo da vida á los que quiere. Y el Padre no juzga á ninguno, porque todo juicio ha dado al Hijo, para que todos honren al Hijo como honran al Padre. En verdad os digo, que viene la hora en que los muertos oigan la voz del Hijo de Dios. Y los que hicieron bien, resucitarán á la vida, y los que hicieron mal, irán á la resurrección del juicio."

27. Los pecados contra el Espíritu Santo.— María es bendecida y ensalzada.

Pasados los días de la celebración de la Pascua, volvió Jesús á Galilea, y recorrió ciudades y aldeas predicando y haciendo milagrosas curaciones. Un día le presentaron un endemoniado, ciego y mudo, y luego le curó Jesús, y el endemoniado vió, y habló. Y el pueblo admirado decía: "¿Por ventura es éste el hijo de David?" Cuando lo oyeron los fariseos, dijeron: "Éste lanza á los demonios por virtud de Belzebú, príncipe de los demonios." Jesús, que veía sus pensamientos, les dijo: "Todo reino dividido será desolado. Si lanzase á los demonios por virtud de Belzebú, su reino estaría dividido entre sí; ¿cómo podía durar? Mas si lanzo á los demonios por el espíritu de Dios, ciertamente ha llegado á vosotros el reino de Dios. Yo os digo: Todos los pecados y blasfemias serán perdonados á los hombres; pero *aquel que habla contra el Espíritu Santo, no será perdonado ni en este mundo, ni en el futuro."*

Una mujer del pueblo cautivada por estas palabras de Jesús, exclamó en alta voz: *"Bienaventurado el vientre que te llevó, y los pechos que te alimentaron."* Jesús contestó: "Feliz y bienaventurado aquel que oye y observa la palabra del Señor."

28. El sermón del lago; las siete parábolas del reino de los cielos.

** CIERTO día fué Jesús al lago de Genésaret, y sentándose en la orilla, enseñó al pueblo. Cuando la multitud de pueblo fué muy grande, entró en un barco, y habló en forma de parábolas.

A. Parábola del sembrador.

** "UN sembrador salió á sembrar. Y estando sembrando cayeron algunos granos de semilla junto al camino, los cuales fueron pisoteados, y las aves del cielo los comieron. Otros granos cayeron entre piedras, y nacieron luego, pero cuando salió el sol, se quemaron y secaron, porque no tenían raíz. Otros muchos granos cayeron entre espinas, las cuales creciendo ahogaron la siembra; y otros por último cayeron en buena tierra, y crecieron y dieron fruto, unos treinta, otros sesenta, y otros ciento."

** Cuando Jesús hubo hablado así, añadió: "El que tenga oídos, que oiga. Esta parábola significa: la semilla es la palabra de Dios. La cual cae junto á un camino en aquellos que la oyen; pero viene luego el demonio y la arrebata de sus corazones para que no crean y no sean salvos. Caen los granos en terreno pedregoso, cuando los que oyen la palabra de Dios la reciben con alegría, pero no tienen raíz, creen en ella poco tiempo, y en la hora de la tentación sucumben. El que fué sembrado entre espinas, es aquel que oye la palabra de Dios, mas después vienen los cuidados, riquezas y placeres de la vida, y la sofocan, de manera que nada produce. El que fué sembrado en buena tierra, es el que oye la palabra de Dios, y la retiene en su corazón, y lleva con perseverancia el fruto."

B. De la zizaña entre el trigo.

* DESPUÉS les propuso el Señor otra parábola. "El reino de los cielos es semejante á un hombre que siembra su campo de buena semilla. Pero mientras dormían sus hombres, vino su enemigo y sembró zizaña entre el trigo; de suerte que, cuando la hierba creció y dió fruto, pareció también la zizaña. Entonces fueron los siervos al padre de familias, y le dijeron: Señor, ¿no has sembrado buena semilla en el campo? ¿Cómo tiene zizaña? Él contestó: El enemigo ha hecho esto. Y ellos dijeron: ¿Quieres que vayamos y la cojamos? No, respondió el Señor, no sea que al arrancar la zizaña arranquéis también el trigo. Dejadla crecer



hasta el verano. Cuando sea el tiempo de la recolección, diré á los segadores: reunid primero la zizaña y atadla en haces para quemarlos; y después llevad el trigo á mis graneros."

* Jesús explicó así esta parábola. "El que siembra la buena simiente, es el Hijo del hombre. El campo es el mundo; la buena semilla son los hijos del reino de Dios; los hijos del mal la zizaña, y el enemigo que la siembra, el demonio. La recolección es el fin del mundo, y los segadores los ángeles; y del mismo modo que en el tiempo de la siega se recoge la zizaña para quemarla, así sucederá á los malos al fin del mundo. Entonces enviará Dios á sus ángeles, y cogerán á los que ahora dan escándalo y obran el mal, y los arrojarán al horno del infierno, y allí será el llanto, y el rechinar de dientes. Y los justos entrarán resplandecientes como el sol en el reino del Padre celestial."

C. Parábolas del grano de mostaza, de la levadura, del tesoro, de la perla y de la red que se echa al mar.

* Jesús dijo después: "El reino de los cielos es semejante á un grano de mostaza que un hombre siembra en su campo. Esta semilla es la más pequeña de todas, pero después que crece, es

mayor que todas las legumbres, y se hace árbol, en cuyas ramas vienen á hacer sus nidos las aves del cielo."

* "El reino de los cielos es también semejante á la levadura que toma una mujer, y la mezcla con la demás masa, hasta que todo se fermenta."

* "Es también el reino de los cielos como un tesoro escondido en el campo, que cuando lo halla un hombre, lo tiene en secreto; y va, vende cuanto tiene, y compra el campo."

* "Asimismo es semejante el reino de los cielos á un negociante que busca buenas perlas; y habiendo encontrado una de gran precio, salió, vendió cuanto tenía, y la compró."

* "También es semejante el reino de los cielos á una red que echada al mar allega todo género de peces; y cuando está llena, la sacan á la orilla, y escogen los peces buenos y arrojan fuera los malos. Así sucederá en el fin del mundo. Los ángeles apartarán á los malos de entre los buenos, y los arrojarán al horno de fuego: allí será el llanto y el crujir de dientes."

Estas parábolas y otras muchas dijo Jesús al pueblo, para que se cumpliera la profecía: "Abriré en parábolas mi boca; y diré cosas escondidas desde el principio del mundo."

29. La tempestad en el mar.

† Por la tarde dijo Jesús á sus discípulos: "Pasemos á la otra parte del mar." Y llegándose á Él un escriba le dijo: "Maestro, te seguiré adonde quiera que fueres." Jesús,



sabiendo que sólo quería seguirle por vanidad y por gusto, le dijo: "Las raposas tienen cuevas, y las aves del cielo nidos, pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar su cabeza." Al oir estas palabras se apartó el escriba de su presencia.

Jesús entró en un barco con sus discípulos, y muchos otros barcos iban al rededor de Él. Jesús estaba cansado de las fatigas del día, y reclinando la cabeza se durmió. De repente se levantó una gran tempestad, de modo que las olas cubrían el barco. Entonces se llegaron á Él sus discípulos, y le despertaron, diciendo: "Señor, sálvanos, que nos vamos á fondo." Y Jesús les dijo: "¿Qué teméis, hombres de poca fe?" Y levantándose, mandó al viento y al mar, y se siguió una gran bonanza. Y todos se maravillaron diciendo: "¿Quién es éste á quien obedecen el viento y el mar?"

30. La hija de Jairo y la mujer enferma.

* Cuando Jesús hubo pasado á la otra orilla del lago, le recibió el pueblo en la misma orilla lleno de alegría. Entre otros vino á Jesús el príncipe de una sinagoga, llamado Jairo, el cual tenía una hija de doce años que estaba enferma de muerte. Éste cayó á los pies de Jesús, y le dijo llorando: "Señor, mi hija está en su última hora. Ven y pon la mano sobre mi hija, y vivirá." Jesús fué con él, y también los discípulos, y una gran multitud de gentes, de suerte que era muy grande el tropel al rededor de Jesús.

* Aprovechóse de esto una mujer que hacía doce años que estaba enferma, y había gastado toda su fortuna sin encontrar alivio alguno de los médicos. Acercándose á Jesús á través de la gente, tocó la orla de su vestido; porque estaba convencida de que, si tocaba la orla de su vestido, sería sana. Y verdaderamente en el punto mismo de tocarla se sintió completamente sana. Jesús quiso que el pueblo tomase por modelo la fe de esta mujer, y la imitase; por lo cual volviéndose hacia la gente, dijo: "¿Quién ha tocado mi vestidura?" Entonces se acercó la mujer temblando, se

echó á los pies de Jesús, y manifestó delante del pueblo por qué había tocado su vestidura, y cómo había sido al punto curada. Y Jesús le dijo: "Hija, tu fe te ha sanado. Vete en paz."

Aun estaba hablando Jesús, cuando llegaron gentes de casa de Jairo diciendo: "Tu hija ha muerto: no molestes más al maestro." El padre se conmovió profundamente; mas Jesús le dijo: "No temas, mas cree, y tu hija volverá á la vida." Cuando Jesús entró en la casa, encontró una multitud de gentes que gemían y lloraban, y también flau-



tistas que, según la costumbre de aquel tiempo, tocaban en los duelos. Jesús les dijo: "Por qué lloráis y hacéis ruido? La muchacha no está muerta, sino que duerme." Y ellos se mofaban porque sabían muy bien que la niña estaba muerta, y no pensaban que Jesús había ido allí para resucitarla. Jesús entonces echó fuera á toda la gente, y entrando con los padres de la niña y con tres de sus discípulos en la habitación donde yacía el cadáver, se acercó á él, le tomó por la mano y le dijo: "Levántate, muchacha." Y ella se levantó y echó á andar. Y el ruido del milagro se extendió por toda la comarca.

31. Jesús elige y envía por primera vez á sus Apóstoles.

* Cada vez era mayor la multitud que acudía á oir á Jesús, de lejanos países, hasta de las costas del Mediterráneo. Viendo Jesús un día que era tanto el tropel, que se impedían unos á otros el oir la divina palabra, tuvo íntima compasión de ellos, porque eran como un rebaño sin pastor. Y dijo á sus discípulos: "La mies es grande, pero los trabajadores pocos: rogad al Señor de la mies que envíe trabajadores á su mies." Después de emplear toda la noche en oración, al ser de día reunió á sus discípulos, y entre ellos escogió á doce que se llamaron Apóstoles, que quiere decir enviados. Los nombres de los doce Apóstoles son: El primero Simón Pedro, y su hermano Andrés; Santiago y su hermano Juan; Felipe y Bartolomé; Mateo y Tomás, Santiago el menor y Judas Tadeo; Simón y Judas Iscariote.

† "Id—les dijo—á las ovejas perdidas de la casa de Israel, y predicad: El reino del cielo está próximo. Sanad á los enfermos, resucitad á los muertos, limpiad á los leprosos, lanzad á los demonios. No preparéis cosa alguna para el camino, pues el trabajador es digno de su alimento. Cuando entréis en alguna casa, decid: La paz sea en esta casa. Y si aquella casa fuese digna, vendrá sobre ella vuestra paz; mas si no fuere digna, vuestra paz volverá á vosotros. Si en alguna casa ó ciudad no fuereis recibidos, ó vuestras palabras no fueren oídas, sacudid el polvo de vuestros pies cuando salgáis de ella. En verdad os digo, que el día del juicio será más tolerable la suerte de Sodoma y de Gomorra, que no la de esa tal ciudad."

"He aquí que os envío como ovejas en medio de lobos: sed, pues, prudentes como serpientes, y cándidos como palomas. Y guardaos de los hombres, porque ellos os harán comparecer en sus audiencias, y os azotarán en sus sinagogas, y seréis llevados ante gobernadores y reyes, y seréis aborrecidos de todos por mi nombre. No es el discípulo de mejor condición que el maestro, ni el siervo más que su señor. Bástale al discípulo ser como su maestro, y al

siervo ser como su señor. No temáis á los que matan al cuerpo y no pueden matar al alma; temed por el contrario al que puede echar al cuerpo y al alma en el infierno. ¿Por ventura no se compran dos pajarillos por un cuarto: y ni siquiera uno de ellos caerá sobre la tierra sin saberlo y quererlo vuestro Padre? No temáis, pues: mejores sois que los pajarillos. Aun los cabellos de vuestra cabeza están contados."

† "Confesadme libremente ante los hombres: En verdad os digo, que á aquel que me confesare ante los hombres, le confesaré yo ante mi Padre que está en los cielos; y al que ante los hombres me negare, le negaré yo ante mi Padre celestial. Habéis de separaros de los vuestros; porque el que ame á su padre ó á su madre más que á mí, no es digno de mí; y el que ame á su hijo ó á su hija más que á mí, no es digno de mí; y quien no tome su cruz y me siga, no es digno de mí. Aquel perderá su alma que quiera salvar su vida negándome; mas el que quiera perder su vida por mi causa, ese salvará su alma. Por lo demás muchos habrá que os reciban: quien os recibe, ese me recibe á mí, y quien me recibe á mí, recibe á Aquel que me ha enviado. Todo aquel que en mi nombre os diere siquiera un vaso de agua para beber, no perderá su galardón."

* Entonces salieron los Apóstoles de dos en dos por los campos, predicando penitencia, y anunciando que el reino de los cielos estaba próximo. Lanzaron muchos demonios de los cuerpos de los poseídos, y curaron muchos enfermos ungiéndolos con óleo.

† Estas unciones hechas por los Apóstoles, aunque aun no había instituído el Señor el sacramento de la Extremaunción, son sin embargo una indicación de este sacramento, del cual habla el Apóstol Santiago (5, 14—15).

32. Degollación de San Juan Bautista.

* Herodias, llevada del deseo de vengarse, puso asechanzas á la vida de Juan, el cual se consumía en la cárcel. Pero Herodes le respetaba, pues le tenía por varón recto

y santo, le socorría, y hasta le oía de buena gana, y aun alguna vez seguía sus consejos. También tenía temor al pueblo porque Juan era considerado como un profeta por el pueblo.

* Después de algún tiempo dió Herodes un convite á los príncipes y personas ilustres de su reino para celebrar el aniversario de su nacimiento. La hija de Herodias entró en el lugar del banquete, y bailó, y agradó en extremo á los que allí estaban presentes. Herodes, fuera de sí por el placer que le causó, le dijo: "Pídeme lo que quieras, que yo te lo concederé." Y le juró diciendo: "Aunque sea la mitad de mi reino, te la daré."



* La joven fué á su madre, y le dijo estas palabras: "¿Qué deberé pedir al rey?" La madre le contestó: "La cabeza del Bautista." La joven se apresuró á volver al rey, y le dijo: "Yo quiero que me des en un plato la cabeza del Bautista." Entristecióse el rey; pero llevado de una falsa estimación de su juramento, que en todo caso no le obligaba á hacer ninguna cosa mala, no quiso negarse delante de los convidados, y envió al punto al verdugo, mandándole traer en un plato la cabeza del Bautista. El verdugo degolló á Juan en la prisión. La impía joven recibió en el plato la cabeza del santo, y se la llevó á su impía y cruel madre.

* Cuando lo supieron los discípulos de Juan, vinieron llenos de dolor, y tomando su cuerpo lo enterraron, y fueron á dar la nueva á Jesús.

33. Jesús da de comer á cinco mil hombres.

La fiesta de Pascua estaba muy próxima. Entonces volvieron los Apóstoles de su primera misión, y dijeron á Jesús las cosas que habían hecho y enseñado. Y Jesús les dijo: "Venid aparte á un lugar retirado, y descansad un poco." Ellos fueron con Él en un barco, y llegaron á un apartado desierto: pero aun allí le siguió gran multitud de pueblo. Cuando Jesús lo vió, se compadeció de ellos. Y sin concederse descanso alguno, subiendo á una montaña para que todos le pudiesen ver y oir, se sentó allí con los Apóstoles y los discípulos, y comenzó á enseñarles. Después que hubo hablado, se dirigió á los enfermos que allí había, y les dió á todos la salud.

** Entretanto empezó á declinar el día, y los discípulos se llegaron á Jesús y le dijeron: "Despide al pueblo para que vaya á la aldea más cercana y compre de comer." Pero Jesús les dijo: "No tienen necesidad de irse. ¿Cuántos panes tenéis?" Andrés contestó: "Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces; pero ¿qué es esto para tanta gente?" Entonces mandó esto Jesús: "Haced sentarse al pueblo formando grupos." Sentáronse como unos cinco mil hombres sin contar las mujeres y los niños.

Tomó Jesús los cinco panes y los dos peces, y miró al cielo y los bendijo; tomó el pan y dió á sus discípulos, los cuales dieron á su vez al pueblo. Del mismo modo repartió Jesús los peces, y todos recibieron cuanto quisieron. Cuando todos se hubieron hartado, dijo Jesús á sus discípulos: "Recoged los pedazos que hayan sobrado para que no se desperdicien." Y reunieron los pedazos que habían sobrado de los cinco panes de cebada y los dos peces, y llenaron con ellos doce canastos.

Cuando las gentes vieron esta maravilla, dijeron: "Verdaderamente éste es el profeta que ha de venir." Y qui-



sieron llevarle y hacerle rey. Jesús lo sabía, y mandó á sus discípulos que pasasen á la otra ribera del lago; y Él volvió atrás, y se dirigió á la montaña para orar en ella.

34. Jesús anda sobre las aguas y cura á los enfermos que habían tocado sus vestiduras.

Mientras Jesús oraba en la montaña, atravesaban sus discípulos el lago. Era de noche, y el barco estaba combatido por las olas. El viento era contrario, por lo cual se veían obligados á remar con mucha violencia.

Al amanecer vino Jesús á ellos *andando por encima de las aguas.* Creyendo los discípulos si sería algún fantasma, comenzaron á gritar; pero Jesús habló, y les dijo: "Tened buen ánimo y no temáis, yo soy." Entonces dijo Pedro: "Señor, si eres tú, mándame venir á ti sobre las aguas." Y Jesús le contestó: "Ven." Y Pedro saltó del barco y fué por cima de las aguas. Pero cuando vió que arreciaba el viento, temió, y entonces, comenzando á hundirse en las

aguas, exclamó: "¡Valedme, Señor!" Entonces extendió Jesús la mano, y tomándole le dijo: "Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?" Jesús entró con Pedro en el barco, y luego cambió el viento, y pronto llegaron á la orilla. Y los que estaban en el barco adoraron á Jesús, diciendo: *"Verdaderamente eres Hijo de Dios."*

El barco había tomado tierra en el campo de Genésaret, donde luego fué reconocido Jesús, y pronto corrió la noticia por toda la comarca. De todas partes venían enfermos, los cuales eran puestos en las calles por donde Jesús pasaba, y le pedían que les permitiese tocar tan sólo la orla de su vestido. *Y todos los que la tocaron, fueron curados.*

35. Profecía de la sagrada cena.

† Cuando á la mañana siguiente el pueblo á quien Jesús había tan maravillosamente dado de comer, vió que ya no estaba allí, se dirigió á Cafarnaum, y le buscaron en esta ciudad. Encontráronle en la sinagoga. Cuando Jesús los vió, les dijo: "No me buscáis por los milagros que visteis, sino porque comisteis del pan y os saciasteis. No os afanéis por la comida que perece, sino por aquella que permanece para la vida eterna, la que os dará el Hijo del hombre." Ellos le dijeron: "Señor, danos siempre de este pan." Jesús les habló diciendo: "Yo soy el pan vivo que descendí del cielo. El que comiere de este pan, vivirá eternamente. El pan que yo daré, es mi carne que yo entregaré por la vida del mundo."

Comenzaron entonces los judíos que había en la sinagoga á disputar entre sí, y muchos decían: "¿Cómo nos puede dar éste á comer su propia carne?" Pero Jesús, no habiendo dado á sus palabras una significación figurada y simbólica, las explicó con mayor claridad diciendo: "En verdad, en verdad os digo, que si no comiereis la carne del Hijo del hombre, ni bebiereis su sangre, no tendréis la vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último día. Porque mi carne verdaderamente es comida, y mi sangre verda-

deramente es bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí mora y yo en él. Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, así también el que me come, él mismo vivirá por mí. Éste es el pan de vida que descendió del cielo. No es como el maná que vuestros padres comieron en el desierto; porque estos murieron á pesar de él, pero el que comiere de este pan, vivirá eternamente."

† Al oir estas palabras comenzaron á dudar muchos discípulos de Jesús, y dijeron entre sí: "Duro es este razonamiento. ¿Quién lo puede oir?" Unos no comprendían cómo pudiese Jesús darles su propia carne y sangre por alimento; otros pensaban que habían de alimentarse de la carne de Jesús después de muerto. Jesús quiso quitar estos dos motivos de escándalo. Á los primeros les mostró su milagrosa ascensión, y les hizo ver claramente, que no era imposible subir al cielo á Él que procedía del cielo: "¿Os escandalizaríais—les dijo—si vierais al Hijo del hombre subir adonde estaba antes?" Á los segundos les dijo: "El espíritu es el que da vida: la carne nada aprovecha. Las palabras que os he dicho, espíritu y vida son." Jesús añadió luego: "Hay algunos entre vosotros que no creen." Desde entonces muchos de sus discípulos se volvieron atrás, y no andaban ya con Él. Cuanto Jesús más consideraba en su corazón la ruina de tantas almas, más perseveraba en que se ha de creer en este misterio; y así puso á sus doce Apóstoles más amados en esta alternativa de creer ó apartarse de Él. "¿Queréis vosotros iros también?" les preguntó. Entonces contestó Pedro en nombre de todos: "Señor, ¿á quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros hemos creído y conocido que tú eres el Hijo de Dios."

TERCERA CELEBRACIÓN DE LA PASCUA.

36. La mujer cananea.

Jesús no fué esta vez á Judea para subir á Jerusalén al acercarse la celebración de la Pascua, sino se dirigió á Galilea. Por todas partes le seguía una gran muchedumbre de pueblo,

llevando consigo muchos sordos, mudos, paralíticos, leprosos y otros enfermos, los cuales se echaban á los pies de Jesús, y Él les daba la salud.

En una ocasión llegó Jesús á los confines de Tiro y de Sidón, en donde habitaban los paganos descendientes de los cananitas. Entonces corrió á Él una mujer cananea, y le dijo: "Señor, hijo de David, compadécete de mí. Mi hija es malamente atormentada del demonio." Jesús no le contestó. Pero como ella no cesara de gritar, se llegaron á Jesús sus discípulos, y le pidieron por ella. Jesús les respondió: "No he sido enviado sino á las ovejas que perecieron de la casa de Israel." Mas ella vino, se echó á sus pies, y le adoró diciendo: "Señor, valedme." Jesús queriendo todavía probar y perfeccionar más su fe, respondió: "Hartemos primeramente á los hijos: no es bien quitar el pan á los hijos, y echárselo á los perros." Entonces dijo la mujer: "Así es, Señor; mas los perros comen las migajas que caen de la mesa de sus señores." Jesús le respondió: "¡Oh mujer, grande es tu fe! Hágase contigo como quieres." Y desde aquella hora fué sana su hija.

37. Jesús promete á Pedro la suprema potestad de las llaves.

** Viniendo Jesús á la comarca de Cesarea de Filipo, preguntó á sus discípulos en el camino: "¿Quién dicen las gentes que es el Hijo del hombre?" Ellos le contestaron: "Unos dicen que es el Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías, ó uno de los profetas." Y añadió Jesús: "¿Y vosotros, por quién me tenéis?" Entonces contestó Simón Pedro: *"Tú eres Cristo Hijo de Dios vivo."* Por esta nueva confesión le dijo afablemente Jesús: "Bienaventurado eres tú, Simón hijo de Jonás, porque no te reveló esto carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo te digo: *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y á ti daré las llaves del reino de los cielos;*



y todo lo que ligares en la tierra, ligado será en el cielo; y todo lo que desatares sobre la tierra, será también desatado en los cielos."

38. Transfiguración de Jesús.

** Seis días después tomó Jesús consigo á Pedro, Santiago y Juan, y subió con ellos á una elevada montaña para orar en ella. Y mientras oraba, se transfiguró delante de ellos: su rostro resplandecía como el sol, y sus vestiduras se pusieron blancas como la nieve. Y aparecieron á ambos lados de Él Elías y Moisés conversando con Él sobre su muerte, en la cual habían de encontrar todos los hombres la salud. Arrebatado Pedro por las cosas que veía, dijo á Jesús: "Bueno es, Señor, que nos estemos aquí. Si quieres, hagamos aquí tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías." Aun estaba hablando, cuando vino una nube luminosa, que elevó á Moisés y á Elías, y salió de la nube una voz que decía: "Éste es mi Hijo muy amado en quien me he complacido. Escuchadle á Él."



** Entonces cayeron en tierra atemorizados los discípulos. Pero Jesús se acercó á ellos, y tocándoles les dijo: "Levantaos y no temáis." Cuando alzaron los ojos, á nadie vieron, sino sólo á Jesús. Cuando descendieron de la montaña, les dijo Jesús: "No digáis nada á nadie de esta visión, hasta que el Hijo del hombre haya resucitado de entre los muertos."

39. El impuesto del templo.

Cuando Jesús volvió de nuevo á Cafarnaum, se llegaron á Pedro los recaudadores del impuesto que todos los israelitas debían pagar por el templo como casa de su Señor y Rey celestial. Ellos preguntaron á Pedro: "No paga vuestro maestro el impuesto?" "Sí, por cierto", contestó Pedro, y fué á contarle el caso al Señor. Y luego que entró en

casa, Jesús le salió al encuentro y le habló primero diciendo: "¿Qué te parece, Simón, los reyes de la tierra de quién han de percibir el tributo ó el censo? ¿De sus hijos ó de los extraños?" Pedro contestó: "De los extraños." Jesús añadió: "Luego los hijos gozan de franquicia. Mas para que no los escandalicemos, ve al mar, y echa el anzuelo, y el primer pez que viniere, tómalo, y abriéndole la boca hallarás el doble del impuesto, y se lo darás por mí y por ti." Pedro hizo lo que el Señor le había mandado, y encontró precisamente lo que el Señor le había dicho.

40. Jesús amante de los niños.—De los escandalosos.

En una ocasión algunas madres piadosas llevaron sus hijos á Jesús para que pusiese sobre ellos las manos y orase por ellos. Pero como Jesús estuviera cansado, los discípulos no querían permitir que los niños se acercasen á Él. Jesús llevó esto muy á mal, y les dijo: "Dejad á los niños venir á mí, y no se lo estorbéis, pues de ellos es el reino de los cielos." Después abrazó á los niños con gran ternura, y poniendo las manos sobre ellos los bendijo.

* Entonces dijo Jesús á los que estaban allí presentes: "En verdad os digo, que si no os hiciereis y volviereis como



niños, no entraréis en el reino de los cielos. Cualquiera pues, que se humillare como un niño, ese es el mayor en el reino de los cielos. Y el que acogiere á un niño en mi nombre, ese me acoge á mí. Y el que escandalizare á alguno de estos pequeñuelos que en mí creen (ésto es el que sea de cualquier modo culpable de que peque), mejor le sería que colgasen á su cuello una piedra de molino, y le arrojasen al mar. Mirad que no tengáis en poco á ninguno de estos pequeñuelos; porque os digo, que sus ángeles en los cielos siempre ven el rostro de mi Padre, que está en el cielo."

41. Jesús concede á los Apóstoles el poder de las llaves. Parábola del siervo cruel.

** Jesús prosiguió enseñando á sus discípulos y diciendo: "Si tu hermano pecare contra ti, no te vengues, sino ve y corrígele entre ti y él solo. Si te oyere, habrás ganado á tu hermano; y si no te oyere, toma contigo á uno ó dos testigos; y si no los oyere, dílo entonces á la Iglesia. *Y si no oyere á la Iglesia, sea tenido por gentil y publicano."* Y añadió Jesús dirigiéndose á los Apóstoles: *"En verdad, en verdad, os digo, que todo aquello que ligareis sobre la tierra, será también ligado en el cielo; y todo lo que desatareis sobre la tierra, desatado será también en el cielo."*

* Después de estas palabras se dirigió Pedro á Jesús, y le preguntó: "Señor, si mi hermano pecare contra mí, ¿cuántas veces habré de perdonarle? ¿Por ventura siete veces?" Él pensaba que esto era ya una magnanimidad extraordinaria. Pero Jesús le contestó: "No sólo siete veces, sino setenta veces siete. El reino de los cielos es comparado á un rey que quiso entrar en cuentas con sus siervos. Y habiendo empezado á tomar cuentas, se halló con un siervo que le debía diez mil talentos; y como no tuviera con que pagar, mandó el señor que le vendieran su mujer y sus hijos y todo cuanto tenía, para que así pagara. Entonces el siervo, arrojándose á sus pies, le suplicó diciendo: Señor, espérame, que todo te lo pagaré. Y el Señor compadecido le dejó libre, y le perdonó la deuda."

* "Pero cuando el siervo salió de la presencia del señor, halló á uno de sus compañeros que le debía cien denarios; y trabándose con él le oprimió diciendo: Págamelo que me debes. Este siervo se arrojó á sus pies, y le suplicó con lágrimas, diciendo: Espérame, que todo te lo pagaré. Pero aquel no quiso, sino lo llevó á la cárcel hasta que le hubiera pagado la deuda. Cuando esto vieron los otros siervos, sus compañeros, se entristecieron mucho, y se lo contaron al señor. El cual llamó al siervo cruel, y le dijo: Eres un mal siervo. Toda la deuda te perdoné porque me rogaste, y tú no has tenido compasión de tu compañero, como yo la he tenido de ti. Y enojado su señor le entregó á los atormentadores hasta que hubiera pagado su grande deuda."

"Así hará también con vosotros mi Padre celestial, si cada uno de vosotros no perdona de corazón á sus hermanos."

42. Jesús envía á los setenta y dos discípulos.

* Cuando Jesús subió de nuevo de Galilea á Judá, eligió además de los doce Apóstoles á setenta y dos discípulos para que les ayudasen; y los envió como á los Apóstoles dos á dos, diciéndoles: "Quien á vosotros oye, á mí me oye; y quien á vosotros desprecia, á mí me desprecia; y quien á mí me desprecia, desprecia á Aquél que me ha enviado."

* Algún tiempo después volvieron los setenta y dos discípulos llenos de alegría, diciendo: "Señor, también á nosotros han obedecido los demonios al invocar tu nombre." Y el Señor les dijo: "No os alegréis porque los demonios hayan estado sujetos á vosotros, sino de que vuestro nombre esté escrito en el cielo." Y Él se alegró en el Espíritu Santo, y dijo: "Yo te alabo, Padre y Señor del cielo y de la tierra, porque te has escondido á los sabios y prudentes, y te has mostrado á los pequeños. Venid á mí los que estáis afligidos con penas y trabajos, que yo os libraré de ellos. Tomad mi yugo, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón. Así encontraréis descanso para vuestras almas, pues mi yugo es suave, y mi carga ligera."

43. El mandamiento del amor.—El Samaritano misericordioso.

Cuando Jesús subió á Jerusalén, atravesando la Judea, se llegó á él un escriba para tentarle, diciéndole: "Maestro ¿qué debo hacer para alcanzar la vida eterna?" Jesús le dijo: "¿Qué es lo que está escrito en la ley? ¿Cómo lo lees?" Él respondió: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todo tu entendimiento y con todas tus fuerzas. Á tu prójimo amarás como á ti mismo." Jesús dijo entonces: "Bien has respondido: haz esto y vivirás." Mas queriendo el escriba aparentar que tenía mucho deseo de conocer la ley, preguntó de nuevo: "¿Y quién es mi prójimo?"

Jesús dijo: "Un hombre bajaba de Jerusalén á Jericó, y en el camino dió con unos ladrones, los cuales le despojaron, y, después de haberle herido, le dejaron medio muerto, y se fueron. Pasó por allí un sacerdote, y habiéndole visto, siguió su camino; después llegó un levita, y habiéndole visto, también pasó de largo. Mas un Samaritano



que iba por aquel camino, se compadeció de él al punto de verlo. Y acercándose á él derramó aceite y vino en sus heridas, y se las vendó, y poniéndolo sobre su bestia, lo llevó á una posada, y cuidó de él. Al siguiente día, en que el Samaritano debía continuar su camino, sacó dos denarios y se los dió al posadero, diciéndole: Ten cuidado de este hombre, y lo que gastes más que esto, yo te lo daré cuando vuelva." Y concluyó Jesús diciendo: "¿Cuál de estos tres te parece que fué el prójimo de aquel que cayó en manos de los ladrones?" Á lo que respondió el escriba: "Quien usó con él de misericordia." Entonces dijo Jesús: "Pues ve, y haz tú lo mismo."

44. María y Marta.

* Cuando Jesús salió de nuevo de Jerusalén, se dirigió á la aldea de Betania, donde le recibieron en su casa dos piadosas hermanas llamadas Marta y María. María se sentó



á los pies de Jesús, y escuchaba atentamente sus palabras. Marta por el contrario se afanaba mucho en servirle con abundancia. En medio de sus ocupaciones se acercó ella al Señor, y le dijo: "Señor, ¿no ves cómo mi hermana me ha dejado sola para servirte? Díle que me ayude." Pero el Señor le contestó: "Marta, Marta, muy cuidadosa estás, y en muchas cosas te fatigas. Una sola cosa es necesaria. María ha escogido la mejor parte, que no le será quitada."

45. Jesús el buen pastor.—La oveja perdida.

* Cuando Jesús llegó á Jerusalén en la fiesta de los Tabernáculos, entró en el templo, y enseñaba diciendo:

"Yo soy la luz del mundo. El que me sigue, no camina en tinieblas, sino tendrá la luz de la vida."

* "Yo soy el buen pastor. El buen pastor lleva sus ovejas á buenos pastos, y va delante de las, y ellas ovejas le siguen, porque conocen su voz. Así me siguen mis ovejas, porque yo las conozco, y ellas me conocen á mí. Yo soy el buen pastor. El buen pastor da la vida por sus ovejas. El mercenario las abandona y huye cuando ve venir el lobo. Yo doy mi vida por mis ovejas. Todavía tengo otras ovejas en otros rebaños, y á éstas también apacentaré, y ellas oirán mi voz, y harán un solo rebaño con un solo pastor."



* Las palabras de Jesús hicieron tal impresión en el pueblo, que todos se acercaban y estrechaban á Jesús para oirle. Con el mismo deseo se acercaban á Él los publicanos y otros pecadores que se sentían atraídos de su celestial dulzura. Por lo cual murmuraban los fariseos y escribas, los cuales, llenos de orgullo por las virtudes que se atribuían, despreciaban á estas gentes. Pero Jesús los avergonzó por medio de esta parábola: "¿Quién de vosotros—dijo—es el hombre que teniendo cien ovejas, si perdiere una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto, y no va á buscar la oveja perdida hasta que la encuentra? Y cuando la ha encontrado, la pone gozoso sobre sus hombros, y viene á su casa y llama á sus amigos y vecinos, y les dice: alegraos conmigo, porque he encontrado la oveja que había perdido. Así os digo: que mayor alegría habrá en el reino de los cielos por un pecador que haga penitencia, que por noventa y nueve justos que no la hayan menester."

46. El hijo pródigo.

Jesús dijo después: "Había un hombre que tenía dos hijos. El menor de ellos dijo: Padre, dame la herencia que me pertenece. El padre se la dió, y pocos días después, juntándolo todo el hijo menor, se fué lejos á un país extranjero. Allí malbarató su fortuna viviendo una vida disoluta. Y cuando todo lo hubo gastado, vino una gran hambre sobre aquel país, y él comenzó á sentir la necesidad. Entonces entró á servir á un habitante de aquel país, el cual le mandó ir á una hacienda, para que guardase allí los puercos. De buena gana hubiera satisfecho su grande hambre con los ásperos frutos con que se alimentaban los puercos, pero nadie se los daba."

"Entonces entró en sí, y se dijo: ¡Cuántos jornaleros en la casa de mi padre tienen el pan de sobra, y yo me estoy muriendo aquí de hambre! Me levantaré y volveré á mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y



contra ti. Yo no soy digno de llamarme hijo tuyo: ¡hazme como á uno de tus jornaleros! Y levantándose, se volvió á su padre. Cuando aun estaba lejos, le alcanzó á ver su padre, y movido de íntima compasión, se apresuró á correr hacia él; y le echó los brazos al cuello, y le besó. Y habló el hijo: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Yo no soy digno de llamarme hijo tuyo. Pero el padre no le dejó continuar, sino dijo á sus siervos: Traed aquí prontamente la ropa más preciosa y vestídsela; y poned un anillo en su mano, y calzado en sus pies; y traed un ternero cebado, y matadlo, y celebremos un banquete. Porque este hijo mío era muerto, y ha revivido; era perdido y ha sido hallado de nuevo. Y comenzaron á celebrar el banquete."

"El hijo mayor estaba en el campo cuando llegó su hermano. Al volver y acercarse á su casa, oyó una alegre música, y llamando á uno de los criados, le preguntó qué era aquello. Éste le respondió: Tu hermano ha venido, y tu padre ha matado un ternero cebado porque le ha recobrado salvo. Entonces el hijo mayor se indignó, y no quería entrar. Cuando el padre lo supo, salió fuera él mismo para que entrara. Pero el hijo habló á su padre: He aquí que yo hace muchos años te sirvo, y no he quebrantado tus mandamientos, y tú nunca me has dado ni un cabrito para comerlo alegremente con mis amigos. Pero á tu otro hijo que ha disipado su fortuna con malas compañías, cuando ha vuelto, le has hecho matar un ternero cebado. Entonces le contestó el padre: Hijo mío, tú has estado siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo. Pero era justo celebrar un banquete cuando tu hermano, que estaba muerto, revivió, y que estando perdido, ha sido de nuevo hallado."

47. El rico avariento y el pobre Lázaro.

** Jesús continuó: "Había una vez un hombre rico, que se vestía de púrpura y finas telas, y todos los días celebraba magníficos banquetes. Había también un pobre llamado Lázaro, que yacía todo cubierto de llagas á la puerta del rico. De buena gana hubiera apaciguado su necesidad con las

migajas que se caían de la mesa del rico, pero nadie se les daba. Solamente venían los perros á lamerle las llagas. Sucedió que murió el pobre, y los ángeles lo llevaron al seno de Abrahán. Murió también el rico, y fué sepultado en los infiernos. Cuando en medio de los tormentos levantó el rico los ojos, vió en lo alto á Abrahán, y á Lázaro en su seno. Entonces gritó: ¡Oh padre Abrahán! compadécete de mí y envía á Lázaro aquí abajo para que mojando si-



quiera la yema del dedo en agua, refresque mi lengua; porque sufro horribles tormentos en estas llamas. Pero Abrahán le contestó: Acuérdate, hijo mío, que tú recibiste bienes en vida, y Lázaro males; pues ahora él es aquí consolado, y tú atormentado. Además hay entre nosotros y vosotros una gran sima, de manera que es imposible pasar de ahí aquí, y de aquí abajo."

** "Entonces dijo el rico: Te ruego, Padre, que envíes á Lázaro á mi casa paterna, donde tengo cinco hermanos,

para que les dé testimonio del infierno, y no vengan también ellos á este lugar de tormentos. Pero Abrahán le contestó: Tienen á Moisés y á los profetas: oíganlos. El rico dijo: Oh padre Abrahán, ellos no los oyen, pero si un muerto fuese á ellos, harían penitencia. Abrahán replicó: Si no oyen á Moisés y á los profetas, tampoco creerán aunque alguno de los muertos resucitase."

48. El ciego de nacimiento.

Cuando Jesús salió del templo, vió á un hombre ciego de nacimiento. Y le preguntaron los discípulos: "Maestro ¿quién pecó, éste ó sus padres, para haber nacido ciego?" Jesús contestó: "Ni él ni sus padres han pecado; mas así ha sucedido para que las obras de Dios se manifestaran en él." Cuando esto hubo dicho, escupió en tierra é hizo lodo y frotando con él en los ojos al ciego, le dijo: "Anda y lávate en la piscina de Siloe." El ciego fué, y se lavó, y volvió con vista.

Cuando los fariseos lo supieron, le preguntaron cómo había llegado á ver. Y habiéndoselo dicho le volvieron á preguntar: "¿Y qué dices tú de aquel que te ha abierto los ojos?" Él contestó: "Que es un profeta." Los fariseos no querían creer que aquel hombre hubiera sido ciego y que después viera. Y mandaron venir á sus padres, y les preguntaron: "¿Es éste vuestro hijo de quien decís que nació ciego? ¿Cómo ve ahora?" Los padres contestaron: "Sabemos que éste es nuestro hijo, y que nació ciego, pero cómo ha llegado á ver, no lo sabemos. Preguntádselo á él mismo. Él tiene edad para poder hablar por sí." Así hablaron sus padres por temor á los fariseos, quienes habían decidido expulsar de la sinagoga á todo el que reconociese á Jesús como á Salvador.

Los fariseos hicieron venir otra vez al que había sido ciego, y le dijeron: "¿Cómo te ha abierto los ojos?" Él contestó: "Ya os le he dicho. ¿Por qué queréis oirlo otra vez? ¿Acaso pensáis haceros discípulos suyos?" Y le maldijeron los fariseos, diciéndole: "Tú serás discípulo suyo, que nosotros somos discípulos de Moisés. Porque sabemos que Dios ha hablado con Moisés, mas éste no sabemos de dónde

sea." El hombre les contestó: "Es cosa maravillosa ciertamente que no sepáis de dónde sea, cuando á mí me ha abierto los ojos. Nunca se ha visto que ninguno abriese los ojos á uno que nació ciego. *Si éste no fuera de Dios, no podría hacer cosa alguna.*" Ellos le contestaron enfurecidos: "En pecado has nacido, ¿y nos enseñas?" Y le arrojaron fuera. Jesús vino á su encuentro, y le dijo: "¿Crees tú en el Hijo de Dios?" Y él contestó: "¿Quién es, para que crea en Él?" Jesús dijo: "Tú le has visto, y *Él que habla contigo, ese mismo es.*" Entonces dijo el que había sido ciego: "Señor, yo creo." Y postrándose en tierra, le adoró.

49. El Padrenuestro.—El amigo importuno.

Habiendo salido Jesús otra vez de Jerusalén, oró en un lugar apartado. Uno de sus discípulos le dijo: "Señor, enséñanos á orar, como Juan enseñaba antes á sus discípulos." Entonces les dijo Jesús: "Cuando oréis, hacedlo así: *Padre nuestro, que estás en los cielos; santificado sea el tu nombre; venga á nos el tu reino; hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. El pan nuestro de cada día, dánosle hoy; perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores, y no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos de mal. Amén.*"

† Jesús añadió: "Si uno de vosotros tiene un amigo, y á media noche va á él y le dice: Amigo, préstame tres panes, pues un conocido ha venido á mi casa después de un viaje, y no tengo qué darle; y el otro respondiese desde adentro: No me seas pesado, ya está cerrada la puerta y mis hijos se han acostado, no puedo abrirte para dártelos. Y él de afuera no dejase de llamar, en verdad os digo, que aunque el amigo no se levantase á dárselos por ser amigo, se levantaría por su importunidad, y le daría cuanto hubiese menester. Así os digo á vosotros: pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá. Pues el que pide, recibe; el que busca, halla; á aquel que llama, se le abre. ¿Y quién de vosotros pidiendo á su padre pan, recibe una piedra? ¿Ó pidiendo un pez le dará una serpiente? Pues

si vosotros, siendo pecadores, sabéis dar buenas dádivas á vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro padre celestial dará espíritu bueno á los que se lo pidieren?"

50. Parábola del hombre rico.

Jesús atravesó de nuevo la Galilea, exhortando siempre con mayor fuerza al pueblo á la fe y á la penitencia. Un día vino á Jesús uno del pueblo, y le dijo: "Maestro, dí á mi hermano que parta conmigo la herencia." Jesús le contestó: "Hombre, ¿he sido puesto acaso por juez ó repartidor entre vosotros?" Y después dijo á todos: "Guardaos de toda avaricia, porque la vida de cada uno de vosotros no está en la abundancia de las cosas que posee."

Jesús ilustró esta doctrina por medio de la siguiente parábola: "El campo de un hombre rico había llevado abundantes frutos. Por lo cual dijo para sí aquel hombre: ¿Qué haré, pues no tengo sitio para encerrar mis frutos? Derribaré, dijo, mis graneros y los haré más grandes. Y diré á mi alma: Riquezas tienes allegadas para muchos años. Descansa ahora, come, bebe y pásalo bien. Pero Dios le dijo: ¡Oh loco! Esta noche será llamada tu alma. Lo que has allegado, ¿para quién será? Así sucede, añadió el Señor, al que atesora solamente para sí, y no es rico delante de Dios."

51. De la higuera estéril.

Corría ya el año tercero de la predicación de Jesús, y aunque el Señor se había esforzado sin cesar en procurar la salud de los judíos, había obtenido solamente escasos resultados. Por lo cual presentó al pueblo en una ocasión la siguiente parábola: "Un hombre había plantado una higuera en su viña, y habiendo ido á buscar el fruto de la higuera, no le halló. Entonces dijo al que labraba la viña: Tres años hace que vengo á buscar fruto en esta higuera, y no le hallo. Córtala pues: ¿para qué ha de ocupar sitio? El viñero contestó: Señor, déjala aún este año, y cavaré al rededor de ella, y le echaré estiércol, y quizá dé algún fruto; y si no lo da, la cortarás después."

52. Los diez leprosos.

Cuando Jesús volvió á Jerusalén, salieron á su encuentro diez leprosos. Los cuales parándose á lo lejos alzaron la voz y dijeron: "Jesús, Maestro, compadécete de nosotros." Jesús les dijo: "Id y mostraos á los sacerdotes." Y aconteció que mientras iban, quedaron limpios. Tan pronto como uno de ellos se vió limpio, volvió y alabó á Jesús en alta voz, y echándose á sus pies, le dió gracias. Éste era samaritano. Y dijo Jesús: "¿No eran diez los que han sido limpios? ¿Dónde están los otros nueve? No hubo quien volviese y diera gloria á Dios sino este extranjero." Al cual le dijo Jesús: "Levántate y vete, que tu fe te ha salvado."

53. El fariseo y el publicano.

Cuando Jesús fué de nuevo á Jerusalén, vinieron á él algunos que se tenían por justos, y despreciaban á los demás. Á los cuales dijo el Señor la siguiente parábola. "Dos hombres subieron al templo á orar, el uno fariseo y el otro publicano. El primero se llegó á la parte principal del templo, y oró diciendo para sí: Gracias te doy, oh Dios, porque no soy como los demás hombres, robadores, injustos, adúlteros: así como este publicano. Ayuno dos veces á la semana, y doy el diezmo de cuanto poseo. Mas el publicano estando lejos no se atrevía siquiera á levantar los ojos al cielo, sino golpeaba su pecho diciendo: ¡Señor, muéstrate propicio á mí pecador! Os digo que éste y no aquél volvió justificado á su casa. Porque todo hombre que se ensalza á sí mismo, será humillado; y el que se humilla, será ensalzado."

54. Jesús en la fiesta de la consagración del templo.

Jesús había ido á Jerusalén para la fiesta de la consagración del templo. Estando en el templo le cercaron los judíos diciendo: "¿Hasta cuándo nos has de tener en suspenso? Si eres el Hijo de Dios, dínoslo claramente." Jesús contestó: "Ya os lo he dicho, pero vosotros no lo creéis. Las obras que hago en nombre de mi Padre, dan testimonio

de mí. *Yo y mi Padre somos uno mismo.*" Entonces los judíos tomaron piedras para apedrearle. Jesús les dijo: "Muchas buenas obras os he mostrado en nombre de mi Padre: ¿por cuál de ellas queréis apedrearme?" Y contestaron los judíos: "Nosotros no te apedreamos por ninguna buena obra, sino por la blasfemia, y porque, siendo sólo un hombre, te haces Dios á ti mismo." Jesús les respondió: "Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis; pero si las hago, aunque no me queráis creer, creed al menos á las obras, para que conozcáis y creáis que el Padre está en mí y yo en Él." Y ellos querían prenderle; mas Jesús se salió de entre sus manos, y se dirigió á la comarca que está al otro lado del Jordán.

55. El joven rico.

† Algún tiempo después salió al encuentro del Señor un joven, y arrodillándose le dijo: "Maestro, ¿qué debo hacer para alcanzar la vida eterna?" Jesús le contestó: "Si quieres llegar á la vida, cumple los mandamientos." "¿Cuáles?" preguntó de nuevo el joven. Y Jesús le dijo: "Éstos: Honrarás á tu padre y á tu madre; no matarás; no fornicarás; no robarás; no levantarás falso testimonio; amarás á tu prójimo como á ti mismo." "Ya los he cumplido desde mi juventud—observó el mancebo—¿qué me falta?" Entonces Jesús le miró amorosamente, y le dijo: "Una cosa te falta. Si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes, y dalo á los pobres. Así tendrás un tesoro en el cielo. Después vuelve de nuevo, y sígueme." Y habiendo oído esto el joven entristecióse, porque poseía muchos bienes.

56. La recompensa eterna. Los trabajadores de la viña.

Cuando Pedro oyó la promesa que Jesús había hecho á aquel joven, regocijóse, y dijo: "Bien ves que nosotros hemos dejado todas las cosas y te hemos seguido. ¿Qué nos sucederá por esto?" Jesús contestó: "Verdaderamente os digo que vosotros, que me habéis seguido, estaréis presentes en la resurrección, y cuando el Hijo del hombre esté sentado en el trono de su majestad, estaréis igualmente sentados en

doce tronos, y juzgaréis á las doce tribus de Israel. Y quien dejare su casa, ó sus hermanos, ó hermanas, ó padre ó madre, ó hijos, ó tierras por mí, recibirá céntuplo, y la vida eterna."

Mas para que no creyeran que la recompensa en el reino de Dios es como la distribución de la recompensa del trabajo aquí en la tierra, les dijo el Señor la siguiente parábola: "El reino de los cielos es como un padre de familias que sale de mañana á buscar jornaleros para su viña. Cuando hubo ajustado á los jornaleros en un denario por el trabajo de todo el día, los envió á la viña. Á la hora tercera salió de nuevo, y vió otros jornaleros ociosos en la plaza, y les dijo: Id vosotros también á trabajar en mi viña: yo os daré lo que sea justo. Y fueron. Á la hora sexta y á la hora nona volvió á salir é hizo lo mismo. Á las once salió de nuevo, y encontrando á algunos jornaleros les dijo: ¿Qué hacéis ociosos todo el día? Ellos contestaron: Nadie nos ha ajustado. El padre de familias entonces les dijo: Id vosotros también á mi viña. Á la tarde dijo el Señor á su mayordomo: Manda venir á los jornaleros, y dales el jornal, lo mismo al primero que al último que fué á la viña. Los que habían ido á la viña á las once, vinieron los primeros, y cada uno de ellos recibió un denario. Cuando vinieron los que habían salido primero á trabajar, creyeron que se les daría más; pero cada uno de ellos sólo recibió un denario. Entonces murmuraron contra el padre de familias, y dijeron: Estos últimos han trabajado sólo una hora, y han recibido lo mismo que nosotros, que hemos sufrido todo el peso y el calor del día. Pero el padre le contestó al que llevaba la voz de todos: Amigo, yo no te he hecho injusticia alguna. ¿No te has ajustado conmigo por un denario? Toma lo que es tuyo, y vete. Ahora á éstos quiero darles lo mismo que á ti. ¿Acaso no puedo hacer de mis cosas lo que quiera? ¿Tienes envidia porque soy bueno? Así—concluyó Jesús—los últimos serán los primeros, y los primeros serán los últimos, porque muchos son los llamados, pero pocos los escogidos."

57. Resurrección de Lázaro.

† Las dos hermanas de Betania, María y Marta, tenían un hermano á quien Jesús amaba mucho. Su nombre era Lázaro. El cual cayó gravemente enfermo. Las hermanas de Lázaro enviaron á decir á Jesús: "Señor, el que amas está enfermo." Cuando lo oyó Jesús, dijo: "Esta enfermedad no es para muerte, sino para gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella." Después de dos días dijo á sus discípulos: "Vamos á Betania; Lázaro, nuestro amigo, duerme, y voy á despertarle del sueño." Entonces dijeron los discípulos: "Señor, si duerme, será sano." Porque entendieron que Jesús hablaba de verdadero sueño; mas Jesús les dijo claramente: "Lázaro es muerto; y me alegro no haber estado allí para que creáis. Ahora vamos á él."

Cuando Jesús llegó, hacía ya cuatro días que Lázaro estaba en el sepulcro. Las hermanas de Lázaro estaban muy afligidas, y muchos amigos las habían visitado para consolarlas. Luego que Marta supo que Jesús llegaba, dejó á los que habían ido á visitarlas, y salió al encuentro de Jesús, y le dijo: "Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no hubiera muerto; mas también sé ahora que todo lo que pidieres á Dios te lo otorgará." Jesús le dijo: "Tu hermano resucitará." Marta contestó: "Bien sé que resucitará en la resurrección general el último día." Díjole Jesús: "Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque hubiere muerto, vivirá; y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá jamás. ¿Crees tú esto?" Ella contestó: "Sí, Señor, creo que eres Cristo, el Hijo de Dios vivo que has venido al mundo."

† Entonces entró ella en la casa, y llamó á su hermana María y le dijo: "El Maestro está aquí, y te llama." María se levantó apresuradamente, y salió adonde estaba Jesús. Los judíos que estaban en la casa con ella, y la consolaban, cuando vieron que María se había levantado apresurada, la siguieron diciendo: "Al sepulcro va á llorar."

Cuando María vió á Jesús, se echó á sus pies, y dijo llorando: "Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no hubiera muerto." Y los judíos que habían salido con ella, lloraron también. Cuando Jesús los vió, se afligió su espíritu, y dijo, profundamente entristecido: "¿Dónde le habéis puesto?" Ellos le dijeron: "Ven y lo verás." Y lloró Jesús. Entonces dijeron los judíos: "Ved, como le amaba."

† El sepulcro estaba en una roca; á la entrada habían puesto una piedra. Cuando Jesús llegó, dijo: "Quitad la losa." Entonces dijo Marta: "Señor, ya hiede, porque es muerto



de cuatro días." Pero Jesús dijo: "¿No te he dicho, que si crees, verás la gloria de Dios?" Apartaron la losa, y Jesús levantó los ojos al cielo, y dijo: "Padre, gracias te doy porque me has oído. Yo bien sabía que siempre me oyes; mas por causa del pueblo que está al rededor, digo yo esto, para que crean que tú me has enviado." Entonces gritó en alta voz: "Lázaro, sal fuera." Y al punto el que había estado muerto, salió fuera, atados los pies y las manos con vendas, y cubierto el rostro con un sudario. Entonces mandó Jesús: "Desatadle y dejadle ir."

58. Jesús predice su pasión y muerte.—Zaqueo.

† MUCHOS judíos, viendo la resurrección de Lázaro, creyeron en Jesús, pero algunos fueron á los fariseos, y les refirieron el milagro que Jesús había obrado. Entonces los escribas y fariseos se reunieron en concilio, y dijeron: "¿Qué haremos, porque este hombre obra muchos milagros? Si lo dejamos, todo el pueblo creerá en él." Y desde aquel día determinaron matar á Jesús. Por lo cual se retiró Jesús á una comarca próxima al desierto.

† Después de seis días dijo Jesús á sus doce Apóstoles: "He aquí que ahora subiremos á Jerusalén, y el Hijo del hombre será entregado á los escribas y fariseos, los cuales se mofarán de él, le escupirán, le azotarán y le pondrán en una cruz, y á los tres días resucitará."

† En el camino se acercó Jesús á la ciudad de Jericó, en la cual vivía un hombre llamado Zaqueo, uno de los principales publicanos, y hombre rico. El cual procuraba ver á Jesús, pero no podía, porque era muy pequeño de estatura, y la multitud se lo estorbaba. Entonces se adelantó, y se subió á una higuera silvestre que había en el camino. Cuando Jesús llegó allí, levantando los ojos le vió, y le dijo: "Zaqueo, desciende pronto, porque hoy quiero hospedarme en tu casa." Zaqueo se bajó apresuradamente, y recibió con alegría en su casa á Jesús. Y al ver esto murmuraban todos diciendo: "Se ha hospedado en casa de un pecador." Mas Zaqueo presentándose al Señor le dijo: "Señor, la mitad de cuanto tengo, doy á los pobres; y si he defraudado á alguno en algo, le devuelvo cuatro tantos más." Jesús le contestó: "Hoy ha venido la salud á esta casa, pues el Hijo del hombre vino á buscar y á salvar lo que había perecido."

59. María unge á Jesús con bálsamo muy precioso.

† JESÚS se dirigió de nuevo á Betania desde Jericó. En Betania le dieron una gran cena. Marta le servía, y Lázaro era uno de los que estaban sentados con Él á la mesa. Entonces María llevó en un vaso de alabastro una libra de

bálsamo de gran precio, y lo vertió sobre la cabeza de Jesús, y ungióle con él los pies, secándoselos después con sus cabellos; y toda la casa se perfumó con el olor de aquel ungüento. Por lo cual se indignaron algunos de los discípulos de Jesús, diciendo entre sí: "¿Para qué este desperdicio?" Uno de ellos, Judas Iscariote, dijo: "¿Por qué no se ha vendido este ungüento por 300 denarios, y no se ha dado á los pobres?" Pero esto no lo decía porque amase á los pobres, sino porque, como Jesús y sus discípulos vivían de limosnas, y él era el encargado de guardarlas, se reservaba para sí una parte. Mas Jesús, que sabía lo que pensaban sus discípulos, les dijo: "¿Por qué criticáis á esta mujer? Ella ha hecho conmigo una buena obra, y ha ungido mi cuerpo para que sea sepultado. Pobres tendréis siempre entre vosotros; pero á mí no me tendréis siempre. En verdad os digo, que donde quiera que sea predicado el evangelio, se celebrará la acción que esta mujer ha hecho conmigo."

60. Entrada gloriosa de Jesús en Jerusalén.

* Al día siguiente se dirigió Jesús desde Betania á Jerusalén. Cuando llegaron á la aldea de Betfage, próxima al monte de las Olivas, envió á dos de sus discípulos, diciéndoles: "Id á esa aldea, y á la entrada hallaréis una asna atada con su pollino: desatadla y traédmela; y si alguno os pregunta, decidle: El Señor necesita de ella, y al punto os la dejarán."

* Los discípulos fueron y encontraron lo que Jesús les había dicho, y trayendo el pollino, pusieron sobre él sus vestidos, é hicieron sentar encima á Jesús. Cuando Jesús estaba todavía lejos de Jerusalén, se reunió gran multitud de pueblo al rededor de Él aclamándole, y dando gritos de alegría. Unos echaban sus vestidos por tierra para que Jesús pasara por encima de ellos; otros cortaban de los árboles palmas y ramos; y la multitud iba delante y detrás de Él gritando: "¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el rey de Israel, que viene en nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas!" Entre la multitud había algunos fariseos que por



envidia y odio hacia Jesús seguían y espiaban todos sus pasos. Al ver esta alegría del pueblo se encendieron en ira y dijeron á Jesús: "Maestro, reprende á tus discípulos." Pero Jesús les contestó: "En verdad os digo que si éstos callaran, las piedras darían voces."

* Á medida que Jesús se iba aproximando á Jerusalén, era mayor la alegría del pueblo. Entonces se cumplió la antigua profecía del profeta Zacarías: "Alégrate, Jerusalén: He aquí que tu rey viene á ti como Salvador. Él es pobre y viene sentado sobre el pollino de una asna." Jesús, teniendo presente la dureza de la ciudad de Jerusalén, lloró sobre ella, y dijo: "¡Ah, si tú reconocieses siquiera en este tu día lo que puede darte la salvación! Mas ahora está encubierto á tus ojos. Porque vendrán días en que tus enemigos te cercarán con trincheras, y te estrecharán por todas partes. Y te derribarán en tierra, y á tus hijos, que están dentro de ti, y no quedará de ti piedra sobre piedra, porque no conociste el tiempo de tu visitación."

* Jesús atravesó las calles de Jerusalén hasta llegar al templo. De todas partes venían enfermos, ciegos y paralíticos, y él los curaba á todos. Y los niños gritaban de nuevo en el templo, poseídos de alegría: "¡Hosanna al Hijo de David!" Entonces se indignaron más los fariseos, y dijeron á Jesús: "¿Oyes lo que dicen éstos?" Y Jesús les respondió: "¿No habéis leído: De la boca de los niños y de los inocentes sacaste perfecta alabanza?"

61. Parábola de los convidados á bodas reales. Del tributo que ha de pagarse al César.

Al llegar la tarde, retiróse Jesús de Jerusalén á Betania. Al siguiente día volvió á la ciudad, y enseñó en el templo. Pensaba con dolor en la inconstancia y dureza de corazón de los judíos, por lo cual les dijo la siguiente parábola: "El reino de los cielos es semejante á un rey que celebró las bodas de su hijo. Envió el rey á uno de sus siervos para llamar á los que estaban convidados al banquete de las bodas; pero los convidados no quisieron ir. Entonces envió el rey á otros siervos, diciéndoles: Decid á los convidados: El banquete está ya preparado: venid, que todo está dispuesto: pero ellos no le hicieron caso, y siguieron su camino acostumbrado, unos á sus casas de campo, otros á sus industrias, y otros cayeron sobre los siervos y los asesinaron. Cuando el rey lo supo, indignóse, y enviando sus tropas mandó matar á los asesinos, y poner fuego á su ciudad. Después dijo á sus siervos: El convite está preparado, pero los convidados no son dignos de venir á él. Id por las calles y convidad á la boda á todo el que encontréis. Hiciéronlo así los siervos; y pronto se llenó de convidados la mesa. Entonc esentró el rey á ver á los huéspedes, y advirtiendo que uno de ellos no llevaba vestido de boda, le dijo: Amigo, ¿cómo has venido aquí, sin tener vestido de boda? El hombre enmudeció. Entonces mandó el rey á sus siervos: Atadlo de pies y manos, y arrojadlo á las tinieblas exteriores, donde no hay más que llanto y rechinar de dientes."

Los fariseos y escribas vieron claramente que esta parábola se dirigía á ellos especialmente, y llenos de cólera se reunieron para ver cómo podrían coger alguna palabra de Jesús que sirviera de pretexto para condenarlo. Con este fin enviaron al templo á algunos fariseos y partidarios de Herodes, los cuales dijeron á Jesús: "Maestro, sabemos que eres hombre veraz, y que no atiendes á respetos humanos. Dínos: ¿Es ó no lícito dar tributo al César?" Los judíos sufrían muy á su pesar la dominación de los romanos; y Herodes y sus secuaces eran por el contrario partidarios de Roma. De este modo pensaban los fariseos, que si decía que sí, escandalizaría á los judíos, y si decía que no, disgustaría á los romanos. Jesús penetró al punto esta astucia, y dijo: "¿Por qué me tentáis, hipócritas? Traedme un denario." Cuando se lo hubieron llevado, dijo: "¿De quién es esta figura y esta inscripción?" "Del César," le respondieron. Entonces contestó Jesús: "Dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios." Cuando esto oyeron, admiraron la sabiduría de esta respuesta, con que Jesús había desbaratado su astucia, y se retiraron en silencio.



62. La ofrenda de la viuda.—Profecía de la destrucción de Jerusalén y del fin del mundo.

† Jesús permaneció todavía largo tiempo en el templo, y vió cómo las gentes dejaban sus limosnas para los sacrificios. Muchos ricos daban mucho. Entre otras personas vino una pobre viuda que sólo echó dos pequeñas monedas que

hacían un cuadrante. Cuando Jesús lo vió, llamó á sus discípulos y les dijo: "En verdad os digo que esta pobre viuda ha ofrecido más que todos los demás, porque todos han echado de lo que les sobra, pero ella ha dado todo lo que tenía."

† Cuando Jesús salió del templo, le dijeron sus discípulos, admirados de la magnificencia del edificio: "¡Mirad, Señor, qué piedras y qué muros!" Jesús les contestó: "¿Veis todos estos muros? Pues yo os aseguro, que no quedará de ellos piedra sobre piedra." Cuando subieron al monte de las Olivas, sentóse Jesús con sus discípulos. Desde allí dominaban á la ciudad y al templo. Al ver este espectáculo dijeron algunos de los discípulos al Señor: "Maestro: dínos ¿cuándo ha de suceder lo que antes has predicho, y qué señales habrá del fin del mundo?" Jesús contestó:

† "Cuando viereis á Jerusalén cercada de un ejército, sabed que su desolación está cercana. Entonces el que se encuentre en Judea, huya de la ciudad á los montes; y el que esté en los campos, no entre en la ciudad. Porque habrá tan grande consternación, como nunca jamás la hubo desde el principio del mundo, ni nunca la volverá á haber después. Muchos caerán al filo de la espada; otros serán llevados en cautiverio á todas las naciones; y Jerusalén será hollada de los gentiles hasta que se cumplan los tiempos de las naciones."

† "Antes que esto suceda, vendrán muchos y dirán: Yo soy Cristo; y muchos serán seducidos. Oiréis guerras, y sediciones; y el pueblo se levantará contra el pueblo, y el reino contra el reino, y vendrán pestes, hambres y temblores de tierra."

† "Mas estas cosas sólo serán el principio de la tribulación. Porque luego que el evangelio haya sido anunciado á todas las gentes, se obscurecerá el sol, y la luna no dará su resplandor, y las estrellas caerán del cielo, y se conmoverán los fundamentos del cielo. Y habrá en la tierra gran consternación por el ruido que producirán el mar y sus olas. Y los hombres quedarán yertos de espanto ante las cosas que sucederán en toda la tierra. Entonces aparecerá en el

cielo la señal del Hijo del hombre, y todos los que habiten la tierra, le verán venir sobre las nubes con grande gloria y majestad. Y enviará á sus ángeles con trompetas, los cuales convocarán á los elegidos por las cuatro partes del mundo, y por los confines de los cielos. Los cielos y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán."

La destrucción de Jerusalén, que se cumplió exactamente al pie de la letra 37 años después, es una prueba evidente de que también se ha de cumplir de igual manera la profecía sobre el fin del mundo.

63. Parábola de las diez doncellas y de los talentos.

† Jesús prosiguió: "Mirad, pues, por vosotros, no sea que vuestros corazones se carguen de glotonería, y de embriaguez, y de los afanes de esta vida, y que no venga de repente sobre vosotros aquel día. Porque así como un lazo vendrá sobre todos los que están sobre la haz de la tierra." Jesús explicó estas palabras con la siguiente parábola.

† "El reino de los cielos es semejante á diez doncellas que tomando sus lámparas salieron á recibir al esposo y á



la esposa. Cinco de estas vírgenes eran fatuas y cinco prudentes. Las cinco vírgenes fatuas, tomando sus lámparas, no llevaron aceite consigo; mas las prudentes llevaron aceite en sus vasijas, juntamente con las lámparas. Como el esposo tardara largo tiempo, fueron asaltadas del sueño y se durmieron. Á la media noche las despertó de repente un grito que decía: El esposo viene; salid á recibirle. Entonces se levantaron las vírgenes, y encendieron sus lámparas. Las vírgenes fatuas dijeron á las prudentes: Dadnos aceite, porque nuestras lámparas se apagan. Pero las vírgenes prudentes contestaron diciendo: Porque acaso no alcance para nosotras y para vosotras, id antes adonde lo venden y compradlo. Mientras fueron ellas á comprarlo, llegó el esposo, y las vírgenes que estaban preparadas entraron con él á las bodas, y fué cerrada la puerta. Después llegaron las vírgenes fatuas, y clamaron: ¡Señor, ábrenos! Pero el esposo les contestó: En verdad os digo, que no os conozco. Jesús terminó la parábola diciendo: Estad, pues, vigilantes, porque no sabéis el día ni la hora."

† "Porque así es como un hombre principal, que al partirse á países extraños á tomar posesión de un reino, llamó á sus siervos y les entregó sus bienes. Y dió á uno cinco talentos, y á otro dos, y al tercero uno, según su capacidad, diciéndoles: Negociad con ellos hasta que yo vuelva; y luego se partió. Aquel siervo que había recibido cinco talentos, se fué á negociar con ellos, y ganó otros cinco. Asimismo el que había recibido dos, ganó otros dos. Pero el que solamente había recibido uno, cavó y lo guardó en la tierra. Después de mucho tiempo vino el Señor, y llamó á sus siervos para pedirles cuentas. Habiendo entrado primero el que había recibido cinco talentos, dijo al Señor: Cinco talentos he recibido: he aquí que con ellos he podido ganar otros cinco. Entonces le dijo el Señor: Muy bien, siervo bueno y fiel: porque fuiste fiel en lo poco, yo te pondré sobre lo mucho; entra en el gozo de tu Señor. Vino después el que había recibido dos talentos, y dijo: Señor, dos talentos me entregaste, y yo he podido negociar otros

dos. Y el Señor le dijo: Muy bien, siervo bueno y fiel: porque fuiste fiel en lo poco, yo te constituiré sobre lo mucho. Entra tú también en el gozo de tu Señor."

† "Por último entró el que había recibido solamente un talento, y le dijo al Señor: Señor, sé que eres un hombre riguroso, y temiendo, sepulté en la tierra el talento que me diste. El Señor le contestó indignado: Tú eres un siervo malo y perezoso. Por tu propia palabra te has condenado, porque sabiendo que soy un hombre riguroso, debieras haber dado mi dinero á los banqueros, y á mi vuelta hubiera yo recibido con usura lo que era mío. Y dirigiéndose el Señor á los que allí estaban les dijo: Quitadle el talento y dádselo al que tiene diez talentos; porque aquel que ha ganado algo, recibirá más, para que tenga más; pero al que nada hubiere ganado, se le quitará aún aquello que antes se le había entregado. Y al siervo inútil arrojadlo á las tinieblas exteriores. Allí será el llorar y el crujir de dientes."

64. El juicio final, y la eterna separación de los buenos y de los malos.

** Después que Jesús hubo exhortado á sus discípulos á estar preparados para el juicio final, describió el juicio en estas palabras: "Cuando viniere el Hijo del hombre en su majestad acompañado de todos los ángeles, se sentará entonces sobre el trono de su majestad. Y serán todos los pueblos de la tierra congregados ante Él, y apartará Él á los unos de los otros, como un pastor aparta á las ovejas de los cabritos. Y pondrá las ovejas á su derecha, y los cabritos á la izquierda."

* "Entonces dirá el rey del cielo á los que están á su derecha: Venid, benditos de mi Padre: poseed el reino que os está preparado desde el establecimiento del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; era huésped y me hospedasteis; desnudo y me cubristeis; enfermo y me visitasteis; estaba en la cárcel y me vinisteis á ver. Entonces los justos le preguntarán admirados: ¿Cuándo hemos hecho, Señor, esto contigo?

Y el rey les responderá: En verdad os digo, que cuando lo hicisteis con alguno de mis hermanos pequeñitos, entonces lo hicisteis conmigo."

"Por el contrario á los que están á su izquierda, les dirá: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno que está aparejado para el demonio y sus ángeles. Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; era huésped, y no me hospedasteis; desnudo, y no me cubristeis; enfermo y en la cárcel, y no me visitasteis. Entonces dirán los que están á la izquierda: ¿Cuándo, Señor, te hemos visto hambriento, ó sediento, ó extranjero, ó desnudo, ó enfermo, ó en la cárcel, y no te hemos servido? Pero se les responderá: En verdad os digo, que lo que no hicisteis con uno de mis hermanos pequeñitos, no lo habéis hecho conmigo. Y éstos irán al suplicio eterno, y los justos á la vida eterna."

ÚLTIMA PASCUA.

La pasión y muerte de Jesús.

65. Jesús celebra la Pascua y lava los pies á sus discípulos.

* Al primer día de la fiesta de Pascua, en que debía ser sacrificado el cordero pascual, se llegaron á Jesús sus discípulos y le preguntaron: "¿Dónde quieres que te preparemos el cordero pascual?" Jesús dijo entonces á Pedro y á Juan: "Id á la ciudad, y allí encontraréis á un hombre con un cántaro de agua. Seguidle, y decid al señor de la casa en donde entre: El Maestro te manda á decir: ¿Dónde está el aposento en donde he de comer con mis discípulos el cordero pascual? Y él os mostrará una grande sala: disponed allí la cena." Ellos fueron y encontraron lo que el Señor les había dicho, y prepararon la Pascua. Al caer la tarde, vino Jesús y se sentó á la mesa con sus doce Apóstoles, y les dijo: "He deseado con gran deseo comer esta Pascua con vosotros antes que padezca. Porque os digo, que no comeré más de ella hasta que tenga su cumplimiento en el reino del cielo."

* Después que Jesús hubo comido el cordero pascual, se levantó, y quitándose el manto, se ciñó una toalla limpia. Echó agua en un lebrillo, y comenzó á lavar los pies á sus discípulos y á secárselos con la toalla con que estaba ceñido. Como comenzara por Pedro, éste le dijo admirado: "Señor, tú me lavas á mí los pies?" Jesús le respondió: "Lo que yo hago, tú no lo sabes ahora, mas después lo sabrás." Y dijo Pedro: "No me lavarás los pies jamás." Pero Jesús le respondió: "Si no te dejas lavar por mí, no tendrás parte



alguna conmigo." Entonces dijo Pedro: "Señor, si esto es así, no solamente los pies, sino también las manos y la cabeza."

* Cuando Jesús hubo lavado los pies á sus Apóstoles, se volvió á poner el manto, y sentándose á la mesa dijo: "Si yo, que soy el Señor y el Maestro, os he lavado los pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos á los otros. Porque os he dado un ejemplo para que hagáis lo que yo he hecho."

66. Jesús instituye el Santísimo Sacramento de la Eucaristía y predice la traición de Judas.

Jesús tomó el pan en sus santísimas y sacratísimas manos, y elevando los ojos al cielo á Dios su Padre todopoderoso, dióle gracias y bendijo el pan y lo dió á sus Apóstoles, diciendo: *"Tomad y comed: éste es mi cuerpo, que será entregado por vosotros."* Del mismo modo tomó también el cáliz con vino, dió gracias, y lo bendijo, y dió de él á sus discípulos, diciendo: *"Tomad y bebed todos de él. Ésta es mi*



sangre, la sangre del nuevo testamento que por vosotros y por muchos será derramada para la remisión de los pecados. Haced esto en memoria mía."

** Poco después entristecióse el alma de Jesús, y dijo: "En verdad, en verdad, os digo, que uno de vosotros me ha de entregar." Y los discípulos se entristecieron mucho, y se miraban unos á otros, y todos preguntaron: "¿Por ventura soy yo, Señor?" Jesús contestó: "Uno de los doce, el que mete conmigo la mano en el plato, ése me ha de

entregar. En verdad, el Hijo del hombre va á la muerte según está escrito de Él, mas ¡ay de aquel hombre por quien será entregado! más le valdría no haber nacido."

** Juan, á quien Jesús amaba singularmente, estaba sentado á la mesa al lado de Jesús. Pedro le hizo una seña á Juan para que preguntara á Jesús quién era. Entonces se reclinó Juan sobre el pecho de Jesús, y le preguntó en voz baja: "Señor, ¿quién es?" Jesús contestó: "Es aquél á quien yo diere el pan mojado." Y mojando el pan, se lo dió á Judas Iscariote. Después que éste hubo comido un poco, entró Satanás en él, y, levantándose, fué á Jesús y le dijo: "¿Por ventura soy yo, Maestro?" Jesús contestó: "Tú lo has dicho. Lo que has de hacer, hazlo pronto." Entonces salió Judas fuera para llevar á cabo la traición, pues él había ya convenido con los príncipes de los sacerdotes y ancianos del pueblo en entregar á Jesús por treinta monedas de plata. Cuando hubo salido, dijo Jesús: "Ahora es glorificado el Hijo del hombre, y Dios con Él."

67. Jesús predice la negación de Pedro y se despide tiernamente de los Apóstoles.

"Hijitos—añadió Jesús con el más tierno amor—aun estoy un poco tiempo con vosotros. Al despedirme de vosotros yo os doy un nuevo mandamiento: *Amaos los unos á los otros como yo os he amado.* En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis caridad entre vosotros." Entonces le preguntó Simón Pedro turbado: "Señor, ¿adónde vas?" Jesús contestó: "Adonde yo voy no me puedes ahora seguir." Pedro replicó: "¿Por qué no te puedo seguir ahora? Mi alma pondré por ti." Pero Jesús le dijo: "Simón, Simón, mira que Satanás os ha pedido para acribaros como el trigo; pero *yo he orado por ti para que no falte tu fe; y tú, una vez convertido, confirma á tus hermanos.* Esta noche os escandalizaréis todos en mí; pues está escrito: heriré al pastor y se dispersarán las ovejas del rebaño." Entonces exclamó Pedro: "Aunque todos se escandalizaren en ti, yo jamás me escandalizaré. Señor, preparado estoy á ir contigo á la cárcel y á la

muerte." Pero Jesús le contestó: "¿Quieres ir á la muerte conmigo? En verdad, en verdad, te digo, que esta misma noche, antes que el gallo cante por segunda vez, tú me habrás negado tres veces."

† Cuando los Apóstoles oyeron estas palabras, se entristecieron sobre manera. Y Jesús les consoló diciéndoles: "No se turbe vuestro corazón. En la casa de mi Padre hay muchas moradas, y yo voy ahora á ella para prepararos un lugar. Después volveré, y os llevaré conmigo para que estéis donde yo estoy. Vosotros conocéis el camino." Entonces dijo Tomás: "Señor, ¿cómo podemos saber el camino?" Jesús contestó: *"Yo soy el camino, la verdad y la vida. Ninguno viene al Padre sino por mí.* Yo que voy al Padre, le rogaré, y Él os enviará otro Consolador, el Espíritu de la verdad, para que more siempre con vosotros. Este Consolador, el Espíritu Santo, á quien el Padre enviará en mi nombre, os enseñará, y os recordará todas las cosas que yo os he dicho. La paz os dejo, mi paz os doy; no os doy la paz que da el mundo. Ya no hablaré con vosotros muchas cosas, porque el príncipe de este mundo se acerca. Cierto, si yo no quisiera, nada podría él contra mí; pero el mundo debe reconocer que amo á mi Padre, y que hago lo que Él me ha mandado. Levantaos, y salgamos." Cuando Jesús hubo hablado estas palabras, dió la acostumbrada acción de gracias después de la comida de Pascua, y salió con sus Apóstoles al monte de las Olivas.

* * *

Durante el camino continuó Jesús: "Yo soy la verdadera vid, y mi Padre el labrador. Todo sarmiento que no dé fruto en mí, lo cortará; mas á aquel que dé fruto, lo limpiará para que dé más fruto. Estad en mí, y yo en vosotros. Como el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo si no está en la vid, así vosotros tampoco si no permanecéis en mí, porque sin mí nada podréis hacer. El que no estuviere en mí, será echado fuera, así como el sarmiento, y se secará, y lo arrojarán al fuego y arderá."

* * *

Después de algún tiempo, levantó Jesús los ojos al cielo, y dijo: "Padre, la hora es llegada. Yo te he glorificado en la tierra: yo he cumplido la obra que me has encomendado. Glorifícame después tú á mí con aquella gloria que yo he tenido contigo desde antes que el mundo fuera. Yo he manifestado tu nombre á estos mis discípulos. Ellos han conocido que yo he sido enviado por ti, y han creído que tú me has enviado. Yo te ruego ahora por ellos, para que tú los guardes de todo mal. Santifícalos, pues como tú me has enviado al mundo, así los envío yo ahora también al mundo. Y no solamente te ruego por ellos, sino también por todos aquellos que creerán en mí por sus palabras, para que todos sean uno, como nosotros somos uno. Padre, quiero que aquellos que tú me diste, estén conmigo en donde yo estoy para que vean mi gloria que tú me diste, porque me has amado antes del establecimiento del mundo."

68. La oración del huerto.

Jesús se dirigió con sus Apóstoles hacia el arroyo Cedrón en el huerto de las Olivas, y se fué con ellos al huerto de una granja llamada de Getsemaní. Al llegar dijo Jesús á los Apóstoles: "Permaneced aquí mientras yo me retiro para orar." Y tomando consigo á Pedro, á Santiago y á Juan, entró con ellos en el huerto de las Olivas. Entonces comenzó á entristecerse y angustiarse, y dijo: "Mi alma está triste hasta la muerte. Permaneced aquí y vigilad y orad conmigo." Y apartándose de ellos como un tiro de piedra, cayó sobre su rostro, y oró diciendo: "Padre mío, si es posible, aparta de mí este cáliz; mas no se haga mi voluntad, sino la tuya."

Después de esta oración se levantó Jesús, y fué adonde habían quedado sus tres discípulos. Y como los hallara durmiendo, dijo á Pedro: "¿Simón, duermes? ¿No has podido velar conmigo una hora? Vigilad y orad, para que no caigáis en la tentación. El espíritu está pronto, pero la carne es flaca y débil." Después fué de nuevo Jesús y oró por segunda vez: "Padre mío, si es posible, aparta de mí este

cáliz, sin que beba de él; mas hágase tu voluntad." Poco después volvió Jesús adonde estaban sus discípulos, y hallólos otra vez durmiendo. Volvió á separarse de ellos por tercera vez, y repitió la misma oración. Entonces le sobrecogió tal angustia de muerte y un sudor tan copioso que llegaba hasta la tierra, regándola con gotas de sangre. Jesús oró más tiempo y con mayor fervor, y un ángel del cielo se le apareció y le consoló.



Después volvió Jesús adonde estaban sus discípulos, y les dijo: "Dormid ahora y descansad. Es llegada la hora en que el Hijo del hombre ha de ser entregado en manos de pecadores. Levantaos y vamos. El traidor está cerca."

69. Prisión de Jesús.

Aun estaba hablando Jesús, cuando llegó Judas, y con él una gran turba con antorchas, linternas, espadas y palos.

Judas había dicho antes á la multitud: "Á quien yo besaré, á ese debéis prender." Tan luego como vió á Jesús, se acercó á Él, y le dijo: "Salve, Maestro", y le besó. Jesús le contestó: "Amigo, ¿á qué has venido? Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del hombre?" Después se dirigió á la turba y les dijo: "Á quién buscáis?" Ellos contestaron: "Á Jesús Nazareno." Jesús dijo entonces: "Yo soy." Al oir estas palabras retrocedieron todos, y cayeron al suelo como heridos de un rayo. Una vez repuestos del espanto, les preguntó Jesús de nuevo: "¿Á quién buscáis?" "Á Jesús Nazareno"— contestaron ellos. Jesús les dijo: "Ya os he dicho que yo soy: si me buscáis á mí, dejad á éstos." Entonces pusieron las manos sobre Él.

* Los discípulos de Jesús al ver esto dijeron: "Señor, ¿les herimos con la espada?" Y Pedro sacando la espada cortó la oreja derecha á un siervo del sumo sacerdote, llamado Malco. Entonces le dijo Jesús: "Vuelve la espada á la vaina. ¿Acaso piensas que no puedo rogar á mi Padre y me enviaría una legión de ángeles? Pero entonces ¿cómo se cumplirían las profecías?" Y al punto le tocó en la oreja al siervo, y le curó. Después presentó voluntariamente las manos, y se dejó atar. Entonces todos le abandonaron, y sus discípulos huyeron.

70. Jesús en casa de Anás y de Caifás.

** La turba llevó á Jesús primeramente á casa de Anás, suegro de Caifás, sumo Pontífice en aquella sazón. Anás, que también había sido sumo Pontífice, preguntó á Jesús sobre sus discípulos y sobre su doctrina. Jesús le respondió diciendo: "En público he enseñado: pregunta á los que me han oído." Entonces un criado le dió una bofetada en el rostro diciéndole: "¿Así respondes al Pontífice?" Jesús le dijo: "Si he hablado mal, pruébalo; y si bien, ¿por qué me hieres?"

** Anás envió á Jesús atado á casa de Caifás, donde estaba reunido esperándole el supremo Consejo. Los miembros del Consejo deseaban tener un pretexto para condenar

á muerte á Jesús; pero no lo encontraban. Habían sobornado á mucha gente para que depusieran falsamente contra Jesús; pero sus testimonios no concordaban. Por último vinieron dos falsos testigos, y dijeron: "Este hombre ha dicho: Yo puedo destruir el templo de Dios, y en tres días reedificarlo de nuevo." Pero tampoco en esto concordaba el dicho de los testigos. Entonces levantándose en medio el sumo sacerdote preguntó á Jesús: "¿Nada respondes á lo que atestiguan contra ti?" Mas Jesús callaba. De nuevo le preguntó el sumo sacerdote: *"Yo te conjuro en nombre del Dios vivo, que nos digas si eres tú Cristo el Hijo de Dios bendito."* Entonces dijo Jesús solemnemente: "Yo soy: y veréis al Hijo del hombre, sentado á la diestra del poder de Dios, venir sobre las nubes del cielo." Entonces el sumo Pontífice desgarró sus vestiduras, y dijo: "¿Para qué necesitamos de testigos? Vosotros mismos habéis oído la blasfemia. ¿Qué os parece?" Entonces clamaron todos: "¡Reo es de muerte!"

71. La negación de Pedro.—Desesperación de Judas.

** Pedro y Juan habían seguido de lejos á Jesús hasta el atrio del sumo sacerdote, donde algunos siervos se acercaban al fuego, porque hacía frío. Pedro también se había colocado entre ellos para ver lo que acontecía á Jesús. Entonces vino una sierva portera, y le conoció, y le dijo: "Tú estabas también con Jesús Nazareno." Pedro, temeroso, le contestó: "No, no le conozco." El gallo cantó entonces la primera vez. Poco después dijo un siervo mirando á Pedro: "Éste es uno de sus discípulos." Pedro lo negó de nuevo diciendo: "No conozco á ese hombre." Después vinieron otros y dijeron: "Verdaderamente tú eres también uno de ellos, pues eres galileo; tu lenguaje lo da á conocer." Entonces volvió á negarlo Pedro, y atestiguó y juró que no le conocía. En aquel mismo momento cantó el gallo por segunda vez. Entonces se volvió Jesús y miró á Pedro. Esta mirada de Jesús le llegó á Pedro hasta el alma. Recordó aquella profecía del Señor, que le había dicho: "Esta noche, antes



que el gallo cante por segunda vez, me negarás tres veces." Y saliendo fuera lloró amargamente.

** Durante aquella noche fué Jesús custodiado en el atrio por los siervos del tribunal, los cuales se mofaron de Jesús, y le escarnecieron. Unos le escupían en el rostro; otros le herían con el puño; otros poniéndole una venda en los ojos le daban puñadas y bofetadas, y le decían: "Adivina, ¿quién te hirió?" Además le hicieron otra multitud de injurias.

* Por la mañana temprano se reunió otra vez el supremo Consejo, y pronunció de nuevo la sentencia de muerte contra Jesús. Cuando Judas lo supo, le pesó de su diabólica acción, y presentándose al sumo sacerdote y á los ancianos les dijo, devolviéndoles las treinta monedas de plata: "He pecado, porque he entregado la sangre inocente." Ellos le contestaron: "¿Qué nos importa á nosotros? Esa es cosa tuya." Entonces Judas arrojó en el templo las treinta monedas de plata, y lleno de desesperación salió y se ahorcó colgándose de una cuerda.

72. Jesús ante Pilato y Herodes.

** El Sanedrín no se atrevía á llevar á cabo ninguna sentencia de muerte sin el asentimiento del gobernador romano. Por esta razón los príncipes de los sacerdotes y los ancianos llevaron á Jesús al tribunal de Pilato, gobernador de Judea á la sazón. El cual se presentó á ellos en un sitio elevado, y les preguntó: "¿Qué queja tenéis contra este hombre?" Ellos respondieron: "Es un sedicioso que anda levantando al pueblo, y diciendo que no se ha de dar tributo al emperador porque él es Cristo rey." Entonces entró Pilato en el tribunal, y mandando que llevasen á Jesús á su presencia, le preguntó: "¿Eres tú el rey de los judíos?" Jesús contestó: "Rey soy; pero mi reino no es de este mundo." Entonces volvió Pilato adonde estaban los pontífices y los ancianos, y les dijo: "No encuentro culpa en este hombre." Pero ellos insistían diciendo: "Subleva á todo el pueblo desde Galilea hasta Jerusalén." Jesús nada contestaba á esta acusación. Entonces le dijo Pilato: "¿No oyes lo que dicen contra ti?" Pero Jesús permaneció en silencio, por lo cual Pilato quedó muy admirado.

** Cuando Pilato oyó nombrar á Galilea, preguntó si por ventura Jesús había nacido allí. Como le hubieran respondido afirmativamente, envió á Jesús á Herodes, que gobernaba en la Galilea, y que á la sazón se encontraba en Jerusalén con motivo de las fiestas. Herodes se alegró de conocer á Jesús, porque deseaba verle hacer algún milagro. Por esta razón le hizo muchas preguntas; pero Jesús á ninguna contestó. Entonces Herodes y las gentes de su corte le despreciaron, y le vistieron por burla con vestiduras reales; y después fué enviado de nuevo á Pilato.

73. Jesús es azotado, coronado de espinas y condenado á muerte.

** Pilato conoció claramente que los príncipes de los sacerdotes y los ancianos habían llevado á Jesús al tribunal sólo por envidia. Había la costumbre que el gobernador del país

diera libertad á un preso en el día de Pascua á elección del pueblo. Por lo cual puso al lado de Jesús á un criminal y ladrón llamado Barrabás, y dijo al pueblo que estaba reunido: "¿Quién queréis que sea libre, Jesús ó Barrabás?" Pilato creyó que los judíos elegirían á Jesús para ser libertado. Pero los judíos, instigados por los sacerdotes y ancianos, gritaron á una voz: "Adelante con éste: suelta á Barrabás." Pilato les habló diciendo: "¿Qué queréis que haga con el rey de los judíos?" Entonces gritaron todos: "Crucifícale, cruci-



fícale." Pilato les contestó: "¿Qué mal ha hecho? Yo no encuentro en él culpa alguna que merezca la muerte. Así yo le castigaré, y después vaya libre." Entonces mandó entrar á Jesús en la casa del tribunal.

Los soldados convocaron apresuradamente á la muchedumbre, y sacando á Jesús fuera, le ataron á una columna y le golpearon con azotes. Después le pusieron por burla un manto de púrpura, y tegiendo una corona de espinas se la pusieron en la cabeza, y en la mano derecha una caña en

lugar de cetro. Después doblaban la rodilla en presencia suya, diciendo: "Salve, rey de los judíos." Otros le escupían y le daban bofetadas, y quitándole la caña de las manos le daban con ella en la cabeza coronada de espinas, con lo cual le penetraban éstas más profundamente en la frente y en las sienes.

Como estaba Jesús tan cruelmente maltratado, creyó Pilato que bastaría verlo en tal estado para mover á com-



pasión á los judíos. Así, mandó sacar á Jesús, y presentarlo al pueblo diciendo: "¡Ved aquí al hombre!" Pero la cruel muchedumbre gritó: "¡Crucifícale, crucifícale!" Por su parte los sacerdotes y ancianos decían á Pilato: "Si das libertad á éste, no eres amigo del César, porque el que se hace rey, se opone al emperador." Entonces temió Pilato, y tomando agua se lavó las manos delante del pueblo, y dijo: "Inocente soy de la sangre de este justo; haced vosotros lo que queráis." Entonces gritó el pueblo: "¡Caiga

su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!" Barrabás fué puesto en libertad, y Jesús entregado á ellos para que lo crucificaran.

74. Jesús lleva sobre sus hombros el peso de la cruz. Crucifixión de Jesús.

Entonces los soldados se apoderaron de Jesús, le quitaron el manto de púrpura, le vistieron sus vestiduras, y le pusieron una pesada cruz sobre las espaldas. Cargado con ella atravesó



las calles de Jerusalén caminando al lugar del suplicio, llamado Gólgota, monte Calvario ó lugar de las calaveras. Con Jesús fueron también conducidos dos ladrones y asesinos para ser crucificados. Jesús cayó bajo el peso de la cruz; por lo cual los soldados obligaron á un hombre llamado Simón de Cirene, que por allí pasaba, á ayudar á Jesús á llevar la cruz.

** Entre la multitud de gentes que seguían á Jesús, se encontraban algunas mujeres piadosas, que se compadecían de Él, y lloraban. Jesús se dirigió á ellas, y les dijo:



"Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí: llorad por vosotras y por vuestros hijos. Porque días vendrán en que se dirá á los montes: caed sobre nosotros; y á las colinas: cubridnos. Pues si al árbol verde se le trata de esta manera, en el seco ¿qué se hará?"

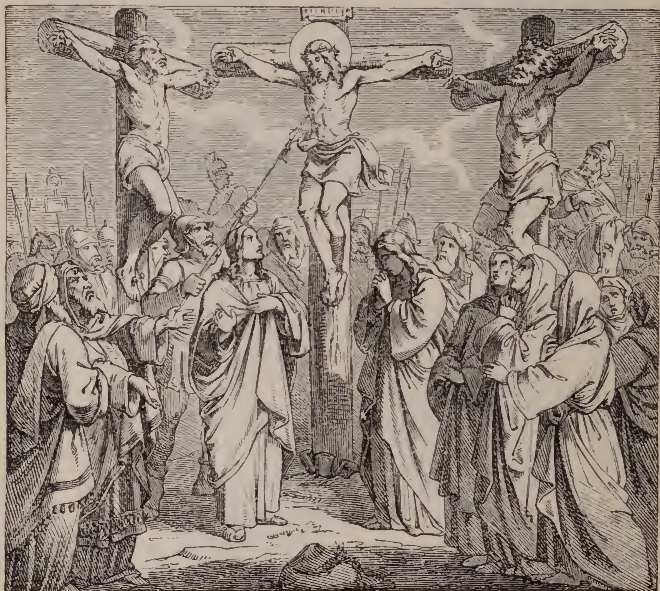
Cuando Jesús llegó al monte Calvario, los soldados le presentaron vino mezclado con mirra y hiel, pero Jesús no quiso beberlo. Entonces fué Jesús despojado de sus vestiduras y clavado en la cruz. Crucificaron también con él á los dos ladrones, el uno á la derecha, y el otro á la izquierda.

** Entonces el Hijo de Dios estuvo pendiente de la cruz desnudo y solo entre los cielos y la tierra, y su sangre corrió hasta regar la tierra. Su única propiedad, que eran sus vestidos, fueron repartidos entre los soldados, y la túnica, que era de una sola pieza y no se podía dividir, fué sorteada entre ellos.

75. Jesús pronuncia en la cruz las siete últimas palabras, y muere.

* Muchos de los que estuvieron presentes al suplicio, se burlaban de Jesús, y meneando por burla la cabeza decían: "Tú que destruyes el templo de Dios, y le reedificas en tres

días, sálvate á ti mismo."—"Si eres el Hijo de Dios, desciende de la cruz." De la misma manera, mofándose de él los príncipes de los sacerdotes con los escribas, se decían entre sí: "Á otros ha salvado, y no puede salvarse á sí mismo. Si es rey de Israel, descienda de la cruz, y entonces creeremos en él." Pero Jesús oraba y decía: *"Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen."*



* También uno de los malhechores que habían sido crucificados con Jesús, se burlaba de Él diciendo: "Si eres el Hijo de Dios, sálvate, y sálvanos á nosotros." El otro por el contrario reprendía á aquél diciendo: "¿Ni aun estando en el suplicio temes á Dios? Nosotros tenemos el castigo que hemos merecido; pero éste nada malo ha hecho." Y dirigiéndose á Jesús le dijo: "Señor, acuérdate de mí cuando estés en tu reino." Jesús le contestó: *"En verdad te digo, que hoy serás conmigo en el paraíso."*

Al pie de la cruz estaban la madre de Jesús, cuyo corazón sufría amargamente, y Juan, el discípulo amado. Cuando Jesús la vió, dijo á su madre: *"Mujer, he aquí á tu hijo."* Y á Juan: *"He aquí á tu madre."* Y desde entonces miró Juan á la madre de Jesús como á su propia madre.

* Hacia el mediodía grandes tinieblas cubrieron la tierra por espacio de tres horas, al cabo de las cuales murió Jesús. Para que Jesús apurase el cáliz del dolor, su Padre celestial le substrajo sus íntimos consuelos. Fué este abandono tan gran tormento para Jesús, que exclamó en alta voz: *"Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?"*

Después de algunos momentos dijo Jesús: *"¡Tengo sed!"* Entonces un soldado, tomando una esponja empapada en vinagre, la colocó en una caña, y le dió á Jesús para que bebiera. Después que hubo bebido, dijo Jesús: *"¡Todo está consumado!"*

Por último dijo Jesús en alta voz: *"Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu."* É inclinando la cabeza, entregó su espíritu al Señor.

** En el mismo momento se desgarró el velo del templo de arriba abajo, tembló la tierra, y las rocas chocaron unas con otras. Los sepulcros se abrieron, y muchos santos resucitaron y se aparecieron en Jerusalén. El centurión de los soldados que guardaban á Jesús, exclamó lleno de terror: "Verdaderamente era éste un hombre justo. Verdaderamente era el Hijo de Dios." Y todo el concurso que había estado presente, volvió á Jerusalén silencioso, temblando y dándose golpes de pecho.

76. Jesús es sepultado.

* Para que los reos no estuvieran en la cruz el sábado de Pascua, vinieron los soldados y quebrantaron las piernas á los dos malhechores que estaban crucificados á ambos lados de Jesús; mas cuando vieron que Jesús estaba muerto, no le rompieron las piernas. Para asegurarse de que realmente estaba muerto, uno de los soldados le atravesó el costado con una lanza, y al punto brotó de la herida sangre y agua.

Entre los discípulos de Jesús se contaba José de Arimatea, hombre rico é ilustre, el cual, al llegar la tarde de

aquel mismo día, se presentó á Pilato, y le pidió el cuerpo de Jesús. Y habiéndoselo concedido éste, José y Nicodemo desclavaron de la cruz el cuerpo de Jesús, y lo envolvieron en un limpio sudario, ungiéndole con bálsamo precioso. José poseía una granja cerca del lugar donde había sido crucificado Jesús, en la cual había abierto un sepulcro en una roca. Allí fué sepultado Jesús, y cerrando la puerta del sepulcro pusieron una gran piedra.



** Al día siguiente se reunieron en casa de Pilato los príncipes de los sacerdotes y los fariseos, y dijeron: "Cuando aun vivía este seductor decía: Al tercer día he de resucitar. Conviene pues guardar el sepulcro por espacio de tres días, no sea que vengan los discípulos de Jesús, roben su cuerpo, y después digan: Ha resucitado de entre los muertos." Pilato les dió entonces una guardia; y ellos la pusieron en el sepulcro, y además sellaron la piedra que lo cerraba.

Triunfo de Jesús.

77. Resurrección de Jesús.

Al amanecer del día tercero se movió un gran temblor de tierra, y en aquel mismo momento salió Jesús del sepulcro, vivo y rodeado de gloria. Al mismo tiempo bajó un ángel del cielo. Su rostro brillaba como el relámpago, y sus vestidos eran blancos como la nieve. Y apartando la piedra



que cubría el sepulcro, se sentó en ella. Los soldados que estaban guardando el sepulcro, temblaron y cayeron como muertos; y cuando volvieron en sí, se levantaron y huyeron apresuradamente á la ciudad.

** La tarde antes habían comprado algunas piadosas mujeres bálsamos para embalsamar á Jesús, las cuales se dirigían al sepulcro al despuntar el día. En el camino decían tristemente entre sí: "¿Quién nos apartará la losa de la puerta del sepulcro?" Cuando llegaron, vieron que la piedra

había sido removida de su lugar, y entrando en el sepulcro, llenas de ansiedad, encontraron que el cuerpo del Señor no estaba allí. Por lo cual se entristecieron en gran manera. De repente vieron á dos ángeles con resplandecientes vestiduras, y tuvieron temor. Pero el ángel que estaba á la derecha, les dijo: "No temáis: vosotros buscáis á Jesús Nazareno que ha sido crucificado: *ha resucitado,* y no está aquí. Id y decídselo á sus discípulos, y especialmente á Pedro." Entonces fueron apresuradamente y llenas de alegría, á notificárselo á los discípulos.

78. Jesús se aparece á María Magdalena y á Pedro.

* Juntamente con estas mujeres estaba también María Magdalena, la cual no había entrado en el sepulcro de Jesús; pues tan pronto como vió que había sido levantada la piedra que lo cubría, corrió presurosa á la ciudad á llevar la noticia á los discípulos. Después fué al sepulcro, y entró llorando en él. Allí vió á los dos ángeles, los cuales le dijeron: "Mujer, ¿por qué lloras?" Ella contestó: "Se han llevado de aquí á mi Señor, y no sé dónde lo han puesto." Cuando se volvió, después de hablar estas palabras, se le apareció el mismo Jesús. Ella, creyéndole el jardinero de aquella granja, le dijo: "Señor, si eres tú quien le has quitado de aquí, díme dónde le has puesto." Jesús le dijo entonces con su propia voz, muy conocida de ella: "¡María!" Al oir ella á Jesús se postró á sus pies diciendo: "¡Maestro!" Jesús le dijo: "Ve y dí á mis hermanos: Pronto iré á mi Padre y á vuestro Padre, á mi Dios y á vuestro Dios." Y desapareció. El mismo día se apareció Jesús también á Simón Pedro.

79. Jesús se aparece á dos de sus discípulos en el camino de Emaús.

Hacia la tarde se apareció también Jesús á dos discípulos suyos que se dirigían á Emaús. En el camino iban éstos hablando de las cosas que en aquellos días habían sucedido con Jesús, cuando de repente el mismo Jesús se les apareció bajo la forma de un extranjero, al cual no conocieron. Jesús

les dijo: "¿Qué habláis entre vosotros, y por qué vais tan tristes?" Uno de ellos, llamado Cleofás, contestó: "¿Eres tan extranjero en Jerusalén, que no sabes lo que allí ha sucedido estos días?" Ellos refirieron entonces, que habían esperado de Jesús la salud de Israel, pero que Jesús había sido entregado á muerte de cruz. Él les contestó: "¡Oh incrédulos! ¿Cuánto tiempo será preciso para que creáis en todas las cosas que han anunciado los profetas? ¿No debía Cristo padecer estos sufrimientos, y presentarse así rodeado de su majestad?" Luego les explicó los lugares de la Escritura en que Moisés y los profetas hablaban de Él. Entretanto habían llegado ya cerca de la aldea; y Jesús se disponía á proseguir el camino. Entonces le rogaron diciendo: "Quédate con nosotros, porque es tarde y el sol se inclina hacia el ocaso." Jesús entró entonces con sus discípulos, y se sentó á la mesa en su compañía. Y tomando el pan lo bendijo, y partiéndolo, dió de él á sus discípulos. En aquel mismo momento abrieron éstos los ojos, y reconocieron á Jesús. Pero Jesús desapareció de su vista. Cuando se hubieron repuesto de su alegre sorpresa, se decían el uno al otro: "¿Acaso no ardía nuestro corazón dentro del pecho, cuando en el camino hablaba con nosotros, y nos explicaba las sagradas Escrituras?"

Después se dieron prisa en volver á Jerusalén aquella misma tarde, y contaron lo que les había sucedido en el camino, y cómo habían reconocido á Jesús al partir el pan. Los Apóstoles estaban reunidos en Jerusalén en una sala, cuya puerta tenían cerrada por miedo á los judíos. Oyeron con alegría la relación de los dos discípulos, y les dijeron que Jesús se había aparecido también á Pedro.

80. Jesús se aparece á los Apóstoles reunidos, é instituye el sacramento de la penitencia.

Estando conversando entre sí los Apóstoles en una sala de Jerusalén se presentó Jesús á ellos penetrando á través de las puertas, que estaban cerradas. Jesús les dijo: "¡La paz sea con vosotros: yo soy, no temáis!" Los Apóstoles se

sobrecogieron creyendo si sería algún fantasma, pero Jesús les dijo: "Mirad mis manos y mis pies: yo mismo soy. Tocad y ved: un fantasma no tiene carne y huesos, como yo los tengo." Y les mostró las manos y los pies, y el costado. Como todavía dudaran los Apóstoles, les preguntó: "¿Tenéis algo de comer?" Ellos le presentaron un trozo de pez asado y un panal de miel. Cuando Jesús hubo comido en presencia de todos, les devolvió las sobras, y después les dijo por segunda vez: "La paz sea con vosotros: como mi Padre me ha enviado á mí, así os envío yo á vosotros." Después les inspiró diciéndoles: "Recibid el Espíritu Santo. *Á aquel á quien perdonareis los pecados, les serán perdonados, y á aquel á quien se los retuviereis, les serán retenidos."*

** Tomás no estaba allí presente, y cuando los demás Apóstoles le dijeron: "Hemos visto al Señor", él no lo quería creer, diciendo: "No lo creeré, mientras no vea en sus manos las heridas de los clavos, y no introduzca mi dedo en la herida, y no ponga mi mano sobre su costado." Después de ocho días, estando reunidos con las puertas de la habitación cerradas los Apóstoles y Tomás con ellos, se les apareció Jesús, y presentándose en medio de ellos, les dijo: "La paz sea con vosotros." Y, dirigiéndose á Tomás, añadió: "He aquí mis manos: introduce tu dedo en la herida; extiende tu mano y ponla en mi costado, y no seas incrédulo sino creyente." Entonces postrándose Tomás en su presencia exclamó: "¡Oh Señor mío y Dios mío!" Jesús le dijo: "Porque tú me has visto, Tomás, has creído. Dichosos los que no ven, y creen."

81. Jesús encomienda á Pedro el primer cargo de la Iglesia.

** Los Apóstoles habían ido por mandato del Señor desde Jerusalén á Galilea. Allí se les apareció un día en el lago de Genesaret, y les bendijo la pesca, y comió con ellos. Cuando hubieron comido, dijo Jesús á Simón Pedro: "Simón, hijo de Jonás, ¿me amas tú más que éstos?" Pedro le contestó: "Ya sabes, Señor, que yo te amo." Jesús le dijo: *"Apacienta mis corderos."* Después le dijo Jesús por segunda

vez: "Simón, hijo de Jonás, ¿me amas?" Pedro contestó: "Tú sabes, Señor, que yo te amo." Y Jesús le repitió: *"Apacienta mis corderos."* Por tercera vez preguntóle Jesús: "Simón, hijo de Jonás, ¿me amas?" Entonces se entristeció Pedro de que el Señor le preguntase por tercera vez, y contestó á Jesús: "Señor, tú lo sabes todo, y sabes lo que te amo." Y Jesús le dijo: *"Apacienta mis ovejas."* Después añadió: "En verdad te digo, que en tu juventud te ceñías tú mismo el vestido é ibas adonde querías, mas siendo viejo



extenderás tus manos, otro te ceñirá, y te conducirá adonde tú no quieras." Esto lo dijo para indicar con qué género de muerte había Pedro de glorificar á Dios.

Después subieron los once Apóstoles á una montaña que el Señor les había indicado, y con ellos subieron más de quinientos discípulos. Jesús se apareció visiblemente á los ojos de todos. Al verlo se postraron todos en su presencia, y le adoraron con profundo acatamiento. Después volvieron todos llenos de alegría á Jerusalén.

82. Promesa de enviarles el Espíritu Santo.—Misión definitiva de los Apóstoles.—Jesús sube á los cielos.

** Jesús se apareció á los Apóstoles frecuentemente después de su pasión, hablándoles del reino de Dios é instruyéndolos en las cosas necesarias á la dirección y gobierno de la Iglesia.

Á los cuarenta días después de su resurrección se apareció Jesús por última vez á sus Apóstoles y les mandó que no se apartasen de allí, sino esperasen la venida del Espíritu Santo. "Dentro de pocos días—les dijo—el Espíritu Santo vendrá sobre vosotros, y recibiréis fuerza para dar testimonio de mí en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta en los confines de la tierra."

Cuando hubo hablado estas cosas, los llevó al monte de las Olivas y les dijo: "*Todo poder me ha sido conferido en los cielos y en la tierra. Id y enseñad á todos los pueblos, y bautizadlos en nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles á guardar todas las cosas que os he mandado. Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del siglo.* El que creyere y fuere bautizado, se salvará, pero el que no creyere será condenado. Los que creyeren harán milagros: en mi nombre lanzarán á los demonios; hablarán nuevas lenguas; tendrán en las manos á las serpientes, y si algún veneno bebieren, no les hará daño: pondrán las manos sobre los enfermos, y quedarán éstos curados."

Después levantó sus manos y los bendijo. Mientras los bendecía, se iba elevando al cielo, y habiendo penetrado en él se sentó á la diestra de Dios Padre.

** Los Apóstoles contemplaron á Jesús hasta que una nube le ocultó á sus miradas. Entonces se les aparecieron dos ángeles vestidos de blanco y les dijeron: "Varones de Galilea, ¿por qué estáis ahí parados mirando al cielo? El mismo Jesús á quien habéis visto subir al cielo, volverá de la misma suerte que le habéis visto subir allá." Al oir estas palabras cayeron en tierra los Apóstoles y adoraron á Jesús. Después se volvieron á Jerusalén, y alabaron y glorificaron al Señor.



* Muchas otras cosas hizo Jesús que no están escritas en los evangelios, pues dice el evangelista San Juan, que si hubieran de escribirse todas estas cosas, no cabrían los libros en el mundo. Pero está escrito para que creamos nosotros, que Jesús es el Hijo de Dios, y para que por la fe obtengamos en su nombre la vida eterna.

CAPÍTULO SEGUNDO.

HISTORIA DE LOS APÓSTOLES Y DE LA PRIMITIVA IGLESIA.

83. Elección del Apóstol San Matías. Venida del Espíritu Santo.

* Cuando los Apóstoles volvieron á Jerusalén desde el monte de las Olivas, se reunieron en una sala de la casa donde ordinariamente vivían. Allí permanecieron por espacio de diez días, orando fervorosamente en compañía de María, madre de Jesús, y de otras mujeres y discípulos. Estando allí reunidos

se levantó Pedro, y dijo que debían elegir un nuevo Apóstol en lugar del traidor Judas. Entonces pidieron al cielo que les enviara sus luces, y eligieron á un discípulo muy piadoso llamado Matías, que fué añadido á los once Apóstoles.

Diez días después de subir Jesús al cielo, celebraban los judíos la fiesta de la Pentecostés. Estaban á la sazón todos los Apóstoles reunidos, cuando descendió del cielo un murmullo semejante al de un fuerte viento, el cual llenó toda la casa. Sobre la cabeza de cada uno aparecieron lenguas



de fuego, y todos fueron llenos del Espíritu Santo, y comenzaron á hablar en lenguas diferentes.

** En aquella sazón con motivo de las fiestas de los judíos, habían venido á Jerusalén gentes de todos los pueblos. Cuando oyeron este gran rumor, acudió adonde estaban los Apóstoles gran multitud de extranjeros y habitantes de Jerusalén, y todos quedaron atónitos al ver que cada uno oía hablar á los Apóstoles en su propia lengua. Unos á otros se decían: "¿Por ventura éstos que hablan, no son todos

galileos? ¿Cómo puede ser esto?" Otros por el contrario se burlaban diciendo: "Están llenos de mosto."

** Entonces saliendo Pedro con los demás Apóstoles de la casa en donde estaban reunidos, levantó la voz diciendo: "No están éstos embriagados como sospecháis vosotros; sino que se cumple lo que dijo el profeta Joel: 'Sucederá en los postreros días, dice el Señor, que yo derramaré mi Espíritu sobre todos los hombres.' Vosotros, varones de Israel, escuchadme: Habéis hecho morir clavándole en una cruz por mano de impíos á Jesús de Nazaret de quien Dios ha dado testimonio entre vosotros con milagros, maravillas y prodigios. Pero Dios le ha resucitado gloriosamente, de lo que nosotros somos testigos. Elevado, pues, al cielo, y sentado á la diestra de Dios Padre, ahora ha derramado el Espíritu Santo sobre nosotros, como estáis viendo y oyendo. Así, pues, es infaliblemente cierto que Dios ha constituído á Jesús por Salvador y Señor de todo el mundo."

Estas palabras les penetraron como dardos en el corazón, y muchos, arrepentidos, preguntaban á Pedro y á los demás Apóstoles diciendo: "Hermanos ¿qué es lo que debemos hacer?" Pedro les contestó: "Haced penitencia y sed bautizados en nombre de Jesucristo para la remisión de vuestros pecados; y recibiréis el Espíritu Santo." Al oir estas palabras, se hicieron bautizar en aquel mismo día como unas tres mil personas. Y perseveraron todos en oir las enseñanzas de los Apóstoles, y en la comunicación de la fracción del pan y en la oración. Diariamente se reunían en el templo y oraban en comunidad. Y el Señor aumentaba cada día su número.

84. Curación de un paralítico de nacimiento. Pedro y Juan ante el Sanedrín.

† Subían en una ocasión Pedro y Juan al templo. Y había un hombre paralítico de nacimiento desde más de cuarenta años, á quien todos los días llevaban á la puerta del templo, para que allí pidiese limosna. Y habiéndosela pedido á Pedro y á Juan, contestóle Pedro: "Plata ni oro no tengo, pero lo que tengo te doy. En el nombre de Jesucristo Nazareno,

levántate y anda." Y cogiéndole de la mano derecha le levantó. Al momento saltó de gozo el mendigo, y entró con los dos Apóstoles en el templo, y alabó á Dios.

† El pueblo asombrado vino corriendo hacia ellos, y viéndolo Pedro, habló de esta manera: "¿Por qué os maravilláis de esto, varones de Israel, y por qué no miráis como si por nuestro propio poder hubiésemos hecho andar á este hombre? El Dios de nuestros padres ha glorificado á su Hijo Jesús, á quien vosotros habéis muerto, y la fe en su nombre ha dado á este hombre la salud completa, como todos veis. Yo bien sé que vosotros sólo por ignorancia habéis quitado la vida al Santo y al Justo: mas haced penitencia y convertíos para que os sean perdonados vuestros pecados." Entonces creyeron muchos, y fueron bautizadas como unas cinco mil personas.

† Todavía estaban los Apóstoles hablando al pueblo, cuando vinieron los sacerdotes con los guardas del templo, y se apoderaron de ellos, y los metieron en la cárcel. Al día siguiente se reunieron los príncipes de los sacerdotes y los ancianos, y habiendo conducido á los Apóstoles á su presencia les preguntaron: "¿En nombre de quién ó con qué potestad habéis hecho esto?" Entonces contestó Pedro: "Sabedlo todos vosotros, y sépalo todo Israel: en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, á quien vosotros habéis crucificado, y á quien Dios ha resucitado de entre los muertos, se presenta este hombre sano ante vosotros. Jesús es la piedra que habéis desechado al edificar, pero que ha venido á ser la principal del ángulo, y fuera de Él no hay salvación; pues no se ha dado á los hombres debajo del cielo ningún otro nombre por el cual debamos salvarnos."

† Los jueces mandaron salir á los Apóstoles fuera de la junta, y deliberaron entre sí diciendo: "¿Qué haremos con estos presos? El milagro es notorio: todo Jerusalén lo sabe, y no podemos negarlo. Pero á fin de que no se divulgue más en el pueblo, prohibámosles severamente hablar á nadie ni una palabra de Jesús." Pero Pedro y Juan contestaron sin temor: "Juzgad vosotros mismos si es justo obedeceros á vosotros antes que á Dios; porque nosotros no podemos

menos de hablar lo que hemos visto y oído." Los jueces les amenazaron entonces y les dieron libertad, pues no se atrevían á castigarlos por temor al pueblo.

85. Ananías y Safira.

* Pedro y Juan refirieron á los fieles lo que había sucedido, y todos unánimes levantaron su voz al Señor diciendo: "Concede, oh Señor, á tus siervos el predicar con toda confianza tu palabra, y hacer señales y prodigios en el nombre de tu santísimo Hijo Jesús." De repente se conmovió el lugar donde estaban reunidos, y todos se sintieron llenos de los dones del Espíritu Santo para anunciar valerosamente la palabra de Dios, así como del espíritu de concordia, de suerte que formaban un solo corazón y una sola alma. Así es que ninguna persona necesitada había entre ellos, porque los ricos vendían para socorrer á los pobres sus campos y otros bienes de que podían privarse, y llevaban el precio á los Apóstoles, quienes lo repartían según las necesidades.

* Había entonces dos esposos llamados Ananías y Safira, los cuales también vendieron su heredad, pero retuvieron secretamente parte del precio, y lo restante lo llevó Ananías á los pies de San Pedro. Pero Pedro le dijo: "Ananías, ¿cómo ha tentado Satanás tu corazón para mentir al Espíritu Santo, y retener parte del dinero en que has vendido tu campo? ¿Quién te quitaba el conservarlo? Y aun que lo hubieses vendido, ¿no estaba el precio á tu disposición? ¿Cómo te has decidido á hacer semejante cosa? No has mentido á los hombres, sino á Dios." Al oir estas palabras Ananías cayó al suelo y expiró allí mismo. Con lo cual todos los que estaban



presentes fueron sobrecogidos de temor. Algunos jóvenes que estaban allí, sacaron el cadáver para darle sepultura.

* Pasadas como unas tres horas llegó Safira, sin saber lo que había sucedido. Pedro le dijo: "Díme, mujer, ¿habéis vendido vuestro campo por tanto?" Ella contestó: "Sí, por ese precio le vendimos." Entonces dijo Pedro: "¿Por qué os habéis concertado para tentar al Espíritu del Señor? He aquí á la puerta los que enterraron á tu marido, y ellos te llevarán también á ti." Al oir estas palabras cayó de repente á sus pies y expiró. Vinieron los jóvenes y la sacaron, dándole sepultura con su marido. Lo cual causó gran temor y espanto entre todos los creyentes y entre todos los que oyeron referir el suceso.

86. Los doce Apóstoles en la cárcel.—Consejo de Gamaliel.

† Los Apóstoles, y especialmente San Pedro, hacían continuamente numerosos milagros. Los enfermos eran conducidos en sus lechos ó en parihuelas á las calles para que por lo menos les diera la sombra de Pedro y fuesen curados; por lo cual crecía cada día el número de hombres y mujeres que creían en el Señor. Entonces mandó el sumo sacerdote prender á los doce Apóstoles y meterlos en la cárcel. Pero por la noche vino un ángel del Señor, y les abrió las puertas de la cárcel, y les dijo: "Id al templo y predicad al pueblo la palabra de vida." Entonces fueron al templo al romper el alba, y allí enseñaron al pueblo.

† Cuando el supremo Consejo supo que los Apóstoles estaban enseñando en el templo, quedó atónito y mandó prender de nuevo á los Apóstoles y llevarlos á su presencia. El sumo pontífice les dijo: "¿No os hemos mandado terminantemente que no enseñéis en ese nombre? Sin embargo vosotros habéis llenado á Jerusalén de su doctrina." Entonces contestó Pedro en nombre de los demás Apóstoles: *"Es necesario obedecer á Dios antes que á los hombres.* El Dios de nuestros padres ha resucitado á Jesús á quien vosotros habéis muerto, y le ha ensalzado por Príncipe y Salvador, para que Israel haga penitencia y alcance el perdón de los pecados." Cuando oyeron estas razones, se enfurecieron y pensaron en

matar á los Apóstoles. Entonces se levantó en el supremo Consejo un doctor de la ley, llamado Gamaliel, que era tenido en mucho por todo el pueblo, y mandando salir á los Apóstoles un momento, habló de esta suerte: "Mirad bien lo que vais á hacer. Dejad á estos hombres: pues si su obra es sólo de hombres, ella se desvanecerá por sí misma; mas si es obra de Dios, no podréis destruirla, é iríais contra los designios de Dios." Todos se adhirieron á este parecer, y mandaron azotar á los Apóstoles, é intimándoles más severamente que antes, que no volvieran á enseñar en el nombre de Jesús, les dieron libertad. Los Apóstoles salieron de la presencia del supremo tribunal llenos de alegría, porque habían sido hallados dignos de sufrir aquel ultraje por el nombre de Jesús. Y todos los días no cesaban en el templo y en las casas de anunciar y predicar el evangelio de Jesucristo.

87. Elección de diáconos.—Esteban primer mártir.

Como el número de los discípulos era ya muy grande, sucedió que algunas viudas fueron olvidadas en la distribución de las limosnas. Entonces los Apóstoles convocaron á toda la multitud de discípulos y dijeron: "No es justo que nosotros descuidemos la predicación de la palabra de Dios por tener cuidado de la distribución de las limosnas; por tanto, hermanos, nombrad de entre vosotros siete sujetos de buena fama, llenos del Espíritu Santo, á los cuales encarguemos este ministerio." Pareció bien esta propuesta á toda la asamblea, y eligieron á Esteban, hombre lleno de fe y del Espíritu Santo, á Felipe y á otros cinco. Los cuales se presentaron á los Apóstoles, quienes oraron por ellos y les consagraron.

** Esteban, lleno de gracia y fortaleza, se distinguió entre todos los demás, haciendo grandes milagros y prodigios ante el pueblo. Entonces se levantaron varios sabios judíos de diferentes sinagogas, y trabaron disputas con él; pero no podían contrarrestar su sabiduría ni su espíritu. Por lo cual, confundidos, se llenaron de cólera, y excitaron al pueblo contra él, y, cayendo sobre él, le llevaron con violencia ante el supremo Consejo, ante el cual presentaron falsos testigos que

dijesen: "Este hombre no cesa de blasfemar contra el lugar santo, y contra la ley." Todos los miembros del Consejo miraban llenos de indignación á Esteban, cuyo rostro resplandecía en dignidad y nobleza como el rostro de un ángel. Él les mostró cuán amorosamente había tratado el Señor al pueblo de Israel, y cómo éste se había opuesto siempre á sus designios. Por último terminó con estas valerosas palabras: "Hombres de dura cerviz y de corazón y oído incircunciso, vosotros resistís siempre al Espíritu Santo: como vuestros padres hicieron, así hacéis vosotros. Ellos persiguieron y mataron á los profetas que preanunciaban la venida del Salvador, y vosotros le habéis entregado á Él mismo y condenado á muerte."



** Cuando esto oyeron se encendieron en cólera, y crujían los dientes contra él. Mas Esteban lleno del Espíritu Santo levantó los ojos y dijo: "Veo el cielo abierto y al Hijo del hombre á la diestra de Dios." Entonces levantaron gran gritería, y se taparon los oídos, y precipitándose todos sobre él le echaron fuera de la ciudad para apedrearle. En el lugar del juicio dejaron los apedreadores sus vestidos á los pies de un mancebo llamado Saulo, y después apedrearon á Esteban, el cual oraba diciendo: "Señor Jesús, recibe mi espíritu." Y cayendo de rodillas clamó en alta voz: "Señor, no les hagas cargo de este pecado." Y dicho esto durmió en el Señor.

88. La santa confirmación.—El tesorero de Etiopia.

* Después de la muerte de Esteban se suscitó una gran persecución contra la Iglesia de Jerusalén. Especialmente Saulo se encrudelecía contra ella. Entraba en las casas de los discípulos, y, sacando violentamente de ellas á hombres y mujeres, los metía en la cárcel. Por esta causa huyeron muchos de Jerusalén y se derramaron por toda Judea y Samaria, anunciando por todas partes el evangelio de Jesucristo. El diácono Felipe se dirigió á la ciudad de Samaria, y predicó en ella á Jesucristo, curando á muchos paralíticos, cojos y poseídos del demonio. Por lo cual tuvieron aquellos habitantes grande alegría, y muchos creyeron en Jesús y fueron bautizados. Cuando estas nuevas llegaron á oídos de los Apóstoles en Jerusalén, enviaron á Pedro y á Juan, los cuales oraron sobre ellos para que recibieran el Espíritu Santo. Después les imponían las manos, y luego recibían el Espíritu Santo de un modo sensible.

† Cuando los dos Apóstoles hubieron predicado el evangelio en aquellas comarcas, volvieron á Jerusalén. Á Felipe se le apareció un ángel del Señor y le dijo: "Levántate, y ve al camino que conduce desde Jerusalén á Gaza." Así lo hizo, y vió en una magnífica carroza de viaje á un moro principal superintendente de la reina de Etiopia, el cual había ido á Jerusalén á adorar al verdadero Dios, y á la sazón se volvía á su país. Por el camino iba leyendo al profeta Isaías. Impulsado por el espíritu de Dios, se acercó Felipe á la carroza, y oyó á aquel hombre leer estas palabras: "Como oveja fué conducido al matadero, y como el cordero está sin balar en manos del que le trasquila, así él no abrió su boca." Felipe le saludó, y le dijo: "¿Entiendes lo que vas leyendo?" El extranjero respondió: "¿Cómo lo he de entender, si alguno no me lo explica?" Luego rogó á Felipe que subiera á la carroza, y que se sentase á su lado. Entonces Felipe, partiendo de este pasage de la Sagrada Escritura, le anunció el evangelio de Jesús.

† Siguiendo su camino llegaron á un lugar en que había agua, y dijo el superintendente: "Aquí hay agua: ¿qué impedi-



mento hay para que yo sea bautizado?" "Ninguno—dijo Felipe—si crees de todo corazón." Á lo que contestó el moro: "Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios." Y descendiendo ambos de la carroza, entraron en el agua y Felipe le bautizó. Así que salieron del agua el espíritu del Señor arrebató á Felipe, y no le vió más el tesorero, el cual reconoció la mano de Dios en esta maravillosa desaparición, y continuó su camino rebosando de gozo.

89. Conversión de Saulo (hacia el año 37 de Jesucristo).

Saulo sólo respiraba entonces amenazas y muerte contra los discípulos de Jesús. Por lo cual se presentó al príncipe de los sacerdotes, y le pidió autorización para ir á Damasco, y llevar atados á Jerusalén á cuantos hombres y mujeres adorasen allí á Jesús. Cuando ya se acercaba á esta ciudad, le hirió de repente una luz del cielo, y quedando ciego por un celestial resplandor, y como herido de un rayo, cayó al suelo. En el mismo momento oyó una voz que decía: "Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?" Él respondió: "¿Quién eres tú, Señor?" Y el Señor le dijo: "Yo soy Jesús á quien tú persigues." Entonces Saulo temblando y despavorido preguntó: "Señor, ¿qué quieres que haga?" El Señor le contestó: "Levántate y entra en la ciudad, donde se te dirá lo que has de hacer." Saulo se levantó y cuando abrió los ojos, vió que estaba ciego; así que los que le acompañaban, le tomaron de la mano y le llevaron á la ciudad, á casa de un hombre llamado Judas, donde permaneció tres días sin comer ni beber, orando constantemente.

** Vivía á la sazón en Damasco un discípulo del Señor, llamado Ananías, al cual dijo el Señor en una visión: "Ananías,



levántate, sal á la calle llamada recta, y pregunta en casa de Judas por un hombre de Tarso llamado Saulo, que ahora está en oración." Ananías contestó: "Señor, he oído decir á muchos que este hombre ha hecho grandes daños á tus santos en Jerusalén, y aun aquí está con poderes de los príncipes de los sacerdotes para prender á todos los que invocan tu nombre." El Señor le contestó: "Ve á encontrarle, que ese mismo es ya un instrumento elegido por mí para llevar mi nombre y anunciarle delante de todas las naciones, y de los reyes, y de los hijos de Israel; y yo le haré ver cuántos trabajos tiene que padecer por mi nombre." Salió pues Ananías, é impuso las manos sobre Saulo ó Pablo, que así se llamó después de su conversión, diciéndole: "Hermano mío, el Señor que se te ha aparecido en el camino, me ha enviado á ti para que recobres la vista y seas lleno del Espíritu Santo." Al momento cayeron de sus ojos unas como escamas, y recobró la vista; y levantándose fué bautizado. Y desde luego comenzó á predicar en la sinagoga, que Jesús es el Hijo de Dios.

90. Viaje de Pedro, príncipe de los Apóstoles. Eneas y Tabita (hacia el año 39 de Jesucristo).

La Iglesia gozó nuevamente de algún tiempo de tranquilidad. Entonces fué Pedro á visitar á los cristianos de Palestina, y los fortaleció en la fe.

Este viaje fué bendecido especialmente por dos milagros. En la ciudad de Lida halló Pedro á un hombre llamado Eneas paralítico, que hacía ocho años que yacía en el lecho. Pedro le dijo: "El Señor Jesucristo te cura: Levántate." Y al punto se levantó. Entonces se convirtieron todos los habitantes de la ciudad.

No lejos de Lida estaba la ciudad de Joppe. Allí había una mujer llamada Tabita, la cual era muy caritativa con los pobres, mas habiendo caído enferma, murió. Entonces los discípulos que había en Joppe, enviaron mensajeros á Pedro, rogándole que fuera á Joppe. Cuando Pedro llegó á esta ciudad, lleváronle al aposento donde estaba el cadáver, y allí le rodearon todas las viudas de la ciudad, las cuales llorando le mostraban los vestidos y túnicas que Tabita les había hecho. Entonces Pedro conmovido, oró de rodillas. Después volviéndose al cadáver dijo: "Tabita, levántate." Ella abrió los ojos, y dándole Pedro la mano, la puso en pie. El ruido de este milagro se extendió por aquellas comarcas, y muchos creyeron en el Señor. Con esto tuvo Pedro que detenerse muchos días en Joppe.

91. Conversión del pagano Cornelio.—Los cristianos en Antioquía (hacia el año 40 después de Jesucristo).

† Había en Cesarea, ciudad del Mediterráneo, un capitán romano llamado Cornelio, el cual era, así como toda su familia, hombre religioso y temeroso de Dios, y daba muchas limosnas al pueblo y hacía continua oración á Dios. Cierto día estaba orando con fervor, cuando vió entrar en su aposento á un ángel que le habló de esta manera: "Cornelio, tu oración y tus limosnas han llegado hasta Dios. Envía hombres á Joppe en busca de un tal Simón, por sobrenombre

Pedro, para que venga á ti. Éste te dirá lo que tienes que hacer." Cuando el ángel desapareció, envió Cornelio á Joppe á tres hombres piadosos.

† Allí estaba Pedro hacia la hora del mediodía del día siguiente en la parte alta de la casa, mientras preparaban la comida. Entonces fué arrebatado en espíritu. Vió el cielo abierto y en él un gran lienzo blanco, que pendiente de sus cuatro puntas se descolgaba del cielo á la tierra, en el cual había todo género de animales cuadrúpedos y reptiles de la tierra y pájaros del cielo. Y se oyó en el cielo una voz que decía: "Levántate, Pedro, mata y come." Pedro contestó: "No haré tal, Señor, pues jamás he comido cosa alguna profana é inmunda." Pero la voz contestó: "Lo que Dios ha purificado, no lo llames tú profano." Esto se repitió por tres veces, y la visión desapareció.



† Mientras Pedro consideraba lo que había visto, le dijo el espíritu del Señor: "He aquí que tres hombres te buscan: Levántate, y vete con ellos sin el menor reparo, pues yo los he enviado." Cuando Pedro salió, vió los hombres enviados por Cornelio. Al día siguiente se dirigió á Cesarea á casa de Cornelio juntamente con los mensajeros y algunos discípulos de Joppe, y oyó de él la aparición y las palabras del ángel. Entonces comprendió el significado de la visión que había tenido, que también los paganos, tenidos hasta entonces por impuros, debían ser admitidos en la Iglesia de Dios. Lleno de alegría enseñó entonces Pedro á Cornelio y á los que estaban presentes, la doctrina de Jesús. Pedro y sus compañeros oyeron admirados cómo aquellos hablaban del mismo modo que los Apóstoles en la

fiesta de Pentecostés en lengua extranjera, y glorificaban á Dios. Entonces exclamó Pedro: "¿Quién puede negar el bautismo á los que como nosotros han recibido el Espíritu Santo?" Así mandó él bautizarlos en nombre del Señor Jesucristo.

† Entonces fué anunciado el evangelio á los paganos en otros lugares, especialmente en la Siria, cuya capital era á la sazón Antioquía, donde predicó Pablo y su compañero Bernabé. La multitud de los creyentes fué allí tan grande que los mismos paganos les dieron un nombre propio, siendo llamados cristianos, de su Señor y cabeza Jesucristo.

92. Pedro en la prisión (hacia el año 42 de Jesucristo).

Por aquel tiempo reinaba en todo el país de Judea Herodes Agripa, nieto de aquel otro Herodes que había mandado matar á los niños en Belén. Éste trató de hacerse propicio á los judíos, por lo cual persiguió á los discípulos de Jesús. Hizo decapitar al Apóstol Santiago, hermano de Juan. Después mandó meter en la cárcel á Pedro, y puso para custodiarlo cuatro piquetes de cuatro soldados cada uno, con el designio de presentarlo al pueblo y ajusticiarlo después de Pascua. La Iglesia entre tanto oraba incesantemente por su pastor supremo. Ya había llegado la última noche después de la cual había de ser ajusticiado. Pedro dormía entre dos soldados atado á ellos con dos cadenas, mientras los demás soldados hacían la guardia en la puerta, cuando de repente se apareció delante de Pedro un ángel del Señor, cuyo celestial resplandor iluminó la prisión. El ángel despertó á Pedro, y le dijo: "Levántate presto." Pedro se levantó, y al punto se le cayeron las cadenas de las manos. Díjole asimismo el ángel: "Ponte el ceñidor y cálzate las sandalias, y sígueme." Así lo hizo Pedro, si bien no creía que fuese realidad, antes pensaba que era un sueño lo que estaba viendo. Pasada la primera y la segunda guardia, llegaron á la puerta de hierro que salía á la ciudad, la cual se abrió por sí misma, y, saliendo por ella, caminaron hasta lo último de una calle, y súbitamente desapareció el ángel. Entonces Pedro, vuelto

en sí, dijo: "Ahora conozco que verdaderamente el Señor me ha enviado su ángel y me ha librado de las manos de Herodes."

Entonces se dirigió á casa de Marcos donde había muchos cristianos reunidos en oración. Cuando llamó á la puerta, salió una criada llamada Rhode á ver quién era, la cual habiendo reconocido la voz de Pedro, fué tal la alegría que sintió, que en lugar de abrir corrió adentro con la noticia de que Pedro estaba á la puerta. Los que estaban reunidos en la sala le dijeron: "¿Qué te pasa? Tú estás loca." Mas ella afirmaba que era él. Entonces dijeron: "Será su ángel." Entre tanto Pedro seguía llamando á la puerta. Por último abriendo vieron con asombro que él era realmente. Pero aun más grande fué su admiración, cuando oyeron de su misma boca cómo el Señor le había sacado de la prisión por mano de su ángel. Al amanecer fué grande la confusión entre los soldados, porque no podían comprender qué había sido de Pedro. Herodes interrogó á los guardias, y los mandó llevar al suplicio.

Herodes no sobrevivió mucho tiempo á la cruel persecución que había encendido contra la Iglesia. Habiéndose trasladado á Cesarea, estaba sentado cierto día en su trono rodeado de gran magnificencia para recibir una embajada extranjera. Cuando los embajadores aparecieron en su presencia, él los arengó, y el pueblo para lisonjearle exclamó: "Hablas como un Dios y no como un hombre." Herodes oyó con gusto estas palabras. Pero en aquel mismo instante le hirió un ángel del Señor. Gusanos empezaron á roer su cuerpo, y por último expiró en medio de los más horrorosos tormentos.

93. El primer viaje de predicación de San Pablo
(45—48 después de Jesucristo).

El Espíritu Santo mandó á los pastores de la cristiandad en Antioquía diciendo: "Separadme á Pablo y á Bernabé para la obra á que los tengo destinados." Entonces ayunaron y oraron, é imponiéndoles las manos, los enviaron á predicar el evangelio. Y entonces comenzó Pablo la grande obra de con-

vertir al mundo pagano. En todas partes predicaba primeramente á los judíos, pero como éstos rechazaban de sí la salud, se dirigía á los paganos. Muchos escucharon con alegría sus palabras, y aumentaron de día en día la Iglesia de Cristo.

Primeramente fueron Pablo y Bernabé á la isla de Chipre, patria de Bernabé. Cuando hubieron predicado en toda la isla, los llamó á sí el procónsul de ella, Sergio Paulo, para recibir él también de ellos la divina palabra. Había en su compañía un judío llamado Barjesu, mago y falso profeta, el cual se oponía á ellos procurando apartar al procónsul de abrazar la fe. Entonces Pablo lleno del Espíritu Santo, clavando en él los ojos, le dijo: "Oh hijo del demonio, lleno de toda suerte de fraudes y embustes, ¿no cesarás de procurar torcer los rectos caminos del Señor? Desde ahora la mano del Señor descarga sobre ti, y quedarás ciego por cierto tiempo sin ver la luz del sol." Y al momento densas tinieblas cayeron sobre los ojos del mago, el cual andaba buscando á tientas quién le diera la mano. Cuando el procónsul vió este milagro, creyó la doctrina del Señor.

Desde Chipre se embarcaron con rumbo al sur del Asia Menor. Entre otras ciudades fueron á Antioquía de Pisidia. Pablo predicó el sábado en la sinagoga, hablando de Jesús crucificado y resucitado, de la remisión de los pecados y de la vida eterna. Las palabras de Pablo hicieron impresión y al salir, pidieron los judíos á Pablo, que el sábado siguiente volviese á la sinagoga. Pero cuando llegó el sábado, y los judíos vieron que se había reunido casi toda la ciudad, tuvieron envidia, y se opusieron y blasfemaron de lo que Pablo decía. Entonces dijeron Pablo y Bernabé: "Á vosotros os debía ser anunciada primeramente la palabra de Dios, mas por cuanto vosotros la rechazáis y os juzgáis indignos de la vida eterna, nos dirigiremos á los paganos." Los paganos oyeron con gozo estas palabras, y la doctrina del Señor se extendió por toda la comarca. Pero los judíos excitaron una persecución contra Pablo y Bernabé y los echaron de la ciudad.

Éstos sacudieron de sus pies el polvo de aquella ciudad, y al cabo de algún tiempo se dirigieron á Listra en Licaonia.

Pablo se presentó en una plaza abierta, y predicó al pueblo pagano. Entre los oyentes había un tullido de nacimiento. Cuando Pablo le miró y vió que tenía fe, dijo en alta voz: "Levántate y mantente derecho sobre tus pies." Y al instante saltó en pie, y echó á andar. Entonces exclamó el pueblo asombrado: "Dioses son éstos que han venido á nosotros en figura humana." Y daban á Bernabé el nombre de Júpiter por su elevada estatura, y á Pablo por su elocuencia lo tenían por Mercurio, dios de la elocuencia. Y ya traían los sacerdotes de Júpiter toros y guirnaldas para ofrecerles sacrificios. Lo cual apenas entendieron Pablo y Bernabé, rasgaron de dolor sus vestiduras, y rompiendo por entre el gentío clamaron: "Hombres ¿qué es lo que hacéis? Somos hombres mortales como vosotros, y venimos á predicaros, que dejadas esas vanas deidades, os convirtáis al Dios vivo que ha criado el cielo y la tierra y el mar y cuanto en ellos se contiene, el cual, aunque en los tiempos pasados permitió á los pueblos andar por sus propios caminos, nunca ha dejado de darles testimonio de sí mismo, enviando del cielo sus beneficios, dando lluvias y tiempos favorables para los frutos, y llenando vuestros corazones de alimento y de alegría." Muchos creyeron en la palabra de Dios. Pero viniendo muchos judíos de las poblaciones donde antes había Pablo predicado el evangelio, levantaron un tumulto contra él, y le apedrearon, y le arrastraron fuera de la ciudad, dejándole por muerto. Los cristianos recién convertidos vinieron llenos de tristeza y rodearon á Pablo, mas éste se levantó y regresó con ellos á la ciudad.

Después que Pablo y Bernabé hubieron anunciado el evangelio en Derbe, se dirigieron de nuevo á las ciudades en que ya lo habían predicado. En estas ciudades exhortaron á los discípulos á la perseverancia y pusieron sobre ellos superiores ó sacerdotes, imponiéndoles las manos, los cuales se preparaban con ayunos y oraciones á recibir esta dignidad. Finalmente volvieron á Antioquía y refirieron las cosas extraordinarias que Dios había obrado por medio de ellos, y cómo había abierto á todos las puertas de la fe.

94. La reunión de la Iglesia en Jerusalén
(50 años después de Jesucristo).

* Habiendo venido á Antioquía desde Jerusalén algunos cristianos que antes habían sido judíos, dijeron á los otros cristianos de Antioquía: "Si no observáis la ley de Moisés y no os circuncidáis, no alcanzaréis la bienaventuranza." Pablo y Bernabé se levantaron al punto contra esta doctrina; mas, para caminar con plena seguridad, se decidió presentar esta cuestión á los Apóstoles reunidos para que todos la resolviesen. Por lo cual fueron enviados Pablo y Bernabé á Jerusalén.

* Cuando llegaron á Jerusalén, se reunieron los Apóstoles y los ancianos para deliberar en común. Entonces se levantó Pedro y dijo: "¡Hermanos! Sabéis que Dios me ha elegido para anunciar el evangelio á los paganos; y Dios que conoce los corazones, no ha establecido diferencia alguna entre nosotros y ellos, porque á ellos como á nosotros les ha enviado el Espíritu Santo. Pues ¿por qué tentáis á Dios queriendo poner un yugo pesado é inútil sobre el cuello



de los discípulos? Nosotros creemos que así como nosotros pueden ellos también sin este yugo alcanzar la bienaventuranza por la gracia de nuestro Señor Jesucristo." Del mismo modo habló el Apóstol Santiago. Y finalmente los Apóstoles todos y toda la asamblea decidió que se dirigiera á los cristianos de Antioquía una carta con la decisión de que la ley de Moisés no tenía aplicación alguna á los cristianos. Esta decisión fué manifestada con estas importantes palabras: "Ha sido la voluntad del Espíritu Santo, y la nuestra, el no imponeros en adelante ninguna carga."

95. Segundo viaje apostólico de San Pablo
(51—54 después de Jesucristo).

Pasado algún tiempo emprendió S. Pablo su segundo viaje apostólico. Recorrió la Siria y casi toda el Asia Menor, predicando con incansable celo la doctrina de Jesucristo en Cilicia, Licaonia, Frigia, Galacia, Bitinia y Misia, llegando finalmente hasta Troade. Cuando se hallaba en esta ciudad, como estuviera dudoso sin saber á dónde dirigirse, Dios se lo manifestó en una visión que tuvo durante el sueño. Presentósele un hombre vestido con el traje que usaban los macedonios, el cual le suplicaba diciendo con las lágrimas en los ojos: "Ven á Macedonia, y socórrenos." Al punto se embarcó Pablo con sus compañeros Silas, Lucas y Timoteo con rumbo á Europa, y llegó felizmente á la ciudad de Filipo, capital de Macedonia.

Pablo predicó el sábado la doctrina de Jesús. Había entre sus oyentes una mujer temerosa de Dios, llamada Lidia, cuyo oficio era comerciar en púrpura. Á ésta abrió Dios el corazón para que recibiera las cosas que Pablo decía, y habiendo creído, fué bautizada con todos los suyos.

Pero pronto se levantó una persecución contra el Apóstol. Aconteció que yendo Pablo y Silas á orar, salió á su encuentro una muchacha que estaba poseída de un espíritu, y daba mucho que ganar á sus amos, adivinando. Ella corrió siguiendo á los mensajeros de la fe y diciendo á voces: "Estos hombres son siervos del Dios excelso, que os anuncian el camino de la salvación." Pablo se volvió hacia ella,

y le dijo al mal espíritu: "En nombre de Jesucristo te mando que salgas de ella." Y en la misma hora salió. Cuando vieron sus amos que se les había escapado la esperanza de su ganancia, echando mano de Pablo y de Silas los llevaron á los príncipes, y los acusaron diciendo: "Estos hombres alborotan la ciudad." El pueblo entonces se agolpó contra ellos, y los magistrados mandaron azotarlos y ponerlos luego en una profundísima prisión, cargados de cadenas.

Hacia la media noche, estando Pablo y Silas en oración alabando al Señor, se sintió un terremoto tan grande que las puertas de la cárcel se abrieron y se rompieron los hierros y cadenas. Lleno de espanto se levantó el carcelero de su sueño, y cuando vió abiertas las puertas de la prisión, sacó la espada para matarse con ella, creyendo que habrían huído los presos. Pero Pablo le gritó diciendo: "No te hagas daño alguno, porque todos estamos aquí." Admirado el carcelero mandó llevar una luz, y llegándose á Pablo y á Silas se postró á sus pies diciendo: "Decidme lo que debo hacer para ser salvo." Ellos le dijeron: "Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo tú y tu casa." Y aquella misma noche el carcelero los llevó consigo, les lavó las llagas, y se hizo bautizar él y todos los suyos. Al amanecer enviaron los magistrados á los alguaciles para que los presos fueran puestos en libertad; pero cuando los alguaciles volvieron á ellos con la noticia que Pablo y Silas eran ciudadanos romanos, los magistrados fueron á ellos y les pidieron perdón, sacándolos fuera de la cárcel.

Después que Pablo y sus compañeros hubieron visitado y consolado á los discípulos, recorrieron diferentes ciudades de Macedonia. Desde allí se dirigió San Pablo á Atenas, ciudad la más importante de Grecia. Viendo á esta ciudad sumida en la idolatría, se inflamó su espíritu, y predicó en las plazas públicas al verdadero Dios y á su Hijo Jesucristo. Vinieron después algunos sabios y le llevaron al Areópago, deseando saber cuál era su doctrina. Pablo entró en medio de aquella multitud y dijo: "¡Varones Atenienses! Cuando recorro vuestra ciudad y considero vuestras deidades, encuentro también un altar en que están escritas estas pala-

bras: Al Dios desconocido. Á este Dios á quien honráis sin conocerle, os anuncio yo ahora. El Dios que ha hecho el mundo y todo cuanto hay en él, este Dios, siendo señor del cielo y de la tierra, no habita en templos fabricados por las manos de los hombres; ni es servido por manos de hombres como si necesitase alguna cosa, pues él mismo da á todos vida y respiración y todas las cosas. De uno solo hizo todo el linaje humano para que habitase en toda la tierra, señalando el orden de los tiempos y determinando el lugar de su habitación, para que buscasen á Dios aunque no está lejos de cada uno de nosotros. Porque en Él vivimos y nos movemos y somos, como dijo también alguno de vuestros poetas: somos de su linaje. Siendo pues linaje de Dios, no debemos pensar que la divinidad es semejante á oro, plata ó piedras labradas por arte ó industria del hombre. Dios disimulando los tiempos de esta ignorancia, denuncia ahora á los hombres que todos en todo lugar hagan penitencia. Porque ha establecido un día en el cual á todos juzgará según justicia por aquel varón que había determinado, dando certidumbre á todos resucitándole de entre los muertos." Cuando oyeron la resurrección de los muertos, unos se burlaron, y otros dijeron: "Queremos oirte otra vez sobre este punto." Así salió Pablo de en medio de ellos. Pero algunos creyeron.

Desde Atenas fué Pablo á Corinto, donde también encontró grande oposición por parte de los judíos á quienes se dirigía primeramente. Entonces les dijo: "Caiga vuestra sangre sobre vuestra cabeza: yo ninguna culpa tengo. Desde ahora me voy á los gentiles." Y habló entonces á los paganos de Corinto, y muchos creyeron y fueron bautizados. Después de permanecer año y medio en esta ciudad, se volvió á embarcar con rumbo á Asia, y se dirigió á Éfeso y después á Antioquía.

96. Tercer viaje apostólico de San Pablo y su celo hasta la muerte (55—58 después de Jesucristo).

San Pablo permaneció en Antioquía por espacio de algún tiempo, y luego recorrió de nuevo una gran parte del Asia Menor, y finalmente llegó á Éfeso, capital á la sazón de los

dominios romanos en el Asia, y allí se detuvo por espacio de dos años. Allí se encontró con doce jóvenes á quienes les preguntó: "¿Habéis recibido ya el Espíritu Santo?" Ellos contestaron: "Nosotros no habíamos oído que hay un Espíritu Santo." Pablo les preguntó de nuevo: "¿Con qué bautismo habéis sido vosotros bautizados?" Ellos contestaron: "Con el bautismo de Juan." Entonces dijo Pablo: "Juan bautizaba al pueblo solamente con el bautismo de penitencia, y exhortaba al pueblo á creer en Aquél que había de venir después de él, en Jesucristo." Al oir estas palabras se hicieron bautizar en nombre de Jesús. Pablo *les impuso las manos, y el Espíritu Santo descendió sobre ellos.*

Pablo permaneció en Éfeso más de dos años, en cuyo tiempo la doctrina de Jesús fué conocida de todos los habitantes de la parte romana de Asia. Dios obraba muchos y grandes milagros por mano de este santo Apóstol. Con poner sus pañuelos y ceñidores sobre los enfermos eran éstos curados, y los que presenciaban estas maravillas quedaban admirados y sobrecogidos de santo temor. Y muchos de los que habían creído vinieron confesando y denunciando sus hechos. Y muchos de aquellos que habían seguido las artes vanas y supersticiosas trajeron los libros y los quemaron públicamente: y calculado su valor, se halló que subía á 50 000 denarios.

Por este tiempo se levantó un alboroto contra Pablo y sus compañeros. Porque un platero, llamado Demetrio, que hacía de plata reproduciones del templo de la diosa Diana, con lo cual sacaba para sí y para los demás plateros gran ganancia, habiendo reunido á los de su oficio, les dijo: "Vos sabéis la ganancia que nos produce nuestro oficio. Veis y oís también que este Pablo, no sólo en Éfeso, sino en casi toda el Asia, aparta al pueblo de la veneración á la diosa Diana, diciendo: Que los dioses que son obra de manos, no son tales dioses." Oído esto, se llenaron de ira, y alzaron el grito diciendo: "Grande es la Diana de Éfeso." Y se llenó toda la ciudad de confusión, y toda la multitud se dirigió tumultuosamente al teatro donde se celebraban las asambleas

públicas, arrebatando consigo á dos compañeros de Pablo. Pablo mismo quiso presentarse ante el pueblo para apaciguar el tumulto, pero sus discípulos no se lo permitieron. Finalmente fué apaciguado el tumulto por las prudentes palabras de uno de los principales de la ciudad.

Después de esto se dirigió Pablo nuevamente á Macedonia y á Grecia. Al volver á Asia se llegó otra vez á Troade donde permaneció una semana. Acostumbraban los cristianos á reunirse los domingos en una gran sala para celebrar los santos misterios. Allí les predicó Pablo, mas como iba á dejarlos al día siguiente, les habló hasta cerca de la media noche. Un joven que le oía desde una ventana, vencido por el sueño, se cayó desde un tercer piso, y se mató. Pablo se dirigió á él y le volvió de nuevo á la vida.

Después fué San Pablo á Mileto pasando por las islas de Lesbos, Chios y Samos. Allí convocó San Pablo á los principales de la Iglesia de Éfeso, y se despidió tiernamente de ellos. Después de recordarles la fidelidad con que había desempeñado entre ellos su misión apostólica, les dijo: "Impulsado por el Espíritu, voy ahora á Jerusalén, no sabiendo las cosas que me han de acontecer, sino lo que el Espíritu Santo me asegura por todas las ciudades, diciendo: que me aguardan en Jerusalén prisiones y tribulaciones. Pero ninguna de estas cosas temo, ni estimo mi vida sino para cumplir mi vocación, para dar testimonio al evangelio de la gracia de Dios. Yo sé que no habréis de volver á ver mi rostro. Mirad por vosotros y por toda la grey, *en la cual el Espíritu Santo os ha puesto por obispos para gobernar la Iglesia de Dios*, la cual Él ganó con su sangre. Y aun de entre vosotros se levantarán hombres que dirán cosas perversas para llevar discípulos tras sí. Sed pues vigilantes, recordando que por espacio de tres años no he cesado noche y día de amonestar con lágrimas á cada uno de vosotros. Y ahora os encomiendo á Dios y á su gracia, á Aquél que es poderoso para edificar y daros heredad entre los que son santificados." Dichas estas palabras, se hincó de rodillas y oró con todos ellos. Y se levantó grande llanto entre todos,

y echándose sobre el cuello de Pablo, le besaban. Porque estaban afligidísimos por la palabra que había dicho: que no verían más su rostro.

97. Última suerte de los Apóstoles.

Cuando Pablo volvió á Jerusalén, los judíos irritados contra él levantaron un tumulto, á consecuencia del cual fué arrojado en la cárcel por espacio de dos años. Pasado este tiempo se embarcó con rumbo á Roma para ser allí juzgado por el emperador, según había él mismo deseado. La nave en que iba, naufragó en la isla de Malta, pero Pablo se salvó milagrosamente. Después de otros dos años de prisión en Roma alcanzó de nuevo la libertad, y recorrió todavía muchos países anunciando el reino de Dios.

Del mismo modo predicaban los demás Apóstoles la doctrina de Jesús en las diversas comarcas de la tierra haciendo milagros y otros prodigios. Pedro recorrió como cabeza de la Iglesia las diferentes comunidades de cristianos y los fortaleció en la fe. Con este fin se había dirigido antes que Pablo á Roma que á la sazón era el centro del mundo, y allí había fundado su sede episcopal. Después de sus viajes volvía de nuevo á esta ciudad; y finalmente fijó en ella su residencia definitiva.

APÉNDICE.

Pedro y los demás Apóstoles instituyeron en todos los lugares Obispos que dirigiesen en sus respectivas ciudades á los fieles, y que transmitiesen en toda su pureza á sus sucesores por medio de la predicación las cosas que ante tantos testigos habían oído de ellos. Al mismo tiempo algunos de los Apóstoles y discípulos escribieron para sí ó para algunas personas ausentes ó comunidades de cristianos varias cosas por inspiración del Espíritu Santo. Estos escritos fueron mirados en la Iglesia con santo respeto, y poco á poco fueron coleccionados, formando un libro, llamado el Nuevo Testamento.

Entre tanto llegó el tiempo en que los Apóstoles debían separarse entre sí, y sellar con su sangre la doctrina de Jesucristo. Hacia el año 67 de Nuestro Señor volvió Pablo á Roma, y allí sufrió el martirio juntamente con Pedro en la cruel persecución que se suscitó contra los cristianos en tiempo del emperador Nerón. Pablo en calidad de ciudadano romano fué decapitado. Pedro según la profecía de Jesús, crucificado con la cabeza hacia abajo, porque se tuvo por indigno de sufrir el mismo género de muerte que su Señor y Maestro. Ya mucho antes (42 después de Jesucristo) había sido decapitado Santiago el mayor por mandato de Herodes. De la misma manera sufrieron el martirio todos los demás Apóstoles á excepción de San Juan. Este discípulo amado permaneció después del tránsito de la bienaventurada virgen María, en Éfeso, y desde allí visitaba las Iglesias de Asia Menor. Más tarde fué arrojado en Roma bajo el poder del emperador Domiciano en una caldera de aceite hirviendo, y habiendo salido ileso de ella, fué desterrado á la isla desierta de Patmos. Después fué libertado de nuevo, y volvió á Éfeso. Conmovedoras son las cosas que se refieren de él. Cuando por razón de sus muchos años era llevado por sus discípulos á las reuniones de los cristianos, él siempre los saludaba diciendo: "Hermanos míos, amaos los unos á los otros." Como algunos cristianos cansados de oirle siempre decir las mismas palabras, le preguntasen diciendo: "Maestro, ¿por qué repites siempre lo mismo?" él respondió: "Éste es el mandamiento del Señor: si lo observáis bien, bastante hacéis." Finalmente descansó en el Señor como 100 años después de Jesucristo.

La muerte de los Apóstoles fué una gran pérdida para la Iglesia, pues por medio de ellos se convirtió con milagrosa rapidez la Iglesia de grano de mostaza en un gran árbol, cuyas ramas se extendían por todos los pueblos. Pero la Iglesia no por eso quedó abandonada. Los Obispos continuaron con infatigable celo la obra de los Apóstoles, sometidos juntamente con los sacerdotes y los fieles al sucesor de Pedro, que es el Padre Santo ó el Papa de Roma, y permanecieron inquebrantablemente unidos á él contra los errores y contra

los intentos de división y de cisma. Así se manifestó desde luego la Iglesia *una, santa, católica, y apostólica*, la cual fundada sobre la roca de Pedro, con el auxilio de Jesucristo y la asistencia del Espíritu Santo, subsiste inalterable después de diez y nueve siglos y subsistirá hasta el fin del mundo á pesar de los ataques de las potestades del infierno. Bienaventurado aquel que unido á la Iglesia, cree en Jesús, el Hijo de Dios, y espera en Él, y le sirve con toda suerte de buenas obras; porque á éste reconocerá por suyo, cuando vuelva á la tierra rodeado de majestad, y le llevará á la vida eterna. Entonces verá allí cara á cara á Dios, principio y fin de todas las cosas, en el trono de su majestad, y postrado en su presencia le alabará y bendecirá con todos los ángeles y santos por eternidad de eternidades. Amén.





La línea azul ——— indica el camino que siguieron los israelitas por el desierto.


PALESTINA
en tiempo de Jesús.
MAR MEDITERRÁNEO
SIRIA
ITUREA
TRACONITE
FENICIOS
GALILEA
SAMARIA
JUDEA
IDUMEA
PEREA
ARABIA
Filisteos
Calcis
Abila
DAMASCO
Sidón
Sarepta
Tiro
Cesárea de Filipo
Ere
Lago Merón
Aca
C. Carmelo
Cafarnaum
Julias
Neve
Caná
Seforis
Magdala
Tiberiade
Lago Genesaret
Edrei
Nazaret
Tabor
Naim
Gadara
Scitópolis
Pella
Bostra
Cesárea de Palestina
Samaria
Sichar
Gerasa
R. Jaboc
Antipatris
Joppe
Arimatea
Silo
Lida
Betel
Filadelfia
Emaús
Jericó
Jamnia
Betania
Betabara
JERUSALÉN
Asdod
Hesebón
Belén
M. Nebo
Ascalón
Maquerón
Mar Muerto
Dibón
Hebrón
Gaza
Engadi
R. Arnón
Bersabé
Elusa
Tamar
Bozra
Río Jordán
R. Leontes
R. Kisón
M. Hermón
53
54
33
32
31
Escala 0 10 20 30 40 50 100 Kilómetros.

B. HERDER, Librero-Editor Pontificio.
FRIBURGO DE BRISGOVIA (Alemania).

Biblioteca para la enseñanza de la Religión.

1. Enseñanza intuitiva:

Historia Sagrada en Láminas. Cuarenta estampas de los más memorables acontecimientos del Antiguo y del Nuevo Testamento. Cada estampa mide 0,44 m sobre 0,50 m.

2. ... enseñanza:

Comp... da. Por el Dr. F. J. Kne... *grabados.*

Catec... ctrina cristiana, pul... de Costa Rica.

Cate... tiana por el P. José Deharbe S. J. ... *on numerosas láminas.*

3. Enseñanza elemental superior:

Historia Sagrada del Antiguo y del Nuevo Testamento. Por el Dr. I. Schuster. *Con 114 láminas y dos mapas.*

Catecismo de la doctrina cristiana, publicado por B. A. Thiel, Obispo de Costa Rica.

Catecismo de la doctrina cristiana por el P. José Deharbe S. J. Curso medio.

Catecismo de la doctrina cristiana por el P. José Deharbe S. J. Curso superior.

4. Obras de consulta para catequistas:

Comentario práctico de Historia Sagrada por el Dr. F. J. Knecht, Obispo Auxiliar. 2 tomos.

La Educación cristiana de la juventud por el Canónigo Dr. Corn. Crespo Toral.

Explicación del Catecismo abreviado por el Canónigo Dr. J. Schmitt.

Explicación del Catecismo de la doctrina cristiana por el Canónigo Dr. J. Schmitt. 3 tomos.

Método para preparar á los niños á la primera comunión por el Canónigo Dr. J. Schmitt.